

AMY TAN



LA HIJA DEL
CURANDERO

se

La entrañable historia de dos generaciones de mujeres chinas. La anciana Lilung recupera su infancia y juventud en China escribiendo todo lo que recuerda, y su hija Ruth, una escritora por encargo sumida en problemas existenciales, descubre un pasado familiar rico y revelador.

En el transcurso de un año, madre e hija reconcilian sus historias y conjuran el pesar de sus sueños rotos y la fuerza de ese amor que permite recobrar en la memoria aquello que hemos perdido en el dolor.



Amy Tan

La hija del curandero

ePub r1.0

Mangeloso 05.03.14

Título original: *The Bonesetter's Daughter*

Amy Tan, 2001

Traducción: María Eugenia Ciocchini

Retoque de portada: Mangeloso

Editor digital: Mangeloso

ePub base r1.0



He contraído una eterna deuda de gratitud con mi querida amiga y editora, la gran Faith Sale. Para mi sorpresa, siempre descubría la diferencia entre lo que yo trataba de escribir y lo que quería escribir. Me prometió su apoyo hasta que terminara este libro, y aunque murió antes, creo que cumplió su promesa.

Mi profesora de escritura creativa y mentora durante muchos años, Molly Giles, la sucedió como editora y resucitó este libro en una época en que a mí me daba pánico volver las páginas. Gracias, Molly, por tu agudeza visual y auditiva y por tus sugerencias, siempre fieles a mis intenciones. También he apreciado mucho tus grandes dosis de optimismo en tiempos que ahora podemos calificar de nefastos.

Fue una bendición contar con la ayuda, el afecto y la protección de Lou y Greg, la orientación de Sandra Dijkstra, Anna Jardine y Aimée Taub y el apoyo moral de todos aquellos que han hecho llegar sus mensajes al Grupo de Apoyo a la Tercera Edad de AOL.

Quisieron la suerte y el destino que dos «escritoras fantasmas^[1]» me asistieran en el último borrador. El alma de esta historia pertenece a mi abuela; su voz, a mi madre. Todo el mérito por las cosas buenas es suyo, y ya les he prometido que la próxima vez trataré de superarme.

El último día que mi madre pasó en la tierra descubrí su verdadero nombre y el de mi abuela. Este libro está dedicado a ellas:

*Li Bingzi
y
Gu Jingmei*

Verdad



Estas son las cosas que sé que son verdad: Me llamo LuLing Liu Young. Mis maridos fueron Pan Kai Jing y Edwin Young; ambos murieron y se llevaron consigo nuestros secretos. Mi hija es Ruth Luyi Young. Ella nació en un año del Dragón de Agua y yo, en un año del Dragón de Fuego. De manera que somos iguales pero por razones opuestas.

Sé todas estas cosas, pero hay un nombre que no logro recordar. Está en la capa más antigua de mi memoria y no puedo desenterrarlo. Cien veces he rememorado la mañana en que Tita Querida lo escribió. Yo tenía sólo seis años, pero era muy lista. Sabía contar. Sabía leer. Tenía un recuerdo para todo, y he aquí mi recuerdo de esa mañana de invierno.

Estaba adormilada, acostada aún en la cama *k'ang* de ladrillos que compartía con Tita Querida. Los tubos de la chimenea del salón estaban lejos de nuestro pequeño cuarto, y hacía rato que los ladrillos se habían enfriado bajo mi cuerpo. Cuando abrí los ojos, Tita Querida empezó a garabatear en un papel y luego me enseñó lo que había escrito.

—No veo —protesté—. Está demasiado oscuro.

Resopló, dejó el papel sobre un pequeño armario y me indicó que me levantara. Encendió el brasero y, cuando empezó a humear, se ató un pañuelo sobre la nariz y la boca. Llenó un cazo con agua para el aseo, y una vez que la hubo calentado, comenzó nuestro día. Me restregó la cara y las orejas. Me hizo la raya y me peinó el flequillo. Humedeció los pelos erizados como patas de araña. Después dividió mi melena en dos y me hizo trenzas. Las ató arriba con lazos rojos; abajo, con lazos verdes. Sacudí la cabeza para que las trenzas bailaran igual que las alegres orejas de los perros palaciegos. Y Tita Querida olfateó el aire, como si también ella fuera un perro y se preguntara ¿qué huele tan bien? Esa inspiración era su manera de decir mi mote, Cachorrillo. Así hablaba ella.

No tenía voz; sólo jadeos y resuellos, los bufidos de un viento caprichoso. Me decía las cosas con muecas y gruñidos, con bailes de cejas y movimientos oculares. Escribía cosas acerca del mundo en mi pizarra portátil. También hacía dibujos con sus renegridas manos. Lenguaje de manos, lenguaje de cara y lenguaje de tiza, ésos fueron los idiomas con que crecí, mudos y

poderosos.

Mientras se recogía el cabello, estirándolo contra su cráneo, jugué con su caja de tesoros. Saqué una bonita peineta de marfil decorada con un gallo en cada extremo. Tita Querida había nacido Gallo.

—Ponte esto —pedí, levantando la peineta—. Es bonita.

Todavía era lo bastante pequeña para creer que la belleza procedía de las cosas, y quería que Madre la tratara mejor. Pero Tita Querida negó con la cabeza. Se quitó el pañuelo, señaló su cara y frunció las cejas. *¿De qué me serviría usar algo bonito?* Decía.

El flequillo le caía sobre los ojos, igual que a mí. El resto de su pelo estaba recogido en un nudo y sujeto con una pinza de plata. Tenía una frente de melocotón, ojos separados, mejillas carnosas que se afilaban hacia la pequeña y regordeta nariz. Ésa era la parte superior de su rostro. Luego estaba la inferior.

Movió sus negros dedos como si fuesen llamas voraces. *Mira lo que hizo el fuego.*

A diferencia del resto de mi familia, yo no la veía fea. «Ay, hasta un demonio se asustaría al verla», oí decir una vez a Madre.

Cuando era pequeña me gustaba seguir con los dedos el contorno de la boca de Tita Querida. Era un misterio. Una mitad estaba llena de bultos; la otra se había derretido, cerrándose. El interior de su mejilla derecha era rígido como el cuero, mientras el izquierdo era húmedo y suave. Allí donde las encías se habían quemado, los dientes habían caído. Y su lengua era como una raíz agostada. No podía saborear los placeres de la vida: salado y amargo, agrio y ácido, picante, dulce, oleoso.

Nadie más entendía el lenguaje de Tita Querida, de modo que yo tenía que traducirlo en voz alta. Aunque no todo; nunca nuestras historias secretas. A menudo me hablaba de su padre —el célebre curandero de la Boca de la Montaña—, y de la cueva donde habían descubierto los huesos de dragón. Decía que esos huesos eran divinos y podían aliviar cualquier dolor, excepto el de un corazón roto.

—Cuéntamelo otra vez —pedí esa mañana, deseando oír la historia de cómo se había quemado la cara y convertido en mi niñera.

Yo era una tragafuegos, dijo con las manos y los ojos. Centenares de personas iban a verme a la plaza del mercado. En la ardiente olla de mi boca dejaba caer cerdo crudo, añadía chiles y pasta de alubias, removía y luego ofrecía bocados a la gente para que probara. Si decían «¡qué delicia!» abría la boca como un monedero para recibir sus monedas de cobre. Un día, sin embargo, me comí el fuego, y el fuego regresó para devorarme a mí. Entonces resolví dejar de ser una olla y convertirme en tu niñera.

Reí y aplaudí, pues esta historia inventada era la mejor. El día anterior me había contado que estaba contemplando la caída de una estrella agorera cuando ésta cayó en su boca abierta y le quemó la cara. Y un día antes había dicho que había probado lo que creía un sabroso plato hunan sólo para descubrir que se trataba de las brasas usadas en la cocción.

Basta de cuentos, dijo ahora Tita Querida, hablando rápidamente con las manos. Ya es casi la hora del desayuno y debemos rezar mientras aún tengamos hambre. Agarró el papel del armario, lo dobló por la mitad y lo guardó en el interior de su zapatilla. Nos pusimos la ropa acolchada de

invierno y salimos al frío pasillo. El aire olía a los fuegos de carbón de otras alas del edificio. Vi al viejo cocinero girando la noria del pozo. Oí a una inquilina gritando a su holgazana nuera. Pasé junto a la habitación que mi hermana, GaoLing, compartía con Madre; las dos seguían durmiendo. Nos dirigimos a paso vivo hacia la pequeña habitación sur, la sala de nuestros ancestros. En la puerta, Tita Querida me dirigió una mirada de advertencia: *Compórtate con humildad. Quítate los zapatos*. En calcetines, pisé las heladas lajas grises. De inmediato un frío glacial atravesó mis pies, recorrió mi cuerpo y salió por mi nariz. Empecé a temblar.

La pared de enfrente estaba revestida de pergaminos con versos, obsequios de los eruditos que habían usado nuestra tinta durante los últimos doscientos años. Yo había aprendido a leer uno, un cuadro-poema: «Sombras de peces vuelan río abajo», que significaba que nuestra tinta era oscura, hermosa y fluida. Sobre el largo altar había dos imágenes, el dios de la Longevidad, con su cascada de barba blanca, y la diosa de la Misericordia, con su cara tersa, libre de preocupaciones. Sus ojos negros se clavaban en los míos. Sólo ella escuchaba las penas y los deseos de las mujeres, decía Tita Querida. Alrededor de las imágenes había tallas de los ancestros de Liu, con los nombres grabados bajo las caras de madera. No todos mis antepasados estaban allí, explicó Tita Querida; sólo aquellos que mi familia consideraba más importantes. Las tallas de los antepasados intermedios y las de las mujeres estaban guardadas en baúles, u abandonadas en cualquier otro lugar.

Tita Querida encendió unas varillas de incienso y sopló hasta que empezaron a humear. Pronto se levantó más humo: una mezcla de nuestra respiración, nuestras ofrendas y unas nubes brumosas que se me antojaron fantasmas resueltos a llevarme a vagar con ellos por el Mundo de Yin. Tita Querida me había contado que cuando una persona moría su cuerpo se enfriaba. Y dado que esa mañana yo estaba helada, tenía miedo.

—Tengo frío —gimoteé, y se me saltaron las lágrimas.

Tita Querida se sentó en un banco y me subió a su regazo. *Para, Cachorrillo*, me riñó con ternura, *o las lágrimas se convertirán en carámbanos que te perforarán los ojos*. Me frotó los pies con energía, como si fuesen masa de pan. *¿Mejor así? ¿Qué tal? ¿Mejor?*

Cuando dejé de llorar, Tita Querida encendió más varillas de incienso. Volvió a la puerta y levantó una de sus zapatillas. Aún la veo: la polvorienta tela azul, el ribete negro, una hoja adicional que había bordado para disimular un agujero. Pensé que iba a quemar su zapatilla para ahuyentar a los muertos. En cambio, sacó el papel escrito que me había enseñado antes. Movié la barbilla en mi dirección y dijo con las manos: *Mi apellido, el apellido de todos los curanderos*. Volvió a ponerlo delante de mi cara y añadió: *Jamás olvides este nombre*. Y dejó el papel con delicadeza sobre el altar. Nos inclinamos y nos levantamos, nos inclinamos y nos levantamos. Cada vez que alzaba la cabeza, miraba aquel nombre. Y era...

¿Por qué no puedo verlo? He forzado un centenar de nombres por mi boca y ninguno regresa con el eructo de la memoria. ¿Era un nombre poco común? ¿Lo perdí por guardar el secreto demasiado tiempo?

Tal vez se extraviara de la misma manera que mis cosas favoritas: la chaqueta que GaoLing me

regaló cuando me fui a la escuela para huérfanos, el vestido que según mi segundo marido me hacía parecer una estrella de cine, el primer vestido que le quedó pequeño a Luyi. Siempre que amaba algo con especial pasión, lo guardaba en el baúl de mis tesoros. Ocultaba esas cosas durante tanto tiempo que casi olvidaba que las tenía.

Esta mañana recordé el baúl. Iba a guardar el regalo que me hizo Luyi: perlas grises de Hawai, increíblemente hermosas. Cuando abrí la tapa, escapó una nube de polillas y un río de lepismas. Dentro encontré una red de agujeros, uno tras otro. Las flores bordadas y los vivos colores habían desaparecido.

Prácticamente todo lo importante de mi vida ha desaparecido, y lo peor ha sido perder el nombre de Tita Querida.

¿Cuál es nuestro apellido, Tita Querida? Siempre he querido reclamarlo. Ven, ayúdame a recordar. Ya no soy una niña. No tengo miedo a los fantasmas. ¿Sigues enfadada conmigo? ¿No me reconoces? Soy LuLing, tu hija.

PRIMERA PARTE

1

Durante los últimos ocho años, cada 12 de agosto Ruth Young perdía la voz.

Sucedió por primera vez cuando se mudó al piso de Art en San Francisco. Durante varios días Ruth sólo fue capaz de emitir silbidos, como un hervidor de agua desatendido. Supuso que se trataba de un virus, o acaso de una alergia a un hongo del edificio.

Volvió a quedarse afónica el día del primer aniversario de la convivencia con Art, y éste bromeó diciendo que sin duda era una laringitis psicósomática. Ruth se preguntó si sería cierto. De niña había perdido la voz tras fracturarse un brazo. ¿Por qué? En su segundo aniversario, Art y ella contemplaban las estrellas en el Grand Tetons. Según un folleto del parque, «Durante el punto culminante de la lluvia de perseidas, en torno al 12 de agosto, centenares de estrellas fugaces surcan el cielo cada hora. En realidad son fragmentos de meteoritos que penetran en la atmósfera terrestre, consumiéndose en el descenso».

Junto a Art, Ruth admiró en silencio el espectáculo de luces sobre la aterciopelada negrura del cielo. Ella no creía que su laringitis fuese obra de las estrellas, ni que la lluvia de meteoritos guardara relación con su incapacidad para hablar. En su infancia, sin embargo, su madre solía decirle que las estrellas fugaces eran en verdad «cuerpos de fantasmas derritiéndose», y que mirarlas traía mala suerte. Si lo hacías, eso significaba que un fantasma trataba de hablarte. Para su madre, prácticamente cualquier cosa era una señal de los fantasmas: platos rotos, perros que ladraban, llamadas telefónicas en las que sólo se oía silencio o una respiración agitada al otro lado de la línea.

El agosto siguiente, en lugar de esperar el ataque de mudez, Ruth explicó a sus clientes y amigos que había planeado permanecer en silencio durante una semana.

—Es un rito anual —dijo— para aguzar mi conciencia sobre las palabras y su necesidad.

Uno de sus clientes escritores, un psicoterapeuta de la New Age, vio este mutismo voluntario como un «proceso maravilloso» y resolvió sumarse a él con el fin de volcar sus descubrimientos en algún libro acerca de la dinámica de las familias con conflictos o del silencio como terapia.

A partir de ese momento la dolencia de Ruth se convirtió en un acontecimiento anual, aprobado por todos. Dejaba de hablar dos días antes de que su voz se retirara por sí sola. Rechazó con cortesía la propuesta de Art de que se comunicaran con señas. Hizo de su mutismo forzado una decisión, un acto de voluntad, en lugar de tomarlo como una enfermedad o un misterio. De hecho, empezó a disfrutar de ese descanso de las palabras durante una semana no necesitaba consolar a los clientes, ni recordar a Art sus compromisos sociales, ni aconsejar a las

hijas de este que tuviesen cuidado ni sentirse culpable por no llamar a su madre.

Éste era el noveno año. Ruth, Art y las niñas habían recorrido trescientos kilómetros para llegar al lago Tahoe, donde pasarían los «días mudos», como los llamaban ahora. Ruth había imaginado que los cuatro caminarían hasta el río, tomados de la mano, para contemplar la lluvia de meteoritos en medio de un silencio reverencial. Pero los mosquitos estaban haciendo horas extraordinarias, Dory se quejaba de que había visto un murciélago y Fia la provocó:

—¿Qué sentido tiene preocuparse por la rabia cuando estamos en un bosque lleno de asesinos con hachas?

Cuando regresaron a la cabaña, las niñas dijeron que se aburrían.

—¿No hay tele por cable? —protestaron.

De manera que Art las llevó a Tahoe City, donde alquilaron cintas de vídeo, casi todas de terror. Él y las niñas dormitaron durante casi toda la función, pero Ruth no podía dejar de mirar, aunque detestaba esas películas. Más tarde soñó con niñeras locas y extraterrestres de cuerpos viscosos.

El domingo, cuando volvieron a San Francisco, malhumorados y sudorosos, descubrieron que no tenían agua caliente. Él depósito perdía y, por lo visto, el dispositivo que calentaba el agua se había fundido. Tuvieron que calentar agua para bañarse, ya que Art no quería pagar la tarifa de urgencia de un fontanero. Sin voz, Ruth no podía discutir, y se alegró de ello. Discutir equivaldría a ofrecerse a pagar la factura, cosa que hacía tan a menudo desde que vivían juntos que estaba convencida de que era lo que él esperaba de ella. Pero precisamente porque no se ofreció a pagar, se sintió mezquina, y más tarde indignada porque Art no volvió a tocar el tema en la cama, él le besó el cuello y se restregó con suavidad contra sus nalgas. Cuando ella se tensó, Art dijo «como quieras» y le dio la espalda, dejándola con la sensación de que la había rechazado. Habría querido explicarle lo que le pasaba, pero se percató de que no lo sabía. Su mal humor no obedecía a nada en particular. Pronto oyó la sonora respiración de Art, fuera de sincronía con su frustración, y permaneció en la oscuridad con los ojos abiertos como platos.

Era casi medianoche y faltaban pocas horas para que recuperara la voz. Estaba en su Cuchitril, una antigua despensa convertida en estudio. Su subió a un taburete y abrió la pequeña ventana. Allí estaba, una vista de un millón de dólares: las torres rojas del puente Golden Gate, que bifurcaba las aguas separando la bahía del océano. El aire era húmedo y asépticamente frío contra su cara. Escrutó el cielo, pero estaba demasiado claro y brumoso para ver «fantasmas» en combustión. Las sirenas de niebla comenzaron a ulular. Un instante después Ruth vio las nubes, como un etéreo edredón de plumas, cubriendo el océano y acercándose poco a poco al puente. Su madre solía decir que la niebla era en realidad el vapor de dos dragones que luchaban; uno de agua, el otro de fuego.

—Agua y fuego juntos hacen vapor —decía LuLing en un curioso inglés con acento británico, aprendido en Hong Kong—. Tú sabes. Igual que tetera. Tocas y quemas dedo.

La niebla se alzaba sobre los parapetos del puente, difuminando las luces de los coches. A esas horas, nueve de cada diez conductores estaban borrachos; Ruth lo había leído en algún sitio. O

quizá lo hubiese escrito para un cliente. Se bajó del taburete, pero dejó la ventana abierta.

Las sirenas continuaron sonando. Eran como tubas en una ópera de Shostakovich, cómicamente trágicas. Pero ¿acaso la tragedia era cómica alguna vez? ¿O el público era el único que reía cuando las víctimas caían por una trampa o se topaban con falsos espejos?

Aún sin sueño, Ruth se volvió hacia su escritorio. En ese momento sintió una punzada de preocupación, un aviso de algo que no debía olvidar. ¿Tenía que ver con el dinero, un cliente, una promesa que le había hecho a las niñas? Se puso a ordenar el escritorio, a apilar los libros de consulta, clasificar faxes y borradores por colores, de acuerdo con el cliente o el libro al que pertenecían. Al día siguiente volvería a la rutina y los plazos de entrega, y un escritorio limpio siempre le daba la sensación de un nuevo comienzo y una mente clara. Todo tenía su sitio. Si la prioridad o el valor de un objeto eran cuestionables, lo guardaba en el último cajón de la derecha del escritorio. Pero ahora el cajón estaba lleno de cartas por responder, borradores abandonados, papeles con ideas potencialmente útiles en el futuro. Del fondo del cajón sacó una pila de folios sujetos con un clip, suponiendo que podía deshacerse de lo que fuese que llevara tanto tiempo allí.

Eran páginas escritas en chino, con la letra de su madre. LuLing se las había entregado cinco o seis años antes.

—Viejas cosas sobre mi familia —había dicho con una mezcla de vergüenza y despreocupación, lo que significaba que los papeles eran importantes—. Mi historia, empezando por tiempos de niña. Yo escribo para mí, pero tal vez tú lees, entonces ves cómo crezco y vengo a este país.

En el transcurso de los años, Ruth había oído muchos episodios de la vida de su madre, pero le conmovió la timidez con que le pedía que leyera algo que indudablemente le había costado un gran esfuerzo escribir. Las páginas contenían minuciosas columnas verticales, sin tachaduras, lo que indicaba que su madre las había pasado en limpio.

Ruth había tratado de descifrar el texto. En un tiempo, su madre había forzado nociones de caligrafía china en su reticente cerebro, y todavía reconocía algunos caracteres: «cosa», «yo», «verdad». Pero para entender el resto necesitaría hallar la equivalencia entre los temblorosos trazos de LuLing y los uniformes caracteres del diccionario chino-inglés. «Éstas son las cosas que sé que son verdad», decía la primera frase. Ruth había tardado una hora en traducirla. Se fijó el objetivo de descifrar una frase al día. Y siguiendo su plan, la noche siguiente tradujo otra oración: «Me llamo LuLing Liu Young». Fue sencillo; cinco minutos. A continuación estaban los nombres de los maridos de LuLing, uno de los cuales era el padre de Ruth. Se sorprendió al descubrir que había habido otro. ¿Y qué quería decir con «se llevaron consigo nuestros secretos»? Habría querido averiguarlo en el acto, pero no podía preguntárselo a su madre. Sabía por experiencia lo que pasaba cuando le pedía que tradujera ideogramas chinos. Primero LuLing la reñía por no haber estudiado lo suficiente cuando era pequeña. Después, para explicar cada símbolo, se iba por las ramas del pasado, describiendo con exasperante meticulosidad los infinitos significados de las palabras chinas: «Secreto no significa sólo no poder decir. Puede ser secreto que hace daño, o secreto-maldición, a veces perjudica para siempre, imposible cambiar después...». Seguirían digresiones sobre quién había contado el secreto, sin revelar cuál era dicho secreto, y más digresiones sobre la horrible muerte de la persona en cuestión, sus causas y cómo habría

podido evitarse si mil años antes no hubiese sucedido tal o cual cosa. Si Ruth demostraba impaciencia mientras la escuchaba, LuLing se enfurecía y acababa diciendo que nada de aquello importaba porque pronto también ella moriría, de manera accidental —debido a las desgracias que le habían deseado— o voluntaria. Luego la castigaba con el silencio, un silencio que duraba días o semanas, hasta que Ruth se doblegaba y pedía perdón.

De manera que Ruth no interrogó a su madre. En cambio, decidió esperar hasta poder tomarse unos días libres para concentrarse en la traducción. Se lo comunicó a su madre, y ésta advirtió:

—No esperes demasiado.

Después, cada vez que su madre le preguntaba si había leído su historia, Ruth respondía: «Pensaba hacerlo, pero surgió un problema con un cliente». Se interpusieron otras crisis, relacionadas con Art, las niñas, la casa o las vacaciones.

—Demasiado ocupada para madre —protestaba LuLing—. Nunca demasiado ocupada para cine, viajes, amigas.

El año anterior LuLing había dejado de interrogarla al respecto, y Ruth se preguntaba si se habría dado por vencida. Imposible. Debía de tratarse de un olvido. Por ese entonces las páginas ya estaban en el último cajón del escritorio.

Ahora que las había reencontrado, Ruth se sintió culpable. A lo mejor contrataba a una persona más versada en chino que ella. Art conocería a alguien: un estudiante de lenguas, un profesor retirado lo bastante mayor para conocer los ideogramas tradicionales, y no sólo los simplificados. En cuanto tuviera tiempo, buscaría a alguien. Dejó las páginas encima de la pila y cerró el cajón, sintiéndose menos culpable.

Cuando despertó por la mañana, Art estaba levantado, haciendo sus estiramientos de yoga en la habitación contigua.

—Hola —dijo para sí—. ¿Hay alguien en casa? —Había recuperado la voz, aunque sonaba débil por falta de uso.

Mientras se cepillaba los dientes en el cuarto de baño oyó chillar a Dory:

—Quiero ver eso. ¡Ponlo otra vez! La tele también es mía.

Fia gritó:

—Ese programa es para críos pequeños, y eso es lo que eres tú, buuu, buuu, buuu.

Desde el divorcio de Art las niñas vivían entre Sausalito, donde estaba la casa de su madre y su padrastro, y el piso eduardiano de Art, en Vallejo Street. Semana por medio, los cuatro. —Art, Ruth, Sofía y Dory— se apretujaban en cinco habitaciones minúsculas, una de ellas apenas lo bastante grande para poner una litera. Había un solo cuarto de baño, una antigüalla cuya falta de comodidades exasperaba a Ruth. La bañera con pies de hierro en forma de zarpas era tan reconfortante como un sarcófago, y de los grifos independientes de la pila con pedestal el agua salía o bien hirviendo, o bien helada. Mientras buscaba hilo dental, Ruth tiró otros objetos del alféizar de la ventana: potingues antiarrugas, cremas para las espinillas, cortadores para los pelos de la nariz y un vaso de plástico con nueve cepillos de dientes cuyos propietarios y fecha de aparición eran siempre un misterio. Mientras ponía orden en el caos, unos golpes apremiantes sacudieron la puerta.

—Tendrás que esperar —dijo con voz ronca.

Los golpes continuaron. Echó un vistazo al horario de agosto, que estaba pegado a ambos lados de la puerta. Allí decía con absoluta claridad a quién le tocaba ocupar el baño cada cuarto de hora. Ella se había reservado el último turno, y dado que todos los demás se retrasaban, sufría las consecuencias acumuladas. Debajo del horario las niñas habían añadido reglas, enmiendas y una lista de transgresiones y multas por infracciones relacionadas con el uso de la pila, el inodoro y la ducha, así como una proclama sobre el derecho a la intimidad versus una EMERGENCIA VERDADERA (subrayado tres veces).

Más golpes.

—¡Ruuuuth! ¡Teléfono!

Dory entornó la puerta y le pasó un teléfono inalámbrico. ¿Quién llamaría a las siete y veinte de la mañana? Su madre, sin duda. LuLing sufría una crisis cada vez que Ruth dejaba pasar unos días sin telefonarle.

—¿Has recuperado la voz, Ruthie?

Era Wendy, su mejor amiga. Hablaban prácticamente a diario. Oyó que se sonaba la nariz. ¿Estaba llorando?

—¿Qué ha pasado? —murmuró Ruth. No me lo digas, no me lo digas, pensó al ritmo de su desbocado corazón. Wendy iba a comunicarle que tenía cáncer, Ruth estaba segura. La intranquilidad de la noche anterior empezó a hormigear en sus venas.

—Todavía estoy conmocionada —prosiguió Wendy—. Voy a... Espera un momento; tengo otra llamada.

No debía de ser cáncer, pensó Ruth. Probablemente la habían atracado en la calle, o habían entrado a robar en su casa y ahora la policía llamaba para tomarle declaración. Fuera lo que fuese, era serio; de lo contrario, Wendy no lloraría. ¿Qué le diría? Ruth sujetó el auricular entre la barbilla y el hombro y se mesó la melena corta. Notó que el azogue del espejo estaba cuarteado. ¿O acaso tenía las raíces del pelo blancas? Pronto cumpliría los cuarenta y seis. ¿Cuándo había empezado a perder la grasa infantil de la cara? Pensar que hasta hacía poco le molestaba tener la piel y el rostro de una eterna adolescente. Ahora las arrugas inclinaban hacia abajo las comisuras de su boca. Hacían que pareciese disgustada, igual que su madre. Gracias a Dios, no se asemejaba a ella en otros aspectos. LuLing estaba permanentemente descontenta con todo y con todos. Durante la infancia de Ruth, la había obligado a vivir en un clima de desesperación insoluble. Por eso ahora detestaba las discusiones con Art. Se esforzaba por no enfadarse. Pero a veces perdía la paciencia y estallaba, y después se preguntaba por qué no se había dominado.

Wendy reapareció en la línea.

—¿Sigues ahí? Lo siento. Estamos escogiendo víctimas para la película del terremoto y me llaman millones de personas a la vez. —Wendy era propietaria de una agencia que contrataba figurantes típicos de San Francisco: polis con bigote estilo Dalí, *drag queens* de un metro noventa de estatura, gente de sociedad que, sin saberlo, era una caricatura de sí misma—. Para colmo me siento fatal —añadió Wendy, una pausa para estornudar y sonarse la nariz. Así que no lloraba, advirtió Ruth antes de que el teléfono emitiera dos pitidos—. Mierda —dijo Wendy—. No cuelgues. Espera a que me deshaga de quien quiera que llame ahora.

A Ruth no le gustaba que la hicieran esperar. ¿Qué era tan importante para que Wendy la

llamara a esa hora de la mañana? ¿Habría descubierto que su marido tenía una aventura? ¿Joe? No; el bueno de Joe, no. ¿Entonces, qué?

Art asomó la cabeza por la puerta y señaló su reloj de pulsera. Siete y veinticinco, esbozó con los labios. Ruth iba a decirle que Wendy tenía una emergencia, pero él ya se alejaba por el estrecho pasillo.

—¡Dory! ¡Fia! Daos prisa. Dentro de cinco minutos Ruth os llevará a la pista de patinaje. Preparaos. —Las niñas chillaron y Ruth se sintió como un caballo en la línea de salida de una carrera.

—¡Iré dentro de un segundo! —gritó—. Niñas, si no desayunáis quiero que toméis leche, un vaso entero, para que no caigáis muertas de un shock hipoglucémico.

—No menciones la muerte —replicó Dory—. Detesto que hagas eso.

—Dios, ¿qué pasa ahí? —preguntó Wendy, otra vez en la línea.

—El típico comienzo de semana —respondió Ruth—. El caos es el castigo por el ocio.

—¿Sí? ¿Quién lo dice?

—Yo. Bueno, ¿qué ibas a contarme?

—Primero prométeme que no se lo dirás a nadie. —Wendy volvió a estornudar.

—Claro.

—Ni siquiera a Art, y mucho menos a miss Giddy.

—¿A Gideon? Mmmm, no sé si puedo prometerme eso.

—Anoche mi madre llamó en estado de euforia —comenzó Wendy.

Mientras hablaba, Ruth corrió al dormitorio para terminar de vestirse. Cuando no tenía prisa disfrutaba con las historietas de su amiga. Wendy era una zahorí capaz de detectar curiosas turbulencias en la atmósfera terrestre. Era testigo de escenas estrafalarias: tres albinos sin techo que vivían cerca de Golden Gate Park, un BMW súbitamente devorado por un viejo foso séptico en Woodside, un bisonte paseándose solo por Taraval Street. Asistía a fiestas donde la gente montaba escenas, se embarcaba en aventuras amorosas o suscitaba otros escándalos para renovarse. Ruth pensaba que Wendy ponía chispa en su vida, pero hoy no era un buen día para chispas.

—¡Ruth! —dijo Art en tono apremiante—. Las niñas llegarán tarde.

—Lo siento mucho, Wendy, pero tengo que llevar a las niñas a clase de patinaje...

Wendy interrumpió:

—¡Mi madre se ha casado con su entrenador personal! Para eso me llamó. Él tiene treinta y ocho años y ella, sesenta y cuatro. ¿Puedes creerlo?

—Oh... caray. —Ruth estaba atónita. Imaginó a la señora Scott junto a un novio con pajarita y pantalones cortos de gimnasia, ambos pronunciando los votos matrimoniales sobre una máquina de andar. ¿Estaba disgustada Wendy? Quería decir algo apropiado, pero ¿qué? Unos cinco años antes su madre había tenido una especie de novio, pero el tipo tenía ochenta años. Ruth deseaba que Tin Chu se casara con LuLing y la mantuviera ocupada. Sin embargo, éste había muerto de un ataque de corazón.

—Escucha, Wendy, sé que esto es importante, así que ¿puedo llamarte después de dejar a las niñas?

Tras colgar el auricular, Ruth se recordó las tareas del día. Diez, pensó tocándose en primer lugar el pulgar. Uno, llevar a las niñas a la clase de patinaje. Dos, retirar los trajes de Art de la tintorería. Tres, comprar comida para la cena. Cuatro, recoger a las niñas y llevarlas a casa de una amiga, en Jackson Street. Cinco y seis, llamar a un cliente arrogante, Ted, y luego a Agapi Agnos, que le caía bien. Siete, terminar de bosquejar el capítulo del libro de Agapi Agnos. Ocho, telefonar a su agente, Gideon, a quien Wendy detestaba. Nueve... ¿qué demonios era nueve? Sabía que la décima era la última tarea del día. Debía llamar a Miriam, la ex mujer de Art, para preguntarle si les permitiría tener a las niñas el fin de semana de la cena del Festival de la Luna Llena, la reunión anual de los Young. Este año le tocaba ser la anfitriona.

¿Cuál era la tarea número nueve? Siempre organizaba la jornada de acuerdo con el número de dedos de las manos. Cada día era un cinco o un diez. No era inflexible: a los quehaceres adicionales les asignaba los dedos de los pies, espacio suficiente para diez recados imprevistos. Nueve, nueve... Podía poner llamar a Wendy en el primer puesto y correr todo un número. Pero sabía que esa llamada debía ser un dedo del pie, un extra, un once. ¿Qué era el nueve? Casi siempre se trataba de algo importante, porque el nueve era esencial, un número de plenitud, según su madre, y significaba «No lo olvides, o corres el riesgo de perderlo todo». ¿Tendría algo que ver con su madre? Siempre había un motivo para preocuparse por su madre. No era algo concreto que tuviera que recordar. Era un estado de ánimo.

LuLing le había enseñado el truco mnemotécnico de contar con los dedos. Con este método, su madre jamás olvidaba nada, y mucho menos las mentiras, las traiciones y todas las cosas malas que había hecho Ruth desde su nacimiento. Aún podía verla contando al estilo chino, señalando primero el meñique y doblando cada dedo sobre la palma, un movimiento que Ruth interpretaba como que todas las demás posibilidades y vías de escape quedaban cerradas. Ruth mantenía los dedos abiertos y extendidos, al estilo americano. ¿Qué era el nueve? Se puso unas sandalias. Art apareció en la puerta.

—¿Cariño? No olvides llamar al fontanero por lo del depósito de agua caliente.

El fontanero no sería el número nueve, se dijo Ruth, de ninguna manera.

—Lo siento, cielo, pero ¿no podrías llamar tú? Tengo muchas cosas que hacer.

—Yo tengo reuniones y tres apelaciones pendientes. —Art trabajaba como asesor lingüístico, este año en casos de reclusos sordos que habían sido juzgados y condenados sin intérprete.

Es tu casa, sintió la tentación de responder Ruth. Pero se obligó a parecer razonable, impasible, igual que Art.

—¿No puedes llamar desde la oficina, entre una reunión y otra?

—En ese caso también tendría que llamarte a ti para averiguar cuándo estarás en casa.

—No sé *exactamente* cuándo estaré en casa. Y ya conoces a esos tipos. Dicen que vendrán a la una y aparecen a las cinco. El hecho de que trabaje en casa no significa que no tenga un empleo de verdad. Me espera un día de locos. Para empezar, tengo que... —Comenzó a enumerar sus obligaciones.

Art encorvó los hombros y suspiró.

—¿Por qué tienes que complicarlo todo? Sólo había pensado que si era posible, si tenías tiempo... Bah, olvídalo. —Dio media vuelta.

—Está bien, lo haré. Pero si sales pronto de tus reuniones, ¿podrías venir a casa?

—Claro. —Art le dio un beso en la frente—. Y gracias. No te lo habría pedido si no estuviera hasta el cuello de trabajo. —La besó otra vez—. Te quiero.

Ruth no respondió. Cuando él se hubo marchado, recogió el abrigo y las llaves, y vio a las niñas al final del pasillo, mirándola con expresión crítica. Movi6 el dedo gordo del pie. Doce, agua caliente.

Puso el motor en marcha y pis6 varias veces el freno para cerciorarse de que funcionaba. De camino a la pista de patinaje continu6 preguntándose a qu6 recado correspondería el número nueve. Repas6 el alfabeto, por si alguna letra le refrescaba la memoria. Nada. ¿Qu6 había soñado la noche anterior, cuando por fin se había quedado dormida? Una ventana del dormitorio, una figura oscura al otro lado. Las cortinas, record6 ahora, eran transparentes y ella estaba desnuda. Había mirado hacia arriba y había visto que los vecinos de los apartamentos cercanos sonreían. Habían estado mirando sus momentos más íntimos, sus *partes más íntimas*. Entonces una radio empez6 a atronar. ¡Tuuu, tuu, tuu! «Ésta ha sido una prueba del Sistema Americano de Radiodifusión de la seña de alerta de una catástrofe». Entonces se oy6 otra voz, la de su madre: «¡No, no, esto no prueba! ¡Esto real!». Y la figura oscura al otro lado de la ventana se elev6 y se convirti6 en un maremoto.

Quizá, después de todo, el número nueve estuviera relacionado con el fontanero: maremoto, avería en el depósito de agua caliente. Enigma resuelto. Pero ¿y las cortinas transparentes? ¿Qu6 significaban? Volvi6 a embargarla la preocupación.

—¿Sabes esa chica nueva que le gusta a Darien? —oy6 a Fia decirle a su hermana—. Tiene un pelo increíble. La mataría.

—¡No hables de matar! —protest6 Dory—. ¿Recuerdas lo que nos dijeron el año pasado en la reuni6n de principio de curso? Usa esa palabra y acabarás en la cárcel.

Las niñas viajaban en el asiento trasero. Ruth había sugerido que una se sentara delante para no sentirse como un chófer. Pero Dory había dicho:

—Es más sencillo abrir sólo una puerta.

Ruth no había respondido. A menudo sospechaba que las chicas la estaban poniendo a prueba para averiguar si podían dominarla. De pequeñas la adoraban, Ruth estaba convencida de ello. Lo había percibido con un agradable hormigueo en el corazón. Solían pelearse para darle la mano o sentarse a su lado. Cuando se asustaban, y fingían asustarse con frecuencia, se acurrucaban junto a ella y chillaban como gatitos indefensos. Ahora daba la impresi6n de que rivalizaban para ver qui6n la irritaba más, y a veces necesitaba recordarse que las adolescentes también tenían alma.

A sus trece años, Dory era rechoncha, más corpulenta que su hermana de quince. Se peinaban igual, con la larga melena castaña recogida en una alta coleta que caía como el agua de una fuente. Ruth había notado que sus amigas llevaban un peinado idéntico. A su edad, ella quería tener el pelo largo como las demás chicas pero su madre se lo cortaba. «Pelo largo para doncella suicida», decía LuLing. Y Ruth sabía que se refería a una niñera que se había suicidado cuando su madre era una niña. Ruth había tenido pesadillas con ella, el fantasma del pelo largo, chorreando sangre, pidiendo venganza.

Aparc6 en la zona de descarga de la escuela de patinaje. Las niñas se apearon del coche y se

colgaron la mochila a la espalda.

—¡Hasta luego! —saludaron.

De repente Ruth se fijó en la ropa de Fia: tejanos de talle bajo y una camiseta corta que dejaba al descubierto al menos quince centímetros de barriga. Seguramente llevaba la cazadora cerrada al salir de casa. Bajó la ventanilla y gritó:

—Fia, cariño, ven un segundo... ¿Me equivoco, o tu camiseta se ha encogido radicalmente en los últimos diez minutos?

Dory sonrió de oreja a oreja.

—Te lo dije.

Ruth miró el ombligo de Fia.

—¿Sabe tu madre que llevas eso?

Fia dejó caer la mandíbula en un gesto de falsa sorpresa, su reacción ante la mayoría de las situaciones.

—Me la compró ella, ¿okay?

—Bueno, pues no creo que a tu padre le guste. Quiero que te dejes la cazadora puesta, incluso mientras patinas. Y Dory, si no lo hace, tú me lo dirás.

—¡Yo no soy una soplona!

Fia dio media vuelta y echó a andar.

—¡Fia! ¡Fia! Vuelve aquí. Prométemelo o te llevo a casa a cambiarte de ropa.

Fia se detuvo, pero no se giró.

—De acuerdo —gruñó. Mientras se subía la cremallera de la cazadora, se dirigió a Dory en voz lo bastante alta para que la oyera Ruth—: Papá tiene razón. Le encanta complicar las cosas.

El comentario hirió y humilló a Ruth. ¿Por qué había tenido que decir eso Art, y encima delante de las niñas? Sabía cuánto le dolería. Un ex novio le había dicho en una ocasión que hacía la vida más difícil de lo que era; después de la ruptura, había tenido tanto miedo de que la acusación fuese fundada que se había impuesto la meta de ser razonable, de presentar hechos, nunca quejas. Art lo sabía y le había asegurado que su ex novio era un idiota. Sin embargo, a veces la provocaba diciendo que era como un perro que corre en círculos y se muerde la cola, sin reconocer que la única que salía perjudicada era ella misma.

Ruth recordó un libro que había ayudado a corregir unos años antes, *La física de la naturaleza humana*. El autor había transformado los conceptos básicos de la física en sermones elementales para que la gente tomara conciencia de sus pautas de conducta contraproducentes. «La ley de la gravedad relativa»: aligera. Un problema es tan pesado como tú permites que sea. «El efecto Doppler de la comunicación»: siempre hay una divergencia entre lo que el hablante dice y la intención que le atribuye el oyente. «La fuerza centrífuga de las discusiones»: cuanto más te alejas del núcleo del problema, más rápido escapa de control la situación.

En su momento, Ruth había pensado que las comparaciones y los consejos eran simplistas. Era imposible reducir la vida real a frases de una línea. La gente era más compleja. Al menos ella lo era, ¿no? ¿O sería demasiado complicada? Compleja, complicada, ¿qué diferencia había? Art, por el contrario, era la comprensión personificada. Sus amigas se lo decían a menudo: «Tienes tanta suerte». La primera vez que había oído ese comentario se había sentido orgullosa, pensando que

había escogido bien en el amor. Pero últimamente se preguntaba si querrían decir que Art era admirable por aguantarla a ella. Sin embargo, un día Wendy le había recordado: «Fuiste tú quien dijo que era un maldito santo».

Ruth jamás lo habría expresado en esos términos, pero sabía que la idea era ésa. Antes de enamorarse de Art, lo había admirado por su serenidad y la estabilidad de sus emociones. ¿Seguía admirándolo? ¿Había cambiado él, o ella? Tomó rumbo a la tintorería, meditando sobre estas cuestiones.

Había conocido a Art casi diez años antes, en una clase nocturna de yoga a la que asistía con Wendy. La clase era su primera intentona de hacer ejercicio en muchos años. Ruth era delgada por naturaleza, de manera que no tenía un incentivo para ir al gimnasio.

—¿Mil pavos al año por saltar sobre una máquina que te hace correr como un hámster en una rueda? —se maravillaba.

Le dijo a Wendy que su ejercicio favorito era el estrés.

—Contrae los músculos, aguanta doce horas, afloja hasta contar cinco y vuelve a contraerlos.

Wendy, por el contrario, había engordado dieciséis kilos desde sus días de gimnasta en el instituto y quería volver a ponerse en forma.

—Al menos hagamos la prueba gratuita de estado físico —dijo—. No hay obligación de apuntarse.

Ruth se regodeó en secreto al superar a Wendy en los abdominales. Wendy gritó de alegría al vencer a Ruth en las flexiones de brazos. El índice de grasa corporal de Ruth era de un saludable 24 por ciento. El de Wendy, del 37 por ciento.

—Son los genes de mis antepasados campesinos —se disculpó Ruth con cortesía.

Pero en la prueba de flexibilidad obtuvo el resultado «muy deficiente».

—¡Guau! —exclamó Wendy—. Según esta tabla, estás apenas un punto por encima del rigor mortis.

Más tarde, mientras examinaban el horario de clases del gimnasio, dijo:

—Mira, hacen yoga. He oído que el yoga puede cambiarte la vida. Además, tienen clases nocturnas. —Le dio un codazo a Ruth—. A lo mejor te ayuda a superar lo de Paul.

Esa noche oyeron a dos mujeres hablando en el vestuario:

—El tipo que estaba a mi lado me preguntó si me gustaría acompañarlo a la clase de medianoche, Yoga sin Toga. Ya sabes, la clase *nudista*.

—¿Nudista? ¡Qué descarado! ¿Por lo menos era guapo?

—No estaba mal. Pero ¿te imaginas haciendo ejercicio frente al culo de veinte personas que practican la postura del perro?

Las dos mujeres salieron del vestuario y Ruth se volvió hacia Wendy.

—¿Quién demonios iría a una clase de yoga nudista?

—Yo —respondió Wendy—. Y no me mires así, doña Remilgada. Por lo menos no me aburriré.

—¿Desnuda? ¿Con un montón de desconocidos?

—No, con mi contable, mi dentista, mi jefe. ¿Tú qué crees?

En la abarrotada sala del gimnasio, treinta alumnos, en su mayoría mujeres, delimitaban su territorio y luego movían sus colchonetas cuando llegaban los rezagados. Un hombre desplegó su colchoneta junto a Ruth y ella evitó mirarlo, por si era un descarado. Echó un vistazo alrededor. La mayoría de las mujeres tenían las uñas de los pies limadas y perfectamente pintadas. Los pies de Ruth eran anchos y sus dedos desnudos parecían los cerditos de la rima infantil. Hasta el hombre que estaba a su lado tenía los pies más bonitos; la piel suave, los dedos estrechándose suavemente hacia la punta. Se riñó a sí misma: no debía tener sentimientos agradables hacia los pies de un presunto pervertido.

La clase comenzó con lo que parecía el ensalmo de una secta y continuó con aparentes saludos a un dios pagano. «*Urdhva Muka Svanasana! Adho Muka Svanasana!*». Todo el mundo, salvo Ruth y Wendy, conocía los ejercicios. Ruth siguió a los demás como si jugara a Simón dice. De vez en cuando la profesora, una mujer musculosa, pasaba junto a ella y se inclinaba para enderezar o levantar una parte de su cuerpo. Probablemente parezco una víctima de torturas, pensó Ruth, o uno de esos fenómenos que mi madre vio en China, niños mendigos sin huesos que se contorsionan para entretener a la gente. A esas alturas sudaba copiosamente y había observado al hombre de al lado con suficiente detenimiento para describírselo a la policía. «El violador yogui nudista medía aproximadamente un metro ochenta y dos y pesaba unos setenta y tres kilos. Tenía el pelo oscuro, grandes ojos castaños, cejas pobladas, una barba pulcramente recortada y bigote. Sus uñas estaban limpias y perfectamente limadas».

También era asombrosamente ágil. Podía enlazar los tobillos en la nuca y balancearse como Baryshnikov. Ella, en comparación, parecía una mujer durante un examen ginecológico. Una mujer *pobre*. Llevaba una camiseta vieja y unas mallas desteñidas con un agujero en la rodilla. Al menos era evidente que no buscaba ligarse a nadie, a diferencia de muchas otras, que lucían ropa deportiva exclusiva y un maquillaje perfecto.

Entonces reparó en el anillo del hombre, una gruesa alianza de oro en la mano derecha. En la izquierda no había ningún anillo. No todos los hombres casados usaban alianza, desde luego, pero un anillo de boda en la mano derecha era una señal inconfundible, al menos en San Francisco, de que era homosexual. Ahora que pensaba en ello, había otros signos obvios: la cuidada barba, el torso esbelto, la gracia de sus movimientos. Podía tranquilizarse. Observó que el tipo de la barba se inclinaba hacia adelante, se agarraba los talones y pegaba la frente a las rodillas. Ningún hombre heterosexual sería capaz de hacer eso. Ruth se dobló y balanceó las manos a la altura de las pantorrillas.

Al final de la clase practicaron la postura sobre la cabeza. Los novatos se dirigieron a la pared; los competitivos se elevaron de inmediato, como girasoles hacia el sol del mediodía. Como no quedaba sitio en la pared, Ruth se quedó sentada en la colchoneta. Un instante después oyó que el hombre de la barba le hablaba:

—¿Necesitas ayuda? Puedo sujetarte los tobillos hasta que consigas mantener el equilibrio.

—Gracias, pero paso. Tengo miedo de que me dé una hemorragia cerebral.

Él sonrió.

—¿Siempre vives en un mundo tan peligroso?

—Siempre. Así la vida es más emocionante.

—Bueno, la postura sobre la cabeza es una de las más importantes. Ponerte patas arriba puede transformar tu vida. Puede hacerte feliz.

—¿De veras?

—¿Lo ves? Ya estás riendo.

—Tú ganas —dijo ella, apoyando la coronilla sobre una manta doblada—. Levanta.

Al final de la primera semana Wendy cambió el yoga por un aparato que parecía una calesa oriental con remos. Ruth siguió asistiendo a clases de yoga tres veces a la semana. Había encontrado una actividad física que la distendía. Lo que más le gustaba era concentrarse en la respiración y borrar cualquier otra cosa de la mente. También le gustaba Art, el hombre de la barba. Era simpático y ocurrente. Empezaron a ir a una cafetería cercana después de clase.

Una noche, mientras tomaban un capuchino descafeinado, se enteró de que Art se había criado en Nueva York y era doctor en lingüística por la Universidad de Berkeley.

—¿Qué idiomas hablas? —preguntó Ruth.

—No soy políglota —respondió él—. Tampoco lo son la mayoría de los lingüistas que conozco. Mi especialidad en Berkeley fue el lenguaje Por señas. Ahora trabajo en el Centro para Sordos de la UCFS.

—¿Eres un experto en el silencio? —bromeó ella.

—No soy experto en nada. Pero me gusta el lenguaje en todas sus formas: sonidos y palabras, expresiones faciales, ademanes con las manos, la postura corporal y sus ritmos, lo que la gente piensa pero no dice necesariamente con palabras. Siempre he amado las palabras; su poder.

—¿Y cuál es tu palabra favorita?

—Vaya, excelente pregunta. —Guardó silencio y se acarició la barba con aire pensativo.

Ruth estaba intrigada. Probablemente buscaba una palabra arcaica y de muchas sílabas, una de esas que aparecían en los crucigramas y cuya existencia sólo podía confirmarse en el diccionario.

—Vapores —dijo él por fin.

—¿Vapores? —Ruth pensó en temblores y frío, en brumas y fantasmas de suicidas. Ella jamás habría escogido esa palabra.

—Involucra todos los sentidos —explicó Art—. El vapor puede ser opaco, pero nunca sólido. Lo percibes, pero no tiene forma permanente. Puede estar frío o caliente. A veces huele fatal; otras veces, de maravilla. Algunos vapores son peligrosos y otros inofensivos. Algunos son más brillantes que otros, por ejemplo el del mercurio comparado con el del sodio. Con una simple inspiración, el vapor entra por la nariz y llega a los pulmones. Y el sonido de la palabra, cómo se forma en los labios, los dientes, la lengua (vaporesssss) se eleva, luego se mantiene y por fin se desvanece. Es perfectamente apropiado para su significado.

—Es verdad —convino Ruth—. Vaporessss —repitió, disfrutando del hormigueo en la lengua.

—Y también está la presión del vapor —prosiguió Art—, el equilibrio entre dos estados que se alcanza a los cien grados centígrados. —Ruth asintió con la cabeza, deseando que su expresión reflejara concentración e inteligencia. Se sentía tonta y poco culta—. Tienes agua y un instante después, debido a la presión del calor —hizo un movimiento ondulante con las manos—, se convierte en vapor. —Elevó los dedos, agitándolos suavemente.

Ruth asintió con vehemencia. De agua a vapor; eso lo entendía bastante bien. Su madre solía decir que el fuego y el agua se combinaban para formar vapor, y que aunque éste parecía inofensivo podía ampollarte la piel.

—¿Igual que el yin y el yang? —aventuró.

—La dualidad de la naturaleza. Exactamente. —Ruth se encogió de hombros. Se sentía como una impostora—. ¿Y tú? —preguntó él—. ¿Cuál es tu palabra favorita?

Puso cara de tonta.

—Ay, caray, ¡tengo tantas! Veamos. «Vacaciones». «Lotería». Además de «gratis», «venta», «oferta». Ya sabes, lo normal.

Art rio y ella se sintió complacida.

—En serio —dijo—. ¿Cuál es?

—¿En serio? —Las primeras que le vinieron a la mente parecían trilladas: paz, amor, felicidad. ¿Y qué delatarían sobre ella? ¿Que carecía de esas cosas? ¿Que no tenía imaginación? Contempló la posibilidad de decir «onomatopeya», la palabra con la que había ganado un concurso de ortografía en quinto de primaria. Pero «onomatopeya» era un revoltillo de sílabas sin relación con los sonidos simples que supuestamente representaba: pim, pam, pum—. Aún no tengo ninguna favorita —respondió por fin—. Supongo que hace tanto tiempo que vivo de las palabras que me resulta difícil pensar en algo más que su utilidad.

—¿A qué te dedicas?

—Solía trabajar redactando comunicados de empresa. Luego empecé a hacer correcciones de estilo como *freelance*, y desde hace unos años colaboro más estrechamente en la creación de los textos, sobre todo libros de motivación y superación personal. Cómo mejorar la salud, la vida sexual, el alma; temas por el estilo.

—Eres un médico de libros.

A Ruth le gustó la definición. Médico de libros. Jamás se había catalogado así, ni lo había hecho ninguna otra persona. Casi todo el mundo la llamaba «escritora fantasma», una expresión que detestaba. Su madre estaba convencida de que significaba que podía comunicarse por escrito con fantasmas.

—Sí —respondió—, supongo que podría llamarse así. Pero yo me veo más bien como una traductora, alguien que ayuda a la gente a poner sobre el papel lo que está en su mente. Algunos libros requieren más ayuda que otros.

—¿Alguna vez has deseado escribir tu propio libro?

Ruth titubeó. Claro que sí. Quería escribir una novela al estilo de Jane Austen, un libro sobre las costumbres de las clases altas, una historia que no tuviera nada que ver con su vida. En un pasado lejano había soñado con escribir cuentos como medio de evasión. Podría repasar su vida y convertirse en otra persona. Podría estar en otra parte. En su imaginación, podía cambiarlo todo, su personalidad, su madre, su pasado. Pero la idea de rememorar su vida también la asustaba, como si al basarse exclusivamente en la fantasía fuese a condenar lo que no le gustaba de sí misma o de los demás. Escribir lo que uno deseaba era la forma más peligrosa de hacerse ilusiones vanas.

—Supongo que todo el mundo quiere escribir un libro —respondió—. Pero creo que se me da

mejor traducir lo que quieren decir otros.

—¿Y te gusta? ¿Estás satisfecha con lo que haces?

—Sí, desde luego. A pesar de todo, tengo mucha libertad para hacer lo que quiero.

—Eres afortunada.

—Lo soy —convino—. Ya lo creo.

Era agradable discutir esas cuestiones con él. Con Wendy solía hablar más de frustraciones que de pasiones. Se lamentaban de la misoginia generalizada, los malos modales y las madres depresivas; en sus charlas con Art, en cambio, ambos descubrían cosas de sí mismos y del otro. Él quiso saber qué le entusiasmaba, cuál era la diferencia entre sus deseos y sus objetivos, sus creencias y sus motivaciones.

—¿Diferencia? —preguntó.

—Ciertas cosas las haces para ti —explicó él—. Otras, para los demás. Aunque quizá sean las mismas.

Durante conversaciones semejantes descubrió, por ejemplo, que tenía suerte de ser una escritora *freelance*, un médico de libros. Esos descubrimientos la reconfortaban.

Una noche, unas tres semanas después de conocer a Art, la charla adquirió un tono más personal.

—Francamente, me gusta vivir sola —se oyó decir. Se había convencido de que era verdad.

—¿Y si encontraras a tu pareja ideal?

—Él permanecería ideal en su casa, y yo permanecería ideal en la mía. Así nos evitaríamos broncas sobre quién ha tapado el desagüe del bidé con su vello pubiano.

Art rio.

—¡Caramba! ¿De veras viviste con alguien que se quejaba de eso?

Con la vista fija en la taza de café, Ruth forzó una risita. Era ella la que solía quejarse de eso.

—En lo referente a la limpieza, éramos polos opuestos —respondió—. Gracias a Dios no nos casamos. —Al decir estas palabras, notó que al menos eran sinceras y no una tapadera para el dolor.

—Así que estuviste a punto de casarte.

Nunca había sido capaz de confesarle a nadie, ni siquiera a Wendy, la verdad sobre lo ocurrido entre ella y Paul Shinn. Había comentado con su amiga que Paul la irritaba de muchas maneras y que a veces sentía la tentación de romper con él. Cuando anunció que se habían separado, Wendy exclamó: «¡Por fin te has decidido. Bien hecho!».

Parecía más fácil hablar del pasado con Art, porque no pertenecía a él. Era su compañero de yoga, un ser en la periferia de su vida. Ignoraba sus antiguos deseos y temores. Con él podía diseccionar el pasado con distanciamiento emocional, sinceridad e inteligencia.

—Pensamos en casarnos —dijo—. ¿Cómo no íbamos a hacerlo en cuatro años de convivencia? Pero ¿sabes una cosa? Con el tiempo la pasión se desvanece pero las diferencias no. Un buen día me dijo que había pedido el traslado a Nueva York y que se lo habían concedido.

Ruth recordó que se había quedado de piedra y que se había quejado porque Paul no le había contado sus planes. «Claro que yo puedo trabajar en cualquier sitio —le había dicho, molesta pero al mismo tiempo entusiasmada con la perspectiva de vivir en Manhattan—, pero cortar raíces

es siempre una conmoción, por no mencionar que tendré que separarme de mi madre y adaptarme a una ciudad donde no tengo contactos. ¿Por qué me lo dices en el último minuto?». Era una pregunta retórica. Pero entonces notó que Paul estaba incómodo y callado.

—Yo no me ofrecí a acompañarlo, él no me pidió que lo hiciera —le contó a Art, rehuendo sus ojos—. Fue una ruptura civilizada. Ambos convinimos en que era hora de seguir adelante, aunque por separado. Fue lo bastante decente para culparse a sí mismo. Dijo que era inmaduro, mientras que yo era *responsable*. —Sonrió con expresión tonta, como si esa fuese la cosa más irónica que alguien habría podido decir de ella—. Lo peor fue que se mostrase tan bonachón, como si se avergonzara de romper. Naturalmente, he pasado el último año tratando de analizar qué hicimos, o qué hice yo, para que la relación no funcionara. He repasado casi todas las discusiones que tuvimos. Yo decía que él era imprudente; él, que yo buscaba soluciones difíciles para los problemas sencillos. Yo decía que él nunca planificaba; él, que yo me obsesionaba hasta el punto de matar la espontaneidad. A mí me parecía que era un hombre egoísta, y él creía que yo me preocupaba demasiado, que lo asfixiaba y luego me compadecía de mí misma cuando no caía a mis pies para darme las gracias. A lo mejor los dos teníamos razón, y por eso no éramos el uno para el otro.

Art le tocó la mano.

—Bueno, a mí me parece que perdió una mujer maravillosa. —Ruth experimentó una mezcla de timidez y gratitud—. De veras. Eres maravillosa. Sincera y ocurrente. Inteligente y te interesas por los demás.

—No olvides que también soy responsable.

—¿Qué tiene de malo ser responsable? Ojalá hubiese más gente así. ¿Y sabes una cosa? Estás dispuesta a mostrar tus puntos débiles. Es encantador.

—Eh, vamos.

—Lo digo en serio.

—Bueno, es muy amable de tu parte. El próximo café lo pago yo. —Rio y puso una mano sobre la de Art—. ¿Y tú? Háblame de tu vida amorosa y de todos los desencuentros del pasado. ¿Quién es tu pareja actual?

—Ahora mismo no tengo. Vivo solo la mitad del tiempo, y la otra mitad recojo juguetes y preparo emparedados de mermelada para mis dos hijas.

Fue una sorpresa.

—¿Son adoptadas?

Art pareció perplejo.

—No, son mías. Y de mí ex mujer, desde luego.

¿Ex mujer? Con él conocía a tres homosexuales que habían estado casados.

—¿Y cuánto tiempo estuviste casado antes de salir del armario?

—¿Salir del armario? —Puso cara de horror—. Un momento, ¿crees soy *homosexual*?

Entonces Ruth descubrió su error.

—¡No, claro que no! —se apresuró a decir—. Me refería a... a...

Art reía a mandíbula batiente.

—¿Desde el principio me has tomado por gay?

Ruth se ruborizó. ¡Qué había dicho!

—Fue por el anillo —admitió, señalando la alianza de oro—. La mayoría de las parejas homosexuales que conozco llevan una alianza en esa mano.

Él se quitó el anillo y lo giró a la luz.

—Mi mejor amigo lo hizo especialmente para mi boda —dijo con tono solemne—. Ernesto, un ser extraordinario. Era poeta y orfebre por vocación, pero se ganaba la vida como chófer de limusinas. ¿Ves estas hendiduras? Dijo que eran para recordarme que hay muchos baches en la vida y que debía apreciar lo que se encuentra entre uno y otro. Amor, amistad, esperanza. Dejé de usarlo cuando me separé de Miriam. Cuando Ernesto murió de un tumor cerebral, decidí volver a llevar el anillo para acordarme de él y de lo que me dijo. Era un buen amigo... pero no un amante.

Le tendió el anillo a Ruth para que observara los detalles. Ella lo levantó. Era más pesado de lo que parecía. Lo puso junto a su ojo y miró a Art por el agujero. Era tan tierno. No juzgaba a la gente. Sintió una dolorosa opresión en el corazón y a la vez deseos de reír y gritar. ¿Cómo no iba a enamorarse de él?

Mientras recogía la ropa de Art de la tintorería, Ruth flexionó el dedo gordo del pie y recordó que debía llamar a Wendy. La señora Scott y un jovencito, qué escándalo. Esperaría hasta llegar al aparcamiento del supermercado, pues no quería arriesgarse a sufrir un choque frontal durante una jugosa conversación por el móvil.

Ella y Wendy tenían la misma edad. Se conocían desde sexto de primaria, aunque habían pasado largas temporadas sin verse. Su amistad se había afianzado gracias a contactos casuales y a la perseverancia de Wendy. Aunque Ruth no habría escogido a Wendy como íntima amiga, se alegraba de que hubiese llegado a serlo. Necesitaba el carácter explosivo de Wendy para equilibrar su prudencia; la brutal franqueza de su amiga era un buen antídoto contra su reserva. «Deja de preocuparte por todo», le ordenaba a menudo. O «No tienes por qué ser tan asquerosamente amable todo el tiempo. Haces que yo parezca una grosera de mierda».

Wendy contestó al primer timbrazo.

—¿Puedes creerlo? —dijo, como si no hubiese dejado de repetir esta pregunta desde la última conversación—. Y yo que pensé que se había vuelto loca cuando se hizo un *lifting* en la cara. Anoche me dijo que ella y Patrick lo hacen dos veces por noche. Me lo dice a mí, a la hija que una vez mandó a confesarse por preguntar de dónde venían los niños.

Ruth imaginó a la señora Scott quitándose su traje de Chanel, sus trifocales, su crucifijo de diseño con diamantes, y luego abrazando a su fornido jovencito.

—¡Mi madre tiene una vida sexual más activa que la mía! —exclamó Wendy—. No recuerdo cuándo fue la última vez que tuve ganas de hacer algo en la cama con Joe, aparte de dormir.

Wendy bromeaba con frecuencia sobre la decadencia de su deseo sexual. Pero Ruth no había imaginado que hubiese desaparecido por completo. ¿También le ocurriría a ella? Art y ella ya no eran los amantes apasionados de los primeros tiempos. No programaban tantas veladas románticas y estaban más dispuestos a aceptar el cansancio como excusa. Flexionó un dedo del pie: pedir que me hagan un análisis de estrógenos. Era probable que su inquietud estuviese relacionada con fluctuaciones hormonales. No tenía otra razón para sentirse ansiosa. Su vida no era perfecta, pero sus problemas eran insignificantes. Y debía encargarse de que siguieran siéndolo. Se prometió que

sería más afectuosa con Art.

—Veo que estás disgustada —dijo Ruth con tono comprensivo.

—En realidad estoy más preocupada que disgustada —repuso Wendy—. Esto no es normal. Cuanto más envejece, más infantil es su comportamiento. Y una parte de mí dice: bien por ella, adelante. Pero la otra parte piensa: caray, ¿está loca o qué? ¿Tendría que invertir los papeles y vigilarla para que no se meta en líos? ¿Me entiendes?

—Yo he tenido la misma sensación con mi madre durante toda mi vida —dijo Ruth.

De repente recordó el origen de su inquietud. Su madre debía ir a ver al médico esa tarde a las cuatro. Durante el último año Ruth había estado algo preocupada por la salud de LuLing. No porque hubiese motivos graves; sencillamente, parecía atontada, ida. Al principio había pensado que estaba cansada, que quizá empezara a perder el oído, que su inglés se había deteriorado. Como medida de precaución, también había considerado las peores posibilidades —un tumor cerebral, el Alzheimer, una apoplejía—, creyendo que así se convencería de que no era nada semejante. La historia siempre le había demostrado que se preocupaba sin motivo. Pero una semanas antes, cuando su madre había comentado que tenía una cita para hacerse un chequeo, Ruth le había dicho que la acompañaría.

Finalizada la conversación con Wendy, Ruth se apeó del coche y echó a andar hacia el supermercado, todavía pensando. Nueve, chequeo de mamá. Y empezó a contar con los dedos las preguntas que le haría al médico. Gracias a Dios había recuperado la voz.

2

En la sección de verdulería Ruth se dirigió hacia una caja llena de preciosos nabos. Eran del tamaño de manzanas, simétricos y tersos, con vetas violáceas. Poca gente sabía apreciar la estética de los nabos, pensó mientras escogía los cinco mejores, pero a ella le encantaba su pulpa crujiente y la forma en que absorbían el sabor del líquido en el que estuviesen inmersos, ya fuese salsa de carne o una vinagreta. Le gustaban las verduras que cooperaban. Y los nabos le resultaban particularmente deliciosos cortados en rodajas y adobados con vinagre, chile, azúcar y sal.

Todos los años, antes de la cena familiar de septiembre, su madre ponía a fermentar dos botes de nabos picantes, uno de ellos para. De niña los llamaba *la-la, pica-pica*. Los chupaba y masticaba que sentía la lengua y los labios irritados e hinchados. Todavía se daba un atracón de nabos de vez en cuando. ¿Necesitaría sal? ¿O dolor? Cuando empezaban a escasear, Ruth añadía más nabos en rodajas y una pizca de sal y los dejaba fermentar durante unos días. Art opinaba que sabían bien en pequeñas dosis. Pero las niñas decían queapestaban «como si alguien se hubiese tirado un pedo en el frigorífico». En ocasiones Ruth comía en secreto nabos picantes por la mañana; era su manera de aprovechar el día. Hasta a su madre le parecía extraño.

Su madre... Ruth movió el anular para recordarse otra vez la cita con el médico. A las cuatro. Su jornada laboral quedaría reducida, de manera que tendría que aprovechar el tiempo al máximo. Se dio prisa, cogiendo manzanas verdes para Fia, rojas para Dory y amarillas para Art.

Ante el mostrador de la carne, sopesó sus opciones. Dory no comía nada que tuviese ojos y Fia, desde que había visto la película *Babe*, quería ser vegetariana. Las dos hacían una excepción con el pescado, porque «no era bonito». Cuando lo habían anunciado, Ruth había dicho:

—Si algo no es bonito, ¿su vida vale menos? ¿Una chica que gana un concurso de belleza es mejor que las que no lo ganan?

Fia frunció la cara y replicó:

—¿Qué dices? Los peces no participan en concursos de belleza.

Ruth empujó el carro hacia el mostrador del pescado. Le apetecían gambas enteras, que eran siempre su primera elección. Pero Art no las comía. Decía que el sabor predominante de todo crustáceo o marisco era el del tracto digestivo. Al final se decidió por una lubina chilena.

—Ésa —le indicó al pescadero. Pero enseguida cambió de opinión—. No, mejor deme la más grande.

Quizá invitara a comer a su madre, aprovechando que irían al médico juntas. LuLing siempre

se quejaba de que no le gustaba cocinar para ella sola.

En la cola de la caja, Ruth vio a una mujer con un ramo de tulipanes color marfil y melocotón que debían de costar al menos cincuenta dólares. Le sorprendía que alguna gente comprara flores como si se tratara de un producto esencial, algo tan necesario como el papel higiénico. ¡Y nada menos que tulipanes! ¿Tendría una cena importante en un día laborable? Cuando Ruth compraba flores, estudiaba todos los factores para justificar su elección. Las margaritas eran alegres y baratas, pero tenían un aroma desagradable. Los jacintos eran aún más baratos, pero como decía Gideon, eran lo más bajo en estética floral, las flores que ponían las viejas reinonas encima de los tapetes de encaje heredados de sus abuelas. Los nardos tenían un olor maravilloso y daban un toque arquitectónico, pero en este supermercado eran caros, casi cuatro dólares por tallo. En el mercado de flores costaban sólo un dólar. Le gustaban las hortensias en maceta. Ahora volvía a ser la temporada, y aunque eran muy caras duraban un par de meses siempre que una se acordara de regarlas. El secreto era cortarlas antes de que murieran y luego dejarlas secar en un jarrón de cerámica para mantenerlas como un arreglo floral permanente, o al menos hasta que alguien como Art las tirara a la basura aduciendo que estaban marchitas.

En la casa de la infancia de Ruth no había flores. No recordaba que LuLing las comprara jamás. No fue consciente de que se estuviera privando de algo hasta el día que fue a hacer las compras con tía Gal y sus primas. En un supermercado de Saratoga, una Ruth de diez años había observado cómo metían en el carro todo lo que querían en ese momento, toda clase de delicias que a ella no le permitían comer: chocolate con leche, donuts, comidas preparadas para tomar frente a la tele, cortes de helado, Twinkies. Más tarde se detuvieron en un puesto donde tía Gal compró flores, rosas chinas rosadas, aunque no había muerto nadie ni celebraba ningún cumpleaños.

Al recordarlo, Ruth decidió darse un gusto y comprar una pequeña orquídea con flores nacaradas. Las orquídeas parecían delicadas pero crecían mejor cuando una las descuidaba. Sólo había que regarlas cada diez días. Y aunque a veces eran caras, las flores se mantenían durante más de seis meses, luego entraban en estado de hibernación hasta que la sorprendían a una con nuevos pimpollos. Nunca morían; podías contar con que se reencarnaran eternamente. Un valor perdurable.

Una vez en el piso, Ruth guardó los comestibles, puso la orquídea en la mesa del comedor y entró en su Cuchitril. Le gustaba pensar que el espacio limitado inspiraba una imaginación ilimitada. Las paredes estaban pintadas de rojo con salpicaduras de oro metalizado; idea de Wendy. Una lámpara de escritorio con pantalla de mica ambarina suavizaba la luz del techo. En los estantes laqueados en negro había libros de consulta, en lugar de frascos de mermelada. El teclado estaba sobre una tabla extensible para picar verduras y Ruth había hecho sitio para sus rodillas retirando un costal de harina.

Encendió el ordenador y se sintió agotada incluso antes de empezar. ¿Qué hacía diez años antes? Lo mismo. ¿Qué haría dentro de diez años? Lo mismo. Hasta los temas de los libros que ayudaba a escribir eran parecidos; sólo había cambiado la jerga coloquial. Respiró hondo y llamó a su nuevo cliente, Ted. Su libro *Espiritualidad en Internet* trataba de la ética creada por las conexiones cósmicas de los ordenadores, un tema que el autor consideraba apropiado para el

momento, aunque estaba convencido de que perdería su atractivo si el editor no lo lanzaba al mercado lo antes posible. Lo había dejado dicho en varios mensajes telefónicos durante el fin de semana, cuando Ruth estaba en Tahoe.

—Yo no tengo nada que ver con las fechas de edición —trató de explicar ahora.

—Deje de pensar en las limitaciones —dijo él—. Si escribe este libro conmigo, debe creer en sus principios. Todo es posible siempre que sea bueno para el mundo. Conviértase en una excepción. Viva como una excepción. Y si no puede, tal vez debería preguntarse si es la persona adecuada para este proyecto. Piense en ello; hablaremos mañana.

Ruth colgó el auricular. Pensó en ello. El bien del mundo, musitó era trabajo de su agente. Advertiría a Gideon de que el cliente era un prepotente y que quizá intentara cambiar la fecha de publicación. Estaba vez se mantendría firme. Para hacer lo que quería el cliente y cumplir con el resto de sus compromisos tendría que trabajar veinticuatro horas al día. Seguramente lo habría hecho quince años antes, en la época en que fumaba y creía que estar muy ocupada era señal de que apreciaban su trabajo. Ahora no. Relaja los músculos, se recordó. Volvió a respirar hondo y exhaló mientras miraba los estantes de libros que había ayudado a corregir y escribir.

El culto a la libertad personal. El culto a la comprensión. El culto a la envidia. Biología de la atracción sexual. La física de la naturaleza humana. Geografía del alma. El yin y el yang de la soltería. El yin y el yang de la persona casada. El yin y el yang de los divorciados. Los libros más populares eran *Cómo vencer la depresión con la ayuda de un perro, Posponga sus obligaciones en beneficio propio y Al demonio con la culpa.* El último se había convertido en un polémico éxito de ventas. Lo habían traducido al alemán y al hebreo.

En el negocio de coautores, «Ruth Young» era el nombre en letra pequeña precedido por un «con la colaboración de...» si es que aparecía. Después de quince años de actividad, tenía casi treinta y cinco libros en su curriculum. La mayoría de los primeros encargos habían procedido de clientes del mundo de la comunicación empresarial. Poco a poco había adquirido experiencia en la comunicación en general, luego en problemas de comunicación, pautas de conducta, trastornos emocionales, relaciones entre mente y cuerpo y despertar espiritual. Llevaba en ese campo lo suficiente para haber visto como los términos evolucionaban, pasando sucesivamente de «chakras» a «chi», «prana», «energía vital», «fuerza vital», «fuerza biomagnética», «campos bioenergéticos» y, finalmente, de vuelta a los «chakras». En las librerías, las palabras de sabiduría de sus clientes casi siempre acababan en las secciones populares o poco cultas Autoayuda, Bienestar, Motivación, New Age. Habría deseado trabajar en libros dignos de catalogarse como Filosofía, Ciencia, Medicina.

En términos generales los libros que ayudaba a escribir eran interesantes, se recordaba a menudo, y si no lo eran tema el deber de *hacerlos* interesantes. Y aunque ella misma restaba importancia a su trabajo, lo hacía como una demostración de modestia y le molestaba que los demás no lo tomaran en serio. Ni siquiera Art reconocía la dificultad de su labor. Claro que en parte era culpa suya. Le gustaba aparentar que era sencillo. Quería que los demás descubrieran por sí mismos su maravillosa capacidad para trocar la basura en oro. Nunca lo hacían, desde luego. No imaginaban cuanto costaba ser diplomática, extraer una prosa colorida de unas divagaciones incoherentes. Debía asegurar a los clientes que su reestructuración de la obra

permitía que las palabras siguieran sonando expresivas, inteligentes y relevantes. Tenía que recordar que los autores veían sus libros como formas simbólicas de la inmortalidad, creyendo que las palabras en la página impresa durarían más que su cuerpo. Y cuando el libro se publicaba, Ruth permanecía a la sombra, sentada en silencio en fiestas donde los autores recibían halagos por su genialidad. A menudo decía que no necesitaba el reconocimiento del mundo para sentirse satisfecha, pero no era del todo cierto. Quería *cierto* reconocimiento, y no de la clase que había recibido dos semanas antes, durante la fiesta por los setenta y siete años de su madre. Tía Gal y tío Edmund habían llevado a una amiga de Portland, una mujer mayor con gafas gruesas, que pregunto a Ruth a que se dedicaba.

—Soy colaboradora literaria —respondió ella.

—¿Por qué dices eso? —la riño LuLing—. Suena mal, igual que traidor o espía.

Entonces tía Gal anuncio con autoridad.

—Es una «escritora fantasma», una de las mejores ¿Ha visto esos libros que dicen «como se lo contó a...» en la tapa? Eso es lo que hace Ruth. La gente le cuenta historias y ella las escribe palabra por palabra, tal como se las cuentan Ruth no tuvo tiempo de corregirla.

—Como las estenógrafas de los tribunales —dijo la mujer—. He oído que tienen que ser muy rápidas y meticulosas. ¿Ha recibido una formación especial?

Antes de que Ruth pudiera responder, tía Gal dijo con alegría:

—¡Ruthie, deberías escribir mi historia! Es muy emocionante, además de real. Aunque no sé si podrías seguirme, porque hablo muy rápido.

LuLing se apresuro a intervenir.

—Ella no solo escribe a máquina, ¡mucho trabajo! —Ruth agradeció la inesperada defensa de su madre, hasta que esta añadió—: ¡También corrige ortografía!

Ruth alzo la vista de las notas sobre su conversación telefónica con el autor de la espiritualidad en Internet y se recordó todas las cosas buenas de su vida. Trabajaba en casa, le pagaban bien, contaba con el aprecio de los editores y también de los agentes publicitarios, que la llamaban para discutir algunos puntos antes de concertar entrevistas para los autores. Siempre estaba ocupada, a diferencia de algunos escritores *freelance* que vivían preocupados porque el trabajo les caía con cuentagotas.

Muy ocupada, mucho éxito —había dicho su madre recientemente, después de que Ruth se disculpara porque no tenía tiempo para verla—. No tiempo —añadió LuLing—, porque cada minuto necesitas cobrar dinero. ¿Qué tengo que pagar, cinco dólares, diez dólares, y entonces vienes a verme?

La verdad era que Ruth no tenía muchos ratos de ocio, al menos según su concepto del ocio. El tiempo de ocio era el más precioso, el que uno debía usar para hacer lo que amaba, o como mínimo para relajarse y recordar qué cosas hacían que la vida fuese feliz y mereciera la pena. Pero el suyo casi siempre lo usurpaban actividades que en su momento parecían urgentes y más tarde, innecesarias. Wendy decía otro tanto:

—El tiempo de ocio ya no existe. Hay que organizarlo atribuyéndole un valor en dólares. Vivimos bajo la constante presión de sacar el máximo provecho al descanso, la relajación y los restaurantes en los que cuesta encontrar sitio.

Después de oír eso, Ruth empezó a angustiarse menos por las limitaciones de tiempo. No era culpa suya si el día no tenía suficientes horas para hacer todo lo necesario. El problema era universal. Pero ¿cómo explicárselo a su madre?

Sacó las notas para el capítulo siete del último libro de Agapi Agnos, *Cómo desagrar al niño agraviado*, y marcó el número de la autora. Era una de las pocas personas que sabía que el verdadero nombre de Agapi era Doris DeMatteo, y que había escogido su seudónimo porque *agapi* significaba «amor» y *agnos* «ignorancia», que ella redefinía como una clase de inocencia. Así firmaba sus libros: «Amor e inocencia, Agapi Agnos». A Ruth le gustaba trabajar con ella. Aunque Agapi era psiquiatra, no la intimidaba. Sabía que gran parte de su atractivo procedía de su aire a Zsa-Zsa Gabor, su acento, la actitud seductora e inteligente que adoptaba cuando respondía preguntas en las entrevistas de radio y televisión.

Durante la conversación telefónica, Ruth repasó el capítulo que presentaba los cinco «noes» y los diez «síes» para ser mejor padre.

—Querida —dijo Agapi—, ¿por qué siempre ha de ser una lista de cinco o de diez? No puedo limitarme a esos números en todos los casos.

—Para la gente es más sencillo memorizar series de cinco y de diez puntos —respondió Ruth—. Leí un estudio al respecto. —¿Lo había leído?—. Quizá tenga que ver con la costumbre de contar con los dedos.

—Eso es perfectamente lógico, querida. ¡Sabía que debía haber una razón!

Después de colgar, Ruth empezó a trabajar en un capítulo titulado «Ningún niño es una isla». Puso una cinta donde conversaban ella y Agapi.

—... El progenitor, ya sea de manera intencional o no, impone una cosmovisión al niño pequeño... —Agapi hizo una pausa—. ¿Quieres añadir algo?

¿Qué le había inducido a pensar que quería decir algo? Ruth rara vez interrumpía a la gente.

—Deberíamos definir «cosmovisión» —se oyó decir—, quizá entre guiones. No queremos que la gente piense que hablamos de cosmética o astrología.

—Sí, sí, excelente idea, querida. Cosmovisión, veamos... lo que creemos, de manera subconsciente, implícita, o ambas cosas, sobre cómo funciona el universo... ¿quieres añadir algo?

—Los lectores pensarán que hablamos de los planetas o de la teoría del BigBang.

—¡Eres tan escéptica! De acuerdo, escribe tú la definición, pero incluye algo sobre cómo cada uno de nosotros encaja en la familia, la sociedad, y las comunidades con las que entramos en contacto. Habla de estos roles, además de cómo creemos que se nos asignan, si por destino, suerte, casualidad, autodeterminación, etcétera, etcétera. Ah, y haz que suene atractivo y fácil de entender, cariño.

—Tranquila.

—De acuerdo, damos por sentado que todo el mundo entiende lo que es la cosmovisión. Continuamos diciendo que los padres transmiten su cosmovisión a los niños a través de sus conductas y reacciones en situaciones cotidianas, a menudo triviales... Pareces desconcertada.

—Dame ejemplos de situaciones cotidianas.

—La cena, por ejemplo. Puede que siempre cenem a la seis y que mamá sea una gran planificadora, que la cena sea un rito, aunque en ella no pase nada, no se hable, a menos que se

discuta. O que para cenar cada uno coma por separado, arreglándoselas como puede. Con estos contrastes, el niño crecerá pensando o bien que el día y la noche son previsibles, aunque no siempre agradables, o bien que el mundo es caótico, un sitio sin reglas donde cada cual hace lo que quiere. Algunos niños maduran sin problemas con independencia de las influencias tempranas. Otros, sin embargo, se convierten en adultos que necesitan una psicoterapia muy, muy cara durante el resto de su vida.

Ruth oyó su propia risa en la grabación. A diferencia de Wendy, nunca había hecho terapia. Dado que trabajaba con muchos terapeutas, sabía que eran seres humanos llenos de debilidades y que también ellos necesitaban ayuda. Y mientras Wendy pensaba que merecía la pena saber que un profesional se dedicaba en exclusiva a ella durante dos horas semanales, Ruth jamás habría pagado ciento cincuenta dólares por sesión para escucharse hablar. Wendy a menudo le decía que debía consultar a un psicólogo sobre su compulsión con los números. Para Ruth, sin embargo, contar no era un acto compulsivo sino práctico; servía para recordar cosas y no para evitar una consecuencia absurda y supersticiosa.

—Ruth, querida —prosiguió la voz grabada de Agapi—. ¿Puedes mirar la carpeta rotulada «Casos fascinantes» y escoger ejemplos apropiados para este capítulo?

—De acuerdo. ¿Y qué te parece si incluimos una sesión sobre la cosmovisión transmitida por la televisión en su papel de niñera artificial? Es sólo una sugerencia, pero también podría ser una buena estrategia para atraer la atención de los programas de entrevistas de radio y televisión.

—Sí, sí, estupendo. ¿Qué programas te parecen más apropiados?

—Bueno, podríamos empezar por los años cincuenta, con *Howdy Doody* y *El club de Mickey Mouse*, y llegar a los más actuales, como *Los Simpson* y *South Park*.

—No, querida, me refiero a qué programas debería ir yo. *Sixty minutes*, *Today*, *Charlie Rose*... Ah, me encantaría salir en este último, ese hombre es tan atractivo...

Ruth tomó notas y comenzó a bosquejar el capítulo. Sin duda Agapi la llamaría esa noche para discutir lo que había escrito. Ruth sospechaba que era la única escritora en activo que creía que un plazo de entrega era una fecha real.

A las once sonó la alarma de su reloj de pulsera. Movié un dedo: ocho, llamar a Gideon. Cuando lo localizó, comenzó comunicándole las exigencias del autor de *La espiritualidad en Internet*.

—Ted pretende que posponga todo lo demás y dé prioridad absoluta a su proyecto con el fin de adelantar la fecha de edición. Me puse firme y le dije que no podía, pero él también se puso firme y sugirió que podía reemplazarme por otro escritor. Francamente, para mí sería un alivio que me despidiera —dijo Ruth. Se estaba preparando para el mal trago.

—No lo hará —respondió Gideon—. Tú cederás, como de costumbre. Antes de una semana llamarás a Harper San Francisco y los convencerás de que cambien la fecha.

—¿Por qué lo dices?

—Afróntalo, cielo, eres una mujer complaciente. Siempre estás dispuesta a dar el brazo a torcer. Y tienes la habilidad de conseguir que los más imbéciles se crean genios.

—Cuidado —dijo Ruth—, estás describiendo a una puta.

—Es verdad. Como colaboradora, eres el sueño de cualquiera —prosiguió Gideon—.

Escuchas las memeces que dicen tus egocéntricos clientes. Te atropellan, y tú lo aceptas. Eres fácil de manipular.

¿Por qué no estaría Art allí para oír eso? Habría querido jactarse: ¿Lo ves? Los demás no me consideran complicada. Entonces cayó en la cuenta de que Gideon la estaba calificando de incauta. Y no lo era, pensó. Conocía sus limitaciones, pero no le gustaba crear conflictos por cosas que no eran verdaderamente importantes. No entendía a la gente que disfrutaba con las discusiones y que siempre pretendía tener razón. Su madre era así, ¿y qué había conseguido? Nada, salvo desdicha, insatisfacción y furia. De acuerdo con la cosmovisión de LuLing, el mundo estaba en contra de ella y nadie podía cambiar eso, porque era una maldición.

En opinión de Ruth, su madre se enzarzaba en peleas debido principalmente a su deficiente inglés. No entendía a los demás, o los demás no la entendían a ella. Ruth solía pensar que ella sufría las consecuencias. Lo más paradójico era que LuLing estaba *orgullosa*, de haber aprendido el idioma sola, del inglés macarrónico que había adquirido en China y Hong Kong. Y desde que se había trasladado a Estados Unidos, hacía ya cincuenta años, ni su vocabulario ni su pronunciación habían mejorado. Un caso muy distinto del de su hermana GaoLing, que había llegado al país aproximadamente en la misma época y hablaba un inglés casi perfecto. Era capaz de describir las diferencias entre la crinolina y el organdí y de llamar por su nombre a los árboles que le gustaban: roble, arce, ginkgo o pino. Para LuLing, las telas se clasificaban en «cuesta mucho», «demasiado resbalosa», «rasca piel», y «dura mucho». Y reconocía dos clases de árboles: «da sombra» y «pierde hojas todo el tiempo». Ni siquiera sabía, pronunciar bien el nombre de su hija. En su infancia, a Ruth le mortificaba que la llamara a gritos por la calle: «¡Luti! ¡Luti!». ¿Por qué le había puesto un nombre con sonidos que era incapaz de pronunciar?

Pero lo peor era lo siguiente: como hija única de una viuda, Ruth siempre había estado obligada a ser la portavoz de su madre. Cuando contaba apenas diez años, Ruth era la angloparlante «señora LuLing Young» por teléfono, la que concertaba citas con el médico, la que escribía cartas al banco. En una ocasión había tenido que redactar una humillante carta dirigida al sacerdote.

—Luti da mucho problema —dictó LuLing, como si su hija fuese invisible—, puede que la mande a Taiwán, escuela para niños malos. ¿Qué piensa?

Ruth corrigió la carta:

«Quizá Ruth debería asistir a la escuela superior en Taiwán, donde podría aprender los modales y costumbres de una señorita. ¿Cuál es su opinión?».

En cierto modo, pensó Ruth ahora, su madre le había enseñado a ser un médico de libros. Tenía que revisar la vida con el fin de mejorarla.

A las tres y diez Ruth pagó al fontanero. Art no había vuelto a casa ni llamado por teléfono. No necesitaban una pieza de recambio sino un calentador nuevo. Y debido a la filtración, el fontanero había tenido que cortar la electricidad de todo el piso mientras aspiraba con máquina el agua estancada y retiraba el depósito antiguo. Ruth había podido trabajar.

Se le hacía tarde. Envío un fax a Agapi con el bosquejo del capítulo y corrió por la casa, recogiendo notas, el teléfono móvil, la agenda. Una vez en el coche, se dirigió a Presidio Gate, cruzó el bosque de eucaliptos y salió a California Street. Su madre vivía a unas cincuenta

manzanas hacia el oeste, en la parte de San Francisco conocida como Sunset, cerca de Land's End.

Se trataba de una visita de rutina. Hacía varios años que su madre no se sometía al chequeo anual, a pesar de que estaba incluido en su póliza médica. LuLing nunca estaba enferma. Ruth no recordaba cuándo había sido la última vez que había tenido la gripe o un simple resfriado. A sus setenta y siete años, su madre no sufría ninguno de los trastornos geriátricos habituales: artritis, colesterol u osteoporosis. Su dolencia más grave —de la que se quejaba con frecuencia a Ruth, dándole un montón de desagradables detalles— era el estreñimiento.

Sin embargo, en los últimos tiempos Ruth había notado que su madre no parecía exactamente olvidadiza, sino más bien confundida. Decía «lazo» por «papel de regalo», o «sobre» por «sello». Ruth había hecho una lista de ejemplos para comentárselos al médico. También debía mencionarle el accidente ocurrido en marzo. LuLing había empotrado su coche en la parte trasera de un camión. Por suerte, sólo se había golpeado la cabeza contra el volante y no había herido a nadie. Su coche había quedado destrozado.

—Me dio susto de muerte —había contado LuLing—. Casi cayó la piel.

Culpaba a una paloma que había aparecido ante el parabrisas. A lo mejor, pensó ahora Ruth, el aleteo no se había producido en el exterior, sino en la cabeza de su madre, una apoplejía, y el golpe en la cabeza había sido más grave de lo que creían, una contusión, una fractura de cráneo. Con independencia de lo que hubiese ocurrido, el informe de la policía y la compañía de seguros culparon a LuLing, no a la paloma. LuLing se enfadó tanto que canceló el seguro y luego protestó cuando se negaron a hacerle otra póliza.

Ruth había comentado el incidente con Agapi Agnos, quien señaló que, en los ancianos, la falta de atención y la ira podían estar asociadas con una depresión.

—Mi madre ha estado deprimida y enfadada durante toda su vida —dijo Ruth. No mencionó sus amenazas de suicidio, tan frecuentes que trataba de no darles importancia.

—Conozco terapeutas excelentes que han trabajado con pacientes chinos —dijo Agapi—. Son muy buenos con las diferencias culturales. Pensamiento mágico, antiguas presiones sociales, el flujo del chi...

—Créeme, Agapi, mi madre no se parece en nada a otros chinos. —Con frecuencia deseaba que se asemejara más a tía Gal, que no hablaba de fantasmas, ni de la mala suerte ni de las múltiples formas en que podía morir.

—De todas maneras, querida, deberías llevarla al médico para que le hicieran una buena revisión. Y dale un gran abrazo de mi parte.

Era una idea conmovedora, pero Ruth y LuLing rara vez se abrazaban. Cuando Ruth lo intentaba, su madre ponía los hombros rígidos, como si estuviesen a punto de atacarla.

De camino al edificio de LuLing, Ruth se adentró en la típica niebla estival. Luego pasó una manzana tras otra de bungalós construidos en los años veinte, casas aparecidas en los treinta y anodinos bloques de apartamentos de los sesenta. Los cables eléctricos, tendidos desde las casas a los postes, y desde los postes a las casas, estropeaban la vista del mar. La bruma marina había manchado muchos ventanales. Los bajantes y canalones estaban herrumbrosos, al igual que los parachoques de los coches viejos. Torció por una de edificios altos, torpes intentos de imitar la elegancia arquitectónica de la Bauhaus, y pequeños jardines con arbustos podados de formas

extrañas, como las algodonosas patas de los caniches de exhibición.

Aparcó enfrente de la casa de LuLing, un edificio con dos viviendas de estilo mediterráneo, fachada curva color melocotón y un falso mirador con una reja de hierro forjado. En un tiempo, LuLing se enorgullecía de su pequeño jardín. Solía regar y podar el seto personalmente y alinear las piedras blancas que flanqueaban el corto sendero. Cuando Ruth vivía en casa su obligación era cortar los nueve metros cuadrados de césped. LuLing protestaba si los bordes tocaban la acera. También se quejaba de las manchas de orina que dejaba el perro de enfrente. «Luti, di a hombre que no permita hacer eso a perro». A regañadientes, Ruth cruzaba la calle, llamaba a la puerta, preguntaba al vecino si había visto un gato negro y blanco, y regresaba para decirle a su madre que el hombre había dicho que lo intentaría. Cuando se marchó a la universidad y volvía a casa de visita, su madre seguía mandándola a quejarse al vecino en cuanto aparecía en el umbral. La treta del gato desaparecido estaba demasiado trillada y era difícil encontrar excusas nuevas para ir a la casa de enfrente. Ruth solía dejarlo para más tarde, y LuLing refunfuñaba porque cada vez había más manchas y porque Ruth era holgazana, olvidadiza, no se preocupaba por la familia, etcétera, etcétera. Ésta fingía no oírla y leía o miraba la televisión.

Un día Ruth se armó de valor y le dijo a su madre que debería contratar a un abogado para demandar al vecino o a un jardinero que arreglara el jardín. Se lo había sugerido su compañera de cuarto, según la cual Ruth estaba loca por permitir que su madre la mandoneara como si tuviese seis años.

—¿Acaso te paga para que des la cara por ella? —había dicho su compañera de cuarto mientras exponía sus razones—. Bueno, la verdad es que me da dinero para mis gastos —reconoció Ruth.

—Sí, todos los padres hacen lo mismo. Es lo más lógico. Pero eso no le da derecho a tratarte como a una esclava.

Respaldada por esa opinión, Ruth encaró a su madre:

—Si tanto te molesta, solúcionalo tú.

LuLing la miró fijamente y en silencio durante cinco minutos enteros. Después estalló como un géiser.

¿Tú deseas que yo muera? ¿No quieres madre que diga lo que tienes que hacer? Bueno, ¡quizá yo muero pronto!

Eso bastaba para que Ruth desfalleciera, para que se sintiese conmocionada, incapaz de mantener la serenidad. Las amenazas de LuLing eran como un terremoto. Ruth sabía que el potencial estaba allí, que por debajo de la superficie los temblores podían comenzar en cualquier momento. A pesar de saberlo, cuando se producían se asustaba y quería huir antes de que el mundo se derrumbara.

Curiosamente, después de aquel incidente LuLing no volvió a mencionar al perro que se meaba en su jardín. En cambio, siempre que Ruth iba a visitarla agarraba una pala, se ponía a cuatro patas, excavaba con esfuerzo en las zonas marchitas y volvía a sembrar césped, quince centímetros cuadrados por vez. Ruth sabía que era un chantaje emocional, pero no podía evitar que le doliera el estómago mientras fingía indiferencia. Al final LuLing contrató a alguien que se ocupara de las manchas amarillas: un albañil que construyó un armazón y un molde y cubrió el

jardín con rombos de cemento rojos y blancos. El sendero particular también era rojo. Con los años, los rombos rojos se decoloraron y los blancos se ensuciaron. En algunas zonas parecía haber habido levantamientos de volcanes liliputienses. Hierbas espinosas y matas pajizas brotaban de las grietas. Debería llamar a alguien que renovara ese sitio, pensó Ruth mientras se aproximaba. Le entristecía que su madre hubiera dejado de preocuparse por las apariencias. También se sentía culpable por no ayudarla más con la casa. Quizá enviara al encargado de mantenimiento del edificio de Art para que se ocupara de la limpieza y las reparaciones.

Cuando Ruth se acercaba a la escalera que conducía a la vivienda de arriba, la vecina de abajo salió de su casa y le indicó que quería hablar con ella. Francine era una treintañera con pinta de anoréxica que parecía usar una piel de la talla treinta y seis sobre un cuerpo de la talla treinta. A menudo se quejaba a Ruth por el estado del edificio. Había cortocircuitos continuos en la instalación eléctrica. Los detectores de humo eran viejos y debían cambiarse. Los peldaños de la puerta trasera estaban desnivelados y podían causar un accidente... o una demanda judicial.

—¡Nunca contenta! —decía LuLing.

Ruth sabía que no debía aliarse con la inquilina. Pero le preocupaba que algún día se produjera un problema, como un incendio, y temía los titulares de los periódicos: «Detenida la propietaria de una casa ruinoso por no cumplir con las normas de seguridad». Por lo tanto, se ocupaba en secreto de los problemas más fáciles de resolver. Cuando le pagó a Francine un nuevo detector de humos, LuLing se enteró y se puso histérica.

—¿Crees que ella tiene razón y yo equivocada? —Igual que durante toda la infancia de Ruth, la ira de LuLing fue en aumento hasta que sólo le quedó voz para soltar la amenaza de costumbre —: ¡Quizá yo muerdo pronto!

—Deberías hablar con tu madre —decía ahora Francine con voz quejumbrosa—. Me ha estado acusando de no pagar el alquiler. Y yo siempre pago puntualmente, el primer día del mes. No sé qué le pasa, pero no para de darme la lata; parece un disco rayado. —A Ruth se le cayó el alma a los pies. No quería oír aquello—. Hasta le enseñé el recibo y me dijo: «¿Ve? Todavía tiene el talón». Fue extraño, como si desvariara.

—Yo lo aclararé —respondió Ruth.

—Me acosa constantemente. Me está volviendo loca.

—Lo solucionaré.

—Eso espero, porque estaba a punto de llamar a la policía y solicitar una orden de alejamiento.

¿Una orden de alejamiento? ¿Quién era la loca?

—Lamento lo ocurrido —dijo Ruth, y recordó un libro en el que había colaborado y que aconsejaba hacerse eco de los sentimientos de los niños—. Es lógico que esté molesta cuando es evidente que no ha hecho nada malo.

La táctica funcionó.

—De acuerdo —dijo Francine. Retrocedió y desapareció en su casa como el cuclillo de un reloj suizo.

Ruth usó su llave para entrar en la casa de su madre. Oyó que LuLing decía:

—¿Por qué tan tarde?

Sentada en su sillón tapizado en piel sintética, LuLing parecía una niña enfurruñada en un trono. Ruth la miró con atención, buscando indicios de deterioro: un tic en un ojo, o quizá una ligera parálisis en un lado de la cara.

Nada, era la mamá de siempre. Llevaba la rebeca morada con botones dorados, su favorita, pantalones negros y zapatos sin tacón del número 35. Tenía el pelo peinado hacia atrás y cogido, igual que Fia y Dory, aunque en lugar de una coleta llevaba un moño al que había añadido volumen con un postizo y luego cubierto con una redecilla. Su cabello era negro azabache, salvo en las raíces de la coronilla, un punto que no veía lo bastante bien para aplicarse suficiente tinte. Desde lejos parecía una mujer mucho más joven; de unos sesenta años, en lugar de setenta y siete. Su piel era tersa y uniforme, de manera que no necesitaba maquillaje ni polvos compactos. Las finas arrugas que surcaban sus mejillas sólo se veían a treinta centímetros de distancia. Las más profundas estaban junto a las comisuras de su boca, que a menudo, como ahora, se inclinaban hacia la barbilla.

—Dijiste que visita al médico a la una.

—Dije que la cita era a las cuatro.

—¡No! Una en punto. Dijiste está preparada. Así que yo preparo y tú no vienes.

Ruth sintió que la sangre abandonaba su cabeza. Decidió usar otra táctica.

—Bueno, llamaré al médico para ver si puede atendernos a las cuatro.

Fue hacia la parte trasera de la casa, cruzando la estancia donde su madre pintaba y hacía caligrafía, hasta su antigua habitación. Sobre el tablero de dibujo de su madre había una hoja grande de papel para acuarelas. LuLing había empezado un cuadro-poema, pero lo había interrumpido en la mitad de un ideograma. El pincel estaba encima del papel, con la punta seca y dura. LuLing no era descuidada. Solía ser maniáticamente escrupulosa con sus pinceles, que lavaba con agua mineral, jamás del grifo, para que el cloro no los estropeará. Tal vez hubiera salido corriendo al oír el zumbido de la tetera. O el timbre del teléfono; una de las dos cosas. Pero entonces Ruth se fijó mejor en el dibujo. Su madre había tratado de escribir el ideograma una y otra vez, deteniéndose siempre en el mismo punto ¿Qué ideograma era aquél? ¿Y por qué lo dejaba a medias?

Cuando Ruth era pequeña, su madre complementaba su sueldo de ayudante de maestra con trabajos adicionales, uno de los cuales era la caligrafía bilingüe, china e inglesa. Hacía carteles para supermercados y joyerías de Oakland y San Francisco, rimas de la buena suerte para la inauguración de restaurantes, bandas para coronas mortuorias invitaciones para bodas y bautizos. Durante años, la gente le había dicho a Ruth que su madre era una artista de la caligrafía, con un estilo clásico y excelso. Ésa era la tarea que le había ayudado a forjarse una buena reputación, y Ruth había contribuido a su éxito corrigiendo la ortografía de las palabras inglesas.

—Es pomelo —dijo en una ocasión la Ruth de once años, irritada—, no poleo. Es una fruta; no una hierba.

Esa noche LuLing empezó a enseñarle los rudimentos de la caligrafía china, y Ruth supo que era un castigo por lo que le había dicho antes.

—Mira —ordenó LuLing en chino. Molió una varilla de pigmento en un mortero y añadió agua salada con un gotero, en dosis del tamaño de lágrimas—. Mira —repitió y escogió un pincel de

entre las docenas que colgaban con las cerdas hacia abajo.

Los ojos soñolientos de Ruth trataron de seguir la mano de su madre mientras mojaba el pincel en la tinta y lo sujetaba casi perpendicular al papel, con el codo y la muñeca suspendidos en el aire. Por fin empezó, con ligeras oscilaciones de muñeca que hacían que la mano subiera y bajara sinuosamente, como una polilla, por la brillante superficie del papel. Pronto se formaron las estilizadas imágenes: «¡Todo a mitad de precio! ¡Descuentos increíbles por cierre del negocio!».

—Escribir ideogramas chinos —explicó su madre— no se parece en nada a escribir palabras inglesas. Piensas de manera diferente. Sientes de manera diferente.

Y era verdad: LuLing era otra persona cuando escribía y pintaba. Serena, organizada, decidida.

—*Bao Bomu* me enseñó a escribir —contó una noche—. Me enseñó a pensar. Cuando escribes, dijo, debes fluir libremente, igual que tu corazón. —Para demostrarlo, escribió el ideograma correspondiente a «corazón»—. ¿Lo ves? Cada trazo tiene su propio ritmo, su equilibrio, su sitio preciso. *Bao Bomu* decía que en la vida todo debería ser igual.

—¿Quién era *Bao Bomu*? —preguntó Ruth.

—La mujer que me cuidaba cuando era una niña. Me quería mucho, igual que una madre. *Bao* significa «querida» y junto con *bomu* «tita querida». Ah, *Bao Bomu*, el fantasma loco.

LuLing empezó a dibujar una sencilla línea vertical. Pero los movimientos no eran sencillos. Apoyó en el papel la punta del pincel, que quedó como una bailarina *sur les pointes*. Los pelos se inclinaron ligeramente en una especie de reverencia, y luego, como si un viento caprichoso los empujara, se ondularon hacia la derecha, hicieron una pausa, dieron medio paso a la izquierda y se elevaron. Ruth suspiró. ¿Para qué intentarlo siquiera? Su madre se enfadaría porque no lo hacía bien.

Algunas noches LuLing le enseñaba trucos para memorizar los ideogramas.

—Cada radical procede de una imagen muy antigua. —Hizo un trazo vertical y le preguntó a Ruth si era capaz de reconocer el cuadro. Ruth aguzó la vista y negó con la cabeza. LuLing dibujó una línea idéntica a la primera. Luego otra y otra, interrogándola sin cesar. Finalmente soltó un gruñido, la síntesis de su desencanto y disgusto—. Esta línea es como un rayo de luz. ¿Lo ves o no?

A Ruth le parecía un hueso de costilla del que habían roído toda la carne.

—Cada ideograma es un pensamiento —prosiguió LuLing—, un sentimiento, significados, historia, todo combinado. —Dibujó más líneas: puntos y guiones, trazos ascendentes y descendentes, curvas y corchetes—. ¿Ves esto? —decía una y otra vez, *tris, tris, tris*—. Esta línea y ésta, y ésta... la forma de un templo celestial. —Cuando Ruth se encogió de hombros, a modo de respuesta, LuLing añadió—: Al estilo *antiguo*. —Como si la palabra «antiguo» fuese a poner en funcionamiento los mecanismos chinos en la mente de su hija. Pim, pam, pum. Ah, ahora entiendo.

Más tarde LuLing le pidió que intentara trazar el ideograma, empeñada en meter por la fuerza una lógica china en el renuente cerebro de Ruth.

—Pon la muñeca así, firme pero blanda, como la rama de un sauce joven, *Ai-ya*, no caída como un mendigo tendido en la calle... Dibuja el trazo con gracia, igual que un pájaro que se posa en una rama, y no un verdugo cortando la cabeza de un demonio. Lo has hecho... bueno, mira, está

cayendo. Hazlo así... primero el rayo de luz, después el templo. ¿Lo ves? Juntos significan «noticias de los dioses». ¿Ves cómo el conocimiento siempre procede de arriba? ¿Ves como las palabras chinas tienen sentido?

Las cosas que decía su madre tenían sentido cuando hablaba en chino, pensó Ruth ahora. ¿O no?

Llamó a la consulta del médico y habló con la enfermera.

—Soy Ruth Young, la hija de LuLing Young. Iremos a ver al médico para una revisión a las cuatro, pero antes quería comentar algunas cosas... —Se sintió como una colaboracionista: una traidora y una espía.

Cuando regresó al salón, LuLing estaba buscando su monedero.

—No necesitamos dinero —dijo Ruth—; y si lo necesitamos, pagaré yo.

—¡No, tú no pagas! ¡Nadie paga! —exclamó LuLing—. Dentro de monedero puse mi tarjeta de seguro. Si no enseño tarjeta, doctor cobra más. Todo tiene que ser gratis.

—Estoy segura de que allí tendrán tu historia clínica. No necesitan ver la tarjeta.

LuLing siguió buscando. De repente irguió los hombros y dijo:

—Ya sé. Monedero en casa de GaoLing. Ella olvida decirme.

—¿Cuándo fuiste a verla?

—Tres días antes. El lunes.

—Hoy es lunes.

—¿Cómo va a ser lunes? ¡Hoy no, fui tres días antes!

—¿Tomaste el tren?

Desde el accidente de coche, LuLing usaba el transporte público cada vez que Ruth no podía hacerle de chófer.

—Sí, y GaoLing llega dos horas tarde. Yo espero dos horas. Por fin viene y me acusa, dice: ¿Por qué vienes temprano?, debes venir a las once. Le digo que no, yo no dicho venir a las once. ¿Por qué decir que vengo a las once si vengo a las nueve? Cree que estoy loca, y yo me enfado mucho.

—¿Piensas que podrías haberlo dejado en el tren?

—¿Dejar qué?

—El monedero.

—¿Por qué tú siempre de parte de ella?

—No estoy de parte de nadie...

—Quizá ella se queda mi monedero. Siempre quiere cosas mías. Tiene envidia. En tiempos de niña, ella quiere mi vestido *chipao*, mi melón, la atención de todos.

Los dramas que habían vivido su madre y su tía en el transcurso de los años se asemejaban a esas obras de teatro marginales en las que dos personajes interpretan todos los papeles: amigos íntimos enemigos, rivales a muerte y leales cómplices. Entre ellas había sólo un año de diferencia —tenían setenta y siete y setenta y seis— y esa proximidad cronológica parecía la causa de la eterna competencia entre las dos.

Las dos hermanas habían llegado a Estados Unidos por separado y se habían casado con hermanos, hijos de un tendero y su esposa. El marido de LuLing, Edwin Young, estudiaba

medicina, y en su condición de hermano mayor estaba «destinado», según LuLing, a ser más listo y más próspero. Había gozado de mayores atenciones y privilegios por parte de su familia. El hermano menor y marido de GaoLing, Edmund, estaba en la facultad de odontología. Todos lo tenían por el más vago, el muchacho imprudente que siempre necesitaría un hermano mayor que lo vigilara. Pero una noche, cuando salía de la biblioteca de la universidad, Edwin murió atropellado por un coche que se dio a la fuga. Ruth tenía dos años. Su tío Edmund se convirtió en el jefe de la familia, un dentista respetado y un próspero inversor en inmuebles de renta baja.

Cuando el tendero y su mujer murieron, en los años sesenta, la mayor parte de su herencia — dinero, la casa, la tienda, las joyas de oro y jade y las fotografías familiares— fue a parar a Edmund, y LuLing recibió únicamente una pequeña suma de dinero en consideración a su breve matrimonio con Edwin.

—A mí sólo dan así de poco —decía a menudo LuLing juntando el pulgar y el índice como si sujetara una pulga—. Todo porque tú no eres varón.

Con el dinero de la herencia y los ahorros de muchos años LuLing compró una casa dividida en dos viviendas en Cabrillo y la Cuarenta y siete, donde ella y Ruth habían ocupado la planta alta. GaoLing y Edmund se mudaron a Saratoga, una pequeña ciudad donde abundaban las casas grandes, con amplios jardines y piscina.

De vez en cuando ofrecían a LuLing los muebles que iban a reemplazar por otros mejores.

—¿Por qué aceptarlos? —decía ella, indignada—. ¿Para que compadezcan a mí? ¿Sienten tan superiores que dan las cosas que no quieren?

Durante años y años, LuLing se lamentaba en chino:

—*Ai-ya*, si tu padre viviera sería más rico que tu tío. ¡Pero aun así no despilfarraríamos el dinero como ellos!

También recordaba cuál *debería* haber sido el legado legítimo de Ruth: el anillo de jade de la abuela Young, dinero para la universidad. No importaba que Ruth fuera una mujer y que Edwin hubiera muerto. ¡Ésas eran viejas ideas chinas! LuLing decía estas cosas tan a menudo que Ruth no podía evitar fantasear con la vida que habría llevado si su padre hubiera vivido. Habría podido comprarse zapatos de charol, pasadores de estrás y rosas chinas. A veces miraba la fotografía de su padre y se enfadaba con él porque había muerto. Después se sentía culpable y asustada. Trataba de convencerse de que amaba profundamente a ese hombre a quien ni siquiera recordaba. Recogía las florecillas silvestres que brotaban en las grietas de las aceras y las ponía delante de su retrato enmarcado.

Ahora Ruth observó a LuLing buscando el monedero en el armario. Seguía enumerando las faltas de GaoLing.

—Después, en tiempo de adulta, también quiere mis cosas. Quiere que tu papá se casa con ella. Sí, tú no lo sabes. Edwin, no Edmond porque él mayor, más éxito. Todos los días sonríe a él, enseña los dientes, como mono. —LuLing dio media vuelta e ilustró sus palabras con un gesto—. Pero él no interesa ella, sólo yo. Ella muy enfadada. Más tarde casa con Edmund, y cuando tu padre muere, ella dice: Oooh, qué suerte yo no casa con Edwin. ¡En mi cara! No piensa en mí, sólo en ella. Yo no digo nada. Nunca quejo. ¿Alguna vez quejo?

Ruth la ayudó en la búsqueda, metiendo las manos bajo los almohadones del sofá.

LuLing se irguió hasta alcanzar su máxima estatura, un metro y cincuenta y dos centímetros de indignación.

—¡Y mira ahora! ¿Por qué GaoLing *todavía* quiere mi dinero? Ella loca, tú sabes. Siempre piensa que tengo más, escondido en alguna parte. Por eso creo tiene mi monedero.

Sobre la mesa del comedor, que LuLing no usaba jamás, había pilas de cartas y folletos publicitarios. Ruth apartó los periódicos y revistas en chino. Su madre siempre había sido limpia, pero nunca ordenada. Detestaba la grasa, pero no le molestaba el caos. Guardaba la propaganda que le dejaban en el buzón y los cupones de descuento como si fuesen tarjetas de felicitación personales.

—¡Aquí está! —exclamó Ruth.

Qué alivio. Sacó una cartera verde de debajo de una pila de revistas. Mientras LuLing comprobaba que el dinero y las tarjetas de crédito seguían dentro, Ruth se fijó por primera vez en las revistas que habían ocultado el monedero: números nuevos de *Woodworking Today*, *Seventeen*, *Home Audio and Video*, *Runner's World*, *Dog Fancy*, *Ski*, *Cosmopolitan*, *Country Living*... publicaciones que su madre era incapaz de leer.

—¿Qué hacen estas revistas aquí?

LuLing sonrió con timidez.

—Yo pienso: primero gano dinero, después cuento a ti. Ahora tú preguntas, así que enseño. — Fue hasta el cajón de la cocina, donde guardaba montañas de cupones vencidos, y sacó un sobre grande—. *Noticias de los dioses* —murmuró LuLing—. ¡Yo gano diez millones de dólares! Abre y mira.

Naturalmente, en el interior había un cupón publicitario que se asemejaba a un talón y una hoja con pegatinas de portadas de revistas en miniatura. Faltaban la mitad de las portadas. LuLing debía de haber encargado tres docenas de revistas. Ruth imaginó al cartero arrastrando un saco lleno de revistas cada día y dejándolas en el sendero de entrada; las esperanzas y la lógica de su madre mezcladas en la misma pila.

—¿Tú sorprendida? —LuLing rebosaba alegría.

—Deberías contarle tu buena noticia al médico.

LuLing sonrió de oreja a oreja y añadió:

—Yo gano todo para ti.

Ruth sintió un vuelco en el corazón que pronto se convirtió en dolor. Habría querido abrazar a LuLing, protegerla, pero al mismo tiempo deseaba que su madre la acunara a ella, que le asegurara que estaba bien y que no había sufrido una apoplejía o algo peor. Así había sido siempre su madre: difícil, agobiante, extraña. Pero a pesar de todo, LuLing la había amado. Ruth lo sentía, lo sabía. Nadie la querría más. Mejor quizá, pero no más.

—Gracias, mamá. Es maravilloso. Más tarde hablaremos de lo que harás con el dinero. Pero ahora tenemos que marcharnos. El doctor ha dicho que podíamos ir a las cuatro, pero que no llegáramos tarde.

LuLing se enfurruñó otra vez.

—Tarde por tu culpa.

Ruth tuvo que recordarle que llevara el monedero que acababa de encontrar, luego el abrigo y

finalmente las llaves. Volvió a sentirse como una niña de diez años, traduciéndole a su madre cómo funcionaba el mundo, explicándole las reglas, las restricciones, los límites de las garantías. Por aquel entonces sentía rencor. Ahora estaba aterrorizada.

3

Ruth observó que en la sala de espera del hospital todos los pacientes eran asiáticos, con la única excepción de un hombre pálido y calvo. Leyó la lista de médicos en un tablero: Fong, Wong, Wang, Tang, Chin, Pon, Kwak, Koo. La recepcionista parecía china, igual que las enfermeras.

En los sesenta, pensó Ruth, la gente despotricaba contra los servicios asistenciales destinados a razas concretas, aduciendo que propiciaban la creación de guetos. Ahora algunos los reivindicaban como un signo de sensibilidad cultural. Claro que la tercera parte de la población de San Francisco era de origen asiático, de manera que un consultorio médico exclusivo para chinos podía ser también una buena estrategia comercial. El calvo miraba alrededor como preguntándose por dónde escapar. ¿Tendría un apellido parecido a Young, erróneamente identificado como chino por un ordenador ciego a las razas? ¿También él recibiría llamadas de televendedores empeñados en enroloarlo en planes de descuento para conferencias a Hong Kong y Taiwán? Ruth sabía lo que significaba sentirse una intrusa, porque lo había experimentado a menudo de niña. Cada una de las ocho veces que se había mudado de casa había tenido la sensación de que no encajaba en el nuevo lugar.

—¿Fia empieza sexto? —preguntó LuLing.

—Ésa es Dory —respondió Ruth. Dory había repetido curso a causa de un trastorno de déficit de atención. Ahora recibía clases especiales.

—¿Cómo puede ser Dory?

—Fia es mayor, va a décimo. Dory tiene trece años. Pasará a séptimo.

—¡Ya sé quién quien! —gruñó LuLing. Contó, doblando los dedos mientras enumeraba—: Dory, Fia, mayor de todos *Fu-Fu*, diecisiete. —Ruth solía bromear diciendo que *Fu-Fu*, su gata, nacida con un pésimo carácter, era la nieta que LuLing nunca había tenido—. ¿Cómo está *Fu-Fu*? —preguntó.

¿No le había dicho a su madre que *Fu-Fu* había muerto? Claro que sí. Si no se lo había contado ella, seguramente lo había hecho Art. Todo el mundo sabía que Ruth había estado deprimida durante semanas a raíz de la muerte de su mascota.

—*Fu-Fu* ha muerto —le recordó a su madre.

—¡*Ai-ya!* —LuLing frunció la cara en una mueca de angustia—. ¡Cómo puede ser! ¿Qué pasado?

—Te lo conté...

—¡No, nunca!

—Ah... Bueno, hace unos meses saltó la valla y un perro la persiguió. No logró volver a saltar a tiempo.

—¿Por qué tú tienes perro?

—Fue el perro de un vecino.

—Entonces ¿por qué dejas que perro del vecino entra en tu jardín? ¡*Ai-ya*, muerte sin razón!

Hablaba a gritos. Todos los presentes, incluido el calvo, alzaron la vista de sus labores de punto o de sus libros. Ruth se entristeció. Esa gata había sido como una hija. La había tenido en brazos el mismo día de su nacimiento, cuando era una pequeña bola de pelo alborotado, tras encontrarla en el garaje de Wendy. También la sostenía en brazos cuando el veterinario le puso una inyección letal para acabar con su sufrimiento. Le bastaba con recordarlo para deprimirse, y no quería echarse a llorar en una sala de espera llena de extraños.

Por suerte, en ese momento la recepcionista dijo:

—¡LuLing Young!

Mientras Ruth ayudaba a su madre a recoger el abrigo y el bolso vio que el calvo se ponía en pie de un salto y caminaba a paso vivo hacia una anciana china.

—¿Cómo ha ido la revisión, mamá? —le oyó decir—. ¿Está lista para volver a casa?

La mujer le entregó una receta con brusquedad. Ruth supuso que era su yerno. ¿Se prestaría Art a acompañar a LuLing al médico? Lo dudaba. ¿Y en una emergencia, como un ataque cardíaco o una apoplejía?

La enfermera habló con LuLing en cantonés y ésta respondió en mandarín. Finalmente se decidieron por un inglés con fuerte acento chino. LuLing se sometió en silencio a los preliminares. Suba a la báscula: cuarenta y dos kilos y medio. Tensión arterial: diez de máxima, siete de mínima. Remánguese la camisa y cierre la mano. LuLing no rechistó. Le había enseñado a Ruth a hacer lo mismo: mirar directamente la aguja y no protestar. En la sala de revisiones, Ruth se giró de espaldas mientras su madre se quitaba la combinación de algodón y se quedaba en bragas; unas bragas floreadas, altas hasta la cintura.

LuLing se puso una bata de papel, se sentó en la camilla y balanceó las piernas. Tenía un aspecto frágil e infantil. Ruth se sentó en una silla. Cuando llegó el médico, ambas irguieron la espalda. LuLing siempre había sentido un gran respeto por los médicos.

—¡Señora Young! —la saludó el médico con alegría—. Soy el doctor Huey. —Miró a Ruth.

—Soy su hija. He llamado hace un rato.

Él asintió con expresión cómplice. El doctor Huey era un hombre apuesto, más joven que Ruth. Empezó a interrogar a LuLing en cantonés, y ella fingió entenderle, hasta que Ruth explicó:

—Habla mandarín, no cantonés.

El médico miró a la anciana.

—¿*Guoyu*?

LuLing asintió y el doctor Huey se encogió de hombros, como disculpándose.

—Mi mandarín es pésimo. ¿Qué tal su inglés?

—Bueno. Ningún problema.

Al final de la revisión, el doctor Huey sonrió y anunció:

—Bueno, es usted una mujer muy fuerte. Su corazón y sus pulmones están estupendamente. La

presión arterial es excelente, sobre todo para alguien de su edad. Veamos, ¿en qué año nació? — Echó un vistazo al historial y alzó la vista para fijarla en LuLing—. ¿Puede decírmelo?

—¿Año? —LuLing miró hacia arriba, como si la respuesta estuviese en el techo—. No es fácil.

—Quiero la verdad —bromeó el médico—. No lo que le cuenta a sus amigas.

—Verdad es 1916 —respondió LuLing.

Ruth interrumpió:

—En realidad fue en... —Iba a decir 1921, pero el médico la hizo callar con un ademán.

Volvió a mirar el historial y preguntó a LuLing:

—O sea que ahora tiene... ¿cuántos años?

—¡Ochenta y dos este mes! —respondió ella.

Ruth se mordió el labio y miró al médico.

—Ochenta y dos. —Lo apuntó en un papel—. Y dígame, ¿nació en China? ¿Sí? ¿En qué ciudad?

—Ah, eso tampoco fácil de decir —comenzó LuLing con timidez—. No es ciudad de verdad, más bien pequeño lugar que nosotros llamamos con muchos nombres diferentes. Cuarenta y seis kilómetros del puente de Pekín.

—Ah, Beijing —dijo el médico—. Hace un par de años viajé allí. Mi esposa y yo visitamos la Ciudad Prohibida.

LuLing se entusiasmó.

—En esos días muchas cosas prohibidas, nadie podía ver. Ahora todo el mundo paga dinero y ve cosas prohibidas. Dicen esto prohibido, aquello prohibido, y cobran más.

Ruth estaba a punto de estallar. El médico debía de pensar que su madre desvariaba. Hacía tiempo que estaba preocupada por ella, pero tenía la esperanza de que su preocupación no fuese fundada. De hecho, se suponía que la inquietud evitaba los problemas. Siempre había sido así.

—¿También fue a la escuela allí? —preguntó el doctor Huey.

LuLing asintió con la cabeza.

—Mi niñera también enseña muchas cosas. Pintar, leer, escribir...

—Estupendo. Me preguntaba si sería capaz de hacer unas cuentas. Quiero que cuente desde cien en orden descendente, sustrayendo siete números por vez. —LuLing parecía desconcertada—. Empiece con cien.

—¡Cien! —dijo LuLing con firmeza. Y nada más.

El doctor Huey aguardó unos segundos y luego dijo:

—Ahora cuente al revés, quitando siete.

LuLing vaciló.

—Noventa y dos, ay, noventa y tres. ¡Noventa y tres!

No es justo, quiso gritar Ruth. Tiene que traducir los números al chino para hacer los cálculos, luego recordarlos, y responder en inglés. Su mente empezó a trabajar a toda máquina. Habría deseado transmitir las respuestas a su madre telepáticamente. ¡Ochenta y seis! ¡Setenta y nueve!

—Ochenta... ochenta... —LuLing estaba atascada.

—Tómese su tiempo, señora Young.

—Ochenta —dijo por fin—. Y después ochenta y siete.

—Bien —repuso el médico sin cambiar de expresión—. Ahora quiero que me nombre los últimos cinco presidentes de Estados Unidos en orden inverso.

Ruth quería protestar: ¡ni yo soy capaz de hacer eso!

LuLing frunció las cejas en un gesto de concentración.

—Clinton —dijo tras una pausa—. Últimos cinco años también Clinton.

¡Ni siquiera había entendido la pregunta! Por supuesto que no, siempre había dependido de Ruth para que le tradujera lo que decía la gente, para que se lo explicara desde otra perspectiva. «En orden inverso» quiere decir «de adelante atrás», habría dicho Ruth si el doctor Huey pudiera hacerle la misma pregunta en mandarín, LuLing respondería sin dificultad. «Este presidente, aquel presidente —hubiera respondido su madre sin vacilar—, no diferencia, todos embusteros antes elecciones no impuestos, y después los suben. Antes no delitos, y luego sí más delitos. Y siempre dicen no retirarán paro. Yo llegué a este país, y no dieron el paro. ¿Es justo? ¡No, no es justo! ¡Solo vagos que no quieren trabajar!».

Siguieron más preguntas absurdas.

—¿Sabe la fecha de hoy?

—Lunes. —Fecha y día siempre habían sido lo mismo para su madre.

—¿Qué fecha era hace cinco meses?

—Todavía lunes. —Si uno se detenía a pensar, tenía razón.

—¿Cuántos nietos tiene?

—No sé. Ella todavía no casada.

¡El médico no se dio cuenta de que estaba bromeando! LuLing era como la perdedora en un concurso de televisión. Total de puntos para LuLing Young: menos quinientos. Y ahora, en nuestra última ronda de preguntas...

—¿Cuántos años tiene su hija?

LuLing titubeó.

—Cuarenta. Quizá cuarenta y uno. —Su madre siempre la creía más joven de lo que era.

—¿En qué año nació?

—Igual que yo. Año del Dragón. —Miró a Ruth para que lo confirmara. En realidad, su madre era Gallo.

—¿En qué mes? —preguntó el doctor Huey.

—¿Qué mes? —preguntó LuLing a Ruth, que se encogió de hombros con expresión de impotencia—. No sabe.

—¿En qué año estamos ahora?

—¡1998! —Miró al médico como si fuese un idiota por no saber eso. Fue un alivio para Ruth que acertara al menos esa respuesta.

—Señora Young, ¿puede esperar aquí mientras su hija y yo vamos fuera para concertar otra cita?

—Claro, claro. No voy a ninguna parte.

Cuando se volvía hacia la puerta, el doctor Huey se detuvo.

—Y gracias por responder a mis preguntas. Supongo que se habrá sentido como si estuviese en

un tribunal.

—Igual que O.J.

El médico rio.

—Por lo visto, todo el mundo ha visto ese juicio por televisión.

LuLing negó con la cabeza.

—Oh, yo no sólo veo televisión, yo allí cuando ocurre él mata esposa y amigo, lleva gafas de ella. Yo veo todo.

El corazón de Ruth se aceleró.

—Viste un documental —dijo para justificarla ante el médico—, una reconstrucción de lo sucedido, y fue como ver el crimen. ¿Es eso lo que quieres decir?

LuLing agitó la mano, desechando esa explicación.

—Tal vez tú ves documental. Yo *veo* lo que pasa en realidad. —Representó la escena con movimientos—. Él la coge así, corta el cuello aquí... muy profundo, mucha sangre. Horrible.

—¿Así que ese día estuvo en Los Angeles? —preguntó el doctor Huey.

LuLing asintió.

Ruth buscaba desesperadamente una semblanza de lógica en sus palabras.

—No recuerdo que nunca hayas ido a Los Ángeles.

—Cómo ir, no sé. Pero yo allí. ¡Verdad! Sigo a ese hombre, ay, él muy listo. O.J. esconde detrás de arbusto. Más tarde, yo también voy a su casa. Veo cómo saca guantes, entierra en jardín, luego vuelve a casa y cambia ropa... —LuLing se detuvo, turbada—. Bueno, cuando él cambia ropa, yo miro otro lado. Después él corre a aeropuerto, casi tarde, sube avión. Yo veo todo.

—¿Vio todo eso y no se lo contó a nadie?

—¡Yo mucho miedo!

—Debe de haber sido horrible presenciar un asesinato —dijo el doctor Huey. LuLing asintió con entereza—. Gracias por contármelo. Ahora, si espera unos minutos, su hija y yo iremos al cuarto de al lado para concertar su próxima visita.

—No prisa.

Ruth siguió al médico a la estancia contigua.

—¿Cuánto hace que observa esta clase de confusiones? —preguntó el doctor Huey sin preámbulos.

Ruth suspiró.

—Ha empeorado en los últimos seis meses, quizá un poco más. Pero hoy parece estar peor. Nunca la había visto tan confundida y olvidadiza. En general se equivoca, pero sobre todo porque no habla bien inglés, como ya habrá notado. Puede que la historia de O.J. Simpson sea otro problema lingüístico. Nunca se ha expresado bien...

—A mí me pareció evidente que creía haber estado allí —señaló el doctor Huey con delicadeza. Ruth rehuyó su mirada—. Usted le mencionó a la enfermera que su madre tuvo un accidente de tráfico. ¿Sufrió heridas en la cabeza?

—Bueno, se golpeó la cabeza contra el volante. —Ruth tuvo la repentina esperanza de que aquélla fuera la pieza perdida del rompecabezas.

—¿Su personalidad parece estar cambiando? ¿Está más depresiva? ¿Discute más que antes?

Ruth trató de adivinar qué indicaría una respuesta afirmativa.

—Mi madre siempre se ha enzarzado en discusiones absurdas durante toda su vida. Tiene muy mal genio. Y está deprimida desde que la conozco. Su marido, mi padre, murió hace cuarenta y cuatro años. Lo atropello un coche y el conductor se dio a la fuga. Ella nunca lo superó. Puede que su depresión se haya intensificado, aunque yo estoy tan acostumbrada que sería la última en notarlo. En lo que respecta a su confusión, me preguntaba si podría ser consecuencia del accidente, o si quizá haya sufrido una miniembolia... —Ruth trató de recordar el término médico—. Ya sabe, un ictus...

—No he visto ningún signo de ello. Sus movimientos y sus reflejos son normales. La tensión arterial es excelente. Pero deberíamos algunos análisis para descartar una diabetes o una anemia, por ejemplo.

—¿Esas enfermedades pueden causar trastornos como éste?

—Sí, al igual que la enfermedad de Alzheimer y otras formas de demencia.

Para Ruth fue como si le hubiesen dado un puñetazo en el estómago. Su madre no estaba tan mal. El médico hablaba de horribles enfermedades terminales. Era una suerte que no le hubiese hablado de otras cosas: las peleas con Francine por el alquiler, el falso talón de diez millones de dólares, el hecho de que había olvidado la muerte de *Fu-Fu*...

—Entonces podría ser una depresión —dijo.

—De momento no podemos descartar nada.

—Bueno, si lo fuese, tendrá que decirle que los antidepresivos son píldoras de *ginseng* o *po chai*.

El doctor Huey rio.

—La resistencia a la medicina occidental es muy común entre los pacientes mayores. Y en cuanto se encuentran mejor, dejan de tomar la medicación para ahorrar dinero. —Le entregó un papel—. Déle esto a Lorraine, la señorita del ordenador. Enviaré a su madre a Psiquiatría y Neurología, y volveré a verla dentro de un mes.

—Aproximadamente para el Festival de la Luna Llena.

El doctor Huey alzó la vista.

—¿Sí? Nunca me acuerdo de esas fiestas.

—Yo lo sé porque este año me toca organizar la cena familiar.

Esa noche, mientras cocinaba la lubina al vapor, le contó a Art con naturalidad:

—He acompañado a mi madre al médico. Puede que tenga una depresión.

—Vaya novedad —repuso Art.

A la hora de la cena, LuLing se sentó junto a Ruth.

—Está demasiado salado —dijo en chino, pinchando su porción de pescado. Y añadió—: Dile a las niñas que se terminen la comida. No permitas que despilfarren el dinero.

—Fia, Dory, ¿por qué no coméis? —preguntó Ruth.

—Yo estoy llena —respondió Dory—. Antes de venir, pasamos por un Burger King y comimos una ración de patatas fritas.

—No deberías dejar que comieran esas cosas —dijo LuLing, siempre en mandarín—. Diles que no volverás a permitirselo.

—Niñas, me gustaría que no comierais comida basura, porque después no tenéis apetito.

—Y a mí me gustaría que dejarais de hablar en chino, como si fuerais espías —dijo Fia—. Es una grosería.

LuLing fulminó con la mirada a Ruth, y ésta miró a Art, pero él tenía la vista fija en el plato.

—Waipo habla chino porque es la lengua a la que está acostumbrada —explicó Ruth. Había pedido a las niñas que llamaran a su madre «Waipo», el nombre chino honorífico para «abuela», y al menos en eso le obedecían. Claro que pensaban que era un apodo.

—También sabe hablar inglés —dijo Dory.

—Uf —gruñó LuLing—. ¿Por qué su padre no las riñe? Debería enseñarles a escucharte. ¿Por qué no te demuestra más consideración? No me extraña que no se haya casado contigo. No te respeta. Dile algo. ¿Por qué no le dices que sea más bueno contigo?

Ruth deseó volver a quedarse muda. Habría querido gritar a su madre que dejara de quejarse por cosas que ella no podía cambiar. Pero al mismo tiempo deseaba defenderla de las niñas, sobre todo ahora que no se encontraba bien. LuLing siempre se había comportado como una mujer fuerte, pero también era frágil. ¿Por qué Fia y Dory no lo entendían y eran más amables?

Ruth recordó cómo se sentía a su edad. A ella también le molestaba que LuLing hablara chino delante de otros, sabiendo que no podían entender sus comentarios capciosos. «Mira qué gorda es esa mujer», decía. O «Luti, dile a ese hombre que nos haga un descuento». Cuando la obedecía, Ruth se sentía mortificada. Y si no lo hacía, recordó ahora, las consecuencias eran más graves.

Con palabras chinas, LuLing podía inculcar sabiduría a Ruth. Podía prevenirla contra los peligros, la enfermedad y la muerte.

—No juegues con ella, tiene demasiados gérmenes —había dicho en una ocasión a la Ruth de seis años, señalando a la niña de enfrente. Se llamaba Teresa, le faltaban los dos incisivos superiores, llevaba un vestido cubierto de marcas de dedos y tenía una costra en la rodilla—. La he visto recoger un caramelo de la acera y comérselo. Y mira esa nariz; está esparciendo su enfermedad por todas partes.

A Ruth le caía bien Teresa. Se reía mucho y siempre tenía los bolsillos llenos de cosas encontradas: bolas de papel de aluminio, canicas rotas, cabezas de flores. Ruth acababa de cambiarse de escuela y Teresa era la única niña que jugaba con ella. Ninguna de las dos era muy popular.

—¿Me has oído? —dijo LuLing.

—Sí —respondió Ruth.

Al día siguiente, Ruth estaba jugando en el patio de la escuela. Su madre estaba lejos, vigilando a otros niños. Ruth subió al tobogán, deseando deslizarse por la sinuosa rampa plateada y caer en la arena fresca y oscura. Lo había hecho una docena de veces con Teresa, sin que su madre las viera.

Pero entonces una voz familiar, potente y aguda, resonó en el patio:

—¡No, Luyi, para! ¿Qué haces? ¿Quieres romperte el cuerpo por la mitad?

Ruth se detuvo en lo alto de la escalera, paralizada de vergüenza. ¡Su madre era celadora de los niños de parvulario, y ella estaba en primero! Abajo, sus compañeros de clase reían.

—¿Ésa es tu madre? —gritaron—. ¿Y qué es esa jerigonza?

—¡No es mi madre! —exclamó Ruth—. ¡No sé quién es! —Los ojos de su madre se clavaron en los suyos. Aunque estaba en el otro extremo del patio, lo oía y lo veía todo. Tenía ojos mágicos en la nuca.

No puedes pararme, pensó Ruth con furia. Se lanzó por el tobogán, de cabeza y con los brazos abiertos —la postura que sólo adoptaban los niños más valientes y revoltosos—, y descendió como un relámpago hacia la arena. Aterrizó de cara, con tanta fuerza que se mordió el labio, se golpeó la nariz, se le rompieron las gafas y se fracturó un brazo. Permaneció inmóvil en el suelo. El mundo ardía en medio de una lluvia de rayos rojos.

—¡Ruthie está muerta! —gritó un niño. Las niñas empezaron a chillar.

No estoy muerta, quiso gritar Ruth, pero era como hablar en un sueño. De su boca no salía ningún sonido. ¿Sería verdad que había muerto? ¿La muerte era eso: el goteo de la nariz, el dolor en la cabeza y el brazo, la forma en que se movía, lenta y torpemente como un elefante en el agua? Pronto sintió unas manos conocidas tocándole la cabeza y el cuello. Su madre la levantaba, murmurando con ternura:

—*Ai-ya*, ¿por qué eres tan tonta? Mírate.

La sangre manaba de su nariz y caía sobre la blusa blanca, manchando el ancho cuello ribeteado con puntilla. Tendida lánguidamente en el regazo de su madre, vio la cara de Teresa y de otros niños que la observaban desde arriba. Notó que estaban asustados, pero también fascinados. Si hubiera podido moverse, habría sonreído. Por fin le prestaban atención, por fin se fijaban en la niña nueva. Entonces miró la cara de su madre, las lágrimas resbalando por sus mejillas, cayendo sobre su propia cara como húmedos besos. No estaba enfadada sino preocupada, llena de amor. Ruth se sorprendió tanto que olvidó el dolor.

Más tarde la tendieron en la camilla de la enfermería. Detuvieron la hemorragia nasal con gasas y le limpiaron el labio partido. Un paño húmedo le cubría la frente y tenía el brazo apoyado en una bolsa de hielo.

—Es posible que se haya fracturado el brazo —dijo la enfermera a LuLing—. Está muy hinchado, aunque no se queja de dolor.

—Ella muy buena, no queja nunca.

—Tiene que llevarla al médico, ¿entiende? Vaya a ver al médico.

—Sí, sí, al médico.

Mientras LuLing la sacaba de allí, una maestra comentó:

—¡Mirad qué valiente es! Ni siquiera llora.

Dos niñas populares sonrieron a Ruth con admiración. La saludaron con la mano. Teresa también estaba allí, y Ruth le dedicó una rápida sonrisa cómplice.

En el coche, de camino al consultorio, Ruth notó que su madre estaba inusualmente callada. No paraba de mirar a Ruth, que esperaba la inminente regañina: Te dije que el tobogán grande era peligroso. ¿Por qué no me escuchaste? ¡Podrías haberte partido la cabeza como una sandía! Ahora tendré que trabajar horas extra para pagar al médico. Ruth esperó, pero su madre se limitó a preguntarle varias veces si le dolía. En cada ocasión, Ruth negó con la cabeza.

Mientras el médico examinaba el brazo de Ruth, LuLing sorbió aire entre los dientes, angustiada, y susurró:

—*Ai-ya!* Cuidado, cuidado, cuidado. Duele mucho.

Después de que le escayolaran el brazo, LuLing dijo con orgullo:

—Maestras, niños, todos muy impresionados. Luti no llora, no queja, nada, sólo callada.

Cuando llegaron a casa, pasada la conmoción, Ruth empezó a sentir un dolor pulsátil en el brazo y en la cabeza. Se esforzó por contener las lágrimas. LuLing la dejó sobre el sofá de piel sintética y se aseguró de que estuviese lo más cómoda posible.

—¿Quieres que te prepare sémola de arroz? Comer te ayudará a recuperarte. ¿Qué tal unos nabos encurtidos? ¿Quieres unos pocos mientras preparo la comida?

Cuanto menos hablaba Ruth, más se esforzaba su madre por adivinar lo que quería. Tendida en el sofá, oyó a LuLing hablando por teléfono con la tía Gal.

—¡Casi se mata! Me ha dado un susto de muerte. ¡De veras! No exagero. Ha estado a punto de partir de esta vida hacia las fuentes amarillas... Casi se me rompen los dientes, de tanto apretarlos al ver cuánto sufría... No, nada de lágrimas, debe de haber heredado la fuerza de su abuela. Bueno, ha comido un poco. No puede hablar, y al principio creí que se había partido la lengua de un mordisco, pero creo que es sólo el susto. ¿Venir a visitarla? Bien, bien, pero dile a tus hijos que tengan cuidado. No quiero que se le caiga el brazo.

Acudieron con regalos. Tía Gal le dio un frasco de colonia. Tío Edmund, un cepillo de dientes y un vaso de plástico a juego. Sus primos le entregaron libros para colorear, lápices de cera y un perrito de peluche. LuLing había acercado el televisor al sofá, ya que Ruth no veía bien sin gafas.

—¿Te duele? —preguntó Sally, la menor de sus primas.

Ruth se encogió de hombros, aunque el brazo ya no le dolía.

—Ay, me encantaría llevar escayola —dijo Billy, que tenía la misma edad que Ruth—. ¿Me pondrán una a mí también, papá?

—¡No digas esas cosas, que traen mala suerte! —advirtió tía Gal.

Cuando Billy cambió el canal de la televisión, el tío Edmund le ordenó con severidad que volviera a poner el programa que estaba viendo Ruth. Ella nunca había visto a su tío ponerse firme con sus hijos. Billy era un mocoso malcriado.

—¿Por qué no hablas? —preguntó Sally—. ¿También te has roto la boca?

—Eso —dijo Billy—. ¿La caída te ha dejado tonta o qué?

—Billy, no molestes —ordenó tía Gal—. Está descansando. Le duele demasiado para hablar.

Ruth se preguntó si sería verdad. Consideró la posibilidad de emitir un pequeño sonido, tan leve que nadie lo oiría. Pero si lo hacía, era probable que todas las cosas buenas que estaban ocurriendo se esfumaran. Llegarían a la conclusión de que estaba bien y todo volvería a la normalidad. Su madre empezaría a reñirla por ser descuidada y desobediente.

Durante los dos días posteriores a la caída Ruth fue incapaz de valerse por sí misma. Su madre tenía que alimentarla, vestirla y bañarla. Le decía lo que debía hacer:

«Abre la boca. Come un poco más. Pon el brazo aquí. Mantén la cabeza quieta mientras te peino». Era reconfortante volver a ser una niña pequeña y amada a quien nadie le reprochaba nada.

Cuando volvió a la escuela, encontró un gran cartel de papel de estraza en la puerta del aula: «¡Bienvenida, Ruth!». La señorita Sondegard, la maestra, anunció que todos los niños de la clase

habían ayudado a hacerlo. Pidió un aplauso en reconocimiento al valor de Ruth. Ésta sonrió con timidez. Su corazón parecía a punto de estallar. Nunca se había sentido tan orgullosa y feliz. Deseó haberse roto el brazo mucho tiempo antes.

A la hora de la comida, las niñas se disputaron el honor de obsequiarle alhajas imaginarias y hacerle de doncella. La invitaron a entrar en el «castillo secreto», una zona rodeada de piedras cerca de un árbol, en el borde del cajón de arena. Sólo las niñas más populares podían ser princesas. Y ahora las princesas se turnaban para dibujar en la escayola de Ruth. Una de ellas preguntó con curiosidad:

—¿Sigue roto?

Ruth asintió con un gesto y otra niña murmuró:

—Traigámosle pociones mágicas.

Y las princesas se dispersaron en busca de tapas de botella, trozos de vidrio y tréboles de cuatro hojas.

Al final de la jornada, su madre fue a buscarla al aula. La señorita Sondegard hizo un aparte con LuLing, y Ruth fingió que no las oía.

—Creo que está un poco cansada, y es natural teniendo en cuenta que es su primer día. Pero me preocupa su silencio. No ha dicho una sola palabra en todo el día, ni siquiera se ha quejado.

—Ella nunca queja —convino LuLing.

—Tal vez no sea nada, pero si continúa así deberíamos vigilarla.

—No pasa nada —aseguró LuLing—. No hay problema.

—Debe animarla a hablar, señora Young, si no quiere que esto se convierta en un problema.

—¡No hay problema! —repitió LuLing.

—Oblíguela a decir «hamburguesa» antes de darle una hamburguesa. Oblíguela a decir «galleta» antes de darle una galleta.

Esa noche, LuLing siguió al pie de la letra las instrucciones de la maestra: sirvió hamburguesas, cosa que nunca había hecho. Jamás cocinaba ni comía carne vacuna. Le disgustaba, pues le recordaba la carne humana lacerada. Sin embargo ahora, por el bien de su hija, puso una hamburguesa delante de Ruth, que estaba encantada de ver que por una vez su madre había preparado comida americana.

—¿Hamburguesa? Tú di hamburguesa, luego come.

Ruth sintió la tentación de hablar, pero temió romper el encantamiento. Una sola palabra y todas las cosas buenas de su vida se esfumarían. Negó con la cabeza. LuLing siguió insistiendo hasta que las gotas de grasa de la hamburguesa se convirtieron en desagradables grumos blancos. Puso la hamburguesa en el frigorífico y sirvió a Ruth un humeante bol de arroz hervido, que en su opinión era mejor para la salud de su hija.

Después de cenar, LuLing despejó la mesa del comedor y se preparó para trabajar. Sacó tinta, pinceles y un rollo de papel. Con trazos rápidos y perfectos, escribió en grandes ideogramas chinos: «Liquidación por cierre. ¡Últimos días! ¡No se rechazará ninguna oferta!». Puso el cartel a un lado, para que se secara, y cortó otra tira de papel.

Pasado un rato, Ruth, que estaba viendo la televisión, notó que su madre la miraba fijamente.

—¿Por qué tú no estudias? —preguntó. Desde el parvulario la obligaba a practicar lectura y

escritura para que estuviera «un paso por delante de los demás». Ruth levantó el brazo escayolado —. Ven a sentarte aquí —dijo en chino.

Ruth se incorporó despacio. Su madre volvía a ser la de antes.

—Sujeta esto. —Le puso un pincel en la mano izquierda—. Ahora escribe tu nombre.

Las primeras intentonas fueron torpes: la erre era prácticamente irreconocible y la joroba de la hache se salía del papel, como una bicicleta fuera de control. Ruth rio.

—Sostén el pincel recto —indicó su madre—, no inclinado. Y escribe con suavidad, así.

Los siguientes resultados fueron mejores, aunque ocuparon una hoja de papel entera.

—Ahora procura hacerlo más pequeño.

Pero las letras parecían manchas hechas por las alas de una mosca empapada en tinta. Cuando llegó la hora de acostarse, Ruth había emborrionado unas veinte hojas de papel, por delante y por detrás, en su sesión de práctica. Era una señal de éxito, además de un despilfarro. Porque LuLing jamás desperdiciaba nada. Recogió las hojas usadas, las apiló y las dejó en un rincón de la sala. Ruth sabía que las usaría como borradores para sus trabajos de caligrafía, secantes para salpicaduras o, dobladas, como salvamanteles para las ollas.

Al día siguiente, después de cenar, LuLing puso ante Ruth una bandeja llena de arena húmeda, recogida en el patio de la escuela.

—Ten —dijo—. Practica con esto.

Con un palillo chino en la mano izquierda, escribió «estudia» en aquella playa en miniatura. Cuando hubo acabado, alisó la arena con el extremo del palillo. Ruth la imitó y descubrió que escribir de esa manera no sólo era más rápido, sino también más divertido. El método del palillo no exigía la técnica fluida y delicada del pincel. Podía ejercer suficiente fuerza para mantener el pulso. Escribió su nombre. ¡Perfecto! Era como jugar con la plantilla de grabado que le habían regalado a su primo Billy por Navidad.

LuLing fue al frigorífico y sacó la hamburguesa fría.

—¿Qué quiere comer mañana?

Y Ruth escribió en la arena: a-m-b-u-g-e-s-a.

LuLing rio:

—¡Ja! ¡Ahora puedes hablar así!

Al día siguiente, LuLing llevó la bandeja a la escuela y la llenó con arena de la misma zona del patio donde Ruth se había roto el brazo. La señorita Sondegard aceptó que Ruth respondiera a sus preguntas de esa manera. Y cuando levantó la mano, durante la clase de aritmética, y garabateó un «7», todos los niños se levantaron de un salto para mirar. Instantes después, todos pedían permiso a gritos para escribir en la arena. En el recreo, Ruth fue el centro de atención. Todos la buscaban. «¡Déjame probar!». «¡Ahora yo, yo! ¡Ha dicho que podía hacerlo!». «Tienes que usar la mano izquierda, si no es trampa». Enséñale a Tommy. «Es un manazas».

Le devolvieron el palillo a Ruth, y ésta escribió con rapidez y habilidad las respuestas a sus preguntas: ¿Te duele el brazo? *Un poco*. ¿Puedo tocar tu escayola? *Sí*. ¿A Ricky le gusta Betsy? *Sí*. ¿Me regalarán una bicicleta para mi cumpleaños? *Sí*.

La trataban como si fuese Helen Keller, un genio que no permitía que una lesión le impidiera demostrar su inteligencia. Igual que Helen Keller, debía esforzarse más que otros, y quizá eso la

hiciera más lista, digna de los elogios y la admiración de los demás. Incluso en casa, su madre le preguntaba «¿qué piensas?», como si Ruth lo supiera, sólo para que escribiera en la arena.

—¿Cómo está el tofu? —preguntó una noche LuLing.

Y Ruth escribió: «salado». Jamás se había quejado de la comida de su madre, pero eso era lo que decía ella cuando criticaba sus propios platos.

—Me lo parecía —repuso LuLing.

¡Era asombroso! Pronto su madre empezó a preguntarle su opinión sobre toda clase de asuntos.

—¿Vamos a compra para la cena ahora o más tarde?

Más tarde.

—¿Qué tal acciones? Yo invierto, ¿yo suerte?

Suerte.

—¿Gusta este vestido?

No, feo.

Ruth jamás había experimentado semejante poder con las palabras.

Su madre frunció el entrecejo y murmuró en mandarín:

—A tu padre le encantaba este viejo vestido, y ahora soy incapaz de tirarlo. —Se le humedecieron los ojos. Suspiró y añadió en inglés—. ¿Tú crees que papá echa de menos a mí?

En el acto, Ruth escribió *Sí*. LuLing sonrió, rebosante de alegría. Entonces Ruth tuvo una idea. Siempre había querido un perro. Era el momento ideal para pedirlo. Escribió en la arena: Cachorrillo.

Su madre se quedó boquiabierta. Miró las palabras y cabeceó con gesto de incredulidad. En fin, pensó Ruth, este deseo no se cumplirá. Pero entonces su madre empezó a balbucear en chino:

—Cachorrillo, cachorrillo. —Se puso en pie de un salto, jadeando—. ¡Tita Querida, has vuelto! —exclamó—. Aquí está tu Cachorrillo. ¿Me perdonas?

Ruth dejó el palillo. Ahora LuLing lloraba.

—¡Tita Querida, ay Tita Querida! ¡Ojalá no hubieras muerto! Fue culpa mía. Si pudiese cambiar el destino, preferiría matarme a sufrir sin ti...

Oh, no. Ruth sabía lo que significaba aquello. Su madre a veces hablaba del fantasma de Tita Querida, que vivía en el aire; era una señora que no se había portado bien y había acabado en el Fin del Mundo. Todas las personas malas iban allí, a un pozo sin fondo donde nadie las encontraría jamás y donde permanecerían para siempre, vagando sin rumbo, con el pelo largo hasta los pies mojados y ensangrentados.

—Por favor, dime que no estás enfadada conmigo —prosiguió su madre—. Dame una señal. He intentado decirte cuánto lo siento, pero no sé si me oyes. ¿Puedes oírme? ¿Cuándo viniste a Estados Unidos?

Ruth permaneció inmóvil, incapaz de moverse. Quería volver a hablar de comida y ropa. Su madre le puso el palillo en la mano.

—Ten, haz lo que te digo. Cierra los ojos, alza la cara hacia el cielo y habla con ella. Espera la respuesta y luego escríbela. Deprisa, cierra los ojos.

Ruth cerró los ojos con fuerza. Vio a la mujer con el pelo hasta los pies.

A continuación, su madre habló en chino y con cortesía:

—Tita Querida, lo que dije antes de tu muerte no iba en serio. Y después de tu muerte, traté de encontrar tu cuerpo.

Ruth abrió los ojos instintivamente. En su imaginación, el fantasma del pelo largo caminaba en círculos.

—Bajé al barranco. Busqué y busqué. Ay, estaba loca de dolor. Si te hubiera encontrado, habría llevado tus huesos a la cueva para darles sepultura.

Ruth sintió que algo le rozaba el hombro y dio un respingo.

—Pregúntale si ha entendido lo que acabo de decir —ordenó LuLing—. Pregúntale si mi suerte ha cambiado. ¿Ha terminado la maldición? ¿Estamos a salvo? Escribe la respuesta.

¿Qué maldición? Ruth miró fijamente la arena, casi convencida de que en cualquier momento aparecería la cara de la muerta en medio de un charco de sangre. ¿Qué respuesta deseaba su madre? ¿Un «sí» significaría que la maldición había terminado? ¿O qué seguía vigente? Puso el palillo en la arena y, sin saber qué escribir, trazó una línea y luego otra abajo. Dibujó otras dos más, formando un cuadrado.

—¡Boca! —exclamó su madre, siguiendo con los dedos el contorno del cuadrado—. ¡Es el ideograma que significa «boca»! —Miro fijamente a Ruth—. ¡Lo has dibujado a pesar de que no sabes escribir en chino! ¿Has sentido que la mano de Tita Querida guiaba la tuya? ¿Cómo es la sensación? Cuéntame.

Ruth negó con la cabeza. ¿Qué pasaba? Sentía deseos de llorar, pero no se atrevía. Era incapaz de emitir sonidos.

—Tita Querida, gracias por ayudar a mi hija. Perdóname porque sólo habla inglés. Debe de ser difícil para ti comunicarte a través de ella. Pero ahora sé que me oyes. Y tú sabes lo que digo, que habría deseado llevar tus huesos a la Boca de la Montaña, a las Fauces del no. No me he olvidado. En cuanto pueda ir a China cumpliré con mi deber. Gracias por recordármelo.

Ruth se preguntó qué había escrito. ¿Cómo era posible que un cuadrado significara esas cosas? ¿De verdad había un fantasma en la habitación? ¿Qué pasaba con su mano y con el palillo? ¿Por qué le temblaba la mano?

—Espero que me perdones, porque es posible que no pueda regresar a China en mucho tiempo —prosiguió LuLing—. Quiero que sepas que mi vida ha sido muy triste desde que me dejaste. Por eso, si no es posible cambiar la maldición, te ruego que te lleves mi vida pero no la de mi hija. Sé que su accidente fue una advertencia.

A Ruth se le cayó el palillo. ¡La mujer de pelo ensangrentado quería matarla! Así que era verdad que había estado a punto de morir en el patio del colegio. Sus sospechas eran fundadas.

LuLing recogió el palillo y trató de ponerlo en la mano de Ruth. Pero ésta cerró la mano en un puño y apartó la bandeja. Su madre la acercó otra vez y continuó diciendo incoherencias:

—Me alegro mucho de que por fin me hayas encontrado. Hace años que te espero. Ahora podremos hablar. Podrás guiarme todos los días. Podrás decirme día a día cuál ha de ser mi conducta. —Se dirigió a Ruth—: Dile que venga todos los días. —Ruth negó con la cabeza y trató de levantarse de la silla—. Díselo —insistió LuLing, dando un golpecito en la mesa, delante de la bandeja.

Fue entonces cuando Ruth recuperó la voz.

—¡No! —respondió en voz alta—. No puedo.

—¡Oh! ¡Ahora tú hablas otra vez! —dijo LuLing en inglés—. ¿Tita querida cura a ti? —Ruth asintió con un gesto—. ¿Eso significa no más maldición?

—Sí, pero ha dicho que ahora debía marcharse. Y que yo necesito descansar.

—¿Ella perdona a mí? Ella...

—Ha dicho que todo saldrá bien. Todo. ¿De acuerdo? Así que ya no tienes que preocuparte.

Su madre lloró de alivio.

Después de la cena, mientras acompañaba a su madre a casa, Ruth recordó con asombro las preocupaciones que había tenido a una edad tan temprana. Pero eso no era nada comparado con lo que la mayoría de los niños sufría en la actualidad. ¿Una madre desdichada? Eso era moco de pavo frente a las pandillas juveniles, las armas y las enfermedades de transmisión sexual, por no mencionar las cosas que inquietaban a los padres: pederastas en Internet, drogas de diseño como el éxtasis, matanzas en colegios, anorexia, bulimia, automutilaciones, la capa de ozono, las superbacterias. Ruth contó mecánicamente estas calamidades con una mano, y eso le recordó que aún le quedaba una tarea pendiente: llamar a Miriam para que permitiera a las niñas asistir a la reunión familiar.

Consultó su reloj de pulsera. Eran casi las nueve, una hora comprometida para llamar a cualquiera que no fuese un amigo íntimo. Claro que ella y Miriam estaban unidas por la más íntima de las razones, las niñas y su padre. Pero se trataban con la cortesía de dos extrañas. A menudo se encontraba con ella al recoger o dejar a las niñas en el campo deportivo de la escuela, y una vez la había visto en la enfermería, donde había llevado a Dory tras una fractura de tobillo. Miriam y ella charlaban de temas intrascendentes, como una enfermedad reciente, el mal tiempo o los atascos de tráfico. En otras circunstancias quizá hubiesen sido amigas. Miriam era una mujer inteligente, simpática y de ideas firmes, y a Ruth le gustaban esas cualidades. Sin embargo, le molestaba que hiciera comentarios casuales sobre intimidades que había compartido con Art cuando estaban: un episodio divertido durante un viaje a Italia, una verruga Art tenía en la espalda y habían tenido que analizar, lo mucho que le gustaban los masajes... En el último cumpleaños de Art, Miriam le había regalado unos vales para dos sesiones con su masajista favorito, un obsequio que Ruth consideraba inapropiadamente personal.

—¿Todavía te haces ver el lunar todos los años? —preguntó a Art en otra ocasión, y aunque Ruth fingió no oírla, se preguntó cómo era su vida cuando estaban juntos, enamorados y Miriam todavía lo quería lo suficiente para vigilar el más mínimo cambio en el tamaño del lunar. Los imaginó holgazaneando en una villa toscana, en un dormitorio con vistas a suaves colinas de huertos, riendo y poniendo motes a los lunares de la espalda del otro como si fuesen constelaciones. Podía ver cómo se masajeban mutuamente los muslos con largos toques y las manos untadas con aceite de oliva. Art lo había intentado con ella en una ocasión, y Ruth daba por sentado que alguien le había enseñado la técnica. Cuando él se empeñaba en masajearle los muslos, ella se tensaba. Era incapaz de relajarse durante un masaje. Tenía cosquillas, perdía el control, y luego sentía una angustia lo bastante intensa para desear huir.

Nunca le habló a Art de ese temor; se limitaba a decir que, en su caso, el masaje era una pérdida de tiempo y de dinero. Y aunque sentía curiosidad por la vida sexual de Art con Miriam y

otras mujeres, jamás le preguntaba qué había hecho en la cama con ellas. Él tampoco la interrogaba a ella. Ruth se había escandalizado al enterarse de que Wendy torturaba a Joe para que le contara con lujo de sus aventuras del pasado, en la cama y en la playa, además de pedirle que describiera con exactitud qué había sentido la primera vez que se había acostado con ella.

—¿Y él responde a todos tus interrogatorios? —preguntó Ruth.

—Declara su nombre, fecha de nacimiento y número de la seguridad social. Entonces le pego hasta que confiesa.

—¿Y después te sientes mejor?

—¡Me pongo histérica!

—¿Entonces por qué preguntas?

—Una parte de mí cree que todo en él es de mi propiedad; sus sentimientos, sus fantasías. Sé que no está bien, pero es lo que siento. Su pasado es mi pasado, y me pertenece. Mierda, si pudiese encontrar la caja de juguetes de su infancia, miraría en el interior y diría: «Mía». Me gustaría ver las revistas pornográficas que escondía bajo el colchón en la adolescencia y que usaba para masturbarse.

Ruth rio, pero se sintió violenta. ¿La mayoría de las mujeres hacía esa clase de preguntas? ¿Acaso Miriam le habría preguntado cosas semejantes a Art? ¿La porción del pasado de Art que pertenecía a Miriam era mayor que la que pertenecía a Ruth?

La voz de su madre la sobresaltó.

—¿Y cómo está *Fu-Fu*?

Otra vez no. Ruth respiró hondo.

—*Fu-Fu* está bien —dijo esta vez.

—¿De veras? —repuso LuLing—. Esa gata vieja. Tienes suerte que ella no muerta todavía.

Ruth se sorprendió tanto que prorrumpió en risas. Aquello era como la tortura de las cosquillas. No podía soportarla, pero tampoco podía contener las carcajadas. Sus ojos se llenaron de lágrimas y se alegró de que en el coche estuviese oscuro.

—¿Por qué tú ríe? —la riñó LuLing—. No es broma. Y no dejes perro en jardín. Conozco alguien que lo hace, ¡y ahora gato muerto!

—Tienes razón —respondió Ruth tratando de concentrarse en la carretera—. Tendré más cuidado.

4

La noche del Festival de la Luna Llena, el restaurante Fountain Court estaba a tope y la hilera de personas en la puerta parecía la cola de un dragón. Art y Ruth se abrieron paso entre el gentío.

—Permiso. Tenemos mesa reservada.

En el interior se oía el bullicio de un centenar de personas conversando animadamente. Los niños usaban los palillos para interpretar piezas de percusión en tazas de té y vasos de agua. El camarero que acompañó a Ruth y Art a la mesa tuvo que gritar para hacerse oír por encima del ruido de las fuentes que cambiaban de manos. Mientras lo seguía, Ruth percibió la mezcla de olores de docenas de manjares. Al menos la comida sería buena.

Había elegido Fountain Court porque era uno de los pocos restaurantes en que su madre no protestaba por la preparación de los platos, la actitud de los camareros o la higiene de los boles. En un principio Ruth había reservado dos mesas, contando a sus familiares y amigos, a las dos hijas de Art y a los padres de éste, que habían llegado desde Nueva Jersey para pasar unos días en la ciudad. Pero no había contado a la ex esposa de Art, Miriam, ni a su marido Stephen, ni a sus dos hijos, Andy y Beauregard. La semana anterior Miriam había llamado a Art para pedirle algo.

Cuando Ruth se enteró de lo que le había pedido, protestó:

—No hay sitio para cuatro personas más.

—Ya sabes cómo es Miriam —dijo Art—. No acepta negativas. Además, es la única posibilidad de que mis padres la vean antes de marcharse a Carmel.

—¿Y dónde se sentarán? ¿A otra mesa?

—Podemos añadir sillas —respondió Art—. Sólo es una cena.

Para Ruth, esta reunión en particular no era «sólo una cena». Era la celebración china de Acción de Gracias, la reunión en la que ella desempeñaría el papel de anfitriona por primera vez. La había organizado con celo, pensando en lo que debería significar la familia; y no sólo los parientes consanguíneos, sino también aquellos que estaban unidos por el pasado y que permanecerían juntos a lo largo de los años, personas que estaba agradecida de tener en su vida. Quería dar las gracias a todos los participantes por contribuir a su sentimiento de familia. Miriam sería un recordatorio de que el pasado no era siempre bueno y de que el futuro era incierto. Pero Art interpretaría esta explicación como una mezquindad, y Fia y Dory pensarían que era una arpía.

Sin más objeciones, Ruth ultimó los preparativos tomando en consideración los cambios de última hora. Llamó al restaurante para que reservaran más sitio. Reconsideró la disposición de los comensales. Encargó más platos para dos adultos y dos niños a quienes seguramente no les

gustaría demasiado la comida china. Sospechaba que los remilgos de Fia y Dory ante la comida desconocida procedían de su madre.

Los padres de Art fueron los primeros en llegar.

—Marty, Arlene —saludó Ruth. Cambiaron corteses besos en la mejilla.

Arlene abrazó a su hijo; Marty le asestó un falso puñetazo en el hombro y otro en la mandíbula.

—Me has noqueado —dijo Art, cumpliendo con el tradicional rito padre e hijo.

Con sus elegantes atuendos, los Kamen destacaban entre la multitud de parroquianos informalmente vestidos. Ruth llevaba una blusa indonesia pintada al batik y una falda de tela rugosa. Pensó que Miriam vestía como los Kamen, con ropa de marca que debía limpiarse y plancharse en la tintorería. Miriam adoraba a los padres de Art, y estos la adoraban a ella, mientras que Ruth, según sospechaba, no terminaba de caerles bien. Aunque había conocido a Art poco antes de que el divorcio fuese oficial, era probable que Marty y Arlene la vieran como la tercera en discordia, la razón por la cual Miriam y Art no se habían reconciliado. Sospechaba que los Kamen esperaban que ella fuese únicamente un interludio en la vida de Art. Nunca sabían cómo presentarla. «Ésta es la... eh..., Ruth», decían. Eran muy amables con ella. Le habían hecho bonitos regalos de cumpleaños —un pañuelo de seda, un frasco de Chanel nº. 5, una bandeja de té lacada—, pero ninguno que pudiese compartir con Art o legar a las niñas... o a futuros hijos, pues no había posibilidades de que Ruth les diera otros nietos. Miriam, por el contrario, siempre sería la madre de las nietas de los Kamen, la guardiana de reliquias que con el tiempo pifiarían a manos de Fia y Dory. Marty y Arlene ya le habían entregado los cubiertos de plata y la vajilla de porcelana de la familia, además de la *mezuzah*^[2] atesorada por cinco generaciones de Kamen, desde la época en que vivían en Ucrania.

—¡Miriam! ¡Stephen! —exclamó Ruth con forzado entusiasmo. Se estrecharon las manos y Miriam le dio un breve abrazo mientras saludaba con la mano a Art, sentado al otro lado de la mesa—. Me alegro de que hayáis podido venir —añadió, incómoda, y luego se dirigió a los niños—. Andy, Beauregard, ¿cómo estáis?

El más pequeño, que tenía cuatro años, respondió:

—Ahora me llamo Boomer.

—Has sido muy amable al permitir que nos sumáramos al grupo —dijo Miriam a Ruth—. Espero no haberte causado problemas.

—En absoluto.

Miriam abrazó efusivamente a Marty y Arlene. Llevaba un traje en tonos granate y verde oliva, con un enorme cuello plisado. Su cabello cobrizo estaba cortado al estilo paje. Ruth recordó por qué se le llamaba así, pues Miriam parecía un paje de un cuadro renacentista.

El primo de Ruth, Billy —a quien ahora llamaban Bill— apareció acompañado de su segunda mujer, Dawn, y los hijos de ambos, cuatro niños de edades comprendidas entre los nueve y los diecisiete años. Ruth y Billy se fundieron en un largo abrazo. Él le dio varias palmadas en la espalda, como suelen hacer los hombres con sus amigos. Cuando Ruth era pequeña, Billy era un pequeñajo malcriado y bravucón, pero ahora esas cualidades se habían convertido en dotes de mando. Dirigía una empresa de biotecnología y había ido engordando a medida que prosperaba.

—Dios, cuánto me alegro de verte —dijo, y de inmediato Ruth se sintió mejor.

Sally, tan sociable como de costumbre, hizo una entrada apoteósica, gritando nombres y riendo mientras su marido y sus dos hijos la seguían. Era ingeniera aeronáutica y viajaba por todo el mundo como perito legal, siempre en representación del demandante. Inspeccionaba los antecedentes y el lugar de los accidentes aéreos, en la mayoría de los casos de pequeñas aeronaves. Charlatana por naturaleza, era también una mujer dinámica y extrovertida que no se dejaba intimidar por nadie ni se amilanaba ante nuevas aventuras. Su marido, George, era violinista en la orquesta sinfónica de San Francisco, y siempre estaba dispuesto a complacer a su mujer diciendo lo que ella quería. «George, cuéntales lo del perro que subió al escenario en Stern Grove, hizo pis en el micrófono y produjo un cortocircuito que os dejó sin equipo de sonido». Y George repetía a pies juntillas lo que acababa de decir su esposa.

Ruth alzó la vista y vio a Wendy y Joe buscándola entre el gentío. Detrás de ellos estaba Gideon, impecablemente vestido y acicalado, como de costumbre, y con un caro ramo de flores tropicales en la mano. Cuando Wendy se volvió y lo vio, sonrió con falsa alegría, y él fingió el mismo entusiasmo. En una ocasión, Wendy había dicho que Gideon era «un cabrón esnob con el cuello contracturado de tanto mirar por encima de los hombros de los demás, buscando a alguien más importante con quien hablar». Gideon, por su parte, había dicho que Wendy era «una grosera que carece de la sutileza necesaria para saber que no es de buena educación contar escabrosos detalles de sus trastornos menstruales en la mesa». Ruth había contemplado la posibilidad de invitar sólo a uno de ellos, pero en un estúpido momento de determinación había decidido que tendrían que resolver sus diferencias, aunque ver cómo lo hacían le causara una indigestión.

Al ver a Ruth, Wendy agitó las dos manos; luego ella y Joe se abrieron paso por el comedor. Gideon los siguió a una distancia prudencial.

—¡Hemos encontrado aparcamiento justo enfrente! —se jactó Wendy. Levantó su amuleto de la suerte, un ángel de plástico con un parquímetro en la cara—. ¡Te lo dije! ¡Es infalible!

Le había regalado uno a Ruth, que a pesar de llevarlo en el salpicadero siempre recibía multas de tráfico.

—Hola, cariño, estás radiante —dijo Gideon con la delicadeza de costumbre—. ¿O es el brillo del sudor producido por los nervios?

Ruth, que le había contado por teléfono que Miriam se proponía aguarle la fiesta, lo besó en las mejillas y le dijo en susurros dónde estaba sentada la ex de Art. Él se había ofrecido para hacer de espía e informarle de cualquier atrocidad que dijese.

Art se acercó a Ruth.

—¿Qué tal va todo?

—¿Dónde están Fia y Dory?

—Han ido a Green Apple Annex a mirar un disco compacto.

—¿Las has dejado ir solas?

—Está a un paso de aquí, y han dicho que volverían dentro de diez minutos.

—¿Ah sí? ¿Y por qué no han vuelto aún?

—Puede que las hayan secuestrado.

—No tiene gracia.

Su madre solía decir que el solo hecho de pronunciar palabras semejantes traía mala suerte. Casualmente en ese momento entró LuLing; su menuda silueta contrastaba con el robusto cuerpo de GaoLing. Unos segundos después apareció el tío Edmund. Ruth se preguntaba a menudo si su padre habría acabado teniendo el mismo aspecto que él: alto, encorvado, con una espesa melena blanca y unas extremidades largas que movía con un suave balanceo. Tío Edmund tenía un don para contar chistes malos, consolar a los niños asustados y dar consejos bursátiles. LuLing decía que los hermanos no tenían nada en común, y que el padre de Ruth había sido mucho más apuesto, inteligente y honrado. Su único defecto había sido ser demasiado confiado y a veces, cuando se concentraba en algo, un poco despistado, igual que Ruth. Cuando Ruth no prestaba atención a su madre, ésta le recordaba las circunstancias de la muerte de su padre a modo de advertencia:

—«Tu padre ve luz verde y confía en que el coche para. Pero ¡pum! Lo atropella y arrastra una manzana, dos manzanas, nunca para».

Decía que había muerto a causa de una maldición, la misma que había provocado la fractura del brazo de Ruth. Y puesto que el tema de la maldición casi siempre salía a relucir cuando LuLing estaba enfadada con Ruth, ésta solía pensar que la maldición y la muerte de su padre estaban relacionadas con ella. Tenía frecuentes pesadillas en las que mutilaba a personas, atropellándolas con un automóvil sin frenos. Por eso siempre comprobaba el estado de los frenos varias veces antes de usar el coche.

A pesar de la distancia, Ruth notó que LuLing le sonreía con maternal adoración. Sintió un vuelco en el corazón; ver a su madre en ese día tan especial la alegraba y entristecía al mismo tiempo. ¿Por qué la relación entre ambas no era siempre así? ¿Cuántas veces volverían a verse en una reunión como aquélla?

—Feliz Luna Llena —dijo Ruth cuando su madre llegó a la mesa. Le hizo una seña para que se sentara a su lado.

Tía Gal ocupó la otra silla contigua a Ruth, y entonces el resto de la familia se sentó. Ruth observó que Art estaba con Miriam en la otra mesa, que rápidamente se estaba convirtiendo en la sección americana.

—Eh, ¿nos habéis puesto en el gueto blanco? —preguntó Miriam, que estaba sentada de espaldas a Ruth.

Cuando por fin aparecieron Fia y Dory, Ruth pensó que no podía reprenderlas delante de su madre y de Arlene y Marty. Agitaron la mano a modo de saludo colectivo.

—Hola todo el mundo —dijeron—. Hola, Bubby y Poppy. —Y abrazaron a sus abuelos. Jamás abrazaban voluntariamente a LuLing.

La comida comenzó con una variedad de aperitivos servidos en la bandeja giratoria que LuLing llamaba el «tio vivo». Los adultos recibieron los platos con exclamaciones de asombro, y los niños gritaron «¡qué hambre!». Los camareros sirvieron los platos que Ruth había encargado por teléfono: pez fénix glaseado; pollo vegetariano hecho con láminas de tofu, y medusa, el plato favorito de su madre, sazonado con aceite de sésamo y cebolletas picadas.

—¿Eso es un animal, un vegetal o un mineral? —preguntó Miriam.

—Sírvete, mamá —dijo Ruth levantando la fuente con medusas—. Empieza tú, que eres la mayor.

—¡No! ¡No! —respondió LuLing automáticamente—. Tú primero.

Ruth hizo caso omiso de esa negativa protocolaria y sirvió un pequeño montículo de tiras de medusa, semejantes a tallarines. LuLing empezó a comer en el acto.

—¿Qué es eso? —oyó preguntar Ruth a Boomer en la otra mesa. El niño miró con gesto ceñudo la temblorosa montaña de medusas que pasaba ante él en la bandeja giratoria.

—¡Gusanos! —bromeó Dory—. ¡Pruébalos!

—¡Puaaaj! ¡Qué asco! —gritó Boomer mientras Dory reía a carcajadas.

Cuando Art le pasó la fuente de medusas, Ruth sintió un nudo en el estómago.

Llegaron más platos, cada uno más extraño que el anterior a juzgar por las caras de los que no eran chinos. Tofu con verduras picantes; cohombros de mar, el plato favorito de tía Gal, y unas tortas de arroz que Ruth había pensado que gustarían a los niños. Se había equivocado.

A mitad de la comida, Nicky, el hijo de seis años de Sally, hizo girar el tiovivo, quizá pensando que volaría como un disco de playa, y el pico de una tetera volcó una copa de agua. LuLing gritó y se levantó de un salto. Su falda chorreaba agua.

—*Ai-ya!* ¿Por qué tú haces eso?

Nicky se cruzó de brazos y sus ojos se humedecieron.

—Tranquilo, cariño —dijo Sally—. Di que lo lamentas y la próxima vez haz girar la bandeja más despacio.

—Ella ha sido mala conmigo. —El niño hizo un mohín dirigido a LuLing, que se secaba la falda con una servilleta.

—Cariño, la tía abuela se asustó, eso es todo. El problema es que eres muy fuerte... igual que un jugador de béisbol.

Ruth esperaba que su madre no continuara riñendo a Nicky. Recordó que en el pasado solía enumerar todas las veces que ella había derramado la leche o la comida, preguntando en voz alta a unas fuerzas desconocidas por qué su hija no aprendía a comportarse. Ruth miró a Nicky y se preguntó qué clase de madre habría sido si hubiese tenido hijos. Quizá reaccionaría como su madre, incapaz de contener el impulso de reñir al niño hasta que éste se mostrara derrotado y arrepentido.

Pidieron más bebidas. Ruth notó que Art iba por la segunda copa de vino. Parecía estar manteniendo una animada conversación con Miriam. Otra ronda de platos llegó justo a tiempo para disipar la tensión. Berenjenas salteadas con hojas de albahaca, bacalao negro cubierto de ajos fritos, una versión china de polenta con salsa de carne picante, gordos champiñones negros y una fuente de cerámica con albóndigas y fideos de arroz. Según LuLing, hasta los «extranjeros» estaban disfrutando con la comida. Tía Gal se inclinó hacia Ruth y dijo:

—La semana pasada, tu madre y yo comimos de maravilla en el Sun Hong Kong. Pero después estuvimos a punto de ir a la cárcel.

Tía Gal acostumbraba soltar comentarios intrigantes y esperar que el oyente de turno mordiera el anzuelo.

Ruth le dio el gusto.

—¿A la cárcel?

—¡Sí! Tu madre se peleó con el camarero; insistía en que ya había pagado la cuenta. —

Cabeceó—. El camarero tenía razón: aún no habíamos pagado. —Acarició la mano de Ruth—. ¡No te preocupes! Yo aproveché un momento de distracción de tu madre y pagué. Ya ves, aquí estamos, no nos metieron presas.

GaoLing comió unos bocados más, se relamió, volvió a inclinarse hacia Ruth y murmuró:

—Le he dado una bolsa grande de raíz de ginseng. Es muy bueno para curar la confusión. —Asintió con la cabeza y Ruth la imitó—. A veces tu madre me llama desde la estación para avisarme que ha llegado, ¡y yo ni siquiera estaba enterada de que pensaba visitarme! No pasa nada, ella siempre es bienvenida en mi casa, pero ¿a las seis de la mañana? ¡Yo nunca he sido muy madrugadora! —Rio y Ruth, con la mente hecha un torbellino, respondió con una risita vacía.

¿Qué le pasaba a su madre? ¿Era posible que la depresión causara semejante estado de confusión? La semana siguiente, cuando volvieran a la consulta del doctor Huey, le plantearía esa pregunta. Tal vez si él le prescribiera antidepresivos a LuLing, ésta obedecería y los tomaría. Ruth sabía que debía visitar a su madre con mayor frecuencia. LuLing se quejaba continuamente de su soledad, y era obvio que con sus inoportunas visitas a GaoLing trataba de llenar un vacío.

Durante el paréntesis de calma que precedió a los postres, Ruth se levantó y pronunció un pequeño discurso:

—Conforme pasan los años, cada vez soy más consciente del valor de la familia. Nos recuerda qué es importante. La conexión con el pasado. Los mismos chistes sobre cómo envejecemos a pesar de ser Young^[3]. Las tradiciones. La imposibilidad de librarnos unos de otros, por mucho que lo intentemos. Siempre hemos estado y estaremos unidos por los pegajosos lazos de la sémola de arroz y la tapioca. Gracias a todos por estar aquí. —Omitió los homenajes individuales, pues no tenía nada que decir de Miriam y su grupo.

Acto seguido, Ruth repartió entre los niños cajas envueltas en papel de regalo que contenían galletas con forma de luna y conejos de chocolate.

—¡Gracias! —exclamaron—. ¡Qué bonito!

Ruth se tranquilizó por fin. Parecía que había sido una buena idea organizar la comida. Pese a los momentos de tensión, las reuniones eran importantes, un rito que contribuía a preservar lo que quedaba de la familia. No quería distanciarse de sus primos, pero temía que el fin de la generación de los ancianos significara también la ruptura de los vínculos familiares. Debían hacer un esfuerzo para que eso no ocurriese.

—Más regalos —anunció Ruth y empezó a distribuir paquetes.

Había encontrado una bonita foto de LuLing y tía Gal adolescentes, posando a ambos lados de su madre. Había encargado un negativo del original y varias copias de 20 por 24 centímetros que luego había mandado enmarcar. Quería que fuese un significativo tributo a su familia, un regalo perdurable. En efecto, quienes lo recibieron reaccionaron con exclamaciones de admiración.

—Es increíble —dijo Billy—. Eh, niños, adivinad quiénes son estas dos jovencitas guapas.

—Mira qué jóvenes estábamos —observó tía Gal con un suspiro nostálgico.

—Eh, tía Lu, en esta foto pareces colocada —bromeó Sally.

—Eso porque mamá acaba de morir —respondió LuLing.

Ruth supuso que su madre había entendido mal a Sally. La palabra «colocada» no figuraba en el vocabulario de LuLing. La madre de GaoLing y de LuLing había muerto en 1972. Ruth señaló la

foto.

—¿Ves? Tu madre está aquí. Y ésta eres tú.

LuLing negó con la cabeza.

—Ésa no es mi madre verdadera.

Ruth se hizo un lío tratando de descifrar lo que quería decir su madre. Tía Gal le dirigió una mirada extraña y apretó los dientes, como si se esforzase por no hablar. Los demás tenían cara de preocupación.

—Ésta es Waipo, ¿no? —preguntó Ruth a tía Gal, intentando parecer tranquila. Cuando GaoLing asintió, Ruth dijo alegremente a su madre—: Bueno, si ésta es la madre de tu hermana, también tiene que ser la tuya.

—GaoLing *no* es hermana mía —gruñó LuLing. Ruth sintió los latidos de la sangre en la cabeza. Billy carraspeó, con la obvia intención de cambiar de tema. Pero la anciana prosiguió—: ¡Ella mi cuñada!

Todos rieron a carcajadas. ¡LuLing había hecho un chiste! En efecto, puesto que estaban casadas con dos hermanos, eran cuñadas. ¡Qué alivio para Ruth! Su madre no sólo conservaba la coherencia, sino que también era inteligente.

Tía Gal se volvió hacia LuLing y protestó con fingido disgusto:

—Eh, ¿por qué me tratas tan mal?

LuLing buscaba algo en su cartera. Sacó una fotografía pequeña y se la entregó a Ruth.

—Aquí tienes —dijo en chino—. Ésta es mi madre.

Un escalofrío recorrió el cuero cabelludo de Ruth. En la foto aparecía la niñera de su madre, Bao Bomu, Tita Querida.

Vestía una chaqueta con cuello de tirilla y un extraño tocado que parecía de marfil. Su belleza era etérea. Tenía grandes ojos rasgados y una mirada directa y audaz. Sus curvas cejas reflejaban una mente inquisitiva y sus labios carnosos, una sensualidad indecente para la época. Era obvio que la fotografía era anterior al accidente en que se había quemado y desfigurado la cara, y tras el cual había quedado con una constante expresión de horror. Ruth observó la foto con detenimiento y el gesto de la mujer se le antojó aún más turbador, como si fuese capaz de ver su futuro y supiese que estaba maldito. Ésa era la loca que había cuidado de su madre desde que ésta había nacido, la que la había llenado de temores y supersticiones. Según le había contado LuLing, cuando ella tenía catorce años su niñera se había suicidado de una forma truculenta, «demasiado mala para decir». Con independencia de los medios que usase para conseguirlo, había hecho creer a LuLing que la culpa era suya. Tita Querida era la razón por la cual estaba convencida de que nunca podría ser feliz, de que siempre debía esperar lo peor y sufrir hasta que ocurriera.

Con delicadeza, Ruth hizo lo posible para que su madre volviera a razonar con coherencia.

—Esa era tu niñera —dijo con tono persuasivo—. Supongo que quieres decir que era como una madre para ti.

—No, ésta mi madre de verdad —insistió LuLing—. Esta la madre de GaoLing —añadió levantando la fotografía enmarcada.

En medio de su aturdimiento, Ruth oyó que Sally le preguntaba a Billy qué tal le había ido el mes pasado en Argentina, adonde había ido a esquiar. El tío Edmund incitaba a su nieto a probar

un champiñón negro, y Ruth no hacía más que preguntarse ¿qué pasa?, ¿qué pasa?

Sintió que su madre le tocaba el brazo.

—Yo también tengo regalo para ti. Me adelanto a cumpleaños. —Metió la mano en el bolso y sacó una caja blanca atada con un lazo.

—¿Qué es?

—Abre, no preguntes.

La caja era ligera. Ruth le quitó la cinta, abrió la tapa y vio un resplandor gris. Era un collar de irregulares perlas negras, todas del tamaño de una bola de chicle. ¿Era una prueba? ¿O acaso su madre había olvidado que ella misma le había hecho ese regalo unos años antes? LuLing sonrió con expresión cómplice... ¡Oh, sí, mi hija no puede creer su suerte!

—Mejores cosas lleva ahora —prosiguió LuLing—. No necesitas esperar que yo muerta. —Se volvió antes de que Ruth pudiera rechazar o agradecerle el regalo—. Además, esto no vale mucho.

Se daba golpecitos en el moño, tratando de volver a meter el orgullo en su cabeza. Era un ademán que Ruth había visto muchas veces. «Si alguien demuestra que su regalo es muy grande, el regalo no es grande de verdad», solía decir LuLing. La mayor parte de sus consejos sugerían que era inapropiado demostrar los verdaderos sentimientos: esperanza, decepción y, muy especialmente, amor. Cuanto menos demostraba uno, más profundo era el sentimiento.

—Este collar estado en mi familia mucho tiempo —le oyó decir Ruth.

Miró las perlas y recordó la primera vez que las había visto en una tienda de Kauai.

«Perlas negras de Tahití», decía la etiqueta; una baratija de vidrio que costaba veinte dólares y estaba destinada a usarse sobre la piel sudorosa en un radiante día tropical. Ruth había ido a la isla con Art en la etapa de enamoramiento inicial. A su regreso a Estados Unidos se dio cuenta de que había olvidado el cumpleaños de su madre; ni siquiera había pensado en telefonarla mientras bebía *mai-tais* en la playa. Entonces había metido en una caja la baratija —que ya había usado dos veces—, con la esperanza de que al regalar a su madre algo que había cruzado el océano la mujer creyera que había estado pensando en ella. Su error había sido ser sincera e insistir en que el collar «no era gran cosa», porque LuLing interpretó esas palabras de modestia como indicio de que se trataba de un regalo fino y caro, una prueba del amor de su hija. Lo usaba para ir a todas partes, y Ruth sentía una punzada de culpa cada vez que la oía presumir ante sus amigas: «Mira qué me compra mi hija Lootie».

—¡Ay, qué bonito! —murmuró GaoLing mirando el collar que Ruth tenía en las manos—. Déjame ver. —Y antes de que Ruth se diese cuenta, GaoLing le arrebató la caja. Apretó los labios—. Mmm —dijo examinando las perlas.

¿Lo había visto antes? ¿Cuántas veces lo habría usado LuLing para ir a visitarla? ¿Cuántas veces habría alardeado de su valor? ¿Acaso GaoLing siempre había sabido que el collar era falso, y que Ruth, la buena hija, era una impostora?

—Déjame ver —dijo Sally.

—Cuidado —advirtió LuLing cuando el hijo de Sally alargó la mano para tocar las perlas—. No toca. Cuesta demasiado.

Muy pronto el collar circuló también por la otra mesa. La madre de Art lo miró con expresión particularmente crítica, sopesándolo.

—Muy bonito —le dijo a LuLing con más énfasis del necesario.

Miriam se limitó a señalar:

—Las perlas son muy grandes.

Art le echó una ojeada y carraspeó.

—Eh, ¿qué pasa?

Ruth se volvió y vio que su madre la miraba con fijeza.

—Nada —murmuró—. Sólo estoy un poco cansada.

—¡Tonterías! —exclamó su madre en chino—. Veo que escondes algo y no lo dejas salir.

—¡Cuidado! ¡Están usando el lenguaje de los espías! —dijo Dory desde la otra mesa.

—Algo va mal —insistió LuLing.

A Ruth le sorprendió la perspicacia de su madre. Quizá, a pesar de todo, no le ocurriese nada malo.

—Es la ex mujer de Art —murmuró por fin Ruth en un chino con fuerte acento inglés—. Ojalá Art no la hubiese dejado venir.

—¡Ah! ¿Lo ves? ¡Yo tenía razón! Sabía que algo iba mal. Las madres lo sabemos todo. —Ruth se mordió el interior de la mejilla—. Vamos, vamos, no te preocupes —la tranquilizó—. Mañana habla con Artie y convéncelo de que te compre un regalo. Tendrá que gastar mucho dinero para demostrar que te valora. Debería comprarte algo como esto. —Tocó el collar, que había regresado ya a las manos de Ruth.

Ruth sintió el escozor de las lágrimas en sus ojos.

—¿Gusta? —preguntó LuLing con orgullo en inglés, para que la entendieran los demás—. Esto verdadero, ¿saben?

Ruth levantó el collar y observó cómo brillaban las oscuras perlas de un regalo surgido del fondo del mar.

5

Mientras se dirigían hacia el aparcamiento del hospital, Ruth tomó a LuLing del brazo. Cubierto de carne flácida, parecía la huesuda ala de un pajarillo recién nacido.

LuLing oscilaba entre la alegría y el mal humor, aparentemente ajena a lo que acababan de descubrir en la consulta del médico. Ruth, sin embargo, intuía que su madre era un vacío quejumbroso y que pronto sería tan ligera como un trozo de madera flotando a la deriva. *Demencia*. A Ruth le intrigaba el diagnóstico: ¿cómo era posible que una palabra con un sonido tan bonito denotara una enfermedad tan destructiva? Era un nombre digno de una diosa: Dementia, la responsable de que su hermana Deméter olvidara convertir el invierno en primavera. Ruth imaginó placas de hielo formándose sobre el cerebro de su madre, extrayendo la humedad. El doctor Huey había dicho que la prueba de resonancia magnética revelaba un encogimiento en ciertas partes del cerebro, causado, casi con seguridad, por la enfermedad de Alzheimer. También había dicho que era probable que la dolencia hubiera empezado «hacia años». Ruth se había quedado demasiado pasmada para interrogarlo, pero ahora se preguntaba qué habría querido decir exactamente. ¿Cuántos años? ¿Veinte? ¿Treinta? ¿Cuarenta? Tal vez por eso su madre había sido una mujer avinagrada cuando ella era una niña; quizá por eso hablaba de maldiciones y fantasmas y amenazaba con suicidarse. La demencia era la redención de su madre, y Dios las perdonaría a ambas por haberse herido mutuamente durante tantos años.

—¿Qué dice el doctor, Lootie? —La pregunta de LuLing sobresaltó a Ruth. Estaban delante del coche—. ¿Que yo muero pronto? —preguntó con picardía.

—No. —Ruth rio para que sus palabras sonaran más convincentes—. Por supuesto que no.

LuLing estudió la cara de su hija y declaró:

—No importa si yo muero. No da miedo. Tú sabes.

—El doctor Huey ha dicho que tu corazón está bien —añadió Ruth. Buscó la manera de traducir el diagnóstico en términos aceptables para su madre—. Pero cree que quizá tengas otro problema... un problema relacionado con el equilibrio de los elementos en tu cuerpo. Y eso podría causarte dificultades... con la memoria. —Ayudó a LuLing a sentarse en el asiento delantero y le abrochó el cinturón de seguridad.

LuLing resopló.

—¡Bah! ¡Nada malo con mi memoria! Recuerdo muchas cosas, más que tú. Dónde vivo en tiempos de niña, lugar que llamamos Corazón Inmortal y parece corazón, dos ríos, un arroyo, todos secos... —Continuó hablando mientras Ruth rodeaba el coche, subía y ponía el motor en

marcha—. ¿Qué sabe él? Ese doctor ni siquiera usa telescopio para escuchar mi corazón. ¡Nadie escucha mi corazón! Tú no escuchas. GaoLing no escucha. Tú sabes que mi corazón duele siempre. Pero yo no quejo. ¿Alguna vez quejo?

—No...

—¡Ya ves!

—Pero el médico dice que a veces olvidas las cosas porque estás deprimida.

—¡Deprimida no hace olvidar! ¡Mira mi triste vida!

Ruth probó los frenos para cerciorarse de que funcionaban bien y maniobró para salir por las rampas curvas del aparcamiento. La voz monocorde de su madre zumbaba al ritmo del motor:

—Por supuesto deprimida. Cuando muere Tita Querida, toda felicidad sale de mi cuerpo...

Desde el momento en que le habían diagnosticado la enfermedad, tres meses antes, LuLing cenaba en casa de Art y Ruth prácticamente todas las noches. Esta noche Ruth miró a su madre, que masticaba despacio un trozo de salmón. De repente se atragantó.

—Demasiado salado —gimió, como si le hubiesen puesto salego como plato principal.

—Waipo —dijo Dory—, Ruth no le ha añadido sal. Yo la vi mientras cocinaba. No puso ni una pizca.

Fia le dio un puntapié a Dory. Hizo una cruz con los índices: la cruz simbólica que en las películas de Drácula mantiene a raya a los vampiros. Dory le devolvió el puntapié.

Ahora que Ruth no podía seguir achacando los problemas de su madre a las excentricidades de su personalidad, veía indicios de demencia por todas partes. Eran evidentes. ¿Cómo era posible que no los hubiese visto antes? La información sobre apartamentos de multipropiedad y «vacaciones gratuitas» que pedía por correo, persuadida por los folletos publicitarios que le dejaban en el buzón. Las acusaciones a tía Gal, que supuestamente le robaba dinero. La forma en que vivía obsesionada durante días por un conductor de autobús que la había reprendido por no pagar el billete. Y había nuevos problemas que quitaban el sueño a Ruth. Su madre a menudo olvidaba cerrar la puerta principal con llave. Ponía comida a descongelar sobre el mármol de la cocina y la dejaba allí hasta que se pudría. Abría el grifo del agua fría y no lo cerraba en varios días, esperando que el agua se calentara. De hecho, algunos de los cambios operados en su personalidad facilitaban la vida de Ruth. Para empezar, LuLing ya no decía nada cada vez que Art se servía una segunda copa de vino, como estaba haciendo esta noche. «¿Por qué bebe tanto?», solía preguntar antes. Para sus adentros, Ruth se preguntaba lo mismo. En una ocasión le había sugerido a Art que le convenía reducir su consumo de alcohol antes de que se convirtiera en un hábito.

«Deberías volver a los zumos de fruta».

Él había respondido con serenidad que Ruth empezaba a comportarse como su madre.

—Tomar un par de copas de vino en las comidas no es un problema. Es una elección personal.

—¿Papá? —preguntó ahora Fia—. ¿Podemos tener un gatito?

—Sí —convino Dory—. Alice tiene uno del Himalaya y es precioso. Queremos uno igual.

—Ya veremos —respondió Art.

Ruth miró fijamente su plato. ¿Se habría olvidado Art de que le había dicho que aún no estaba preparada para otro gato? Se sentiría desleal con *Fu-Fu*. Y cuando llegara el momento oportuno

para comprar otro animal de compañía, una mascota de cuya alimentación y aseo se encargaría inevitablemente ella, preferiría que fuese de otra especie: un perrito.

—Una vez yo conduzco hasta Himalaya sola —presumió LuLing—. Himalaya muy alto, cerca de luna.

Art y las niñas cambiaron miradas de perplejidad. Cuando intervenía en la conversación, LuLing casi siempre decía incoherencias, comentarios que quedaban flotando en el aire como motas de polvo. Pero Ruth pensaba que las divagaciones de su madre tenían razones profundas. En este caso, era obvio que había hecho una asociación de palabras: gato del Himalaya, cordillera de Himalaya. Pero ¿por qué creía que había viajado hasta allí en coche? Ruth consideraba que tenía el deber de desentrañar esos misterios. Si lograba encontrar la causa, quizá pudiera ayudar a LuLing a despejar los senderos de su mente y evitar que se acumularan más residuos destructivos. Con diligencia, podría impedir que cayera desde un desfiladero del Himalaya. Entonces se le ocurrió una idea.

—La semana pasada mamá y yo vimos un documental muy interesante sobre el Tíbet —dijo—. Mostraron la carretera que conduce al...

Pero Doris la interrumpió para dirigirse a LuLing.

—Es imposible ir en coche hasta el Himalaya desde aquí.

LuLing puso cara de disgusto.

—¿Por qué tú dice eso?

Dory, que a semejanza de LuLing a menudo se dejaba llevar por sus impulsos, respondió con brusquedad:

—Sencillamente es imposible, está loca si piensa que...

—¡Bien, loca! —replicó LuLing—. ¿Por qué creer a mí? —Su ira fue en aumento, bullendo como el agua en un hervidor. Ruth podía ver las burbujas, el vapor. Finalmente la anciana soltó la gran amenaza—: ¡Quizá yo muero pronto! ¡Entonces todos contentos!

Fia y Dory se encogieron de hombros y se miraron con expresión cómplice: ay, la cantinela de siempre. Los estallidos de LuLing se estaban haciendo más frecuentes y violentos. Por suerte acababan pronto, y las niñas no parecían afectadas. En opinión de Ruth, tampoco se estaban sensibilizando ante el problema. Les había explicado varias veces que no debían contradecir a LuLing.

—Waipo dice cosas ilógicas porque está enferma. No podemos cambiar ese hecho. La que habla no es ella sino la enfermedad.

Pero a las niñas les costaba recordarlo, igual que a Ruth le costaba mantener la calma ante las amenazas de muerte de su madre. Por muy a menudo que las oyera, no dejaban de angustiarla. Y ahora la amenaza parecía más real que nunca: su madre se moría; primero el cerebro, luego el resto del cuerpo.

Las niñas recogieron los platos.

—Tengo deberes —anunció Fia—. Buenas noches, Waipo.

—Yo también —dijo Dory—. Adiós, Waipo.

LuLing agitó la mano desde el otro lado de la mesa. En una ocasión Ruth había pedido a las niñas que besaran a la anciana, pero ésta se había puesto tensa al recibir los besos.

Art se levantó.

—Tengo que repasar unos documentos para mañana. Será mejor que empiece. Buenas noches, LuLing.

Cuando la anciana fue al lavabo, Ruth entró en el salón para hablar con Art.

—Está empeorando.

—Lo he notado. —Art estaba ordenando unos papeles.

—Me da miedo dejarla sola durante nuestro viaje a Hawai.

—¿Y qué vas a hacer?

Ruth notó con desazón que Art no había hablado en plural: se había limitado a preguntar qué iba a hacer ella. Desde el día de la comida del Festival de la Luna Llena había empezado a observar indicios de que Art y ella no formaban una verdadera familia. Aunque intentaba sacarse esa idea de la cabeza, siempre volvía, confirmándole que no se trataba de una preocupación trivial. ¿Por qué sentía que no encajaba con nadie? ¿Acaso elegía inconscientemente amar a personas que guardaban las distancias? ¿Estaba destinada a ser infeliz, igual que su madre?

No podía culpar a Art. Él siempre había sido sincero. Desde el principio había dicho que no quería volver a casarse.

—No quiero que nuestra relación se base en presupuestos establecidos —le había dicho un día mientras estaban abrazados en la cama, poco después de que empezaran a vivir juntos—. Quiero que cada mañana nos miremos y nos digamos: «¿Quién es esta persona maravillosa que tengo la suerte de amar?».

En aquella época Ruth se sentía adorada como una diosa. Después de dos años de convivencia, Art se había ofrecido espontáneamente a cederle una parte de su piso. La había conmovido con ese gesto de generosidad y preocupación por la seguridad de Ruth. Él sabía cuánto le inquietaba el futuro. Entonces, ¿por qué no habían modificado aún la escritura? Bueno, eso era culpa de ella más que de él: en teoría, era Ruth quien debía fijar un porcentaje justo, llamar al abogado y poner el papeleo en marcha. Pero ¿cómo calcular el amor en una cifra? Se sentía tal como se había sentido cierta vez en la universidad, cuando un profesor de historia había pedido a los alumnos que se calificaran a sí mismos. Ruth se había puesto un notable y todos los demás un sobresaliente.

—Podrías contratar a alguien que pasara a ver a tu madre varias veces por semana —sugirió Art—. Una especie de ama de llaves.

—Es verdad.

—Y llamar a un servicio a domicilio de comidas preparadas. Ellos te llevarán la comida mientras estemos fuera.

—Buena idea.

—De hecho, ¿por qué no empiezas ya? Así tendrá tiempo de acostumbrarse a la comida. No es que me moleste que venga a cenar; Puede hacerlo siempre que quiera... Mira, de verdad tengo que trabajar. ¿La llevarás a casa pronto?

—Supongo.

—Cuando vuelvas comeremos helado de ron con pasas. —Era el sabor preferido de Ruth—. Hará que te sientas mejor.

LuLing se resistió a la idea de que alguien fuese a su casa para ayudarle con la limpieza. Ruth lo había previsto. Su madre detestaba gastar dinero en cosas que supuestamente podía hacer sola, desde teñirse el pelo hasta reparar el tejado.

—Es para un programa de formación de inmigrantes —mintió Ruth—, para que no vivan de la Seguridad Social. Así que no tendremos que pagar nada. Lo hacen gratis con el fin de añadir experiencia laboral en el currículo.

LuLing aceptó este razonamiento sin discutir. Ruth se sintió como una niña mala. La pillarían. O quizá no, y eso sería peor. Otro recordatorio de que la enfermedad había dañado la capacidad de su madre para enterarse de todo.

Pocos días después de que la empleada doméstica comenzara a trabajar, LuLing llamó a Ruth para quejarse:

—Ella piensa que viene a Estados Unidos y todo muy fácil. Quiere descanso y luego dice: señora, yo no mueve muebles, yo no limpia cristales, yo no plancha. Y yo pregunto: ¿cree que si no mueve dedo se hace millonaria? ¡No, Estados Unidos no así!

LuLing continuó dando buenos consejos a la asistenta hasta que ésta se despidió. Ruth comenzó a entrevistar a otras candidatas y decidió que, hasta que contratara a alguna, iría a casa de LuLing varias veces por semana para cerciorarse de que no dejara los quemadores de gas encendidos ni inundara el piso.

—Pasaba por aquí; he venido a entregarle un trabajo a un cliente —explicó en una ocasión.

—Ah, siempre cliente. Trabajo primero, madre después.

Ruth entró en la cocina, cargada con una bolsa de naranjas, papel higiénico y otros artículos de primera necesidad. Una vez allí, buscó señales de catástrofes o peligros. La última vez había descubierto que LuLing había tratado de freír huevos con cascara y todo. A continuación echó un vistazo a la mesa del comedor y recogió varios cupones de venta por correo que LuLing ya había rellenado.

—Los enviaré por ti, mamá —dijo.

Luego entró en el cuarto de baño para comprobar que los grifos estuvieran cerrados. ¿Dónde estaban las toallas? No había champú; sólo una fina lámina de jabón reseco. ¿Cuánto tiempo hacía que no se bañaba su madre? Miró en el cesto de la ropa sucia. No había nada. ¿Se ponía las mismas prendas todos los días?

La segunda asistenta duró menos de una semana. Los días que no visitaba a su madre, Ruth se sentía inquieta y distraída. Últimamente no dormía bien, y se había dañado una muela de tanto apretar los dientes por las noches. Demasiado cansada para cocinar, pedía pizzas varias noches por semana, traicionando su resolución de dar buen ejemplo a Dory con una dieta baja en grasas, y encima luego debía soportar que LuLing se quejara de que el salchichón de la pizza estaba demasiado salado. Desde hacía unos días tenía fuertes contracturas en los hombros que le impedían permanecer sentada ante el escritorio y trabajar con el ordenador. No le alcanzaban los dedos de las manos y los pies para recordar todas sus obligaciones. Cuando encontró a una filipina especializada en asistencia geriátrica, sintió que le quitaban un gran peso de la espalda.

—Me encantan los ancianos —aseguró la mujer—. Si una se toma el tiempo necesario para

conocerlos, no dan problemas.

Pero ahora era de noche y Ruth estaba despierta en la cama, escuchando las sirenas que evitaban que los barcos se acercaran a los bajíos. El día anterior, al recoger a su madre para cenar, se había enterado de que la filipina se había despedido.

—¡Marchado! —anunció LuLing con gesto de satisfacción.

—¿Cuándo?

—¡Ella nunca trabaja!

—Pero ¿hasta cuándo estuvo aquí? ¿Hasta hace dos días? ¿Tres?

Tras un exhaustivo interrogatorio, Ruth llegó a la conclusión de que la asistenta sólo había trabajado un día en casa de su madre. Le resultaría imposible encontrar a otra persona antes de irse a Hawái. Le quedaban sólo dos días. Sus vacaciones al otro lado del océano se habían esfumado.

—Ve tú —le dijo a Art por la mañana. Ya habían pagado el viaje y no les devolverían el dinero.

—¿Dónde está la diversión si tú no me acompañas? ¿Qué haré?

—No trabajar. No levantarte temprano. No contestar el teléfono.

—No será lo mismo.

—Me echarás muchísimo de menos y después me contarás cuanto sufriste.

Finalmente, y para decepción de Ruth, Art aceptó la propuesta.

A la mañana siguiente se marchó a Hawái. Esa semana las niñas estaban en casa de Miriam, y aunque Ruth estaba acostumbrada a trabajar sola durante el día, se sintió vacía y ansiosa. En cuanto se sentó, Gideon llamó para comunicarle que el autor del libro sobre la espiritualidad en Internet la había despedido... El primer despido de su carrera. Aunque ella había terminado el texto antes de lo previsto, a él no le había gustado.

—Estoy tan cabreado como tú —dijo Gideon. Y Ruth sabía que debería sentirse furiosa, quizá incluso humillada, pero en rigor se sentía aliviada. Una cosa menos en que pensar—. Trataré de reducir al mínimo las complicaciones con el contrato y con Harper San Francisco —prosiguió Gideon—, pero puede que también necesite que justifiques por escrito el tiempo que has empleado y expliques por qué sus quejas son infundadas... ¿Hola? ¿Sigues ahí, Ruth?

—Lo siento. Estaba distraída...

—Cariño, hace días que quiero hablar de eso contigo. No pretendo insinuar que tienes la culpa de lo ocurrido, pero estoy preocupado porque últimamente no eres la misma. Pareces...

—Lo sé, lo sé. No iré a Hawái, de manera que tendré tiempo para ponerme al día con el trabajo.

—Me parece una buena idea. A propósito, es posible que hoy tengamos noticias del otro proyecto, pero francamente no creo que te lo den. Deberías haberles dicho que tenían que operarte urgentemente de apendicitis, o algo por el estilo.

Ruth había faltado a una entrevista porque su madre la había llamado, presa del pánico, convencida de que el sonido de su despertador era la alarma contra incendios.

A las cuatro, Agapi llamó para discutir las últimas correcciones de *Cómo desagraviar al niño agraviado*. Una hora después seguían hablando. Agapi quería empezar otro libro, que titularía *La tensión del Pasado Perfecto* o *El yo incorporado*. Ruth no dejaba de mirar al reloj. Debía recoger a su madre a las seis para llevarla a cenar al Fountain Court.

—La clave está en los hábitos, los reflejos neurológicos y el sistema límbico... —decía Agapi—. Desde que experimentamos la primera sensación de inseguridad en la cuna, tendemos a aferrar las cosas, a apretar y manotear. Incorporamos la reacción, pero olvidamos la causa, el pasado imperfecto... Ruth, querida, tengo la impresión de que tienes la cabeza en otra parte. ¿Quieres llamarme más tarde, cuando estés más descansada?

A las cinco y cuarto Ruth telefoneó a su madre para recordarle iría a buscarla. No hubo respuesta. Seguramente estaría en el cuarto de baño. Esperó cinco minutos y volvió a llamar. Nada. ¿Estaría estreñida? ¿Se habría quedado dormida? Mientras ordenaba el escritorio, pulsó la tecla «manos libres» del teléfono y luego la de rellamada. Después de quince minutos de timbrazos sin contestación, había contemplado todas las posibilidades, culminando inevitablemente en la peor. Llamas saltando desde una olla desatendida en el fogón, LuLing tratando de sofocarlas con aceite, su manga incendiada. En el trayecto hacia casa de su madre, Ruth se preparó para ver las llamas devorando el techo y a LuLing tendida en el suelo, hecha un ovillo y cubierta de hollín.

Tal como se temía, Ruth llegó y vio luces parpadeando en la planta alta, sombras bailando. Subió corriendo. La puerta principal estaba abierta.

—¿Mamá? ¡Mamá! ¿Dónde estás?

La televisión estaba encendida, emitiendo *Amor sin límites* a todo volumen. LuLing nunca había aprendido a usar el mando a distancia, a pesar de que Ruth había cubierto con cinta adhesiva todos los botones salvo el de encendido y los dos de cambio secuencial de canales. Cuando apagó el televisor, el repentino silencio la asustó.

Corrió hacia las habitaciones del fondo, donde abrió todos los armarios y miró por las ventanas.

—¿Dónde estás, mamá? —gimió—. Contéstame.

Bajó corriendo y llamó a la puerta de la inquilina.

—¿Por casualidad ha visto a mi madre? —preguntó fingiendo despreocupación.

Francine puso los ojos en blanco y asintió.

—Hace dos o tres horas salió de la casa corriendo como un bólido. Me llamó la atención porque iba en pijama y zapatillas, así que me dije: Caramba, parece totalmente ida... Mire, no es asunto mío, pero creo que debería llevarla al médico para que la medicaran. Lo digo con la mejor intención.

Ruth volvió arriba. Con dedos temblorosos marcó el número de un ex cliente que era capitán de la policía. Unos instantes después, un agente latinoamericano se presentó en la puerta. Iba armado y tenía gesto grave. Los temores de Ruth se dispararon. Salió al umbral.

—Padece la enfermedad de Alzheimer —dijo—. Tiene setenta y siete años pero se comporta

como una niña.

—Descripción.

—Un metro cincuenta, cuarenta y dos kilos, cabello negro recogido en un moño y es probable que lleve un pijama rosa o lila y zapatillas... —Mientras la describía, Ruth veía a su madre: su expresión perpleja, su cuerpo inerte tendido en la calle. Le tembló la voz—. Dios, es tan pequeña e indefensa...

—¿Se parece a esa señora que está ahí?

Ruth giró la cabeza y vio a LuLing, completamente inmóvil en la entrada del camino particular. Llevaba un jersey sobre el pijama.

—*Ai-ya!* ¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Ladrones?

Ruth corrió a su encuentro.

—¿Dónde estabas? —La examinó buscando señales de daños físicos.

El agente se acercó a las dos mujeres.

—Un final feliz —dijo y echó a andar hacia el coche patrulla.

—Quédate aquí —ordenó Ruth a su madre—. Vuelvo enseguida. —Cuando llegó junto al coche, el agente bajó la ventanilla—. Lamento las molestias —dijo—. Nunca había hecho nada semejante.

Entonces se le ocurrió que quizá sí lo hubiera hecho. Quizá lo hiciese todos los días, todas las noches. ¡Tal vez se paseara por el vecindario en ropa interior!

—No se preocupe —respondió el policía—. Mi suegra solía hacer lo mismo al atardecer. En cuanto el sol se ponía, ella desaparecía. Tuvimos que poner alarmas en todas las puertas. Fue un año difícil, pero después la ingresamos en una residencia. Mi mujer no podía seguir vigilándola día y noche.

¿Día y noche? ¿Y Ruth creía que estaba siendo diligente porque invitaba a su madre a cenar y pagaba a una asistenta?

—Bueno, gracias de todas maneras.

Cuando volvió junto a LuLing, ésta empezó a quejarse.

—¿Verdulería de la vuelta? Yo camino y camino, ¡desaparecida! Ahora hay banco. Tú no crees, ve a ver con tus ojos.

Ruth se quedó a dormir en su antigua habitación. Las sirenas de niebla se oían mejor en esa parte de la ciudad. Recordó que en su adolescencia las oía con atención. Tendida en la cama, contaba los pitidos haciéndolos coincidir con el número de años que le faltaban para marcharse. Cinco años, luego cuatro, luego tres. Ahora había vuelto.

Por la mañana, Ruth buscó cereales en los armarios de la cocina. Encontró una pila de servilletas de papel usadas. Abrió la nevera. Estaba atestada de bolsas de plástico con papillas negras o verdosas, tarrinas de alimentos a medio comer, peladuras de naranja, cortezas de melón, alimentos congelados que se habían descongelado hacía siglos. En el congelador había un cartón de huevos, un par de zapatos, el despertador y algo semejante a brotes de soja. Ruth se sintió desfallecer. ¿Todo eso había pasado en apenas una semana?

Marcó el número de Art en Kauai. No contestaba. Lo imagino tendido tranquilamente en la playa, ajeno a todos los problemas del mundo. Pero ¿cómo iba a estar en la playa? Allí eran las

seis de la mañana. ¿Dónde estaba? ¿Bailando el hula-hula en la cama de otra mujer? Otro motivo de preocupación. Podía llamar a Wendy, pero ésta se limitaría a decirle que su madre hacía cosas mucho más locas.

¿Y Gideon? No; lo único que le preocupaba eran los clientes y los contratos. Ruth decidió llamar a tía Gal.

—¿Peor? ¿Cómo va a estar peor? —preguntó GaoLing—. Le di gingseng y me dijo que lo tomaba todos los días.

—El médico ha dicho que esas cosas no sirven...

—¿El médico! —gruñó GaoLing—. Yo no creo que tenga Alzheimer. Tu tío piensa lo mismo que yo, y eso que él es dentista. Todo el mundo envejece, todo el mundo olvida cosas. Cuando uno llega a cierta edad, tiene demasiadas cosas en la memoria. Dime una cosa: ¿por qué hace veinte o treinta años nadie padecía esa enfermedad? El problema es que ahora los hijos no tienen tiempo para ver a los padres. Tu madre se siente sola; eso es todo. No tiene con quién hablar en chino. Es natural que su mente se haya oxidado un poco. ¿Cuando uno deja de hablar, no aceita la maquinaria!

—Bueno, precisamente por eso necesito tu ayuda. ¿Podría pasar unos días en tu casa? Es que esta semana tengo mucho trabajo y no me quedará tiempo para...

—No necesitas pedírmelo. Yo me ofrezco. Iré a buscarla dentro de una hora. De todas maneras necesitaba hacer compras en el barrio.

Ruth habría llorado del alivio.

Cuando su madre se hubo ido con tía Gal, Ruth caminó hasta Land's End, la playa situada a pocas manzanas de allí. Necesitaba oír las olas, ahogar en el rumor fuerte y constante del agua los furiosos latidos de su corazón.

6

Mientras paseaba por la orilla, el agua, le rodeó los tobillos y tiró de ella. Ve hacia el mar, sugería, que es inmenso y libre.

Cierta vez, cuando Ruth era adolescente, su madre había salido corriendo en medio de una discusión, gritando que se ahogaría en el mar. Se había sumergido hasta los muslos antes de obedecer los gritos y súplicas de su hija y regresar. Ahora Ruth se preguntó: si ella no le hubiese rogado que volviera, ¿LuLing habría dejado que el océano decidiese su destino?

Incluso en la infancia, Ruth pensaba en la muerte a diario, a veces varias veces al día. Suponía que todo el mundo hacía lo mismo, pero que nadie, salvo su madre, hablaba abiertamente de ello. Su mente infantil especulaba sobre las circunstancias de la muerte. ¿La gente desaparecía? ¿Se volvía invisible? ¿Por qué los muertos eran más poderosos, mezquinos y tristes que los vivos? Al menos eso parecía pensar su madre. Unos años después, Ruth empezó a imaginar el momento preciso en que dejaría de respirar, hablar o ver, cuando no sentiría nada, ni siquiera miedo a estar muerta. O tal vez sintiera mucho miedo, además de preocupación, furia y rencor, igual que los fantasmas con los que hablaba su madre. La muerte no era necesariamente la puerta que conducía a la vacua dicha de la nada absoluta. Era un gigantesco salto a lo desconocido. Y eso planteaba toda clase de posibilidades nefastas. Fue esa ignorancia lo que la llevó a decidir que, por muy horrible y difícil que se le antojase su vida, ella jamás se suicidaría.

Sin embargo, recordó que una vez lo había intentado.

Tenía once años. Ruth y su madre se habían trasladado desde Oakland a la llanura de Berkeley, donde vivían en un bungalow de tejado negro, detrás de la casa amarilla de Lance y Dottie Rogers, un matrimonio de veinteañeros. El bungalow había sido garaje y cobertizo hasta la Segunda Guerra Mundial, cuando los padres de Lance lo convirtieron en vivienda y comenzaron a alquilarlo ilegalmente a las esposas de los marinos que habían pasado por la base naval de Alameda antes de ir a combatir al Pacífico.

Los techos eran bajos, la electricidad se cortaba a menudo y la parte trasera y un lateral de la casa lindaban con una valla sobre la cual por las noches maullaban los gatos vagabundos. No había rendijas de ventilación, ni siquiera un extractor sobre el hornillo a gas con dos quemadores, de manera que cuando LuLing cocinaba tenían que abrir las ventanas para librarse de lo que ella llamaba «olor grasiento». Pero el alquiler era razonable y la casa estaba cerca de una escuela bastante buena, a la cual asistían los inteligentes y competitivos hijos de los profesores de la universidad. Como LuLing insistía en recordarle a su hija, se habían mudado allí por eso: por la

educación de Ruth.

Con sus pequeñas ventanas y sus postigos amarillos, el bungalow parecía una casa de muñecas. Pero la alegría inicial de Ruth pronto se trocó en irritación. La nueva casa era tan pequeña que ella no tenía intimidad. Compartía con su madre un dormitorio oscuro y estrecho, donde apenas si cabían unas literas y una cómoda. En la segunda estancia, una combinación de comedor, sala y cocina, no había sitio para esconderse. El único refugio de Ruth era el cuarto de baño, y quizá por eso ese año había sufrido numerosos trastornos intestinales. Su madre solía estar en la misma habitación que ella, haciendo caligrafía, cocinando o tejiendo, actividades todas que le ocupaban las manos pero le dejaban la lengua libre para interrumpir a Ruth mientras veía la televisión.

—Tu pelo está demasiado largo. Cubre las gafas como cortina; no deja ver. ¡Tú crees que bonito, yo digo que no bonito! Apaga la televisión y yo corto pelo... Eh, oye. Apaga la televisión...

LuLing creía que Ruth veía la televisión porque no tenía nada mejor que hacer. En consecuencia, consideraba que era una buena ocasión para charlar. Bajaba la bandeja de arena del frigorífico y la ponía sobre la mesa de la cocina. Ruth sentía un nudo en la garganta. *Otra vez no*. Pero sabía que cuanto más se resistiera, más la interrogaría su madre.

—¿Tita Querida enfadada conmigo? —preguntaba LuLing cuando pasaban varios minutos sin que Ruth escribiera nada en la arena.

—No es eso.

—¿Tú sientes algo más? ¿Otro fantasma aquí?

—No es otro fantasma.

—Ah, ah, ya sé... Yo muero pronto... ¿Sí? Puedes decir, no da miedo.

Los únicos momentos en que su madre no la molestaba eran aquellos que dedicaba a hacer los deberes o a estudiar para un examen. LuLing respetaba sus estudios. Si la interrumpía, a Ruth le basaba con decir «Calla, estoy leyendo» para que su madre callara. Ruth leía mucho. Cuando hacía buen tiempo, salía con el libro al minúsculo porche del bungalow, donde se sentaba sobre las piernas en una desvencijada silla de respaldo oval. Lance y Dottie solían estar en el jardín, fumando, arrancando las malas hierbas del camino de ladrillos o podando la buganvilla que, como una vistosa colcha, cubría una pared entera de la casa. Ruth los miraba con disimulo, espiando por encima del libro.

Estaba enamorada de Lance. Ese joven de pelo corto, mandíbula cuadrada y cuerpo atlético le parecía tan guapo como una estrella de cine. La naturalidad y simpatía con que trataba a Ruth hacían que ésta se sintiera aún más cohibida de lo habitual. Fingía estar abstraída en su libro, o fascinada por los caracoles que trepaban por las cañas de bambú, hasta que él se fijaba en ella y decía:

—Eh, pequeña, te quedarás ciega de tanto leer.

Lance trabajaba con su padre, que era propietario de un par de bodegas. Por lo general se marchaba a media mañana y regresaba a las tres y media o cuatro; luego se iba otra vez a las nueve y volvía muy tarde, mucho después de que Ruth se hubiese cansado de aguzar el oído para oír el motor de su coche.

Ruth se maravillaba de que Dottie hubiese tenido la suerte de casarse con Lance. Ni siquiera

era bonita, aunque Wendy, la nueva amiga de Ruth en la escuela, decía que tenía buen cuerpo. ¿Cómo podía decir algo semejante? Dottie era alta y huesuda, y abrazarla sería como abrazar un tenedor. Además, tal como había señalado LuLing, tenía dientes grandes. La madre de Ruth había ilustrado este comentario separándose los labios hasta dejar al descubierto las encías.

—Dientes grandes muestran demasiado de adentro, igual que mono.

Más tarde, Ruth había admirado sus propios y pequeños dientes en el espejo del cuarto de baño.

Había otras razones por las cuales Ruth creía que Dottie no merecía a Lance: era una mandona y hablaba a gritos y con excesiva rapidez. A veces su voz era ronca, como si necesitara aclararse la garganta. Y cuando gritaba, sonaba como metal oxidado. En las noches cálidas, cuando dejaban las ventanas de atrás abiertas, las confusas palabras de Lance y Dottie cruzaban el jardín y llegaban hasta el bungalow. Muy de tanto en tanto, cuando discutían, Ruth los oía con claridad.

—Maldita sea, Lance —oyó decir a Dottie una noche—. Si no vienes enseguida, tiraré tu cena a la basura.

—¡Eh, déjame en paz! ¡Estoy en el lavabo!

A partir de ese momento, cada vez que Ruth iba al lavabo, imaginaba que Lance hacía lo mismo; ambos huyendo de quienes no dejaban de incordiarlos.

Otra noche, mientras Ruth y su madre estaban sentadas a la mesa de la cocina, con la bandeja de arena entre las dos, la ronca voz de Dottie chilló:

—¡Sé lo que has hecho! ¡No te hagas el inocente conmigo!

—¡No me digas qué diablos hice, porque no lo sabes!

A continuación oyeron dos portazos y el chirrido de los neumáticos del Pontiac. El corazón de Ruth corrió a la par del coche. LuLing cabeceó, chasqueó la lengua y murmuró en chino:

—Esos extranjeros están locos.

Ruth se sintió a un tiempo complacida y culpable por lo que había oído. Dottie sonaba exactamente igual que su madre, crítica e irracional, y Lance sufría, igual que ella. Había dicho lo mismo que ella habría deseado decir a su madre: No me digas lo que pienso, porque no lo sabes.

En octubre, su madre la mandó a entregar el cheque del alquiler a los Rogers. Cuando Dottie abrió la puerta, Ruth vio que ella y Lance estaban ocupados con una caja muy grande. En el interior había un flamante televisor en color que, según explicó Dottie, había llegado justo a tiempo para ver *El mago de Oz*, pues la emitirían esa tarde a las siete. Ruth sólo había visto la televisión en color en los escaparates de las tiendas.

—¿Sabes esa parte de la película en que se supone que todo pasa del blanco y negro al color? —preguntó Dottie—. ¡Pues en este aparato se ve en color de verdad!

—Eh, pequeña —dijo Lance—, ¿por qué no vienes a ver la película con nosotros?

Ruth se ruborizó.

—No sé...

—Claro —terció Dottie—, y dile a tu madre que venga también.

—No sé. Puede ser. —Ruth corrió a su casa.

LuLing no quería que fuese.

—Sólo son amables, no dicen en serio.

—Sí que lo dicen en serio. Me invitaron dos veces. —Ruth evito mencionar que también habían invitado a LuLing.

—En el boletín de año pasado tú tienes un suficiente, ni siquiera un bien. Debería ser todo sobresaliente. Esta noche mejor estudias.

—¡Pero eso fue en la otra escuela! —protestó Ruth.

—Da igual, tú ya visto el programa de Ozzie.

—Es *El mago de Oz*, no *Ozzie y Harriet*. Es una película, y además famosa.

—¡Famosa! Ja. Si no mira todo el mundo, entonces no más famosa. Ozzie, Oz, Zorro, todo igual.

—Tita Querida cree que debería verla.

—¿Qué quiere decir?

Ruth no sabía por qué había dicho eso. Las palabras salieron solías de su boca.

—Fue anoche. —Buscó desesperadamente una respuesta verosímil—. ¿Recuerdas que me hizo escribir algo que parecía una zeta y no sabíamos qué significaba? —LuLing frunció el entrecejo, haciendo memoria—. Creo que quería que escribiera «o-z».

Ruth fue hasta el frigorífico, se subió al taburete y bajó la bandeja de arena.

—Tita Querida —empezó LuLing en chino—, ¿estás ahí? ¿Qué quieres decirme?

Ruth se sentó, con el palillo listo para escribir. Durante unos minutos no pasó nada, pero sólo porque la perspectiva de engañar a su ladre la había puesto nerviosa. ¿Y si de verdad había un fantasma llamado Tita Querida? La mayoría de las veces pensaba que escribir en la arena era un tedioso deber, que tenía la obligación de adivinar qué quería oír su madre y actuar con rapidez para terminar la sesión lo antes posible. Sin embargo, en otras ocasiones Ruth había llegado a creer que un fantasma le guiaba la mano o le dictaba lo que debía escribir. A veces escribía cosas que resultaban acertadas, como pistas para comprar acciones, en las que su madre había invertido el dinero ahorrado durante años. Una vez su madre preguntó a Tita Querida que escogiera entre dos compañías: IBM y U.S. Steel. Ruth eligió la palabra más corta. El método dio excelentes resultados, por lo cual LuLing agradeció efusivamente a Tita Querida. En otra sesión, su madre preguntó dónde estaba el cuerpo de Tita Querida, porque quería ir a buscarlo y enterrarlo. Esa pregunta asustó tanto a Ruth que trató de terminar la conversación. «Fin», escribió; al ver esa palabra, su madre saltó de la silla y exclamó en chino:

—¡Entonces es verdad! GaoLing no mentía. Estás en el Fin del Mundo. —Y Ruth sintió un aliento frío en la nuca.

Ahora se esforzó por serenar su mente y su mano, tratando de adivinar los términos en que Tita Querida podría hablar del mago. «O-Z», escribió, y luego empezó a añadir *good* con trazos lentos y grandes: G-o-o... Sin darle tiempo a terminar, LuLing exclamó:

—¡*Goo!* *Goo* significa hueso en chino. ¿Qué quiere decir? ¿Habla de la familia del curandero?

Fue un golpe de suerte. Al parecer, Tita Querida decía que *El mago de Oz* trataba de un médico de huesos, y que le gustaría que Ruth viese la película.

A las siete menos dos minutos Ruth llamó a la puerta de los Rogers.

—¿Quién es? —gritó Lance.

—Yo. Ruth.

—¿Quién? —Y entonces le oyó murmurar—: Maldita sea.

Ruth se sintió humillada. Por lo visto, era cierto que la invitación había sido una simple muestra de cortesía. Ahora tendría que permanecer escondida en el jardín durante dos horas para que su madre no se enterara ni de su error ni de su engaño.

La puerta se abrió.

—Hola, pequeña —saludó Lance con afecto—, entra. Ya creíamos que no vendrías. ¡Eh, Dottie! ¡Ha llegado Ruth! Ya que estás en la cocina, tráele un refresco, ¿quieres? Siéntate en el sofá, Ruth.

Durante la película, Ruth tenía dificultades para concentrarse en la pantalla, aunque fingió estar absorta. Los tres estaban sentados en un sofá tapizado en una tela turquesa y amarilla que tenía la textura del cáñamo y raspaba las pantorrillas desnudas de Ruth. Además, la niña observó varias cosas que la escandalizaron, como el hecho de que Dottie y Lance pusieran los pies sobre la mesa de centro sin quitarse los zapatos. ¡Si su madre los hubiese visto habría tenido algo más importante que criticar que los grandes dientes de Dottie! Para colmo, Lance y Dottie bebían un vino de color dorado, aunque no estaban en una sala de cócteles. Pero lo que más irritaba a Ruth era el ridículo e infantil comportamiento de Dottie, que acariciaba la rodilla y el muslo izquierdos de su marido mientras murmuraba cosas como: «Cariñito, ¿podrías subir el volumen un poquitín?».

Durante un anuncio, Dottie se levantó y caminó haciendo eses, igual que el espantapájaros de la película:

—¿Qué tal unas palo-palo-palomitas para todos? —Y luego, con un exagerado balanceo de brazos, dio un paso atrás y salió de la habitación cantando—: Oooh, vamos a ver la cocina...

Ruth se quedó sola con Lance. Mantuvo la vista fija en la pantalla, sintiendo los furiosos latidos de su corazón. Oyó que Dottie abría y cerraba los armarios de la cocina mientras canturreaba.

—¿Qué te parece? —preguntó Lance, señalando el televisor.

—Está muy bien —respondió Ruth con voz ahogada y seria y los ojos fijos en el televisor.

Desde la cocina llegó el olor del aceite caliente y el petardeo de los granos de maíz rebotando dentro de una olla. Lance agitó el vaso con hielo y habló de los programas que le gustaría que emitieran en color: fútbol, *Mister Ed*, *Los locos de Beverley Hill*. Ruth se sentía como si estuviese en una cita romántica. «Escucha con fascinación»: según Wendy, eso era lo que debía hacer una chica para que un chico se sintiese viril e importante. ¿Y después? Lance estaba muy cerca de ella. De repente le dio una palmada en la rodilla, se puso de pie y anunció:

—Será mejor que vaya al lavabo antes de que siga la película.

Lo que había dicho era embarzosamente íntimo. Ruth seguía ruborizada cuando él regresó, unos instantes después. Esta vez se sentó aún más cerca de ella. Habría podido ocupar el sitio libre de Dottie, así que ¿por qué no lo había hecho? ¿Había sido un acto deliberado? La película se reanudó. ¿Dottie volvería enseguida? Ruth deseaba que no. Se imaginó contándole a Wendy lo nerviosa que se había sentido: «¡Pensé que iba a mearme encima!». Era sólo una frase hecha, pero ahora que pensaba en ello, descubrió que de verdad tenía ganas de hacer pis. Qué horror. ¿Cómo

iba a decirle a Lance que necesitaba usar el cuarto de baño? No podía levantarse y pasearse por la casa como si tal cosa. ¿Debía ser tan natural como él y anunciar simplemente que iba al lavabo? Tensó los músculos, tratando de aguantarse. Finalmente, cuando Dottie apareció con un bol de palomitas, Ruth dijo:

—Primero tengo que lavarme las manos.

Intentó actuar con naturalidad, caminando con paso firme y los muslos contraídos. Al pasar delante del dormitorio olió a humo de cigarrillo y vio la cama deshecha, almohadas, toallas y un bote de aceite de baño Jean Naté a los pies de la cama. Una vez en el lavabo, se bajó las bragas y se sentó, jadeando de alivio. Lance acaba de estar aquí, pensó, y rio tontamente. Entre las baldosas rosadas del suelo, el cemento estaba gris de mugre. Sobre la tapa del cesto de la ropa sucia había un sujetador y unas bragas. Y enfrente del inodoro había un montón de revistas de coches metidas de cualquier manera dentro de un revistero adosado a la pared. ¡Si su madre viese todo aquello!

Al ponerse de pie, Ruth notó que tenía el trasero húmedo. ¡El asiento del inodoro estaba mojado! Su madre siempre le advertía que no debía sentarse en el váter de otras personas, ni siquiera en casa de amigos. Los hombres debían levantar el asiento, pero nunca lo hacían.

«Todos los hombres olvidan —decía LuLing—. No les importa. Dejan gérmenes ahí, y después se pegan a una».

Ruth pensó en secarse con papel higiénico. Pero entonces decidió que se trataba de una señal, algo semejante a una prenda de amor. Era el pis de Lance, sus gérmenes, y dejarlos sobre su piel hizo que se sintiese valiente y romántica.

Unos días después, durante la clase de gimnasia, Ruth vio en clase una película que mostraba los huevos que flotaban en el cuerpo femenino, viajando por importantes canales antes de caer en un río de sangre. La película era vieja y tenía muchos cortes. Una mujer con aspecto de enfermera hablaba del comienzo de la primavera, y mientras describía la aparición de hermosos brotes, desapareció con un chasquido y reapareció en otra habitación, explicando cómo los brotes se movían por el interior de las ramas. Cuando estaba comparando el útero con un nido, su voz se convirtió en un aleteo de pájaro y su imagen se desvaneció en la brumosa pantalla blanca. Las luces se encendieron y todas las niñas entornaron los ojos, incómodas, porque estaban pensando en huevos que se movían en su interior. La maestra tuvo que llamar a un chico del departamento de audiovisuales, lo que hizo que Ruth y otras niñas chillaran y dijeran que deseaban morir allí mismo. Una vez el chico hubo empalmado el rollo, la película continuó con un renacuajo llamado esperma que viajaba por un útero con forma de corazón mientras la voz de un conductor de autobús anunciaba las paradas: «vagina», «cuello del útero», «útero». Las niñas chillaron y se taparon los ojos hasta que el chico salió del aula con aire altivo, como si las hubiese visto desnudas.

Ruth vio que el renacuajo encontraba al huevo, y éste se lo tragaba. Comenzó a crecer un sapo de ojos grandes. Al final de la película, una enfermera con almidonado gorro blanco entregaba un bebé a una hermosa mujer enfundada en una bata de seda rosa, mientras su viril marido decía: «Es

un milagro, el milagro de la vida».

Cuando se encendieron las luces, Wendy levantó la mano y preguntó a la maestra cómo había empezado el milagro. Las niñas que conocían la respuesta resoplaron y rieron. Ruth también rio. La maestra las miró con gesto de reprobación y dijo:

—Primero hay que casarse.

Ruth sabía que eso no era del todo cierto. Había visto una película con Rock Hudson y Doris Day y lo único que se necesitaba era la química apropiada, que requería amor, y a veces la química inapropiada, que requería beber vino y luego dormirse. Ruth no tenía claro cómo sucedían las cosas, pero estaba segura de que éstos eran los ingredientes esenciales para activar un cambio científico: era un proceso parecido al del Alka-Seltzer cuando convertía el agua sin gas en agua con gas. Plop, plop. Pzz, pzz. Por culpa de esa química inapropiada algunas mujeres tenían hijos fuera del matrimonio: niños ilegítimos que recibían un nombre malsonante que empezaba por be.

Antes de que terminara la clase, la maestra hizo circular unos cinturones elásticos con enganches y unas cajas que contenían gruesas compresas blancas. Explicó que pronto les llegaría la hora de su primer período menstrual, y que no debían sorprenderse ni asustarse si veían una mancha roja en las bragas. La mancha era una señal de que se habían transformado en mujeres, y también de que eran «buenas chicas». Varias niñas emitieron risitas ahogadas. Ruth pensó que la maestra quería decir que la menstruación era como los deberes, una obligación que debían cumplir al día siguiente, o al siguiente, o como mucho una semana después.

A la salida de la escuela, Wendy le explicó lo que la maestra no había mencionado. Wendy sabía cosas porque se juntaba con los amigos de sus hermanos y las novias de éstos, chicas mayores que usaban maquillaje y medias de seda a las que aplicaban laca de uñas para detener las carreras. Wendy llevaba su rubio cabello cardado y peinado en forma de huevo, y se lo retocaba con laca durante el recreo mientras masticaba el chicle que, entre clase y clase, guardaba envuelto en papel de estaño. Fue la primera de la clase en usar botas blancas, y antes y después de clase doblaba la cinturilla de la falda hasta que el dobladillo quedaba cinco centímetros por encima de la rodilla. La habían expulsado temporalmente tres veces: una por llegar tarde y dos por decirle palabrotas —puta y retrasada mental— a la profesora de gimnasia. De camino a casa, se jactó ante Ruth de que había permitido que un chico la besara durante un guateque.

—Acababa de comer un corte de helado de fresa y chocolate y el aliento le olía a rayos, así que le dije que me besara en el cuello pero que no pasara de ahí. Si los dejas bajar, estás perdida. —Se abrió el cuello y Ruth soltó una ahogada exclamación de horror al ver lo que parecía un cardenal.

—¿Qué es eso?

—Un chupetón, tonta. Naturalmente, en esa estúpida película no mostraron nada parecido. Ni chupetones, ni erecciones, ni *lo principal*. Y hablando de *lo principal*, en esa fiesta había una chica vomitando hasta las tripas en el lavabo. Una de décimo curso. Cree que se ha quedado preñada de un chico que está en el reformatorio.

—¿Lo quiere?

—Dijo que era un imbécil.

—Entonces no tiene por qué preocuparse —dijo Ruth con aires de entendida.

—¿Qué dices?

—Lo que te deja embarazada es la química. El amor es uno de los ingredientes —declaró con el tono más científico posible.

Wendy se paró en seco y la miró con la boca abierta.

—¿Es que no sabes *nada*? —murmuró. Después explicó las cosas que la madre de Ruth, la mujer de la película y la maestra no habían mencionado: que el ingrediente principal salía del pene del hombre. Y para asegurarse de que Ruth le había entendido bien, añadió—: El hombre *mea* dentro de la mujer.

—¡No es verdad! —En ese momento Ruth odió a Wendy por decirle esas cosas y por reírse histéricamente. Fue un alivio llegar a la esquina donde debían separarse.

Mientras recorría las dos últimas manzanas del trayecto hasta su casa, las palabras de Wendy rebotaron como las bolas de un *flipper* dentro de la cabeza de Ruth. Lo del pis parecía horriblemente lógico. Por eso las chicas y los chicos tenían lavabos separados. Por eso los chicos debían levantar el asiento del inodoro, pero no lo hacían, sólo por fastidiar. Y por eso su madre insistía en que nunca se sentara en el váter de otros. Cuando su madre hablaba de «gérmenes» se refería en rigor a los espermatozoides. ¿Por qué no aprendía a hablar bien inglés?

Entonces la embargó el pánico. Porque recordó que tres noches antes se había sentado sobre el pis del hombre que amaba.

Ruth se miraba las bragas veinte veces al día. Hacía cuatro días que había visto la película y aún no había señales de la regla. Mira lo que has hecho, gimió para sí. Se paseó por el bungalow con mirada ausente. Se había desgraciado, y ya no había forma de arreglarlo. Amor, pis, vino... contó los ingredientes con los dedos una y otra vez. Recordó lo valiente que se había sentido al irse a dormir sin lavarse.

—¿Por qué tú estás tan rara? —preguntaba su madre.

Por supuesto, no podía confesarle que estaba embarazada. La experiencia le había enseñado que su madre se preocupaba en exceso, incluso cuando no tenía motivos. Si descubría que ocurría algo *verdaderamente* malo, se pondría a gritar y a darse puñetazos en el pecho como un gorila. Lo haría delante de Lance y Dottie. Se arrancarían los ojos e invocaría a los fantasmas para que acudieran a llevársela. Y entonces se mataría de verdad. Esta vez en serio. Y obligaría a Ruth a mirarla para que el castigo fuese aún más duro.

Ahora, cada vez que veía a Lance, Ruth respiraba con tanta fuerza y rapidez que sus pulmones se hinchaban y estaba a un tris de desmayarse por falta de aire. Tenía un continuo dolor de barriga. A veces su estómago se contraía y ella hacía arcadas sobre el inodoro, pero no salía nada. Cuando comía, imaginaba la comida cayendo en la boca de sapo del bebé; entonces su estómago se le antojaba una ciénaga hedionda, corría al lavabo y se esforzaba por vomitar, con la esperanza de que el sapo cayera en la taza y sus problemas desaparecieran con sólo tirar de la cadena.

Quiero morir, gemía para sí. Morir, morir, morir. Primero lloró mucho en el cuarto de baño y luego se cortó la muñeca con un cuchillo de mesa. La piel se levantó y se arrugó, pero no hubo sangre, y le dolía demasiado para hacer un corte más profundo. Más tarde encontró una tachuela oxidada en el jardín trasero; se la clavó en la yema del dedo y esperó a que la infección

ascendiera por su brazo como el mercurio de un termómetro. Esa noche, todavía viva y afligida, llenó la bañera y se sentó. Instantes después se sumergió, y cuando estaba a punto de abrir la boca, recordó que el agua estaba sucia con la porquería de sus pies, su trasero y lo que tenía entre las piernas. Todavía resuelta a morir, salió de la bañera, se secó, llenó la pila e inclinó la cabeza hasta que su cara tocó el agua. Abrió la boca. Qué fácil era ahogarse. No dolía nada. Era como beber agua, y de hecho, después de unos instantes comprendió que eso era exactamente lo que estaba haciendo. Así que hundió la cara un poco más y volvió a abrir la boca. Respiró hondo, dando la bienvenida a la muerte. Su cuerpo entero refulgó y protestó con furia. Comenzó a toser de una forma tan violenta y ruidosa que su madre entró en el cuarto de baño sin llamar. Le dio palmadas en la espalda, le puso la mano en la frente y murmuró en chino que estaba enferma y que debía acostarse de inmediato. El amoroso trato de su madre hizo que Ruth se sintiera aún peor.

Wendy fue la primera en oír su secreto. Ella estaba enterada de muchas cosas y siempre sabía lo que había que hacer. Ruth tuvo que esperar a verla en el colegio, porque no podía arriesgarse a que su madre u otra persona la oyera si se lo contaba por teléfono.

—Tienes que decírselo a Lance —dijo Wendy. Tomó la mano de Ruth y le dio un apretón cariñoso.

Ruth empezó a llorar con más ganas. Negó con la cabeza. Un mundo cruel y lleno de obstáculos flotó ante sus ojos. Lance no la quería. Si se lo decía, él y Dottie la odiarían. Las echarían a su madre y a ella del bungaló. Las autoridades de la escuela la enviarían a un reformatorio. Y su vida habría acabado.

—Bueno, si no se lo dices tú, lo haré yo —declaró Wendy.

—No —consiguió articular Ruth—. No puedes. No te dejaré.

—¿Cómo va a darse cuenta de que te quiere si no se lo dices?

—Él no me quiere.

—Claro que sí. O te querrá. Muchas veces pasa así. El hombre se entera de que hay un niño en camino y ¡pum!: amor, matrimonio e hijos.

Ruth imaginó la escena: «Sí, es tuyo», le diría Wendy a Lance. Imaginó que él pondría la misma cara que Rock Hudson al descubrir que Doris Day esperaba un hijo suyo. Al principio parecería perplejo, pero luego sonreiría de oreja a oreja y correría a la calle, ajeno a los coches y a las personas con las cuales chocaba, unas personas que le gritaban que estaba loco. Y él respondería, también a gritos: «Sí, estoy loco. ¡Loco por ella!». Pronto llegaría a su lado, se arrodillaría y le diría cuánto la amaba; siempre la había amado y quería casarse ella. En cuanto a Dottie... en fin, pronto se enamoraría del cartero o de cualquier otro. Todo saldría bien. Ruth suspiró. Era posible.

Esa tarde Wendy la acompañó a casa. LuLing tenía el turno de tarde en la guardería y no volvería hasta dos horas después. A las cuatro, sentadas en el jardín, vieron que Lance se dirigía a su coche ando y agitando las llaves. Wendy fue a su encuentro, y Ruth rio hacia el otro lado del bungaló, donde podría esconderse y espiar. Le costaba respirar. Wendy se aproximaba a Lance.

—Hola —dijo.

—Hola, ¿qué quieres? —preguntó Lance.

Entonces Wendy dio media vuelta y huyó. Ruth se echó a llorar, o cuando su amiga regresó a su

lado la consoló diciendo que tenía un plan mejor.

—No te preocupes. Yo me ocuparé de todo. Ya se me ocurrirá algo. —Y así fue—. Espera aquí —dijo con una sonrisa y corrió al porche trasero de la casa de Lance.

Ruth se escondió en el bungalow. Cinco minutos después, la puerta trasera de la casa se abrió y Dottie bajó corriendo los peldaños del porche. Por la ventana, Ruth vio que Wendy la saludaba con la mano y se marchaba a paso vivo. Entonces oyó golpes en la puerta, abrió y vio a Dottie. Esta la tomó de las manos y preguntó con su voz ronca:

—¿De verdad estás...?

Ruth prorrumpió en sollozos y Dottie le rodeó los hombros con brazo, consolándola y luego abrazándola con tanta fuerza que temió que le rompiera los huesos. Fue una sensación dolorosa, pero también reconfortante.

—Ese cabrón, ese asqueroso, maldito carbón... —repetía Dottie con los dientes apretados. Ruth se sorprendió al oír esas palabrotas, pero más aún al darse cuenta de que Dottie no estaba enfadada con ella, sino con Lance—. ¿Lo sabe tu madre? —Ruth negó con la cabeza—. Bien, por ahora no se lo digas. Dame tiempo para pensar cómo solucionaremos el problema ¿de acuerdo? No será fácil, pero ya se me ocurrirá algo, no te preocupes. A mí me pasó lo mismo hace cinco años.

De modo que Lance se había casado con ella por eso. Pero ¿dónde estaba el niño?

—Sé cómo te sientes —prosiguió Dottie—. De veras.

Y Ruth lloró aún más fuerte, con más sentimientos de los que había imaginado que pudiera albergar un corazón. Una persona es taba enfadada por lo que le pasaba a ella. Alguien sabía qué hacer.

Esa noche, mientras su madre cocinaba con las ventanas entornadas, voces estridentes quebraron el aire por encima del crepitar del aceite. Ruth fingió leer *Jane Eyre* mientras aguzaba el oído para entender las palabras de los vecinos, pero lo único que entendió fue un agudo grito de Dottie: «¡Cabrón asqueroso!». La voz de Lance era un rumor sordo semejante al del motor de su Pontiac.

Ruth se agachó ante el fregadero.

—Voy a sacar la basura.

LuLing enarcó las cejas, pero siguió cocinando. Cuando Ruth llegó junto a los cubos de basura, que estaban en un lado de la casa de Lance, aflojó el paso para oír mejor.

—Te crees muy cachondo, ¿eh? ¿A cuántas otras te has tirado? Lo tuyo son polvos relámpago, ñaca-ñaca y adiós muy buenas.

—¿Ah sí? ¿Y desde cuándo eres una experta?

—¡Lo sé! ¡Sé lo que es un hombre!... Danny... sí, él sí que era bueno, era un tío de verdad. ¡Pero tú! ¡Tú tienes que metérsela a crías que no conocen nada mejor!

La voz de Lance se alzó y se quebró como la de un niño lloroso:

—¡Putón de mierda!

Ruth entró en su casa temblando. No se esperaba un escándalo tan violento y desagradable. Las imprudencias podían causar problemas terribles. Una podía ser mala incluso sin proponérselo.

—Esa gente *huli-hudu* —murmuró su madre. Puso la comida humeante sobre la mesa—. Locos, discuten sin razón. —Y cerró las ventanas.

Unas horas después, mientras Ruth estaba despierta en la cama, los gritos y llantos cesaron. Aguzó el oído, esperando que se reanudaran, pero lo único que oyó fueron los ronquidos de su madre. Se levantó y fue al cuarto de baño en la oscuridad. Se subió a la taza y miró por la ventana. Las luces de la casa de los Rogers estaban encendidas. ¿Qué pasaba? Entonces vio salir a Lance con una mochila que puso en el maletero del coche. Un instante después encendió el motor, hizo chirriar los neumáticos sobre el suelo de grava y se marchó a toda velocidad. ¿Qué significaba eso? ¿Le habría dicho a Dottie que iba a casarse con Ruth?

Al día siguiente, un sábado, Ruth apenas si tocó la sémola de arroz que le preparó su madre. Aguardó con ansiedad a que volviera el Pontiac, pero el silencio era absoluto. Se arrellanó en el sofá con un libro. Su madre estaba metiendo ropa, toallas y sábanas sucias en un carrito. Contó las monedas que necesitaba para la lavadora automática y le dijo a Ruth:

—Vamos. Hora de lavandería.

—No me encuentro muy bien.

—*Ai-ya*, ¿enferma?

—Eso creo. Voy a vomitar.

Su madre comenzó a dar vueltas a su alrededor: le tomó la temperatura, le preguntó qué había comido y qué aspecto tenían sus deposiciones. La obligó a acostarse en el sofá y dejó una palangana por si necesitaba vomitar. Por fin se marchó a la lavandería, donde permanecería durante al menos tres horas. Siempre iba a un establecimiento que quedaba a veinte minutos de su casa, porque allí cobraban cinco centavos menos por lavadora y las secadoras no quemaban la ropa.

Ruth se puso una cazadora y salió. Se sentó en la silla del porche, abrió el libro y esperó. Diez minutos después, Dottie abrió la puerta trasera de su casa, bajó los cuatro escalones del porche y cruzó el jardín. Tenía los ojos hinchados como los de un sapo, y cuando sonrió a Ruth su cara adquirió un aspecto trágico.

—¿Cómo estás, pequeña?

—Bien, supongo.

Dottie suspiró, se sentó en el porche y apoyó el mentón sobre las rodillas.

—Se ha largado —dijo—. Pero no te preocupes; pagará por lo que hizo.

—Yo no quiero dinero —protestó Ruth.

Dottie soltó una risita y luego se sorbió los mocos.

—Quería decir que irá a la cárcel.

Ruth se asustó.

—¿Por qué?

—Por lo que te hizo, desde luego.

—Pero él no quería. Sólo olvidó...

—¿Olvidó que tienes once años? ¡Dios!

—También fue culpa mía. Debería haber tenido más cuidado.

—¡Ay, cariño, no, no! No tienes por qué protegerlo. De veras. La culpa no es tuya ni del

bebé... Ahora escucha: tendrás que hablar con la policía...

—¡No! ¡No quiero!

—Sé que tienes miedo, pero lo que te hizo Lance estuvo muy mal. Se llama «estupro». Merece que lo castiguen... La policía te hará muchas preguntas, y tú debes contestar la verdad: lo que pasó, dónde pasó... ¿Fue en el dormitorio?

—En el cuarto de baño.

—¡Joder! —Dottie asintió con gesto de amargura—. Sí, siempre le ha gustado hacerlo ahí... Así que te llevó al lavabo...

—Fui sola.

—De acuerdo, te siguió y ¿qué pasó? ¿Tenía la ropa puesta?

Ruth se horrorizó.

—Lance se quedó en el salón, viendo la tele —dijo con voz casi inaudible—. Yo fui al baño sola.

—¿Entonces cuándo lo hizo?

—Antes que yo. Él hizo pis primero, y yo después.

—Un momento... ¿Que hizo qué?

—Pis.

—¿Encima de ti?

—En el asiento del inodoro. Después yo entré y me senté encima.

Dottie se puso de pie, con la cara desfigurada de espanto.

—¡Ay, no! ¡Dios mío! —Agarró a Ruth por los hombros y la sacudió—. Así no se hacen los niños. Pis en la taza del váter. ¿Cómo es posible que seas tan imbécil? Tienen que meterte la polla dentro y expulsar semen, no pis. ¿Te das cuenta de lo que has hecho? Has acusado de violación a un hombre inocente.

—Yo no... —murmuró Ruth.

—Sí, lo hiciste, y yo te creí. —Dottie se marchó pisando fuerte y maldiciendo.

—¡Lo siento! —gritó Ruth—. Lo lamento de verdad. —Todavía no sabía qué había hecho.

Dottie se volvió y dijo con sorna:

—No tienes idea de lo que es lamentar algo de verdad. —Entró en su casa y dio un portazo.

A pesar de que ya no estaba embarazada, Ruth no experimentó alivio alguno. Todo seguía igual de mal, quizá incluso peor. Cuando su madre regresó de la lavandería, ella estaba en la cama, cubierta con la colcha, fingiendo dormir. Se sentía tonta y aterrorizada. ¿Iría a la cárcel? Aunque sabía que no estaba embarazada, tenía más deseos de morir que antes. Pero ¿cómo? Imaginó que se tendía bajo las ruedas del Pontiac y que Lance arrancaba el coche y la atropellaba sin darse cuenta. Si moría igual que su padre, ¿se encontraría con él en el cielo? ¿O también él pensaría que era mala?

—Ah, buena chica —dijo su madre—. Tú duermes y pronto te sientes mejor.

Esa tarde Ruth oyó el motor del Pontiac y miró por la ventana. Lance, con la cara muy seria, salió de la casa cargando cajas, dos maletas y un gato. A continuación apareció Dottie, sonándose la nariz con un pañuelo de papel. Ella y Lance no se miraron. Se fueron en el coche. Una hora después, el Pontiac regresó, pero sólo Lance bajo de él. ¿Qué le había dicho Dottie? ¿Por qué se

había marchado ella? ¿Ahora Lance llamaría a la puerta, se lo contaría todo a LuLing y exigiría que las dos se largasen también ese mismo día? Ruth estaba convencida de que Lance la odiaba. Había pensado que no había nada más terrible que estar embarazada. Pero aquello era mucho peor.

El lunes faltó al colegio. LuLing empezó a temer que un fantasma quisiera llevarse a su hija. ¿Qué otra razón podía haber para que siguiera enferma? LuLing decía incoherencias sobre los dientes de un mono. Tita Querida sabría qué hacer, repetía. Ella conocía la maldición. Lo que estaba pasando era un castigo por algo que había hecho la familia hacía muchos años. Puso la bandeja con arena en una silla, junto a la cama de Ruth, y esperó.

—¿Vamos a morir las dos? —preguntó—. ¿O sólo yo?

«No —escribió Ruth—. Todo bien».

—¿Bien, bien! ¿Entonces por qué tú enferma?

El martes, Ruth no pudo soportar más el nerviosismo de su madre. Dijo que se encontraba lo bastante bien para ir a clase. Antes de abrir la puerta miró por la ventana. Ay, no, el Pontiac seguía aparcado en la entrada del camino particular. Temblaba con tanta violencia que temió que se le rompieran los huesos. Respiró hondo, cruzó la puerta, corrió por el lado del camino más alejado de la casa y al llegar al Pontiac pasó sigilosamente junto a él. Giró a la izquierda, a pesar de que la escuela quedaba hacia la derecha.

—¿Eh, pequeña! Te he estado esperando. —Lance estaba en el porche, fumando un cigarrillo—. Tenemos que hablar. —Ruth se quedó paralizada, incapaz de moverse—. He dicho que tenemos que hablar. ¿No te parece que me lo debes?... Ven aquí. —Tiró la colilla del cigarrillo al césped.

Las temblorosas piernas de Ruth se movieron muy despacio. La parte superior de su cuerpo seguía corriendo. Cuando llegó al porche se sintió desfallecer.

—Lo lamento —balbuceó. El temblor de la barbilla le abrió la boca y los sollozos escaparon atropelladamente.

—Eh, eh —dijo Lance mirando hacia la calle con nerviosismo—. No hay motivo para llorar; entra. Sólo quiero hablar contigo para que nos entendamos. No me gustaría que lo que pasó se repitiera, ¿de acuerdo? —Ruth se sorbió los mocos y asintió—. Muy bien, entonces tranquilízate. No te asustes.

Ruth se enjugó las lágrimas con la manga. Ya había pasado lo peor. Empezó a bajar los peldaños.

—Eh, ¿adónde vas? —Ruth se detuvo en seco—. Aún no hemos hablado. Vuelve aquí. —La voz de Lance ya no sonaba serena. Cuando él abrió la puerta, Ruth dejó de respirar—. Entra —ordenó.

Ruth se mordió los labios, subió lentamente los peldaños y pasó junto a Lance. Oyó la puerta al cerrarse, y la casa quedó en penumbras.

El salón olía a vino y cigarrillos. Las cortinas estaban echadas, y sobre la mesa de centro había bandejas vacías.

—Siéntate. —Lance señaló el sillón de tela áspera—. ¿Quieres un refresco? —Ruth negó con la cabeza.

La única luz de la estancia procedía del televisor, que emitía una película antigua. Se alegró de oír el ruido. A continuación pusieron un anuncio: un hombre que vendía coches. Tenía una espada de juguete en la mano. «¡Hemos pasado a espada nuestros precios, así que venga hoy mismo al concesionario Chevrolet de Rudy y pida ver los restos!».

Lance se sentó en el sofá, aunque no tan cerca de Ruth como la noche de la película. Le quitó los libros de las manos, y ella se sintió indefensa. Fue incapaz de contener las lágrimas, pero trató de llorar sin hacer ruido.

—Dottie me ha dejado, ¿sabes?

Un sollozo emergió del pecho de Ruth. Quiso decir que lo lamentaba, pero sólo fue capaz de emitir gimoteos de ratón.

Lance rio.

—En realidad, la eché yo. Sí, en cierto modo me has hecho un favor. Si no hubiera sido por ti, no habría descubierto que me estaba engañando con otros. Hace un tiempo lo sospeché, pero me dije: vamos hombre, tienes que confiar en ella. ¿Y sabes una cosa? Era ella quien no confiaba en mí. ¿Puedes creerlo? Te diré una cosa: un matrimonio sin confianza no es un matrimonio. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Ruth asintió, desesperada.

—No, no lo entenderás hasta dentro de diez años. —Encendió otro cigarrillo y prosiguió—: Dentro de diez años recordarás todo esto y dirás: ¡qué idiota fui al pensar que los niños se hacían de esa manera! —Rio y luego ladeó la cabeza, estudiando la reacción de Ruth—. ¿No ríes? A mí me hace gracia. ¿A ti no? —Le dio una palmada en el brazo, y ella dio un respingo involuntario—. Eh, ¿qué pasa? Vaya, no me lo digas: no te fías de mí. Eres igual que Dottie. ¿Crees que después de lo que hiciste, y de lo que yo no hice, merezco que me trates de esta manera?

Ruth guardó silencio, esforzándose por mover los labios. Finalmente dijo con voz entrecortada:

—Me fío de ti.

—¿Sí? —Le dio otra palmada en el brazo, y esta vez ella no se acobardó como una tonta. Lance continuó hablando con tono cansino pero tranquilizador—. Mira, no pienso reñirte ni nada por el estilo, ¿de acuerdo? Así que relájate. ¿De acuerdo? Eh, ¿por qué no contestas?

—De acuerdo.

—Ahora sonríe. —Ruth forzó una sonrisa—. ¡Eso es! ¡Vaya, ya estás seria otra vez! —Apagó el cigarrillo—. ¿Volvemos a ser amigos? —Le tendió la mano y Ruth se la estrechó—. Estupendo. Viviendo tan cerca uno del otro, sería terrible que no pudiéramos ser amigos.

Ruth sonrió, esta vez espontáneamente.

—Y dado que somos vecinos, tenemos que ayudarnos el uno al otro. No está bien acusar a un inocente de cosas malas...

Ruth asintió y se dio cuenta de que aún tenía los dedos de los pies contraídos. Se relajó. Muy pronto todo habría acabado. Vio que Lance tenía ojeras y unas arrugas que iban desde la nariz hasta la boca. Era curioso. Parecía mucho mayor que antes y ya no lo veía guapo. Entonces comprendió que no estaba enamorada de él. Qué extraño. Había creído estar enamorada de él, pero nunca lo había estado. Porque el amor era eterno.

—Así que ahora sabes cómo se hacen los niños, ¿verdad, pequeña? —Ruth contuvo el aliento y agachó la cabeza—. ¿Lo sabes o no? —Asintió rápidamente—. ¿Cómo? Cuéntamelo.

Se removió en el sofá, sintiendo un torbellino en la cabeza. Vio imágenes terribles. Una salchicha marrón chorreando mostaza amarilla. Conocía las palabras; pene, esperma, vagina, pero ¿cómo decirlas? Si lo hacía, esa imagen tan fea aparecería entre los dos.

—Tú ya lo sabes —murmuró.

Lance la miró con gesto serio. Era como si tuviese rayos X en los ojos.

—Sí, lo sé. —Guardó silencio durante unos segundos y luego dijo con voz más cordial—: Caramba, qué tonta has sido. Inodoros y bebés, joder. —Ruth mantuvo la cabeza gacha, pero alzó los ojos para mirarlo. Lance sonreía—. Espero que cuando llegue el momento sepas educar mejor a tus hijos. ¡El asiento del inodoro! ¡Pis!

Ruth emitió una risita ahogada.

—¡Ja! ¡Sabía que eras capaz de reír!

Le hizo cosquillas en la axila. Ruth rio por cortesía. Lance volvió a hacerle cosquillas, esta vez en el torso, y ella se contrajo instintivamente. Cuando la mano de Lance alcanzó la otra axila, Ruth prorrumpió en carcajadas, demasiado asustada para pedirle que parara. Los dedos del hombre le recorrieron la espalda y la barriga. Ruth se hizo un ovillo y cayó sobre la alfombra, sacudida por las risas ahogadas.

—Crees que hay muchas cosas graciosas, ¿no? —Subió y bajó con los dedos por las costillas de Ruth, como si fuesen las cuerdas de un arpa—. Sí, ahora lo veo. ¿Se lo has contado todo a tus amigas? ¡Ja, ja! He estado a punto de mandar a un hombre a la cárcel.

Ruth quiso gritar no, para, no, pero reía tan fuerte que no podía respirar ni controlar los brazos y las piernas. Se le había subido la falda y era incapaz de bajársela. Sus manos parecían las de una marioneta: se movían espasmódicamente persiguiendo a las de él, tratando de apartarlas de su estómago, sus pechos y su trasero. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Lance le estaba pellizcando los pezones.

—Eres una cría —dijo entre jadeos—. Todavía no te han crecido las tetas. ¿Por qué iba a querer liarme contigo? Joder, apuesto a que ni siquiera tienes pelos en el coño...

Trató de bajarle las bragas, pero Ruth recuperó la voz y empezó a gritar como una loca. Una y otra vez emitió un sonido estridente y brutal que parecía surgir de un lugar desconocido. Fue como si su cuerpo estallara y de él saliese otra persona.

Continuó ululando como una sirena mientras huía de Lance, subiéndose las bragas y bajándose la falda.

—No te estoy haciendo daño. No te estoy haciendo daño —repitió él hasta que ella reemplazó los gritos por gemidos y resuellos. Después sólo se oyeron los jadeos de los dos.

Lance cabeceó con cara de incredulidad.

—¿Me lo he imaginado yo, o hasta hace un minuto reías? Estábamos divirtiéndonos inocentemente, y de repente empiezas a comportarte como si... bueno, no sé, dímelo tú. —La miró con seriedad—. ¿Sabes? Puede que tengas un problema grave. Empiezas por creer tontamente que la gente intenta hacerte algo malo, y antes de que descubras qué es verdad y qué es mentira, acusas a los demás, te vuelves loca y lo estropeas todo. ¿Es eso lo que haces?

Ruth se levantó. Le temblaban las piernas.

—Me voy —murmuró. Se sentía incapaz de caminar hasta la puerta.

—No irás a ninguna parte hasta que me prometas que no volverás a contar mentiras podridas. ¿Te queda claro? —Se acercó a ella—. Más vale que no digas que he hecho algo que no he hecho. De lo contrario me pondré furioso y haré que te arrepientas, ¿has oído?

Ruth asintió como una autómatas.

Lance resopló, indignado.

—Ahora largo de aquí. ¡Fuera!

Esa noche, Ruth trató de contarle lo sucedido a su madre.

—¿Mamá? Tengo miedo.

—¿Por qué? —LuLing estaba planchando. La habitación olía a vapor.

—Ese hombre, Lance, ha sido malo conmigo...

LuLing frunció el entrecejo y dijo en chino:

—Eso es porque siempre lo estás molestando. Crees que quiere jugar contigo, pero no es así. ¿Por qué siempre tienes que causar problemas?

Ruth sintió náuseas. Su madre veía peligros inexistentes, y ahora que ocurría algo verdaderamente malo, estaba ciega. Si le contaba toda la verdad, LuLing se pondría histérica. Diría que no quería seguir viviendo. Así que, ¿para qué decírselo? Ruth estaba sola. Nadie podría salvarla.

Una hora después, mientras LuLing hacía punto delante del televisor, Ruth bajó la bandeja.

—Tita Querida quiere decirte algo —anunció.

—¿Sí? —LuLing se levantó, apagó el televisor y se sentó a la mesa de la cocina.

Ruth alisó la arena con el palillo. Cerró los ojos, volvió a abrirlos y comenzó.

«Debéis mudaros —escribió—. Ahora».

—¿Mudarnos? ¡*Ai-ya!* —exclamó su madre—. ¿Adónde?

Ruth no había pensando en ese detalle.

«Lejos», escribió.

—Pero ¿dónde?

Ruth imaginó una distancia grande como el mar. Evocó la bahía, el puente y los viajes en autocar que había hecho con su madre, tan largos que siempre se quedaba dormida.

«San Francisco», escribió por fin.

Su madre seguía preocupada.

—¿Qué parte? ¿Dónde mejor?

Ruth titubeó. No conocía bien San Francisco, y sólo recordaba el barrio chino, los jardines de Golden Gate y el parque de atracciones de Land's End. Y entonces tuvo una idea, una inspiración que rápidamente llegó a su mano: «Land's End».

Ruth recordó el primer día que había caminado sola por esa playa. Estaba casi desierta y la arena se veía limpia y llana. Había llegado allí huyendo. Las olas pavorosamente frías le habían rodeado los tobillos como si quisieran tirar de ella. Recordaba que había llorado de alivio al oír el rugido del agua.

Ahora, treinta y cinco años después, volvía a ser una niña de once años. Había elegido vivir,

¿por qué? Siguió andando, sintiéndose reconfortada por el movimiento constante y previsible del agua. Cada vez que las olas se alejaban, se llevaban consigo las huellas que hubiese en la orilla. Recordó que la primera vez que había estado en esa playa había pensado que la arena parecía una gigantesca pizarra. Una pizarra limpia, tentadora, llena de posibilidades. Y en ese momento de su vida había sentido una nueva determinación, una profunda esperanza. Ya no tendría que inventar respuestas. Podía preguntar.

Igual que tantos años antes, Ruth se agachó, recogió una concha rota y escribió en la arena: «socorro». Luego observó cómo las olas se llevaban su súplica a otro mundo.

7

Cuando regresó al piso de LuLing, Ruth empezó a tirar todas las cosas inútiles que guardaba su madre: servilletas y bolsas de plástico sucias, sobres de salsa de soja y mostaza, palillos chinos desechables, pajas de bebida usadas, cupones de descuento caducados, trozos de algodón sacados de frascos de medicamentos y los propios frascos vacíos. Retiró los cartones y botes de comida vacíos de los armarios. En el frigorífico y el congelador encontró suficientes alimentos podridos para llenar cuatro bolsas grandes de basura.

Mientras limpiaba, tuvo la sensación de que estaba despejando la mente de su madre. Abrió otros armarios. Halló paños de cocina con motivos religiosos, un regalo de Navidad que LuLing jamás usaba. Los puso en una bolsa destinada a una institución benéfica. También había ásperas toallas y sábanas de baratillo que recordaba haber usado en su infancia. Las más nuevas todavía estaban en las cajas de regalo.

Cuando se disponía a tirar las toallas viejas, Ruth descubrió que era tan incapaz de hacerlo como su madre. Eran objetos con un pasado y una vida. Tenían una historia, una personalidad, un vínculo con otros recuerdos. La toalla con flores fucsia que sujetaba ahora, por ejemplo, en un tiempo le había parecido hermosa. Solía envolverse la cabeza con ella e imaginar que era una reina con turbante. Una vez la había llevado a la playa, y su madre la había reñido por usar las «cosas mejores» en lugar de la toalla verde con los bordes deshilachados. Con la educación que había recibido, Ruth jamás podría ser como Gideon, que cada año gastaba miles de dólares en sábanas y toallas italianas y arrojaba a la basura las del año anterior con la misma naturalidad con que se deshacía de los números atrasados del *Architectural Digest*. Puede que ella no fuese tan austera como su madre, pero siempre temía arrepentirse de haber tirado algo.

Ruth entró en el dormitorio de LuLing. Sobre la cómoda había aproximadamente dos docenas de frascos de colonia, todavía envueltos en papel de celofán. Su madre los llamaba «agua apestosa». Ruth había intentado hacerle entender que *eau de toilette* no significaba «agua del inodoro», pero LuLing decía que lo que contaba era el sonido de las cosas y que esos regalos de GaoLing y su familia eran ofensivos.

—Si no te gustan, ¿por qué siempre les dices que era justo lo que necesitabas?

—¿Cómo no ser cortés?

—Entonces sé cortés, pero luego tira las colonias a la basura.

—¿A la basura? ¿Cómo iba a tirar a la basura? ¡Cuesta dinero!

—Entonces regálalas.

—¿Quién quiere eso? ¡Agua de inodoro, puaj! ¡Yo no insulto a nadie!

Así que allí estaban, dos docenas de frascos, dos docenas de insultos, algunos de GaoLing, otros de la hija de ésta, ambas ajenas al hecho de que LuLing se levantaba cada mañana, veía esos regalos y empezaba el día sintiendo que todo el mundo estaba en contra de ella. Por pura curiosidad, Ruth abrió una caja y desenroscó la tapa del frasco. ¡Apestaba! Su madre tenía razón. Aunque, ¿cuánto tiempo duraba la colonia? Seguramente no era como el vino, que mejoraba con los años. Ruth comenzó a meter las cajas en la bolsa destinada a caridad, pero luego se detuvo. Con decisión, aunque sin poder evitar sentirse derrochadora, las puso en la bolsa de la basura. ¿Y esa caja de polvos compactos? Abrió el estuche dorado decorado con lirios. Debía de tener al menos treinta años. Los polvos eran de un tono anaranjado óxido, semejante al de las mejillas de los muñecos de ventrílocuo. Por su aspecto, cualquiera diría que podían provocar cáncer... o Alzheimer. Cualquier cosa, por inocua que pareciese, era potencialmente peligrosa, llena de toxinas que podían escapar y envenenarla a una cuando menos se lo esperaba. Se lo había enseñado su madre.

Examinó la borla. Los bordes estaban intactos, pero la parte central se había desgastado a causa del roce diario con las curvas de la cara de LuLing. Ruth arrojó la polvera a la basura. Un instante después sintió miedo, recuperó la polvera y estuvo a un tris de echarse a llorar. ¡Ese objeto formaba parte de la vida de su madre! ¿Qué más daba que se comportara como una sentimental? Abrió la polvera y vio su afligida cara en el espejo antes de fijarse otra vez en los polvos anaranjados. No; aquello no era sentimentalismo. Era algo morboso y vergonzoso. La polvera regresó a la basura.

Al caer la noche, un rincón de la sala estaba lleno de objetos que en opinión de Ruth su madre no echaría en falta: un teléfono con disco giratorio; patronos de costura; pilas de facturas viejas; cinco vasos de té de vidrio opaco; una colección de tazas de café con eslóganes publicitarios; una lámpara de tres pies a la que le faltaba un pie; la herrumbrosa silla con respaldo oval que solían tener en el porche; una tostadora con el cable pelado y curvas semejantes a las del parachoques de un Buick; un reloj de cocina cuyas manecillas representaban un cuchillo, un tenedor y una cuchara; una bolsa con zapatillas a medio tejer de color violeta, turquesa y verde; medicamentos caducados y un montón de perchas viejas y deformadas.

Aunque era tarde, Ruth se sentía llena de energía y determinación. Echó un vistazo al piso y contó con los dedos las reparaciones que habría que hacer para prevenir accidentes. Era preciso cambiar los enchufes y los detectores de humo. Bajar el termostato del calentador de agua para que su madre no se quemara. ¿La mancha marrón del techo sería una filtración? Siguió con la vista el posible curso de la gotera, y sus ojos se detuvieron súbitamente en un punto del suelo, cerca del sofá. Corrió hasta allí, retiró la alfombra y miró la tabla del suelo. Ese era uno de los escondites de su madre, uno de los sitios donde ocultaba cosas que podría necesitar en tiempos de guerra o, como decía LuLing, «desastre tan grande que una no puede imaginar». Ruth apretó un extremo de la tabla y —oh, milagro— el otro extremo se elevó, como en un balancín. ¡Ajá! ¡La pulsera de oro con forma de serpiente! La levantó y rio con alegría, como si acabara de escoger la puerta correcta en un concurso televisivo. Su madre la había llevado a la Royal Jade House, en Jackson Street, y había comprado la pulsera por ciento veinte dólares, diciéndole a Ruth que era oro de

veinticuatro quilates y que en caso de emergencia la pesarían en una balanza y les darían el dinero equivalente a su valor real.

¿Y los demás escondites de LuLing? En la chimenea que jamás habían usado, Ruth levantó un cesto que contenía álbumes de fotos. Retiró un ladrillo suelto y, en efecto, aún seguía allí: un billete de veinte enrollado alrededor de otros cuatro de un dólar. ¡Increíble! Se emocionó al ver ese pequeño tesoro, ese recuerdo de su pasado adolescente. Cuando se habían mudado a la casa, LuLing había puesto cinco billetes de veinte dólares debajo del ladrillo. Ruth, que les echaba un vistazo de vez en cuando, había notado que formaban un taco perfectamente alineado. Un día puso un pelo sobre el dinero, un truco que había aprendido en una película sobre un niño detective. A partir de ese momento, cada vez que levantaba el ladrillo encontraba el pelo. Cuando tenía quince años, empezó a sacar dinero del montón para sus emergencias personales, es decir, siempre que necesitaba dinero para cosas prohibidas: rímel, una entrada de cine y, más tarde, cigarrillos Marlboro. Al principio estaba nerviosísima hasta que podía devolver el billete, y cuando lo hacía, se sentía enormemente aliviada porque no la habían descubierto. Se justificaba pensando que merecía el dinero por cortar el césped, lavar los platos y recibir gritos injustos. Con el tiempo substituyó los cuatro billetes de veinte del interior del rollo por otros de diez, luego de cinco y finalmente de uno.

Ahora, treinta y un años después, al ver este recordatorio de sus pequeños hurtos se sintió a la vez la niña que había sido y una observadora de esa versión más joven de sí misma. Recordó a la chica infeliz que vivía en su cuerpo, llena de pasión, de ira y de impulsos repentinos. Solía preguntarse si debía creer en Dios o ser una nihilista. ¿Ser budista o *beatnik*? De cualquier manera, ¿qué lección debía aprender de la constante desdicha de su madre? ¿De verdad existían los fantasmas? En caso negativo, ¿su madre estaba loca? ¿Existía la suerte? Si no era así, ¿por qué sus primos vivían en Saratoga? A veces se hacía el firme propósito de convertirse en el polo opuesto de su madre. En lugar de quejarse por todo, ella quería hacer algo constructivo. Se alistaría en el Cuerpo de Paz y viajaría a selvas lejanas. Otro día decidió ser veterinaria y ayudar a los animales heridos. Más adelante pensó en la posibilidad de hacerse maestra de niños retrasados. No les señalaría los errores, como su madre hacía con ella, exclamando que le faltaba la mitad del cerebro. Los trataría como seres humanos iguales a los demás.

Se desahogaba escribiendo esos sentimientos en un diario que tía Gal le había regalado por Navidad. Acababa de leer *El diario de Ana Frank* en clase de literatura, y como todas las demás niñas, estaba convencida de que ella también era diferente, una inocente atrapada en un destino trágico que le proporcionaría fama póstuma. El diario sería una prueba de su existencia, de su importancia, y lo más importante era que algún día alguien la comprendería, aunque ella ya estuviese muerta. Se consolaba pensando que sus sufrimientos no serían inútiles. En su diario podía ser tan sincera como quisiese. La verdad, naturalmente, debía respaldarse con datos reales. En consecuencia, su primera anotación consistió en la lista de los diez mayores éxitos musicales del año y en un comentario sobre un chico llamado Michael Papp, que había tenido una erección mientras bailaba con Wendy. Eso era lo que había dicho Wendy, y en su momento Ruth había pensado que una «erección» era una vanidad muy grande.

Se enteró de que LuLing leía su diario a escondidas, porque un día le preguntó:

—¿Por qué te gusta esa canción *Turn, turn, turn*? ¿Sólo porque gusta a otros?

Otro día olfateó el aire y dijo:

—¿Por qué huele como cigarrillo?

Ruth acababa de escribir en el diario que había ido a Haight-Ashbury con unos amigos y que unos hippies les habían ofrecido unas caladas. Le divirtió que su madre pensara que habían fumado tabaco en lugar de hachís. Después de aquel interrogatorio, empezó a esconder el diario en el suelo del armario, entre los colchones de su cama o debajo de la cómoda. Pero su madre siempre se las apañaba para encontrarlo, o al menos eso dedujo Ruth basándose en las siguientes prohibiciones de LuLing:

—No más playa después de escuela. No más amiga Lisa. ¿Por qué estás tan loca por chicos?

Si la acusaba de leer su diario, LuLing respondía con evasivas; jamás admitía que lo hubiera hecho, pero al mismo tiempo decía:

—Una hija no debe tener secretos para su madre.

Ruth no quería censurar sus propios escritos, de manera que empezó a usar una combinación de latín y español macarrónicos y palabras de muchas sílabas que sabía que su madre no entendería. Cuando quería hablar de la playa de Land's End, escribía: «esparcimientos acuáticos de la variedad *silica particulate*».

Ahora se preguntó: ¿Mamá no se daba cuenta de que su insistencia en que no le ocultara nada me distanciaba aún más de ella? Pero era posible que lo intuyera. Quizá eso la hubiera llevado a ocultarle a Ruth ciertas verdades sobre sí misma. «Cosas demasiado malas para contar». No podían fiarse una de otra. Así era como empezaban los engaños y la deslealtad; no con grandes mentiras, sino con pequeños secretos.

Ahora Ruth recordó dónde había escondido su diario la última vez. No había pensado en ello en muchos años. Fue a la cocina y se subió al mármol con menos facilidad que a los dieciséis años. Manoteó sobre el techo de los armarios hasta que encontró el diario: tenía las hojas decoradas con corazones, algunos de los cuales estaban pintados con laca de uñas para borrar los nombres de varios amores pasajeros. Bajó con la polvorienta reliquia, se reclinó contra el mármol y limpió la tapa rojo y dorada.

Sintió una gran debilidad en los brazos y las piernas; estaba inquieta, como si el diario contuviera una predicción irrevocable de lo que sucedería durante el resto de su vida. Otra vez tenía dieciséis años. Abrió el diario y leyó las palabras escritas en grandes letras mayúsculas en la portadilla: ¡¡¡ALTO!!! ¡¡¡CONFIDENCIAL!!! QUIEN LEA ESTO ESTARÁ COMETIENDO UN DELITO CONTRA LA PROPIEDAD PRIVADA. ¡SÍ! ¡ME REFIERO A TI!

Pero su madre lo había leído; lo había leído y se había tomado en serio las palabras que Ruth había escrito en la penúltima página, unas palabras que estuvieron a punto de matarlas a las dos.

Durante la semana previa a que Ruth escribiera esas fatídicas palabras, ella y LuLing se habían atormentado mutuamente. Eran dos personas atrapadas en una tormenta de arena, las dos angustiadas y cada una de ellas culpando a la otra de causar el viento. El día anterior al de la última batalla, Ruth había estado fumando con la cabeza asomada por la ventana. La puerta estaba cerrada, y en cuanto oyó los pasos de su madre acercándose a la habitación, arrojó el cigarrillo por la ventana, se tumbó en la cama y fingió leer un libro. Como de costumbre, LuLing entró sin

llamar. Y cuando Ruth alzó la vista con expresión de inocencia, su madre le gritó:

—¡Tú fumando!

—No es verdad.

—Todavía fumando. —LuLing señaló la ventana y se asomó. El cigarrillo había aterrizado sobre una cornisa, anunciando su paradero con un hilo de humo.

—¡Soy ciudadana estadounidense! —gritó Ruth—. ¡Tengo derecho a la intimidad y a buscar mi propia felicidad, no la tuya!

—¡Nada bien! ¡Todo mal!

—¡Déjame en paz!

—¿Por qué tengo una hija como tú? ¿Por qué vivo? ¿Por qué no muerta hace mucho? —LuLing jadeaba y resoplaba. Ruth pensó que parecía una perra loca—. ¿Tú quieres que yo muero?

Ruth estaba temblando, pero se encogió de hombros y dijo con toda la indiferencia que fue capaz de aparentar:

—La verdad es que me trae sin cuidado.

LuLing emitió varios jadeos más y salió de la habitación. Ruth se levantó y dio un portazo.

Más tarde, entre sollozos de justa indignación, escribió en el diario unas palabras destinadas a los ojos de su madre: «¡La odio! Es la peor madre del mundo. No me quiere. No me escucha. No entiende lo que me pasa. Lo único que hace es fastidiarme, enfadarse y hacerme sentir mal».

Sabía que era arriesgado escribir eso. Sonaba absolutamente perverso. Pero el incipiente sentimiento de culpa hizo que se envalentonara aún más. Lo que escribió a continuación fue peor, unas palabras terribles que sólo tacharía más tarde; demasiado tarde. Ahora Ruth miró las tachaduras y supo lo que había debajo, lo que su madre había leído:

«Si tanto hablas de matarte, ¿por qué no lo haces de una vez? Ojalá lo hicieses. ¡Hazlo, hazlo! Adelante, suicídate. Tita Querida quiere que lo hagas, ¡y yo también!».

En su momento se había horrorizado al ver que era capaz de poner por escrito unos sentimientos tan horribles. Y ahora se horrorizó al recordarlo. Mientras escribía esas palabras había llorado, llena de rabia, miedo y una extraña sensación de libertad, pues por fin admitía abiertamente que deseaba hacer sufrir a su madre tanto como ésta la hacía sufrir a ella. Después había escondido el diario en el cajón de la ropa interior, donde LuLing lo encontraría con facilidad. Lo había colocado con el lomo hacia el fondo y un par de bragas floreadas encima. Así sabría con seguridad si su madre había estado fisgando entre sus cosas.

Al día siguiente, Ruth volvió del instituto más tarde de lo habitual. Dio un paseo por la playa. Pasó por una perfumería y se entretuvo mirando cosméticos. Telefoneó a Wendy desde una cabina. Cuando llegara a casa, su madre ya habría leído el diario. Esperaba una batalla campal: nada para cenar, sólo gritos y lamentaciones porque Ruth deseaba la muerte de su madre para irse a vivir con tía Gal. LuLing esperaría hasta que Ruth admitiera que había escrito esas horribles palabras.

Entonces imaginó otra escena: Su madre leía lo que había escrito, se daba puñetazos en el pecho con el fin de empujar el sufrimiento a la intimidad del corazón y se mordía los labios para no llorar. Más tarde, cuando Ruth volviera a casa, su madre fingiría no verla. Haría la cena, se sentaría a comer y masticaría en silencio. Ruth no preguntaría si ella también podía cenar. Si era necesario, comería cereales todos los días. Se comportarían de esa manera durante días; LuLing

castigando a Ruth con su silencio, el rechazo más absoluto. Ruth se mantendría firme, obligándose a no sentir dolor, hasta que todo dejara de importarle; a menos, naturalmente, que ocurriese lo que ocurría siempre y se desmoronara, llorara y dijera que lamentaba lo que había hecho.

No tuvo tiempo de imaginar otras posibilidades. Ya estaba en casa. Se armó de valor. Pensar en lo que podía pasar era tan malo como vivirlo. Acabemos con ello, pensó. Subió las escaleras del porche, y en cuanto abrió la puerta su madre corrió a su encuentro y exclamó con voz cargada de preocupación:

—¡Por fin llegas!

Pero un instante después se percató de que esa mujer no era su madre, sino la tía Gal.

—Tu madre está herida —dijo y tiró de Ruth hacia la puerta—. ¡Deprisa, deprisa, vamos al hospital!

—¿Herida? —Ruth no podía moverse. Sentía el cuerpo ingrátido, hueco y pesado al mismo tiempo—. ¿Qué quieres decir? ¿Qué le ha pasado?

—Se cayó por la ventana. No sé cómo, supongo que se habrá asomado demasiado. Aterrizó sobre el cemento. La vecina de abajo llamó a la ambulancia. Tiene huesos rotos y algo malo en la cabeza; no sé qué, pero los médicos dicen que es muy malo. Espero que no haya daños cerebrales.

Ruth prorrumpió en sollozos. Se dobló por la cintura y lloró con histerismo. Había deseado esa tragedia, la había provocado. Lloró hasta que le dio hipo y se mareó. Cuando llegaron al hospital, tía Gal tuvo que llevarla a la sala de urgencias. Una enfermera trató de hacerla respirar dentro de una bolsa de papel que Ruth apartó de un manotazo. Después alguien le puso una inyección. Se sintió ligera, como si hubiesen retirado el peso de las preocupaciones de sus extremidades y su mente. Una manta cálida y oscura descendió sobre su cuerpo y luego sobre su cabeza. En medio de esa nada, oyó la voz de su madre declarando a los médicos que su hija había callado por fin porque ambas estaban muertas.

Más tarde descubrió que su madre tenía una costilla y un hombro rotos y una conmoción cerebral. Cuando le dieron el alta en el hospital, GaoLing se quedó unos días para ayudar a Ruth con la cocina y organizar la casa de manera que LuLing pudiera bañarse y vestirse con facilidad. Ruth permanecía siempre a un lado.

—¿Puedo ayudar? —preguntaba de vez en cuando con voz queda. Y tía Gal la mandaba a cocer arroz, limpiar la bañera o poner sábanas limpias en la cama de LuLing.

Durante los días siguientes, Ruth vivió atormentada, preguntándose si su madre le había contado a tía Gal lo que había leído en el diario y por qué se había tirado por la ventana. Observaba la cara de GaoLing buscando indicios de que lo sabía. Analizaba cada palabra que decía. Pero no detectaba señales de enfado, desencanto o falsa compasión en la forma de hablar de su tía. El comportamiento de su madre era igual de misterioso. No parecía furiosa, sino triste y derrotada. Le faltaba algo... pero ¿qué? ¿Amor? ¿Preocupación? Sus ojos estaban ausentes, como si no le importara lo que veía. Todo era igual, todo irrelevante. ¿Qué significaba eso? ¿Por qué ya no quería pelear? LuLing aceptaba los boles de arroz que le servía Ruth. Bebía té. Conversaban, pero sólo sobre trivialidades, nada que pudiera suscitar disputas o malentendidos.

—Me voy al colegio —decía Ruth.

—¿Tienes dinero para la comida?

—Sí. ¿Quieres más té?

—No.

Y cada día, varias veces, Ruth sintió la necesidad de decirle a su madre que lamentaba lo ocurrido, que había sido muy mala, que todo era culpa de ella. Pero eso hubiera supuesto reconocer algo que, a todas luces, su madre prefería fingir que nunca había sucedido: que Ruth había escrito aquellas palabras. Durante semanas anduvieron con pies de plomo, como si temiesen pisar cristales rotos.

El día de su decimosexto cumpleaños, al volver del instituto, Ruth descubrió que su madre había comprado su comida favorita: las dos variedades de hojas de loto rellenas de arroz —unas con carne; otras con pasta dulce de alubias rojas— y un bizcocho chino con fresas y nata.

—No puedo cocinar cosas mejores —dijo LuLing. Aún llevaba el brazo derecho en cabestrillo y no podía usarlo para cargar peso. Bastante le costaba ya arrastrar las bolsas de la compra con el brazo izquierdo. Ruth consideró ese gesto de LuLing como una prueba de que la había perdonado.

—Esta comida me gusta mucho —repuso con cortesía—. Es deliciosa.

—Tampoco tengo tiempo para comprar regalo —musitó su madre—, pero yo encuentro cosas que tal vez todavía te gustan. —Señaló la mesa de centro.

Ruth caminó despacio hasta la mesa y levantó un paquete torpemente envuelto en papel de seda pegado con celo, sin lazo. Dentro encontró un libro negro y un minúsculo estuche de seda roja, abrochado con un cierre de tirilla. En el interior había un anillo que Ruth siempre había codiciado, una fina banda de oro con dos piedras ovales de jade verde manzana. Había pertenecido a la abuela paterna de Ruth, que se lo había dado a su hijo para que se lo regalase a su futura esposa. LuLing nunca lo usaba. En una ocasión, GaoLing había insinuado que en rigor debería guardarlo ella y con el tiempo pasárselo a su hijo, el único nieto varón de los Young. A partir de ese momento, cada vez que se hablaba del anillo, LuLing sacaba a colación aquel mezquino comentario de su hermana.

—¡Guau! —Ruth miró fijamente al anillo, sosteniéndolo sobre la palma de su mano.

—Es jade muy bueno; no lo pierdas.

—No lo perderé. —Ruth trató de ponerse el anillo en el dedo corazón. Era demasiado pequeño para ese dedo, pero le quedaba bien en el anular.

Finalmente, Ruth miró el otro regalo. Era un libro encuadernado en piel negra, con una cinta roja para señalar las páginas.

—Al revés —dijo su madre y dio la vuelta a libro, que ahora quedó con la antecubierta encima pero con el margen superior, abajo. Volvió las páginas de izquierda a derecha. El texto está escrito en chino—. Biblia china —explicó. Lo abrió por una página señalada con una fotografía en sepia de una joven china—. Ésta es mi madre. —La voz de LuLing sonó quebrada—. ¿Ves? Yo hago copia para ti. —Le enseñó un sobre de papel encerado en cuyo interior había un duplicado de la foto.

Ruth asintió, intuyendo que se trataba de un regalo importante, que LuLing pretendía transmitirle un mensaje sobre las madres. Procuró prestar atención y no mirar el anillo en su dedo. Pero no pudo evitar pensar en lo que dirían sus compañeras de clase, en la envidia que sentirían.

—En tiempos de niña pequeña, yo apretaba la Biblia aquí —se dio una palmada en el pecho—. A la hora de dormir, pensando en mi madre.

Ruth asintió.

—Aquí está muy guapa.

Ruth había visto otras fotografías de la madre de LuLing y GaoLing, a quien ella llamaba Waipo. En esas fotos, Waipo tenía la cara regordeta, unas arrugas profundas como grietas y una boca tan severa, recta y fina que parecía una cuchillada. LuLing guardó la foto entre las páginas de la Biblia y tendió la mano con la palma hacia arriba.

—Ahora, devuelve.

Ruth no entendía qué pasaba. A regañadientes, puso el anillo en la mano de LuLing y vio cómo ésta lo guardaba en el estuche de seda.

—Algunas cosas demasiado buenas para usar ahora. Mejor dejarlas para más adelante, cuando aprecies más.

Ruth habría querido gritar: «¡No! No puedes hacerme esto. Es mi regalo de cumpleaños».

Pero, naturalmente, no dijo nada. Permaneció en su sitio, con un nudo en la garganta, mientras LuLing se acercaba al sillón de piel sintética. Levantó el almohadón inferior. Había una tabla, y debajo de ésta una tapa. LuLing la abrió, y en la pequeña cavidad que quedó al descubierto guardó el libro y el estuche con el anillo. ¡De manera que ése era otro de sus escondites!

—Algún día yo doy para siempre.

¿Algún día? A Ruth le dolía la garganta. Sintió deseos de gritar: «¿Cuándo lo tendré para siempre?». Pero sabía lo que había querido decir su madre... «Para siempre», como en «Cuando yo muerta para siempre, entonces tú no necesitas escucharme más».

Al día siguiente, Ruth levantó el almohadón del sillón, retiró la tabla y buscó el estuche de seda en el hueco. Sacó el anillo, que ahora era un objeto prohibido, y lo contempló. Tenía la sensación de que se lo había tragado y había quedado atascado en su garganta. Quizá LuLing se lo hubiese enseñado únicamente para atormentarla. Sí; era muy probable. ¡Su madre sabía muy bien cómo hacerla desgraciada! Pero Ruth no le daría esa satisfacción. Fingiría que no le importaba. No volvería a mirar el anillo y se comportaría como si éste no existiera.

Pocos días después, LuLing entró en la habitación de Ruth y la acusó de haber ido a la playa. Cuando Ruth lo negó, su madre le enseñó las zapatillas que había encontrado junto a la puerta de entrada. Las golpeó, produciendo una lluvia de arena.

—¡Es arena de la calle! —protestó Ruth.

Así fue como se reanudaron las peleas, que a Ruth se le antojaban a un tiempo extrañas y familiares. Discutían con renovado vigor y firmeza, rebasando los temporales límites del mes anterior, defendiendo el antiguo territorio. Conscientes de que habían sobrevivido a lo peor, comenzaron a infligirse nuevas heridas.

Con el tiempo, Ruth se preguntó si debía tirar el diario a la basura. Fue a buscar el temible libro, que aún seguía en el cajón de la ropa interior. Lo hojeó, leyendo un párrafo aquí y otro allí, llorando por sí misma. Estaba convencida de que había mucho de verdad en lo que había escrito, al menos en algunas partes. En esas páginas había una faceta suya que no quería olvidar. Pero cuando llegó a la última anotación, la asaltó la horrible sensación de que Dios, su madre y Tita

Querida sabían que había estado a punto de cometer un asesinato. Tachó meticulosamente las últimas frases, pasando el bolígrafo una y otra vez sobre las palabras hasta que el párrafo quedó convertido en una gran mancha negra. En la página siguiente, la última, escribió: «Lo siento. A veces desearía que tú también te disculparas alguna vez».

Aunque jamás le enseñaría esas palabras a su madre, se sintió bien al escribirlas. Era simplemente sincera; ni buena ni mala. Luego buscó un sitio donde su madre jamás encontraría el diario. Trepó al mármol de la cocina, estiró el brazo y dejó el cuaderno sobre el techo de un armario, un sitio tan poco visible que con el tiempo hasta ella se olvidó de la existencia del diario.

Ahora pensó que su madre y ella nunca habían hablado de aquel lejano incidente. Dejó el diario. «Para siempre» ya no significaba lo mismo que en el pasado. «Para siempre» era aquello que cambiaba inevitablemente con el tiempo.

Experimentó una extraña compasión por la joven que había sido, aunque también una vergüenza tardía por su insensatez y su egoísmo. Si hubiera tenido una hija, ésta le habría dado tantos quebraderos de cabeza como ella a su madre. Esa hija tendría ahora quince o dieciséis años y le diría a gritos que la odiaba. Se preguntó si LuLing alguna vez le habría dicho algo semejante a su madre.

En ese momento pensó en las fotografías que habían visto durante la comida del Festival de la Luna Llena. En la que aparecía junto a tía Gal y Waipo, LuLing tendría unos quince años. Y había otra foto, la de Tita Querida, a quien LuLing había confundido con su madre. De repente recordó la fotografía que LuLing guardaba dentro de la Biblia y que, según le había dicho, también era de su madre. ¿Quién era esa mujer?

Ruth fue hasta el sillón de piel sintética y retiró el almohadón y la tabla. Todo seguía en su sitio: la pequeña Biblia negra, el estuche de seda y el anillo con piedras de jade. Abrió la Biblia y allí, dentro del sobre de papel encerado, estaba la misma fotografía que su madre le había enseñado durante la reunión familiar. Tita Querida vestida con la chaqueta invernal con cuello alto y un peculiar tocado. ¿Qué significaba eso? ¿Que su madre ya padecía demencia treinta años antes? ¿O acaso Tita Querida era verdaderamente quien LuLing decía que era? En caso afirmativo, ¿podía tomarlo como una prueba de que su madre no estaba senil? Ruth volvió a mirar la fotografía, examinando los rasgos de la mujer. No sabía qué pensar.

¿Qué otra cosa había en el hueco del sillón? Ruth metió la mano y sacó una bolsa marrón atada con un navideño lazo rojo. En el interior había una pila de folios escritos en chino. Observó que en la parte superior de algunas páginas había estilizados ideogramas chinos pintados con un pincel para caligrafía. Había visto aquello antes en alguna parte. ¿Dónde? ¿Cuándo?

Entonces recordó los folios que había guardado en el último cajón derecho de su escritorio. «Verdad» decía en el margen superior de la primera página. «Éstas son las cosas que sé que son verdad». ¿Y de qué hablaban las frases siguientes? De los nombres de los muertos y de los secretos que éstos se habían llevado consigo. ¿Qué secretos? Intuyó que la vida de su madre estaba en juego y que ella, Ruth, tenía la solución. Siempre la había tenido.

Ahora miró el ideograma escrito en la primera página de la pila que estaba en sus manos. Casi pudo oír a su madre riéndola: «Deberías estudiar más». Sí; era cierto. El ideograma le resultaba

familiar: una curva en la parte inferior, tres líneas encima... ¡corazón! Y la primera frase era idéntica a la de las páginas que tenía en casa: «Éstas son las cosas que...». Pero había una diferencia. La siguiente palabra era *bu*, uno de los vocablos favoritos de su madre. Luego decía *ying-gai*, «debería». Su madre usaba esa palabra constantemente. Y a continuación ponía... no lo sabía. «Éstas son las cosas que no debería...». Ruth adivinó el final: «Estas son las cosas que no debería *decir*». «Éstas son las cosas que no debería *escribir*». «Éstas son las cosas que no debería *contar*». Entró en su habitación y fue directamente al estante donde LuLing guardaba un diccionario inglés-chino. Buscó los ideogramas correspondientes a «decir», «escribir», «contar», pero no coincidían con el que había escrito su madre. Rastreo desesperadamente otras palabras, y diez minutos más tarde encontró la solución al enigma:

«Éstas son las cosas que no debería olvidar».

¿Cuánto hacía que LuLing le había dado aquellas páginas? ¿Cinco años?, ¿seis? ¿Había escrito estas otras al mismo tiempo? ¿Sabía entonces que estaba perdiendo la memoria? ¿Se proponía entregarle también este escrito? ¿Cuándo?

¿Cuándo le diera el anillo para siempre? ¿Cuándo se convenciese por fin de que Ruth estaba dispuesta a prestar atención? Examinó los ideogramas siguientes, pero ninguno, salvo el correspondiente a «yo» le resultó familiar, y había diez mil palabras que podían seguir a «yo». ¿Ahora qué?

Se tendió en la cama con los folios a su lado. Miró la foto de Tita Querida y la puso sobre su pecho. Al día siguiente llamaría a Art a Hawai para averiguar si podía recomendarle un traductor. Ésa era la tarea número uno. Dos: sacaría las páginas del cajón de su casa. Tres: telefonaría a tía Gal para ver si sabía algo al respecto. También le pediría a su madre que le hablara de su vida. Esta vez lo haría. Y la escucharía. Se sentaría a su lado, tranquila, sin prisas, sin pensar en sus obligaciones. Hasta se mudaría a casa de LuLing para pasar más tiempo con ella y conocerla mejor. Cabía la posibilidad de que Art se molestara. Quizá interpretara su traslado como un síntoma de problemas de pareja. Pero alguien tenía que cuidar de su madre. Y quería hacerlo ella. Deseaba estar allí; que LuLing le contara la historia de su vida, la condujera por los caminos del pasado, le explicara los múltiples significados de las palabras chinas y le enseñara a traducir su corazón. Tendría las manos permanentemente ocupadas y, por fin, ella y su madre podrían dejar de contar.

SEGUNDA PARTE

Corazón



Éstas son las cosas que no debo olvidar. Me crie en un clan Liu en las montañas rocosas occidentales, al sur de Pekín. El primer nombre documentado de nuestra aldea fue Corazón Inmortal. Tita Querida me enseñó a escribirlo en la pizarra. *Fijate bien, Cachorrillo*, ordenaba y luego dibujaba el ideograma correspondiente a «corazón». *¿Ves esta curva? Es la parte inferior del corazón, donde la sangre se acumula y fluye. Y estos puntos son las dos venas y la arteria por donde entra y sale la sangre.* Mientras yo repasaba los trazos del ideograma, ella preguntó: *¿De quién era el corazón muerto que dio su forma a este mundo? ¿Cómo empezó todo, Cachorrillo? ¿Pertenece a una mujer? ¿Estaba envuelto en tristeza?*

Una vez vi el corazón de un cerdo recién sacrificado. Era rojo y brillante. Y había visto incontables corazones de pollo en una fuente, esperando a que los cocinaran. Parecían labios diminutos y eran del mismo color que las cicatrices de Tita Querida. Pero ¿qué aspecto tenía el corazón de una mujer?

—¿Para qué necesitamos saber de quién era el corazón? —pregunté mientras dibujaba el ideograma.

Tita Querida agitó las manos: *Una persona ha de reflexionar sobre el origen de las cosas. Cada comienzo conduce a un fin determinado.*

Recuerdo que hablaba a menudo de este tema. Desde entonces he especulado con frecuencia sobre el comienzo y el fin de muchas cosas. Sobre Corazón Inmortal, por ejemplo. Y sobre la gente que vivía allí, incluida yo. Cuando yo nací, Corazón Inmortal no era ya un lugar afortunado. La aldea estaba situada entre colinas, en un valle que acababa en un profundo barranco de piedra caliza. El barranco tenía la forma curva de la cámara de un corazón, y los tres ríos que antaño lo habían alimentado representaban la arteria y las venas. Pero se habían secado, igual que los manantiales divinos. En los cauces no quedaba nada más que tierra agrietada y olor a pedo.

Sin embargo, en sus comienzos la aldea había sido un lugar sagrado. Cuenta la leyenda que un emperador que pasaba por allí plantó un pino en medio del valle. Fue un tributo a la memoria de su madre, a quien tanto amaba que prometió que el árbol viviría eternamente. Cuando Tita Querida

vio el pino por primera vez, éste tenía ya más de tres mil años.

Ricos y pobres por igual iban en peregrinación a Corazón Inmortal con la esperanza de que el árbol les transmitiese su energía vital. Acariciaban el tronco y las hojas mientras rezaban pidiendo hijos varones, grandes fortunas, una cura para la muerte o el fin de una maldición. Antes de marcharse, cortaban trozos de corteza o arrancaban ramitas para llevárselos de recuerdo. Tita Querida decía que ese exceso de admiración había matado al árbol. Cuando éste murió, aquellos recordatorios perdieron su poder. Y puesto que el árbol había dejado de ser inmortal, dejó también de ser famoso, igual que nuestra aldea. La gente empezó a decir que el árbol ni siquiera era milenario, que como mucho tendría doscientos o trescientos años. ¿Y la historia del emperador que lo había plantado para honrar a su madre? Se trataba de una falsa leyenda feudal destinada a hacernos creer que los corruptos eran leales. Estas quejas se iniciaron el mismo año en que cayó la antigua dinastía Ching y nació la nueva República.

El mote de nuestra aldea es fácil de recordar: Cuarenta y seis Kilómetros desde el puente del Foso de los Juncos. El puente del Foso de las Juncos es también el puente de Marco Polo, que ahora la gente describe como un desvío en el camino de Pekín. Puede que GaoLing haya olvidado el antiguo nombre, pero yo no. Cuando era niña, las instrucciones para llegar a Corazón Inmortal eran las siguientes: «Primero encuentre el puente del Foso de los Juncos, y luego retroceda cuarenta y seis kilómetros».

Aquel chiste inducía a pensar que vivíamos en un inhóspito caserío con veinte o treinta habitantes. Pero no era así. En mi infancia, allí vivían casi dos mil personas. Estaba atestado, lleno de gente desde un extremo del valle al otro. Teníamos un constructor de ladrillos, un tejedor de sacos y un taller donde se teñían telas. Había veinticuatro días de mercado, seis ferias y una escuela primaria a la que asistíamos GaoLing y yo cuando no teníamos que ayudar a la familia. Los vendedores iban de puerta en puerta ofreciendo toda clase de mercancías: queso de soja fresco, bollos al vapor, trenzas de pan y caramelos de todos los colores. Y había gente de sobra para comprar esas exquisiteces. Unos pocos bastaban para que nuestros estómagos quedaran tan satisfechos como el de un hombre rico.

El clan Liu vivió en Corazón Inmortal durante seis siglos. Los hijos varones de la familia siempre habían sido fabricantes de tinta que vendían su producto a los viajeros. Ocupaban una casa con patio a la que habían añadido habitaciones, y luego alas, cuatrocientos años antes de nacer yo, cuando una madre tuvo ocho hijos seguidos, uno al año. La vivienda familiar, que en un principio había sido una sencilla casa con tres columnas, con el tiempo se convirtió en un edificio de varias alas, cada una de las cuales tenía cinco columnas.

En las últimas generaciones el número de hijos disminuyó, de modo que las habitaciones libres se deterioraron y fueron alquiladas a inquilinos alborotadores. Daba igual si esa gente reía de chistes obscenos o gritaba de dolor, los sonidos eran siempre iguales: desagradables al oído.

Nuestra familia era relativamente próspera, pero no tanto como para inspirar envidia. Comíamos carne y queso de soja en casi todas las comidas. Todos los inviernos comprábamos chaquetas acolchadas nuevas. No nos faltaba dinero para ir al templo, a la ópera o a la feria. Pero los hombres de nuestra familia eran ambiciosos. Siempre querían más. Decían que en Pekín aumentaba continuamente el número de personas que escribían documentos importantes, y para

ello necesitaban buena tinta. Las grandes fortunas estaban en Pekín. De manera que en 1920, mi padre, mis tíos y sus hijos se trasladaron allí. A partir de ese momento empezaron a pasar la mayor parte del año en Pekín, en la trastienda de un local situado en el antiguo distrito de los alfareros.

Las mujeres de la familia eran las encargadas de hacer la tinta. Nos quedábamos en casa y trabajábamos todas, sin excepción: GaoLing, mis tías, mis primas y yo; hasta las niñas más pequeñas y la bisabuela, que retiraban las piedrecillas del mijo para el desayuno. Todos los días nos reuníamos en el taller. Según contaba la bisabuela, en un pasado lejano el taller había sido un granero. Con el tiempo, una generación de hijos levantó paredes de ladrillo y un techo de tejas. Otra generación reforzó las vigas y agrandó el taller, añadiéndole dos columnas. Más adelante, otros descendientes construyeron un sótano para proteger la tinta del frío y el calor.

—Y mira ahora, nuestro taller es un palacio de la tinta —presumía la bisabuela a menudo.

Dado que nuestra tinta era de la mejor calidad, debíamos mantener las mesas y los suelos perfectamente limpios durante todo el año. Y eso no era fácil con los vientos cargados de polvo amarillo que soplaban desde el desierto de Gobi. Teníamos que cubrir los cristales de las ventanas con papel grueso. En verano instalábamos telas metálicas en las puertas para mantener a raya a los insectos. En invierno colgábamos pieles de oveja sobre los vanos para protegernos de la nieve.

El verano era la peor estación para hacer tinta. Calor sobre calor. Los gases nos quemaban los ojos, las fosas nasales y los pulmones. Al ver cómo Tita Querida se ataba un pañuelo sobre su desfigurada cara, se nos ocurrió la idea de cubrirnos la boca con un paño húmedo. Aún puedo oler los ingredientes de nuestra tinta. El negro de humo procedía de varias clases de árboles aromáticos: pino, casia, alcanforero y restos del Árbol Inmortal. Padre había traído a casa varias ramas después de que un rayo partiera el árbol por la mitad y dejara al descubierto un corazón prácticamente hueco, pues los escarabajos lo habían estado royendo desde el interior. Empleábamos también una pegajosa mezcla de aceites extraídos de diversos materiales: serpentina, alcanfor, trementina y madera de tung. Finalmente añadíamos una dulce flor venenosa que ahuyentaba a los insectos y a las ratas. Así de especial era nuestra tinta; llena de perdurables aromas.

La fabricábamos despacio y con cautela. Si se producía un incendio, como había sucedido hacía doscientos años, todos los materiales y las reservas de tinta desaparecerían en el acto. Y si una partida salía demasiado viscosa o acuosa, demasiado clara o insuficientemente negra, era fácil identificar al culpable. Cada una de nosotras tenía asignada una o más tareas de una larga lista. Primero había que quemar y moler, medir y verter. A continuación la mezcla se removía, se ponía en moldes, se dejaba secar y se tallaba. Por último envolvíamos, contábamos, apilábamos y guardábamos las barras terminadas.

Por un tiempo yo tuve la responsabilidad de envolver; nada más. Aunque mi mente podía volar libremente, mis dedos se movían como máquinas diminutas. Durante otra temporada me dediqué a retirar con unas pinzas pequeñas los insectos que caían sobre las barras. Cuando GaoLing se ocupaba de esa tarea, dejaba demasiadas marcas. El trabajo de Tita Querida consistía en sentarse ante una larga mesa y apretar la mezcla azabache dentro de los moldes de piedra. Por eso tenía las

yemas de los dedos permanentemente negros. Una vez que la tinta se secaba, usaba una herramienta larga y afilada para tallar dibujos y palabras de la buena suerte. Su caligrafía era incluso mejor que la de Padre.

Era un trabajo tedioso, pero estábamos orgullosos de la receta secreta de la familia. Nuestras barras de tinta sólida podían durar más de diez años. No se secaban, ni se desmigaban ni se ablandaban con la humedad. Y si se guardaban en un sótano fresco, como el nuestro, podían durar desde un gran período histórico hasta el siguiente. Los que usaban nuestra tinta decían lo mismo. Por mucho calor, humedad o suciedad que los dedos transmitieran a la página, las palabras se mantenían negras y claras.

Madre decía que la tinta era la razón de que nuestro pelo conservara su color azabache. La tinta era mejor para el cabello que beber sopa de sésamo negro. «Deslómate durante el día haciendo tinta y por la noche, mientras duermes, parecerás joven», bromeábamos en la familia.

—Mi pelo es negro como una castaña de Indias quemada —presumía la bisabuela—, y mi tez es blanca y rugosa como el fruto que está en el interior. —Como tenía una lengua viperina, una vez añadió—: Es mejor que tener el pelo blanco y la cara quemada. —Y todo el mundo rio, a pesar de que Tita Querida estaba presente.

Con los años, sin embargo, la lengua de la bisabuela dejó de ser tan afilada y rápida. «¿Habéis visto a Hu Sen?», preguntaba a menudo con cara de preocupación. Daba igual si le contestaban sí o no; un instante después, ella canturreaba como un pajarillo: «¿Hu Sen?, ¿Hu Sen?». Y buscaba a su nieto muerto. Era triste oírla.

Al final de su vida, los pensamientos de la bisabuela eran como paredes que se desmoronan, como ladrillos sin argamasa. Un médico dijo que su viento interior era frío y su pulso, lento; un riachuelo poco profundo y a punto de congelarse. Nos aconsejó que le diésemos alimentos con más calor. Pero la bisabuela empeoró. Tita Querida sospechaba que una pulga diminuta había entrado por su oreja y se estaba dando un festín con su cerebro. Según Tita Querida, la dolencia se llamaba «el picor de la confusión». Es el motivo por el cual muchas personas se rascan la cabeza cuando no logran recordar algo. Su padre había sido médico, y ella había visto otros pacientes con los mismos síntomas. Ayer, cuando no conseguía recordar el apellido de Tita Querida, ¡me pregunté si una pulga se habría colado por mi oreja! Pero ahora que estoy escribiendo tantas cosas, sé que no tengo la enfermedad de la bisabuela. Puedo recordar hasta los detalles más nimios, a pesar de que están lejos en el tiempo y la distancia.

Veo el lugar donde vivíamos y trabajábamos con tanta claridad como si estuviese ante la cancela. Estaba en Cabeza de Cerdo, una calle que nacía al este, cerca del mercado donde se vendían cabezas de cerdo. Desde la plaza del mercado discurría en semicírculo hacia el norte y pasaba por el sitio donde antaño se alzaba el célebre Árbol Inmortal. Luego se estrechaba para formar una callejuela sinuosa flanqueada por innumerables casas. En su último tramo, Cabeza de Cerdo se convertía en una angosta cornisa de tierra que pasaba por encima de la parte más profunda del barranco. Tita Querida me contó que la cornisa había sido construida miles de años antes por un tirano. Convencido de que el interior de la montaña era de jade, aquel hombre había ordenado a sus súbditos que excavarán y excavarán sin parar. Hombres, mujeres y niños trabajaron sin descanso para hacer realidad el sueño del tirano. Cuando éste murió, los niños eran

ya viejos con la espalda encorvada, y la mitad de la montaña yacía de lado.

Detrás de nuestra casa, la cornisa se convertía en un precipicio. Y abajo, si uno caía de cabeza, se encontraba con el suelo del barranco. En un tiempo la familia Liu tenía veinte *mu* de tierras detrás de la casa. Pero en el transcurso de los siglos, las paredes del barranco se habían sacudido y colapsado con cada nueva inundación, hasta hacerse más anchas y profundas. Década a década, los veinte *mu* originarios de tierra se habían ido reduciendo y el precipicio se hallaba cada vez más cerca de la parte trasera de nuestra casa.

Con aquel inestable precipicio avanzando a nuestras espaldas, teníamos la sensación de que debíamos mirar atrás para saber lo que nos aguardaba adelante. Lo llamábamos el Fin del Mundo. A veces los hombres de la familia discutían acerca de si aún éramos propietarios de la tierra que se había desmoronado en el barranco.

—Sólo eres propietario de la saliva que viaja desde tu boca hasta el fondo de ese yermo — dijo una vez uno de mis tíos.

—No habléis más de esas cosas —protestó su mujer—. Estáis llamando a las desgracias.

Porque lo que había al otro lado y en el fondo del precipicio era demasiado funesto para decirlo en voz alta: niños no deseados, doncellas suicidas y fantasmas de vagabundos. Todo el mundo lo sabía.

Cuando era pequeña, fui muchas veces al precipicio con GaoLing y mis hermanos. Nos gustaba tirar coles y melones podridos por el borde. Observábamos cómo caían y reventaban contra huesos y calaveras. Al menos eso creíamos nosotros. Pero una vez bajamos, deslizándonos de culo y agarrándonos a las raíces hasta llegar al fondo de aquel infierno. Y cuando oímos rumores entre los matorrales, soltamos unos gritos tan estridentes que lastimaron nuestros oídos. El fantasma resultó ser un perro carroñero. Y los huesos y calaveras no eran más que piedras y ramas rotas. Pero aunque no vimos cadáveres, a nuestro alrededor había coloridos restos de ropa —una manga, un cuello, un zapato— que sin duda pertenecían a los muertos. Entonces percibimos el pavoroso olor de los fantasmas. Basta con oler ese hedor una vez para reconocerlo. Emanaba de la tierra y flotaba hacia nosotros sobre las alas de un millar de moscas. Las moscas nos persiguieron como una nube de tormenta, y mientras trepábamos hacia lo alto del precipicio, Hermano Mayor pisó una piedra que se soltó y rebanó un trozo del cuero cabelludo de Segundo Hermano. No había forma de ocultarle esa herida a Madre, que cuando la vio nos zurró a todos y nos dijo que si volvíamos a bajar al Fin del Mundo, no nos molestáramos en regresar.

Las paredes de la casa de los Liu estaban hechas con piedras que habían quedado al descubierto tras las inundaciones. Habían unido las piedras con una mezcla de barro, argamasa y mijo y luego las habían recubierto con cal. La humedad que exudaban esas paredes era bochornosa en verano y mohosa en invierno. En todas las estancias había goteras, o agujeros por donde se colaba el aire. Sin embargo, cuando recuerdo aquella casa siento una extraña nostalgia. No hay en mi memoria otras imágenes de oscuros rincones, a veces calurosos y otras veces fríos, donde me ocultaba e imaginaba que podía huir a otros lugares.

En el interior de aquellos muros convivían familias de distintas posiciones y generaciones, terratenientes e inquilinos, desde la bisabuela hasta el nieto más pequeño. Calculo que éramos más de treinta personas, la mitad de las cuales pertenecían al clan Liu. Liu Jen Sen era el mayor de

cuatro hermanos y el hombre a quien yo llamaba Padre. Mis tíos y sus esposas lo llamaban Hermano Mayor. Para mis primos era Tío Mayor. Y en función de su edad, mis tíos eran respectivamente Tío Grande y Tío Pequeño y sus esposas, Tía Grande y Tía Pequeña. Cuando yo era niña, creía que a Padre y Madre los llamaban «mayores» porque eran mucho más altos que mis tíos y tías. Mis hermanos y GaoLing también tenían los huesos grandes, y tardé mucho tiempo en averiguar por qué yo era tan baja.

Tío Niño era el cuarto hijo, el más joven y el favorito. Se llamaba Liu Hu Sen. Fue mi verdadero padre, y se habría casado con Tita Querida si no hubiese muerto el día de la boda.

Tita Querida nació en un lugar situado en las estribaciones de las montañas, una aldea más grande que la nuestra llamada Boca de la Montaña o Boca de Zhou. Le habían puesto ese nombre en honor a Zhou, un emperador de la dinastía Shang a quien ahora todo el mundo recuerda como un tirano.

Nuestra familia iba a la Boca de la Montaña para asistir a los festivales religiosos o a la ópera. Si viajábamos por la carretera, estaba a unos diez kilómetros de Corazón Inmortal. Si íbamos andando por el Fin del Mundo, la distancia se reducía a la mitad, pero el viaje era mucho más peligroso, sobre todo en verano, que era la época de las grandes lluvias. El barranco se llenaba de agua, y antes de que uno pudiese correr hasta la pared del precipicio, trepar a la cima y exclamar «¡Diosa de la Misericordia!», las aguas corrían ya como ladrones, arrastrando a las personas junto con cualquier cosa que no tuviese firmes raíces en la tierra. Una vez que la lluvia amainaba, los cauces se vaciaban con rapidez y las bocas de las cuevas tragaban tierra, árboles, cuerpos y huesos. Todas estas cosas pasaban por la garganta de la montaña rumbo al estómago, el intestino delgado y finalmente el grueso, donde se quedaban atascadas. *Estreñimiento*, me explicó Tita Querida en una ocasión. *Ya ves por qué hay tantas colinas y huesos: colina Hueso de Pollo, colina Vaca Vieja, colina Hueso de Dragón. Naturalmente, en la colina Hueso de Dragón no hay únicamente huesos de dragón. Algunos son de animales más corrientes, como osos, elefantes o hipopótamos.* Tita Querida dibujó cada uno de estos animales en mi pizarra, porque no habíamos hablado nunca de ellos.

Yo tengo un hueso, probablemente de una tortuga, me contó. Lo sacó del interior de la manga. Parecía un nabo seco con marcas de viruela. *Mi padre estuvo a punto de molerlo para preparar una medicina, pero entonces se dio cuenta de que había algo escrito en él.* Dio la vuelta al hueso y vi que estaba cubierto de extraños ideogramas. *Hasta hace poco estos huesos no tenían mucho valor debido a los rasguños. Los excavadores de huesos solían alisarlos con una lima antes de venderlos a las tiendas de medicinas. Ahora los sabios los llaman «huesos del oráculo» y piden el doble de dinero por ellos. ¿Y sabes qué son estas palabras? Preguntas de los dioses.*

—¿Qué dicen? —pregunté.

¿Quién sabe? En ese entonces las palabras eran diferentes. Pero ha de tratarse de algo que merecía recordarse. De lo contrario, ¿por qué lo dijeron los dioses?, ¿y por qué una persona lo transcribió?

—¿Dónde están las respuestas?

En las grietas. El adivino clavaba un clavo ardiente en el hueso, que se partía como un árbol alcanzado por un rayo. Luego interpretaba el significado de las grietas.

Guardó el hueso. Algún día, cuando hayas aprendido a recordar, te lo daré para siempre. Pero ahora lo dejarías en cualquier sitio y olvidarías dónde. Más tarde iremos a buscar huesos de dragón, y si encuentras alguno con inscripciones, podrás quedártelo.

En la Boca de la Montaña todos los hombres pobres buscaban huesos de dragón. También lo hacían las mujeres, pero si ellas encontraban alguno, tenían que decir que lo había hallado un hombre; de lo contrario, el hueso valía menos. Los intermediarios recorrían la aldea comprando huesos, se los llevaban a Pekín y los vendían por mucho dinero a las tiendas de medicinas, que los revendían a los enfermos a precios aún más altos. Aquellos huesos lo curaban todo, desde las enfermedades mortales hasta la estupidez. Muchos médicos los vendían. Y también lo hacía el padre de Tita Querida, que usaba huesos para curar los huesos.

Durante novecientos años, los antepasados de Tita Querida habían sido curanderos. Era la tradición. Los clientes de su padre eran en su mayoría hombres y niños, víctimas de derrumbamientos en las minas de carbón y las canteras de piedra caliza. El padre de Tita Querida trataba otras enfermedades cuando era necesario, pero componer huesos era su especialidad. Había aprendido observando a su padre, que a su vez había aprendido del suyo. Aquél era el legado familiar. Los hijos heredaban también el secreto del mejor lugar donde encontrar huesos de dragón, una cueva llamada las Fauces del Mono. Durante la dinastía Sung, un antepasado de Tita Querida había encontrado la cueva en el punto más profundo del agostado lecho del río. Cada generación cavaba más y más hondo, y cada pequeña grieta en la cueva conducía a otra más profunda. La ubicación exacta de este lugar era un secreto que formaba parte de las reliquias familiares y pasaba de generación en generación, de padres a hijos, y en tiempos de Tita Querida, de padre a hija y de ella a mí.

Todavía recuerdo las instrucciones para llegar a nuestra cueva. Estaba entre la Boca de la Montaña y Corazón Inmortal, alejada de otras cavernas de las estribaciones, donde todo el mundo buscaba huesos de dragón. Tita Querida me llevó allí en varias ocasiones, siempre en primavera u otoño; nunca en invierno ni en verano. Para llegar debíamos bajar al Fin del Mundo y caminar por el centro del barranco, a una distancia prudencial de las pendientes, donde según los adultos había cosas demasiado malas para contemplarlas. A veces pasábamos junto a una mata de malas hierbas, los fragmentos de un cuenco o un barrizal lleno de ramas. En mi mente infantil, esas imágenes se convertían en carne humana chamuscada, la calavera de un niño o una sopa de huesos de doncella. Y quizá lo fuesen de verdad, porque de vez en cuando Tita Querida me cubría los ojos con la mano.

De los tres arroyos secos, escogíamos el que representaba la arteria del corazón. Y entonces llegábamos a la cueva, una brecha en la montaña de la altura de una escoba. Tita Querida apartaba las ramas secas que ocultaban la abertura. Ambas respirábamos hondo y entrábamos. Describir con palabras cómo accedíamos al interior es tan difícil como dar instrucciones para entrar en una oreja. Yo tenía que inclinarme hacia la izquierda, retorciéndome de forma antinatural, y luego apoyar un pie en una pequeña cornisa que sólo lograba alcanzar flexionando la pierna contra el

pecho. Entonces me echaba a llorar, y Tita Querida empezaba a emitir sonidos guturales, pues allí dentro no podía hacerse entender con sus renegridos dedos. Yo me guiaba por sus resoplidos y palmadas, caminado a gatas como un perro para no golpearme la cabeza ni caerme. Cuando por fin llegábamos a la parte más alta de la cueva, Tita Querida encendía la lámpara y la colgaba de un madero con estribos, un poste colocado allí tiempo atrás por un miembro de su clan.

En el suelo de la cueva había herramientas para cavar: cuñas de hierro de distintos tamaños, martillos, picos y sacos para sacar la tierra al exterior. Los muros de la cueva tenían varias capas, igual que un pastel de arroz de ocho delicias cortado por la mitad. La corteza era fina y quebradiza, luego seguía una parte más espesa y lodosa —semejante a un puré de alubias— que se iba endureciendo hacia el fondo. La capa superficial era la más fácil de romper. La más profunda era dura como una piedra, pero allí se encontraban los mejores huesos. Y tras siglos y siglos de excavaciones hasta el fondo, se había formado un voladizo que parecía a punto de desmoronarse. El interior de la cueva se asemejaba a los molares de un simio capaz de partir en dos a una persona de un bocado; por eso la llamaban las Fauces del Mono.

Mientras descansábamos, Tita Querida me hablaba con sus manos entintadas. *Apártate de esas muelas del mono. Una vez mordieron a un antepasado mío, que acabó masticado y devorado por la piedra. Mi padre encontró su cráneo allí, pero volvimos a ponerlo en su sitio de inmediato. Separar la cabeza de un hombre de su cuerpo trae mala suerte.*

Unas horas después salíamos de las Fauces del Mono con un saco lleno de tierra y, si habíamos tenido suerte, también con un par de huesos de dragón. Tita Querida los alzaba hacia el cielo y se inclinaba, dando gracias a los dioses. Estaba convencida de que sus antepasados curanderos debían su fama a los huesos de aquella cueva.

Una vez, en el camino de regreso, me contó: *Recuerdo que cuando yo era pequeña miles de personas desahuciadas acudían a consultar a mi padre. Él era la última oportunidad de esos desgraciados. Si un hombre no podía andar, tampoco podía trabajar. Y si no podía trabajar, su familia no comía. Luego el hombre moría y ése era el fin de su linaje y de todo aquello por lo cual habían luchado sus antepasados.*

Para curar a aquellos pacientes desahuciados, el padre de Tita Querida usaba remedios de tres clases: modernos, experimentales y tradicionales. Los modernos eran la medicina occidental de los misioneros. Los experimentales eran los hechizos y cánticos de los ermitaños. Entre los tradicionales se contaban, además de los huesos de dragón, caparazones de insectos, semillas raras, corteza de árboles y caca de murciélago, todo de la mejor calidad. Tal era el talento del padre de Tita Querida que desde las cinco aldeas de montaña aledañas la gente viajaba a ver al célebre Curandero de la Boca de la Montaña (cuyo nombre escribiré en cuanto lo recuerde).

Pero a pesar de su habilidad y su fama, no podía evitar todas las tragedias. Cuando Tita Querida tenía cuatro años, su madre y sus hermanos mayores murieron de una enfermedad que consumía los intestinos. Otro tanto les ocurrió a la mayoría de los parientes de ambas partes de la familia, que fallecieron tres días después de asistir a una ceremonia y beber en un pozo infectado por el cuerpo de una doncella suicida. El curandero se sintió tan avergonzado por haber sido incapaz de salvar a su propia familia, que gastó toda su fortuna y se endeudó de por vida sólo para celebrar los funerales.

A causa de su sufrimiento, explicó Tita Querida con las manos, mi padre me consintió, permitiéndome hacer todo lo que habría hecho un hijo varón. Aprendí a leer y a escribir, a hacer preguntas, resolver acertijos, redactar poemas de ocho versos y pasear sola, contemplando la naturaleza. Las ancianas le advertían que era peligroso que yo fuese tan ostentosamente alegre, en lugar de una niña tímida y recatada delante de extraños. ¿Y por qué no me había vendado los pies?, preguntaban. Mi padre estaba acostumbrado a ver dolores espantosos, pero conmigo se desarmaba. No soportaba verme llorar.

De manera que Tita Querida seguía libremente a su padre por el estudio y la tienda. Ponía las tablillas en remojo y les quitaba el moho. Sacaba brillo a la balanza y llevaba las cuentas. Era capaz de leer la etiqueta de cualquier frasco que señalase un cliente, incluso cuando se trataba de los nombres científicos de órganos animales. Conforme fue creciendo, aprendió a sangrar una herida con un clavo cuadrangular, a limpiar llagas con saliva, a aplicar una capa de gusanos para que se comieran la pus y a vendar la piel desgarrada con papel de China. Cuando cruzó el umbral entre la infancia y la juventud, había oído ya toda clase de gritos y maldiciones. Había tocado tantos cuerpos, vivos, moribundos y muertos, que pocas familias la veían como una futura esposa. Y aunque jamás había caído en las redes del amor romántico, era capaz de identificar las señales de la muerte. *Cuando las orejas se ablandan y se pegan a la cabeza, me dijo una vez, ya es demasiado tarde. Segundos después la persona exhala su último suspiro. El cuerpo se enfría. Me enseñó muchas cosas semejantes.*

En los casos más graves, ayudaba a su padre a tender al herido sobre una ligera camilla hecha de juncos trenzados. Su padre levantaba o bajaba la camilla mediante un sistema de cuerdas y poleas, y ella la guiaba hacia el interior de una tina llena de agua con sal. Allí los huesos rotos del paciente flotaban y era más fácil ponerlos en su sitio. Después, Tita Querida pasaba a su padre cañas de junco que previamente ponían en remojo para ablandarlas. Éste doblaba las cañas y hacía un entablillado que inmovilizaba el hueso sin impedir que respirara. Hacia el final de la consulta, el curandero sacaba un hueso de dragón del frasco y con un fino cincel cortaba una esquirla diminuta como un fragmento de uña. Tita Querida molía esa esquirla con un mortero de plata. El polvo resultante se añadía a un ungüento o a una poción. Finalmente el afortunado paciente se marchaba a su casa y muy pronto volvía a trabajar el día entero en las canteras.

Cierta vez, a la hora de comer, Tita Querida me contó con las manos una historia que sólo yo podía entender. *Una mujer rica fue a ver a mi padre para pedirle que le quitase las vendas de los pies y les diese una forma más moderna. Dijo que quería usar zapatos de tacón. «Pero no me haga los pies nuevos demasiado grandes —dijo—. No me gustaría que se pareciesen a los de una esclava o una extranjera. Déjelos naturalmente pequeños, como los de ella». Y señaló mis pies.*

Olvidando que Madre y mis tías estaban presentes, pregunté en voz alta:

—¿Es verdad que los pies vendados parecen lirios blancos, tal como los describen las novelas románticas?

Madre y mis tías, que todavía tenían los pies vendados, me miraron con expresión de disgusto. ¿Cómo me atrevía a hablar tan descaradamente de las partes más íntimas de una mujer? Tita Querida fingió reprenderme con movimientos de las manos, pero de hecho dijo: *Por lo general*

están retorcidos como bollos de pan con forma de flor. Pero cuando están sucios y llenos de callos, parecen raíces de jengibre podridas y huelen como morros de cerdo tres días después de la matanza.

Así fue como Tita Querida me enseñó a ser traviesa, igual que ella. Me enseñó a ser curiosa como ella. Me enseñó a ser consentida. Y precisamente porque yo era todas esas cosas, no consiguió enseñarme a ser mejor hija, aunque al final trató de corregir mis defectos.

Recuerdo cómo lo intentó. Fue en nuestra última semana juntas. No me habló durante varios días. En cambio, escribió, escribió y escribió. Finalmente me entregó una pila de papeles encuadernados con un cordón. *Esta es mi verdadera historia, dijo, y también la tuya.* Moviada por el rencor, me negué a leer esas páginas. Y cuando por fin lo hice, esto es lo que descubrí.

Un día de finales de otoño, cuando Tita Querida tenía diecinueve años según el calendario chino, el curandero recibió a dos pacientes nuevos. El primero era un bebé llorón de una familia de Corazón Inmortal. El segundo era Tío Niño. Aunque de distintas maneras, ambos causarían a Tita Querida un sufrimiento eterno.

El bebé que no paraba de llorar era hijo de un hombre fornido llamado Chang, un carpintero que hacía ataúdes y se había enriquecido gracias a la peste. El exterior de sus ataúdes era de madera de alcanforero tallada. Pero el interior era de pino barato, pintado y lacado para que tuviese el aspecto y el olor de la mejor madera dorada.

Precisamente una tabla de esa madera dorada había caído sobre el niño, dislocándole el hombro. Por eso lloraba a moco tendido, informó la esposa de Chang con cara de susto. Tita Querida reconoció a la nerviosa mujer. Dos años antes había acudido a la tienda del curandero porque una piedra aparentemente caída del cielo le había destrozado un ojo y la mandíbula. Ahora volvía con su marido, que daba palmadas en la pierna al bebé y le decía que dejara de armar tanto barullo.

—¿Quiere romperle también la pierna, igual que el hombro? —le gritó Tita Querida.

Chang le dirigió una mirada asesina. Tita Querida levantó al niño en brazos y le untó la parte interior de las mejillas con una medicina. Pronto el pequeño se tranquilizó, bostezó y se quedó dormido. Entonces el curandero puso el hombro en su sitio.

—¿Qué medicina es esa? —preguntó el carpintero a Tita Querida. Ésta no respondió.

—Remedios tradicionales —dijo el curandero—. Un poco de opio, una pizca de hierbas y una clase especial de hueso de dragón que desenterramos en un lugar secreto, un lugar que sólo nuestra familia conoce.

—Un hueso de dragón especial, ¿eh? —Chang metió un dedo en el bol de la medicina y luego se lo llevó a la boca. Le ofreció un poco a Tita Querida, que resopló con expresión de disgusto. El hombre rio y la miró con descaro, como si ella le perteneciese y pudiese obligarla a hacer lo que quisiera.

En cuanto los Chang salieron de la consulta, Tío Niño entró cojeando.

Según explicó al curandero, lo había herido su irritable caballo.

Viajaba desde Pekín a Corazón Inmortal cuando, en un alto en el camino, el caballo asustó a un conejo, el conejo a su vez asustó al caballo y éste le pisó el pie a Tío Niño. Tenía tres dedos rotos, de manera que había dejado el caballo en la Boca de la Montaña y de allí había ido

directamente a ver al curandero.

Tío Niño se sentó en la silla negra donde el curandero hacía las revisiones. Tita Querida estaba en la trastienda y podía verlo a través de la rendija de la cortina. Era un esbelto joven de veintidós años. A pesar de su aspecto distinguido, no se comportaba con petulancia ni con excesiva formalidad, y aunque su atuendo no era el de un rico, estaba impecablemente vestido. Le oyó bromear sobre el accidente:

—Mi yegua estaba tan asustada que temí que galopara hasta el infierno conmigo a cuestas.

Tita Querida entró en la habitación y dijo:

—En cambio, el destino lo ha traído aquí.

Tío Niño calló. Cuando ella le sonrió, él olvidó su dolor. Y cuando le aplicó un emplasto de huesos de dragón en el pie, decidió casarse con ella. Ésa es la versión de Tita Querida de cómo se habían enamorado.

Yo nunca he visto una fotografía de mi verdadero padre, pero Tita Querida me contó que era apuesto y elegante, aunque también lo bastante tímido para inspirar ternura a una mujer. Parecía un estudioso pobre capaz de labrarse un buen porvenir, y sin duda habría podido aprobar los exámenes para el funcionariado imperial si la nueva República no los hubiese suspendido varios años antes.

A la mañana siguiente, Tío Niño regresó con un regalo de gratitud para Tita Querida: tres racimos de lichis. Le quitó la corteza a uno y ella comió el fruto de pulpa blanca delante de él. La mañana era cálida para esa época del otoño, comentaron. Él le preguntó si podía recitar un poema que había escrito esa misma mañana:

—«Tú hablas la lengua de las estrellas fugaces, más sorprendente que el alba, más brillante que el sol, breve como el ocaso —leyó—. Y yo deseo seguir su senda hasta la eternidad».

Por la tarde, Chang, el carpintero, apareció con una sandía para el curandero.

—Para demostrarle mi gratitud —dijo—. Mi pequeño ya se encuentra bien; es capaz de levantar cuencos y arrojarlos al suelo con la fuerza de tres niños.

Esa misma semana los dos hombres, cada uno de ellos ajeno a la existencia del otro, fueron a ver a sendos adivinos. Ambos querían saber si la combinación de su fecha de nacimiento y la de Tita Querida era venturosa. Preguntaron si había malos presagios para una boda.

El carpintero fue a ver a un adivino de Corazón Inmortal, un hombre que se paseaba por la aldea con una varita de zahorí. Los augurios para un matrimonio eran excelentes, dijo el adivino. Tita Querida había nacido en el año del Gallo, y dado que Chang era Serpiente, formaban una pareja perfecta. Añadió que Tita Querida tenía asimismo un número afortunado de trazos en su nombre (escribiré ese número en cuanto recuerde el nombre). Como incentivo adicional, poseía un lunar en la posición once, cerca de la parte carnosa de la mejilla, lo que indicaba que de su obediente boca sólo podían salir palabras dulces. El carpintero se alegró tanto al oír aquello que dio una estupenda propina al adivino.

Tío Niño fue a consultar a una adivina de la Boca de la Montaña, una vieja con la cara más arrugada que las palmas de sus manos. Ésta no vio sino calamidades. La primera señal funesta era el lunar en la cara de Tita Querida. Estaba en la posición doce, le explicó a Tío Niño, y tiraba de la boca hacia abajo, lo que significaba que su vida siempre estaría envuelta en tristeza. La

combinación de fechas de nacimiento también era poco armónica, dado que ella era un Gallo de fuego y él, un Caballo de madera. Ella lo consumiría con exigencias imposibles de satisfacer. Y aún faltaba lo peor: el padre y la madre de la joven habían declarado que ésta había nacido el decimosexto día de la séptima luna. Pero la cuñada de la adivina, que vivía cerca del curandero, sabía que no era cierto, pues ya había oído el llanto de la recién nacida el quince, el único día del mes en que los fantasmas desdichados tienen permiso para vagar por la tierra. La mujer aseguraba que la niña no lloraba como un ser humano, sino como un espíritu: «*Wu-wu, wu-wu*». La adivina le confió a Tío Niño que conocía bien a la joven. La veía a menudo los días de mercado, caminando sola. Esa extraña mujer hacía rápidos cálculos mentales y discutía con los vendedores. Era arrogante y tozuda. También era educada, ya que su padre le había enseñado los misterios del cuerpo. Era demasiado curiosa y preguntona y parecía decidida a hacer siempre lo que deseaba. Era posible que estuviese poseída. A Tío Niño le convenía buscarse otra esposa, dijo la adivina. Ésta le buscaría la ruina.

Tío Niño le dio más dinero del convenido, aunque no como propina, sino para animarla a meditar más profundamente. La adivina continuó negando con la cabeza. Sin embargo, después de que le entregara un total de mil cobres, la anciana tuvo por fin otra visión. Cuando la joven sonreía, cosa que hacía a menudo, su lunar se movía a una posición mejor, la número once. Consultó la hora de nacimiento de Tita Querida en un almanaque. Buenas noticias. La Hora del Conejo era amante de la paz. La rebeldía de la joven era pura fachada. Y si aún quedaba algún vestigio de obstinación, siempre cabía la posibilidad de doblegarla con una buena vara. La adivina le reveló también que su cuñada era una cotilla célebre por sus exageraciones. Sin embargo, para asegurarse de que el matrimonio funcionara bien, la adivina le vendió a Tío Niño un amuleto de las Cien Cosas Diferentes, que protegía contra las fechas aciagas, los malos espíritus, el infortunio y la caída del cabello.

—Pero aunque tenga esto, no se case en el año del Dragón. Es un mal año para un Caballo.

La primera proposición de matrimonio llegó a través de la casamentera de Chang, que se presentó ante el curandero y le comunicó los buenos augurios para la unión. Alabó la respetable posición del carpintero, un artesano descendiente de artesanos. Describió su casa, sus jardines de piedras, sus estanques con peces y los muebles de los numerosos aposentos, cuya madera era del mejor color: morada como un cardenal reciente. En cuanto a la dote, el carpintero estaba dispuesto a ser más que generoso. Puesto que la joven sería su segunda mujer, se contentaría con un frasco de opio y otro de huesos de dragón. Sin ser mucho, lo que pedía tenía un valor incalculable, de modo que no ponía en entredicho la valía de la joven.

El curandero consideró la oferta. Estaba envejeciendo. ¿Dónde iría su hija cuando él muriese? ¿Qué otro hombre la aceptaría en su casa? Era demasiado impulsiva y obcecada. No había tenido una madre que le enseñara los modales de una esposa. Si hubiera tenido otra opción, no habría escogido como yerno a un carpintero que construía ataúdes, pero dadas las circunstancias no quería interponerse en la felicidad de su hija. De manera que le comunicó a Tita Querida la generosa oferta de Chang.

Ella resopló.

—Ese hombre es un bruto —dijo—. Prefiero comer gusanos a convertirme en su esposa.

El curandero no tuvo más remedio que dar una incómoda respuesta a la casamentera:

—Lo lamento, pero mi hija ha llorado hasta ponerse enferma, incapaz de concebir la idea de abandonar a su insignificante padre.

Chang se habría creído esta mentira si la semana siguiente el curandero no hubiese aceptado la proposición de la casamentera de Tío Niño.

Pocos días después de que se anunciara la boda, el carpintero regresó a la Boca de la Montaña y sorprendió a Tita Querida cuando ésta regresaba del pozo.

—¿Crees que puedes ofenderme y luego marcharte riendo?

—¿Quién ha ofendido a quién? Usted me pidió que fuese su concubina, una criada de su esposa. Yo no quiero ser una esclava en un matrimonio feudal.

Cuando quiso marcharse, Chang la agarró del cuello diciendo que debería rompérselo, y luego la sacudió como si en verdad se propusiera partirlo igual que una rama seca. Pero se limitó a arrojarla al suelo y a maldecir sus partes íntimas y las de su difunta madre.

Cuando Tita Querida recuperó el aliento, le dijo con sarcasmo:

—Grandes palabras y grandes puños. ¿Cree que puede obligarme a lamentar lo que he hecho por medio de la fuerza?

Entonces él dijo unas palabras que ella nunca olvidaría:

—Lo lamentarás pronto, y durante el resto de tu triste vida.

Tita Querida no le contó lo ocurrido a su padre ni a Hu Sen. No tenía sentido preocuparlos. ¿Y por qué inducir a su futuro marido a pensar que quizá Chang tuviese razones para sentirse ofendido? Demasiada gente comentaba ya que ella tenía un carácter fuerte y estaba acostumbrada a salirse siempre con la suya. Y acaso fuese verdad, pues no temía a los castigos ni a la deshonra. No la asustaba casi nada.

Un mes antes de la boda, Tío Niño se presentó en la habitación de Tita Querida a altas horas de la noche.

—Quiero oír tu voz en la oscuridad —murmuró—. Quiero oír el lenguaje de las estrellas fugaces.

Ella le dejó entrar en su *k'ang* y él, lleno de pasión, se adelantó a las nupcias. Pero mientras Tío Niño la acariciaba, Tita Querida sintió una brisa fresca sobre su piel y se echó a temblar. Se dio cuenta de que por primera vez tenía miedo, miedo a un placer desconocido.

La boda debía celebrarse en Corazón Inmortal a principios del nuevo año del Dragón. Era un inhóspito día de primavera. Resbaladizos charcos helados salpicaban la tierra. Por la mañana, un fotógrafo ambulante llegó a la tienda del curandero. Se había roto el brazo un mes antes y había prometido pagar el tratamiento con una fotografía de Tita Querida en el día de su boda. Ella lucía su mejor chaqueta de invierno, que tenía un alto cuello de piel, y un sombrero bordado. Obligada a pasar largo rato ante la cámara, se puso a pensar en que muy pronto su vida cambiaría para siempre. Aunque era feliz, también estaba inquieta. Presentía un peligro, pero era incapaz de ponerle nombre. Trataba de imaginar su futuro y no veía nada.

Antes del viaje hacia el lugar de la boda, se puso el traje nupcial: falda y chaqueta rojas, un hermoso tocado y el pañuelo con el cual tendría que cubrirse la cara en cuanto saliese de la casa de su padre. El curandero había pedido dinero prestado para alquilar dos carros de mulas, uno

para llevar los regalos de la familia del novio y el otro para los baúles con ropa y mantas de la novia. Tita Querida viajaría en un palanquín cubierto. El curandero había contratado también a dos porteadores, dos hombres con carretillas, un flautista y dos guardaespaldas que la protegerían de los bandidos. Su hija tendría sólo lo mejor: el palanquín más lujoso, los carros más limpios y los guardias más fuertes, con pistolas auténticas y pólvora. En una de las carretillas estaba la dote: un frasco con opio y otro con huesos de dragón, los últimos que le quedaban. Le repitió muchas veces a su hija que no debía preocuparse por los gastos. Después de la boda iría a las Fauces del Mono y desenterraría otros huesos.

En mitad del trayecto, dos bandidos encapuchados salieron de entre unos arbustos.

—¡Soy el famoso Bandido Mongol! —exclamó el más fornido.

En el acto, Tita Querida reconoció la voz del carpintero que construía ataúdes. ¿Qué absurda broma era aquélla? Pero antes de que pudiese abrir la boca, los guardias arrojaron las pistolas y los porteadores soltaron las varas del palanquín, que cayó al suelo. Tita Querida se golpeó la cabeza y perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí, vio la brumosa cara de Tío Niño, que la había sacado del interior del palanquín. Miró alrededor y descubrió que los baúles habían sido registrados y que los guardias y porteadores habían huido. Entonces vio a su padre tendido en una zanja, con la cabeza y el cuello formando un extraño ángulo y sin vestigios de vida en la cara. ¿Estaría soñando?

—Mi padre —gimió—. Quiero ir a su lado.

Mientras ella se arrodillaba junto al cadáver, incapaz de encontrar sentido a lo sucedido, Tío Niño recogió la pistola de uno de los guardias.

—¡Juro que encontraré a los demonios que han causado tanto dolor a mi novia! —gritó, y disparó al aire, asustando a su caballo.

Tita Querida no vio la coz que mató a Tío Niño, pero la oyó: fue un sonido pavoroso, semejante al de la tierra abriéndose en el momento de su nacimiento. Durante el resto de su vida lo oiría en el crujido de una rama que se partía, en el crepitar del fuego y siempre que alguien cortaba un melón en verano.

Así fue como Tita Querida se convirtió en viuda y huérfana el mismo día.

—Esto es una maldición —murmuró mientras contemplaba los cuerpos inertes de los hombres que amaba.

Durante tres días en vela, Tita Querida se disculpó ante los cadáveres de su padre y de Tío Niño. Hablaba a sus inmóviles rostros. Les tocaba la boca, aunque eso estaba prohibido e inspiró en las mujeres de la casa el temor de que los fantasmas agraviados la poseyeran o bien decidieran quedarse.

Al tercer día, Chang llegó con tres ataúdes.

—¡Él los mató! —gritó Tita Querida.

Cogió el atizador del fuego y trató de pegarle. Golpeó los ataúdes. Los hermanos de Tío Niño tuvieron que sacarla de allí a la fuerza. Pidieron perdón a Chang por la locura de la joven, y él respondió que un dolor de esa magnitud resultaba admirable. Como Tita Querida siguió desquiciada por ese admirable dolor, las mujeres de la casa se vieron obligadas a atarla con trapos desde los codos hasta las rodillas. Luego la acostaron en el *k'ang* de Tío Niño, donde se

sacudió y retorció como una mariposa atrapada en su capullo hasta que mi bisabuela la obligó a beber un cuenco de medicina que la durmió. Durante dos días y sus noches, soñó que ella y Tío Niño yacían en el *k'ang* de él como marido y mujer.

Cuando despertó, estaba sola en la oscuridad. Aunque le habían desatado los brazos y las piernas, los sentía débiles. En la casa reinaba el silencio. Se levantó y fue a buscar a su padre y a Tío Niño. Cuando llegó al vestíbulo, descubrió que los cadáveres habían desaparecido; ya estaban enterrados dentro de los ataúdes de Chang. Llorando, se paseó por la casa y juró reunirse con ellos en la tierra amarilla. Entró en el taller de la tinta con la esperanza de hallar una soga, un cuchillo afilado, cerillas que pudiera tragarse, cualquier cosa que le causara un dolor más grande del que ya sentía. Entonces vio una olla con resina negra. Sumergió un cucharón en el líquido y puso el cazo sobre el hornillo. La aceitosa tinta se convirtió en una sopa de llamas azules. Levantó el cucharón, se lo llevó a la boca y tragó.

La bisabuela fue la primera en oír ruidos en el taller. Pronto, las demás mujeres de la casa llegaron allí. Encontraron a Tita Querida retorciéndose en el suelo, exhalando vapor por la ennegrecida boca cubierta de sangre y tinta.

—Es como si en el cuenco de su boca nadaran anguilas —dijo Madre—. Estará mejor muerta.

Pero la bisabuela no permitió que muriese. El fantasma del Tío Niño se le había aparecido en sueños para advertirle que si Tita Querida moría, él y su novia fantasma rondarían la casa y se vengarían de aquellos que no se habían compadecido de ella. Todo el mundo sabía que no hay nada peor que un fantasma vengativo. Hacen que las habitaciones apesten como cadáveres. Pudren el queso de soja en cuestión de segundos. Permiten que los animales salvajes salten los muros y las verjas. Con un fantasma en casa, es imposible dormir profundamente.

Día por medio, la bisabuela aplicaba compresas empapadas en bálsamos sobre las heridas de Tita Querida. Molía huesos de dragón e introducía el polvo en la hinchada boca. Un día reparó en la hinchazón de otra parte de la anatomía de Tita Querida: el útero.

Durante los meses siguientes, las heridas de Tita Querida dejaron de supurar y cicatrizaron. Entretanto, su vientre había crecido hasta adquirir el aspecto de una calabaza. Hasta hacía poco tiempo había sido una mujer agraciada. Ahora todos, salvo los mendigos ciegos, temblaban al verla. Un día, cuando ya era evidente que sobreviviría, la bisabuela le dijo a su muda paciente:

—Ahora que te he salvado la vida, ¿dónde irás con tu bebé? ¿Qué harás?

Esa noche, el fantasma de Tío Niño volvió a comunicarse con la bisabuela, que a la mañana siguiente le dijo a Tita Querida:

—Te quedarás aquí y serás la niñera de tu hija. Hermana Mayor dirá que es suya y la criará como a una Liu. Diremos a la gente que eres una pariente lejana de Pekín, una prima que vivió en un orfanato hasta que se produjo un incendio que estuvo a punto de acabar con tu vida. Con esa cara, nadie te reconocerá.

Y así fue. Tita Querida se quedó en la casa. Yo fui la causa de que permaneciera allí, su única razón para vivir. Cinco meses después de mi nacimiento, en 1916, GaoLing salió de las entrañas de Madre, a quien la bisabuela había obligado a reconocermelo como hija propia. Pero ¿cómo podía decir que había dado a luz a dos hijas con cinco meses de diferencia? Era imposible, de manera que Madre decidió esperar. Exactamente nueve meses después de nacer yo, y en una

venturosa fecha de 1917, GaoLing nació de manera oficial.

Los adultos conocían la verdad. Los niños sólo sabían lo que debían fingir. Y aunque yo era una niña lista, también era tonta. Jamás puse en duda lo que me habían dicho. Ni siquiera me preguntaba por qué Tita Querida no tenía nombre. Para los demás, era la Niñera. Para mí era simplemente Tita Querida. Y no descubrí quién era en realidad hasta que leí lo que escribió.

—Soy tu madre —decían las palabras.

Yo las leí después de su muerte. Sin embargo, recuerdo que ella me lo decía con las manos. Aún puedo verla confesándomelo con los ojos. En la oscuridad, aún me lo repite con una voz clara que jamás oí. Habla con el lenguaje de las estrellas fugaces.

Cambio



En 1929, a los catorce años, me convertí en una persona mala.

Fue el año en que científicos chinos y extranjeros llegaron a la colina Hueso de Dragón en la Boca de la Montaña. Usaban sombreros de paja y botas de goma. Llevaban palas, picos, cedazos y líquidos burbujeantes. Excavaron en las canteras y en las cuevas. Visitaron las tiendas de medicinas y compraron todos los huesos viejos. Circulaban rumores de que los extranjeros querían montar fábricas de huesos de dragón, de modo que una docena de aldeanos fueron a las canteras y los persiguieron con hachas.

Pero luego un grupo de trabajadores chinos que excavaban para los científicos hicieron correr la voz de que dos de los huesos de dragón podrían ser dientes de una cabeza humana. Todos pensaron que se trataba de un muerto reciente. ¿De qué tumba? ¿El abuelo de quién? ¿La abuela de quién? Algunos dejaron de comprar huesos de dragón. En las tiendas de medicina colgaron grandes carteles que anunciaban: «Ninguno de nuestros remedios contiene órganos humanos».

En aquel entonces Tita Querida aún conservaba cuatro o cinco huesos de dragón recogidos en nuestras visitas a la cueva familiar, además del hueso del oráculo que su padre le había regalado hacía años. Los demás los había usado en medicinas para mí y, según me aseguró, no eran humanos. Poco después de que me tranquilizara con esas palabras, su padre, el célebre curandero, se le apareció en un sueño.

—Los huesos que tienes no son de dragón —dijo—. Son de un antepasado nuestro, el hombre que murió aplastado en las Fauces del Mono. Y como los robamos, él nos maldijo. Por eso casi todos los miembros de nuestra familia han muerto: tu madre, tu hermano, yo, tu prometido. Es una maldición. Y no termina con la muerte. Desde que he llegado al Mundo de Yin, el espectro de ese hombre salta sobre mí a cada paso. Si no lo estuviese ya, habría muerto mil veces del susto.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó Tita Querida en su sueño.

—Devolver los huesos. Hasta que éstos se reúnan con el resto del cuerpo, el fantasma continuará atormentándonos. Tú serás la siguiente, y cualquier miembro de una generación futura será perseguido por la maldición. Créeme, hija, no hay nada peor que la venganza de un pariente.

A la mañana siguiente, Tita Querida se levantó temprano, se marchó y pasó la mayor parte del día fuera. Cuando regresó, parecía más tranquila. Pero entonces los obreros de la colina Hueso de Dragón propagaron la siguiente noticia:

—Los dientes, además de ser humanos —dijeron—, pertenecen al cráneo del más antiguo de nuestros antepasados, ¡un muerto de hace un millón de años!

«El hombre de Pekín»: así fue como los científicos llamaron al cráneo. Aún necesitaban encontrar otras piezas para completar el casquete del cráneo y algunas más para conectar éste a la mandíbula, la mandíbula al cuello, el cuello a los hombros y así sucesivamente, hasta obtener un hombre entero. Eso significaba que faltaban un montón de piezas, y por eso los científicos pedían a los aldeanos que llevaran todos los huesos de dragón que encontrasen en casa o en las tiendas de medicina. Si el hueso en cuestión resultaba ser de un humano prehistórico, su propietario recibiría una recompensa.

¡Un millón de años! No se hablaba de otra cosa. Poco antes no había necesidad de decir ese número; de repente, no se cansaban de repetirlo. Tío Pequeño calculó que una persona podía ganar un millón de cobres por un hueso de dragón.

—Los cobres ya no valen nada —dijo Padre—. Es más probable que paguen un millón de taeles de plata.

Entre conjeturas y discusiones, la cifra fue en aumento hasta alcanzar el millón de lingotes de oro. La aldea entera hablaba de ello. «Los huesos viejos han echado carne», decía todo el mundo. Y como el valor de los huesos de dragón había subido tanto, al menos en la desbocada imaginación de la gente, ya nadie podía comprarlos como medicina. Las personas que padecían enfermedades mortales se quedaron sin cura. Pero ¿qué más daba? Eran descendientes del hombre de Pekín. Y éste era famoso.

Naturalmente, yo recordé los huesos que Tita Querida había devuelto a la cueva. También era humanos; su padre se lo había dicho en un sueño.

—Podríamos venderlos por un millón de lingotes de oro —sugerí. Le expliqué que no estaba siendo egoísta. Si Tita Querida nos hacía ricos, mi familia la respetaría más.

Da igual si valen un millón o diez millones, me riñó con las manos. Si los vendemos, la maldición regresará. Entonces vendrá un fantasma y nos llevará consigo, a nosotras y a nuestros miserables huesos. Y tendremos que cargar el peso de ese millón de lingotes alrededor de nuestros cuellos muertos para sobornar a los demonios en el infierno. Créeme, los fantasmas no descansarán hasta que toda nuestra familia haya muerto. Se dio un puñetazo en el pecho. A veces desearía estar muerta. Deseaba morir, de verdad, pero volví por ti.

—Pues yo no tengo miedo —respondí—. Y como la maldición cayó sobre ti, y no sobre mí, puedo ir a buscar los huesos.

De improviso Tita Querida me dio una palmada en la sien.

¡Deja de decir esas cosas! Su mano acuchilló el aire. *¿Quieres agravar la maldición? No vuelvas nunca a la cueva. No toques los huesos. ¡Promete que no lo harás!* *¡Dilo!* Me agarró por los hombros y me sacudió hasta que la promesa salió de mi temblorosa boca.

Más tarde fantaseé con ir a la cueva. ¿Cómo iba a quedarme sentada cuando todos los habitantes de la Boca de la Montaña y las aldeas cercanas salían a buscar reliquias inmortales?

Yo sabía dónde estaban los huesos humanos, pero no podía decir nada. Tenía que limitarme a mirar cómo otras personas hacían boquetes y zanjas allí donde pastaban las ovejas o se revolcaban los cerdos. Hasta Hermano Mayor y Segundo Hermano, con la ayuda de sus esposas, removieron la tierra que quedaba entre nuestra casa y el precipicio. Desenterraron raíces y gusanos, creyendo que podían ser los dedos de los pies o de las manos de hombres prehistóricos, o incluso la lengua fosilizada que articuló las primeras palabras de nuestros ancestros. Las calles se llenaron de gente empeñada en vender toda clase de reliquias secas, desde picos de gallina hasta cacas de cerdo. Muy pronto nuestra aldea quedó peor que un cementerio excavado por profanadores de tumbas.

Mi familia hablaba del hombre de Pekín día y noche; prácticamente no se tocaba otro tema.

—¿Un millón de años? —se maravillaba Madre—. ¿Quién puede calcular la edad de alguien que lleva tanto tiempo muerto? Mm, cuando mi abuelo murió, nadie sabía a ciencia cierta si tenía sesenta y ocho o sesenta y nueve años. Si la suerte lo hubiese acompañado, habría vivido ochenta años. De manera que la familia decidió que ésa era su edad... Ochenta años, más afortunado, pero aun así muerto.

Yo también tenía algo que decir sobre el descubrimiento:

—¿Por qué lo llaman hombre de Pekín? Los dientes se encontraron en la Boca de la Montaña. Y ahora los científicos dicen que el cráneo pertenecía a una mujer. Por lo tanto, deberían llamarla la mujer de la Boca de la Montaña.

Mis tíos y tías me miraron, y uno de ellos dijo:

—De boca de un niño, la sabiduría es simple pero verdadera.

Me ruboricé al oír ese cumplido. Entonces GaoLing añadió:

—Yo creo que deberían llamarlo el hombre de Corazón Inmortal. Así nuestra aldea sería famosa, y nosotros también.

Madre alabó su sugerencia mirando al cielo, y los demás asintieron. Para mí, sin embargo, su idea no tenía sentido. Pero no podía decirlo.

Siempre que GaoLing recibía más atención que yo de la madre que compartíamos, sentía celos. Entonces aún creía que era la hermana mayor. Y la más lista. Me iba mejor en la escuela. Pero GaoLing siempre tuvo el privilegio de sentarse junto a Madre y de dormir en su *k'ang*. Yo, en cambio, tenía a Tita Querida.

Cuando era una niña, eso no me preocupaba. Me sentía afortunada por tenerla a mi lado. Pensaba que las palabras «Tita Querida» equivalían al «mamá» de otros. No soportaba estar lejos de mi niñera ni siquiera un momento. La admiraba y me sentía orgullosa de ella, pues era capaz de escribir los nombres de todas las flores, semillas y arbustos, además de recitar sus usos medicinales. Pero conforme fui creciendo, la importancia de Tita Querida disminuyó. Cuanto más inteligente creía volverse, más me convencía de que Tita Querida era una vulgar criada, una mujer que no ocupaba un puesto importante en la casa, una persona a quien nadie apreciaba. De no ser por sus locas ideas sobre las maldiciones, habría podido hacer rica a la familia.

Mi respeto hacia Madre empezó a crecer. Traté de granjearme su afecto. Creía que sus atenciones eran sinónimo de amor. Me hacían sentir más apreciada y feliz. Al fin y al cabo, Madre era la mujer más importante de la casa. Ella decidía qué comíamos, qué color de ropa debíamos

usar, cuánto dinero podíamos gastar en el mercado. Todos la temían y al mismo tiempo deseaban complacerla. Todos excepto la bisabuela, que a esas alturas tenía las facultades mentales tan debilitadas que no distinguía entre la tinta y el barro.

Pero a los ojos de Madre, yo carecía de encantos. Mis palabras no sonaban melodiosas en su oído. Por muy obediente, humilde o limpia que fuese, nada de lo que hacía la contentaba. Yo estaba desorientada, no sabía qué hacer para complacerla. Me sentía como una tortuga tendida sobre el caparazón, luchando para descubrir por qué el mundo estaba patas arriba.

A menudo me quejaba a Tita Querida de que Madre no me quería.

No digas bobadas, respondía ella. *¿No has oído lo que dijo hoy? Dijo que cosas con puntadas desparejas. Y mencionó que tu piel se está oscureciendo. Si no te quisiera, ¿por qué se molestaría en criticarte? Lo hace por tu bien.* Añadía que yo era una egoísta, que sólo pensaba en mí misma. Decía que mi cara se ponía fea cuando me enfurruñaba. Ahora comprendo que con sus críticas constantes quería demostrar que me quería aún más que Madre.

Un día, poco antes del Festival de Primavera, el viejo cocinero volvió del mercado con una gran noticia que circulaba por Corazón Inmortal. Chang, el carpintero, se había hecho famoso y pronto sería aún más rico. Ya tenía los resultados de los huesos de dragón que había entregado a los científicos: eran humanos. Aunque todavía ignoraban cuál era la antigüedad de los huesos, todo el mundo suponía que tenían al menos un millón de años, quizá incluso dos.

Las mujeres, desde la más pequeña a la mayor, estábamos en el taller; todas salvo Tita Querida, que había bajado al sótano a contar las barras de tinta que ya había tallado. Me alegré de que no estuviese presente, porque cada vez que alguien mentaba a Chang, ella escupía. Cuando él traía madera a la casa, enviaban a Tita Querida a su habitación, donde lo maldecía dando golpes tan largos y estruendosos en un cubo que los inquilinos protestaban a gritos.

—Qué curiosa coincidencia —dijo Tía Grande—. El mismo señor Chang que nos vende madera. Habríamos podido tener la misma suerte que él.

—Nuestra relación con Chang se remonta a tiempos más lejanos —presumió Madre—. Él fue el hombre que detuvo su carro para ayudar después de que los bandidos mongoles mataran a Hermano Niño. El señor Chang es una persona de nobles acciones.

Nuestros vínculos con el ahora célebre señor Chang no parecían tener fin. Puesto que el carpintero pronto sería más rico que antes, Madre sugirió que seguramente bajaría el precio de la madera.

—Debería compartir su suerte —dijo, conviniendo consigo misma—. Los dioses no esperarán menos de él.

Tita Querida regresó al taller y de inmediato se dio cuenta de quién era la persona de la que hablábamos. Dio varios golpes en el suelo con los pies y otros tantos puñetazos al aire.

Chang es malo, dijo con las manos. *Mató a mi padre. Por su culpa Hu Sen está muerto.* Emitió un sonido ronco, como si fuese a escupir la garganta.

Miente, pensé. Su padre se cayó de un carro porque estaba borracho, y a Tío Niño lo mató una coz de su propio caballo. Eso me habían contado Madre y las tías.

Tita Querida me agarró de un brazo. Me miró a los ojos y empezó a hablar rápidamente con las manos: *Cuéntales, Cachorrillo, convéncelas de que digo la verdad. Y ahora me doy cuenta de que los huesos de dragón que tiene Chang —en este punto espolvoreó unos huesos imaginarios sobre la palma de su mano— son sin duda los que pertenecían a mi padre, a mi familia. Chang los robó el día de mi boda. Eran mi dote. Salieron de las Fauces del Mono. Debemos recuperarlos y llevar los a la cueva; de lo contrario, la maldición no acabará nunca. Deprisa; explícaselo a ellas.*

Sin darme tiempo a hacerlo, Madre advirtió:

—No quiero oír ni una más de sus absurdas historias. ¿Has oído, hija?

Todos me miraron, incluida Tita Querida. *Díselo*, indicó con señas. Pero yo me volví hacia Madre, asentí y dije:

—Sí, he oído.

Tita Querida salió corriendo del taller, emitiendo un sonido ahogado que me retorció el corazón e hizo que me sintiese malvada.

Durante unos instantes el silencio fue absoluto en el taller. Luego la bisabuela se acercó a Madre y dijo con cara de preocupación:

—¿Has visto a Hu Sen?

—Está en el patio —respondió Madre, y la bisabuela salió arrastrando los pies.

Las esposas de mis tíos chasquearon la lengua.

—Sigue loca por culpa de lo que ocurrió —murmuró Tía Pequeña—, y eso que han pasado casi quince años.

Por un momento no supe si hablaban de la bisabuela o de Tita Querida.

—Es una suerte que no pueda hablar —añadió Tía Grande—. Sería una vergüenza para la familia que alguien entendiese lo que trata de decir.

—Deberías echarla de la casa —dijo Tía Pequeña a Madre.

Ésta señaló con un movimiento de barbilla a la bisabuela, que ahora estaba paseándose y rascándose una costra detrás de la oreja, y dijo:

—Esa niñera loca ha estado aquí tantos años gracias a la abuela.

Y entonces comprendí lo que Madre quería decir pero no podía decir. Cuando la bisabuela muriese, le diría a Tita Querida que se marchara. De pronto sentí compasión por mi niñera. Quería protestar, decirle a Madre que no debía hacerle algo semejante. Pero ¿cómo discutir una intención que no ha sido expresada con palabras?

Un mes después, la bisabuela se cayó y se golpeó la cabeza contra el borde de su *k'ang*. Antes de la hora del Gallo estaba muerta. Padre, Tío Grande y Tío Pequeño regresaron a casa desde Pekín, a pesar de que los caminos se habían vuelto peligrosos. Desde Pekín hasta la Boca de la Montaña había continuos tiroteos entre gobernadores locales. Por suerte para nosotros, las únicas peleas que vimos fueron las de los inquilinos. Varias veces tuvimos que pedirles que dejaran de gritar y alborotar mientras presentábamos nuestros respetos a la bisabuela, que yacía en la sala principal.

Cuando el señor Chang se presentó con el ataúd, Tita Querida permaneció en su habitación y lo maldijo golpeando un cubo. Yo estaba sentada en un banco del patio, mirando cómo Padre y el

señor Chang bajaban el féretro del carro.

Tita Querida está equivocada, pensé. El señor Chang no parece un mendigo. Era un hombre alto con buenos modales y facciones nobles. Padre lo felicitó por su «importante contribución a la ciencia y la historia y a China en general». Ante estas palabras, el señor Chang reaccionó con modestia y satisfacción. Luego Padre se marchó a buscar el dinero del ataúd.

Aunque era un día fresco, el señor Chang estaba sudando. Se secó la frente con la manga. De pronto se percató de que yo lo estaba mirando.

—Has crecido mucho —me dijo. Me ruboricé. Un hombre famoso se dirigía a mí.

—Mi hermana es más alta —respondí—. Y eso que es un año menor que yo.

—Ah, eso está muy bien.

Yo no esperaba que elogiara a GaoLing.

—He oído que ha encontrado partes del hombre de Pekín —dije—. ¿Qué partes?

—Oh, sólo las más importantes.

Como yo también quería darme importancia, le solté sin pensar.

—Yo también tuve huesos en un tiempo. —Y de inmediato me cubrí la boca con la mano.

El señor Chang sonrió, esperando que continuara.

—¿Dónde están ahora? —preguntó tras unos segundos.

Yo no podía ser descortés.

—Los llevamos de vuelta a la cueva —respondí.

—¿A qué cueva?

—No puedo decírselo. Mi niñera me obligó a prometerle que no lo contaría. Es un secreto.

—Ah, tu niñera. La mujer de la cara fea. —El señor Chang contrajo los dedos como si fuesen las patas de un cangrejo y se cubrió la boca con ellos. Asentí—. La loca. —Miró hacia el lugar desde el cual pro cedían los golpes. Yo no dije nada—. ¿Y ella encontró huesos en ese sitio del que no puedes hablar?

—Los encontramos juntas, pero fue ella quien los llevó de vuelta. —Me apresuré a añadir—: Pero no puedo decirle dónde están.

—Desde luego. No deberías contarle algo semejante a un desconocido.

—¿Oh, usted no es un desconocido! Nuestra familia lo conoce bien. Todos lo dicen.

—De todas maneras no deberías contármelo. Aunque seguramente se lo habrás dicho a tu madre y a tu padre.

Negué con la cabeza.

—No se lo he dicho a nadie. Si lo hiciese, querrían desenterrarlos. Eso piensa Tita Querida. Dijo que los huesos deben permanecer en la cueva, o ella sufrirá las consecuencias.

—¿Qué consecuencias?

—Una maldición. Si yo hablo, ella morirá.

—Pero ya es bastante mayor, ¿no?

—No lo sé. No lo creo.

—Las mujeres mueren a todas las edades, y no necesariamente debido a una maldición. La causa suele ser una enfermedad o un accidente. Mi primera esposa murió hace diez años. Siempre fue muy torpe, y un día se cayó del techo. Ahora tengo una esposa nueva que es incluso mejor que

la anterior. Si tu niñera muere, tú también tendrás una nueva.

—Soy demasiado mayor para tener otra niñera —dijo. La conversación ya no me gustaba.

Padre regresó enseguida con el dinero para el señor Chang. Charlaron amigablemente durante unos minutos, y luego el señor Chang me llamó.

—La próxima vez que nos veamos volveremos a hablar —dijo y se marchó con el carro vacío.

Padre parecía complacido con el hecho de que el señor Chang, que ahora era famoso en la aldea, me hubiese considerado digna de su atención.

Unos días después celebramos el funeral de la bisabuela. Todo el mundo lloró a gritos, pero los gritos de Madre se oyeron por encima de todos los demás, como mandaba la tradición, pues era la mujer más importante de la casa. Demostró tristeza y desesperación con auténtica maestría. Y yo también lloré, triste y asustada a la vez. Cuando el funeral concluyó, comencé a preocuparme por lo que ocurriría a continuación: Madre echaría a Tita Querida de la casa.

Pero no lo hizo, y ésta es la razón:

Madre creía que la bisabuela seguía rondando por el escusado del patio para asegurarse de que todos cumplieren sus normas. Cada vez que se acuclillaba sobre la letrina, oía una voz que preguntaba: «¿Has visto a Hu Sen?». Cuando nos lo contó, Tía Tercera dijo:

—La visión de tu culo al aire debería ahuyentar a cualquier fantasma.

Todas reímos, pero Madre se enfadó y anunció que nos rebajaría la paga del mes siguiente.

—Para enseñaros a tenerle más respeto a la bisabuela —dijo.

Madre iba al templo de la aldea a diario para ofrecer dádivas al fantasma del escusado. También fue a la tumba de la bisabuela y quemó papel de plata con el fin de que la difunta pudiese pagar su ascenso a un nivel superior. Después de noventa días de estreñimiento, Madre compró un automóvil de papel con chófer y todo. La bisabuela había visto uno de verdad en una feria celebrada en la Boca de la Montaña. Estaba en la cochera donde dejaban los carros y las mulas, y según contó la bisabuela, se marchó con un ruido lo bastante atronador para asustar al demonio y con suficiente rapidez para volar hasta el cielo.

De modo que el coche de papel ardió, y el fantasma de la bisabuela viajó desde la letrina al Mundo de Yin. Entonces la casa volvió a la normalidad, al bullicio de costumbre. El resto de la familia sólo se preocupaba por los pequeños asuntos domésticos, como la presencia de moho en el mijo o una grieta en un vaso; cosas sin importancia. Sólo yo sufría por lo que podría ocurrirle a Tita Querida.

Recuerdo el día que Madre recibió una carta inesperada de Pekín. Era la época del Gran Calor, cuando los mosquitos estaban más felices que nunca y la fruta que quedaba al sol se pudría en menos de una hora. La bisabuela llevaba más de noventa días muerta. Nos sentamos a la sombra del gran árbol del patio, esperando oír las noticias.

Todas conocíamos a la autora de la carta, la anciana viuda Lau. Era prima octava de Padre y prima quinta de Madre, lo bastante cercana en parentesco para seguir los ritos fúnebres de la familia. Había asistido al funeral de la bisabuela y llorado tanto como las demás.

Como Madre no sabía leer, le pidió a GaoLing que lo hiciera, y yo tuve que disimular mi decepción al ver que era la elegida para tan importante tarea. GaoLing se alisó el pelo, carraspeó, se humedeció los labios y leyó:

—«Querida prima, envió saludos de todos aquellos que han preguntado por ti con profundo sentimiento. —En este punto GaoLing batalló con una larga lista de nombres que abarcaba desde niños recién nacidos, hasta personas que Madre creía muertas. En la página siguiente, nuestra anciana prima escribió algo así—: Sé que sigues de duelo y que apenas si eres capaz de comer a causa del dolor. Por lo tanto, no es buen momento para invitarte a Pekín. Pero he estado pensando en lo que hablamos la última vez que nos vimos, durante el funeral». —GaoLing interrumpió la lectura y preguntó—: ¿De qué hablaron? —Yo me preguntaba lo mismo.

Madre le dio una palmada en la mano.

—No seas curiosa. Tú lee, y ya te contaré lo que debas saber.

GaoLing prosiguió con la lectura:

—«Humildemente sugiero que tu primera hija... —mi corazón dio un vuelco, pues se refería a mí— venga a Pekín y conozca casualmente a un lejano pariente mío. —GaoLing me dirigió una mirada ceñuda, y yo me alegré de que sintiese celos—. Este pariente —continuó leyendo con menos entusiasmo— tiene cuatro hijos, que son primos séptimos míos, con distinto apellido. Viven en tu aldea, pero el parentesco con vosotros es muy lejano, si es que lo hay».

Al oír que se refería a un parentesco muy lejano, supe que aquel encuentro casual significaba que deseaba saber si yo podía ser la esposa apropiada para su familiar. Yo tenía catorce años (o ésa era mi edad china) y la mayoría de las chicas de mi edad ya estaban casadas. La anciana viuda Lau no quería decir de qué familia se trataba hasta que supiese con seguridad si el encuentro casual podía ser beneficioso.

—«En honor a la verdad —leyó GaoLing—, yo nunca habría pensado en esta familia. Pero el padre vino a verme y me preguntó por LuLing. Al parecer han visto a la joven y se han quedado impresionados por su belleza y su dulzura».

Me ruboricé. Por fin Madre descubría lo que otros decían de mí. Quizá ahora empezara a ver mis buenas cualidades.

—Yo también quiero ir a Pekín —dijo GaoLing con el tono de un gato plañidero.

Madre la reprendió:

—¿Alguien te ha invitado? ¿No? Pues entonces parecerás tonta si dices que quieres ir. —Como GaoLing volvió a protestar, Madre le tiró de la trenza y dijo—: Cierra la boca. —Y me alargó la carta para que terminara de leerla yo.

Me senté derecha, mirando a Madre, y leí con énfasis:

—«La familia ha sugerido que el encuentro se realice en la tienda de tinta de nuestra familia en Pekín. —Hice una pausa y le sonreí a GaoLing. Ni yo ni ella conocíamos la tienda—. De esa manera —proseguí—, si hubiese disparidad de intereses, ninguna de las dos familias se sentiría ofendida públicamente. Si ambas llegan a un acuerdo sobre la boda, será una bendición de los dioses por la cual no podré pedir gratitud».

—Gratitud no —dijo Madre con un gruñido—, sólo un montón de regalos.

La carta continuaba de esta manera: «Estoy segura de que coincidirás conmigo en que es difícil encontrar una buena nuera. ¿Recuerdas a mi segunda nuera? Me avergüenza reconocer que es una mujer insensible. Hoy sugirió que la niñera de tu hija no debería acompañarla a Pekín. Dijo que si una persona las viese a las dos juntas, sólo recordaría la pavorosa fealdad de la niñera, en

lugar de la incipiente belleza de la doncella. Le respondí que eso era una tontería. Pero mientras escribo esta carta me doy cuenta de que sería difícil alojar a otra criada, ya que las mías ya se quejan de que no tienen sitio suficiente en una cama. Por lo tanto, quizá sería mejor que la niñera no viniese. Te pido disculpas, pero no puedo hacer nada para remediar la humildad de nuestra casa...».

Sólo cuando terminé de leer alcé la vista y miré con tristeza a Tita Querida.

No tiene importancia, me dijo con las manos. *Más tarde le diré que puedo dormir en el suelo.*

Me volví hacia Madre y esperé que dijera algo más.

—Escribe una carta de respuesta. Dile a la anciana viuda Lau que te enviaré a Pekín esta semana. Te acompañaría, pero estamos en la temporada de la tinta y tenemos demasiado trabajo. Le pediré al señor Wei que te lleve en su carro. Siempre viaja a Pekín el primer día del mes para repartir medicamentos, y no le importará llevar una pasajera a cambio de unas monedas.

Tita Querida movió las manos para llamar mi atención. *Es el momento de decirle que no puedes ir sola. ¿Quién se asegurará de que es un buen matrimonio? ¿Y si esa prima idiota y entrometida intenta entregarte a una familia pobre como segunda esposa? Dile que tenga en cuenta esas cosas.*

Negué con la cabeza. Tenía miedo de hacer enfadar a Madre con preguntas innecesarias y quedarme sin el viaje a Pekín. Tita Querida tiró de mi manga, pero no le hice caso. En los últimos tiempos le había hecho lo mismo varias veces, y eso la enfurecía. Como ella no podía hablar y Madre no sabía leer, cuando me negaba a hablar en su nombre la dejaba sin palabras, indefensa.

Cuando volví a nuestra habitación, Tita Querida me atosigó con sus lamentos. *Eres demasiado joven para viajar sola a Pekín. Es más peligroso de lo que crees. Podrían asaltarte unos bandidos, cortarte la cabeza y clavarla en una estaca...*

No le contesté, no discutí, no le di razones en las cuales apoyarse. Continuó de la misma guisa ese día, al siguiente y al siguiente. A veces expresaba furia contra la anciana viuda Lau. *A esa mujer no le preocupa qué es lo mejor para ti. Mete las narices en asuntos ajenos sólo por dinero. Pronto apestará tanto como los culos que olfatea.*

Después me dio una carta para que se la entregara a GaoLing y ésta se la leyera a Madre. Asentí, y en cuanto Tita Querida hubo salido de la habitación, la leí: «Además de los tiroteos y los disturbios, el aire estival está cargado en enfermedades. Y en Pekín hay extrañas dolencias que jamás hemos contraído aquí y que podrían hacer que a LuLing se le cayeran los dedos y la punta de la nariz. Por suerte, yo conozco los remedios para esos males y podría evitar que LuLing regresase a casa trayendo consigo una epidemia...».

Cuando Tita Querida me preguntó si había entregado la carta a Madre, convertí mi cara y mi corazón en muros de piedra.

—Sí —mentí.

Tita Querida soltó un suspiro de alivio. Era la primera vez que creía una mentira mía. Me pregunté qué habría cambiado en su inferior para que ya no fuese capaz de intuir mis engaños. ¿O la que había cambiado era yo?

La noche anterior a mi partida, Tita Querida se plantó ante mí con la carta, que yo había

doblado muy pequeña y escondido en el bolsillo de mis pantalones.

¿Qué significa esto? Me agarró del brazo.

—Déjame en paz —protesté—. Ya no puedes decirme lo que tengo que hacer.

¿Te crees muy lista? Todavía eres una niña tonta.

—No es verdad. Y ya no te necesito.

Si tuvieras cerebro, me necesitarías.

—Quieres que me quede aquí únicamente para conservar tu puesto de niñera.

Enrojeció como si se estuviese ahogando.

¿Mi puesto? ¿Crees que estoy en esta casa por un vulgar puesto de niñera? Ai-ya! ¿Por qué sigo viva si tengo que oír esas palabras de boca de esta niña?

Las dos estábamos agitadas. Le espeté lo que había oído decir a menudo a Madre y a las tías:

—Estás viva porque nuestra familia fue lo bastante buena para compadecerte y salvarte la vida. No teníamos por qué hacerlo. Y Tío Niño jamás debió pedirte en matrimonio. Fue una desgracia para él. Por eso lo mató su caballo. Todo el mundo lo sabe.

Su cuerpo entero pareció desplomarse, cosa que tomé como una señal de que mis palabras eran ciertas. En ese momento la compadecí igual que a los vagabundos a quienes no podía mirar a la cara. Sentí que por fin había madurado y que Tita Querida había perdido su poder sobre mí. Fue como si mi antiguo yo contemplara a mi nuevo yo y se maravillara del cambio.

A la mañana siguiente, Tita Querida no me ayudó a preparar la ropa para el viaje. Tampoco me preparó comida para el camino. Permaneció sentada en el borde de su *k'ang* negándose a mirarme. Aunque el sol aún no estaba alto, vi que sus ojos estaban rojos e hinchados. Me flaqueó el corazón, pero mi mente se mantuvo firme.

Dos horas después del amanecer, el señor Wei se presentó con su carro tirado por un burro y cargado con serpientes para las tiendas de medicinas. Me cubrí la cabeza con un pañuelo para protegerme del sol. Todos, salvo Tita Querida, estaban en la cancela para despedirme. Hasta había salido GaoLing, con la cara aún sin lavar.

—Tráeme una muñeca —gritó. A pesar de sus trece años, todavía era una niña.

El día fue un largo viaje en medio de una continua polvareda. Cada vez que el burro se detenía a beber agua, el señor Wei mojaba un trapo grande en el río y se lo ataba a la cabeza para mantenerse fresco. Pronto empecé a hacer lo mismo con mi pañuelo. A la hora de comer, el señor Wei sacó una lata en cuyo interior había bollos al vapor. Yo no tenía nada. No había querido pedirle al viejo cocinero que me preparara un almuerzo por miedo a que éste le dijera a Madre que mi viaje a Pekín le creaba demasiados problemas. Naturalmente, el señor Wei me ofreció parte de su comida. Y naturalmente, yo fingí que no tenía hambre. Me convidó sólo dos veces más; el último ofrecimiento no llegó nunca. De manera que tuve que hacer el resto del viaje con el estómago vacío y ocho jaulas de horribles serpientes.

A última hora de la tarde llegamos a las afueras de Pekín, y me recuperé instantáneamente del letargo causado por el calor y el hambre. Cuando pasamos por el puesto de inspección, temí que no nos dejaran entrar. Un policía con gorra registró mi pequeño atado de ropa y echó un vistazo a

las jaulas con serpientes.

—¿A qué vienen a Pekín? —preguntó el policía.

—A traer medicinas —respondió Wei señalando las jaulas.

—Por matrimonio —contesté yo con sinceridad.

El policía se volvió hacia un compañero, le repitió mi respuesta y ambos rieron. Después nos dejaron pasar.

Pronto vi un arco monumental a la distancia, sus letras doradas brillantes como el sol. Lo cruzamos y entramos en una calle tan ancha como el más ancho de los ríos. Los carritos tirados por personas, más de los que había visto en toda mi vida, pasaban a gran velocidad a nuestro lado. Y de repente vi un automóvil, muy parecido al de papel que Madre había quemado por la bisabuela. Comencé a comparar todas las vistas con las de mi vida anterior. Los mercados eran más grandes y bulliciosos. Las calles estaban atestadas de gente más ruidosa. Vi hombres con largas chaquetas de algodón fino, y otros vestidos con trajes occidentales. Estos últimos parecían más impacientes e importantes. Muchas jóvenes lucían vestidos vaporosos y peinados idénticos a los de las actrices famosas, con los pelos del flequillo rizados como fideos de arroz secos. Me parecieron más bonitas que las mujeres de Corazón Inmortal. Pasamos junto a aceras abarrotadas de vendedores que ofrecían toda clase de pájaros, insectos y lagartijas en pinchos, todos ellos más caros que el mejor tentempié que podía comprarse en nuestra aldea. Más adelante vi caquis más dorados que los nuestros, cacahuets más gordos y marzoletas acarameladas de un rojo más intenso. Oí un crujido seco y enseguida contemplé la pulpa de un melón de aspecto delicioso. Aquellos que no pudieron resistirse a comprar una tajada parecían más satisfechos que cualquier otra persona a quien yo hubiera visto comer melón.

—Si sigues mirando así, se te caerá la cabeza de tanto torcerla —dijo el señor Wei.

Continué grabando esas imágenes en mi cabeza para poder contarle a todo el mundo lo que había visto. Imaginaba su asombro, la admiración de Madre, la envidia de GaoLing. También podía ver la decepción en la cara de Tita Querida.

Ella no quería que yo disfrutara, así que la borré de mi mente.

El señor Wei se detuvo varias veces a preguntar por cierta tienda cercana a la calle del Mercado del Farol, luego buscó una callejuela concreta y finalmente llegamos a la verja que conducía al atestado patio de la casa de la anciana viuda Lau. Dos perros corrieron a mi encuentro, ladrando.

—¡Ai! ¿Eres una niña o una estatua de barro amarillo? —dijo la anciana viuda Lau a modo de saludo.

Yo tenía anillos de polvo en el cuello, las manos y todos aquellos sitios de mi cuerpo donde hubiese algún pliegue o surco. Estaba en un patio cuadrangular tan caótico que mi llegada pasó casi inadvertida. La anciana viuda Lau me dijo que estaban a punto de servir la cena, de manera que debía asearme deprisa. Me dio un cubo abollado y me indicó dónde estaba el pozo. Mientras llenaba el cubo, recordé que Madre me había contado que el agua de Pekín era dulce. Bebí un sorbo, pero la encontré salada y asquerosa. No me extrañaba que Tita Querida hubiera dicho que en tiempos lejanos Pekín había sido el lecho del mar. De repente caí en la cuenta de que por primera vez ella no me ayudaría con el baño. ¿Dónde estaba la tina? ¿Dónde estaba el fogón para

calentar el agua? Me daba miedo tocar cualquier cosa. Me agaché detrás de un cobertizo de juncos y me arrojé agua fría en el cuello, furiosa con Tita Querida por haberme convertido en una niña tonta que ahora temía demostrar a todo el mundo la magnitud de su estupidez.

Cuando terminé de lavarme, me di cuenta de que había olvidado el peine y los palillos de madera para limpiarme las uñas. Tita Querida siempre se acordaba de esas cosas por mí. *¡Ella* era la culpable de mi olvido! Al menos había llevado una chaqueta y pantalones limpios. Pero, como era de prever, cuando los saqué del atado vi que estaban arrugados y polvorientos.

Durante la cena me asaltó otro pensamiento. Era la primera vez que Tita Querida no estaba a mi lado para decirme qué cosas debería comer y cuáles no. Eso me alegró. «No comas grasas ni picantes —me habría advertido—, o te saldrán forúnculos o sufrirás otros males relacionados con la humedad». De modo que comí varias raciones de cerdo picante. Pero después me embargó la pavorosa sensación de que mi estómago se estaba cubriendo de llagas.

Después de la cena me senté en el patio con la anciana viuda Lau y sus nueras, oyendo el zumbido de los mosquitos y los chismorreos. Ahuyenté a los insectos, recordando el gran abanico con que Tita Querida nos libraba a las dos de los insectos y el calor. Cuando los párpados empezaron a pesarme, la anciana viuda Lau me mandó a buscar mi cama. De modo que entré en el pequeño y triste cobertizo donde estaba mi ropa y un camastro de sogas. Mientras palpaba los agujeros en la urdimbre del lecho, recordé algo más: era la primera vez que dormía sola. Me acosté y cerré los ojos. Antes de sumirme en el sueño, oí los rasguños de las ratas en la pared. Me incliné para ver si habían dejado cuencos con trementina junto a las patas del camastro. No lo habían hecho. Una vez más, en lugar de sentirme agradecida porque Tita Querida siempre había cuidado esos detalles por mí, la culpé por mi estupidez.

Al despertar, comprendí que nadie me ayudaría a peinarme ni inspeccionaría mis orejas y uñas. Como no tenía peine, usé los dedos para deshacer los nudos de mi cabello. No había ropa limpia junto a la cama, y la chaqueta y los pantalones con los que había dormido estaban sudados. No podría usarlos para el encuentro casual de ese día. Y el atuendo que había escogido para ese fin ya no me parecía apropiado, pero era lo único que se me había ocurrido llevar. Ya era una mujer y allí estaba, sintiéndome increíblemente indefensa y tonta. Así de bien me había educado Tita Querida.

Cuando me presenté ante la anciana viuda Lau, ésta exclamó:

—¿Tu cabeza es como un huevo vacío? ¿Por qué llevas una chaqueta acolchada y pantalones de invierno? ¿Y qué le pasa a tu pelo?

¿Qué podía responder? ¿Que Tita Querida se había negado a aconsejarme? Lo cierto era que en el momento de escoger la ropa había pensado únicamente que debía lucir mis mejores prendas, las que tenían los bordados más bonitos. Y cuando las había guardado en mi atado, durante las frescas horas del amanecer del día anterior, no me habían parecido incómodas.

—¿Qué desastre! —murmuró la anciana viuda Lau mientras registraba la ropa que había llevado conmigo—. ¡Compadezco a la familia que acepte a esta niña tonta como nuera!

Corrió hacia sus baúles y rebuscó entre las prendas de su juventud. Finalmente se decidió por un vestido de una de sus nueras, un *chipao* que no estaba tan pasado de moda. Tenía cuello mandarín, mangas cortas y una tela hilada en tonos estivales: el cuerpo era lila y los ribetes y las

tirillas del cuello, verde hoja. A continuación, la anciana viuda Lau me deshizo las trenzas y me peinó con un peine húmedo.

A mediodía anunció que nos marchábamos a la tienda de tinta. Le informó a su criada que no comeríamos en casa. Estaba convencida de que su primo, el fabricante de tinta, nos daría un festín en su casa.

—Si la otra familia también está allí, come un poco de todo para demostrar que no tienes remilgos, pero no seas glotona —advirtió—. Deja que los demás se sirvan primero y compórtate como si fueses la persona menos importante del mundo.

La calle del Mercado del Farol no estaba lejos del distrito de los alfareros, quizá a media hora en calesa. Pero la anciana viuda Lau temía que casualmente nos perdiéramos nuestro encuentro accidental si no salíamos con unos minutos de antelación.

—¿Y si el culi del taxi es viejo y cojo? ¿Y si empieza a llover? —especuló en voz alta.

Poco después de mediodía, me encontré ante la puerta de la tienda de nuestra familia, impaciente por ver a Padre. La anciana viuda Lau estaba pagándole al culi, o más bien discutiendo con él, diciéndole que no debería cobrar tanto por una pasajera más, puesto que yo era aún una niña.

—¿Una niña? —respondió el hombre con un bufido—. ¿Dónde tiene los ojos, mujer?

Miré la falda del vestido lila y di un golpecito a mi perfecto moño. Me sentía incómoda, pero al mismo tiempo orgullosa de que ese hombre pensara que era toda una mujer.

Casi todas las puertas de la calle conducían a una tienda, y en las jambas había bandas rojas con pareados para la buena suerte. El de la tienda de nuestra familia era particularmente bonito. Estaba escrito en caracteres cursivos, los mismos que Tita Querida me estaba enseñando a copiar. Aquel estilo de escritura se asemejaba más a una pintura expresiva y grácil como las ramas de un árbol envueltas en nubes. No había duda de que quien quiera que hubiese escrito aquello era un artista, una persona culta y respetable. A regañadientes, reconocí que aquella caligrafía debía de pertenecer a Tita Querida.

Finalmente la anciana viuda Liu dejó de discutir con el culi y entramos en la tienda de Padre. El local miraba al norte y estaba bastante oscuro; quizá por eso Padre no nos vio de inmediato. Estaba ocupado con un cliente, un hombre de aspecto distinguido, como los letrados de un par de décadas atrás. Los dos estaban inclinados sobre un mostrador de vidrio y hablaban de las cualidades de las distintas barras de tinta. Tío Grande nos dio la bienvenida y nos invitó a sentarnos. Deduje por su tono formal que no me había reconocido, así que lo llamé por su nombre con timidez. Entonces me miró con atención, rio y anunció nuestra llegada a Tío Pequeño, que se disculpó varias veces por no haber salido a recibirnos antes. Nos hicieron sentar a una de las dos mesas de té destinadas a los clientes. La anciana viuda Lau rechazó la invitación tres veces, exclamando que mi padre y mis tíos debían de estar demasiado ocupados para recibir visitas. Hizo un par de amagos hacia la puerta. Ante la cuarta invitación, nos sentamos por fin. Tío Pequeño nos sirvió té caliente y naranjas dulces y nos dio un par de abanicos calados para que nos refrescásemos.

Me fijé en todos los detalles; de ese modo podría describírselos a GaoLing y despertar su envidia. El suelo de la tienda era de madera oscura limpia y encerada, sin marcas de pisadas a

pesar de que estábamos en la época más polvorienta del verano. Contra las paredes había vitrinas de madera y cristal. El cristal era muy brillante y no había ni una sola hoja rota. Dentro de las vitrinas estaban nuestras cajas envueltas en seda, el resultado de nuestros esfuerzos. En la tienda se veían mucho más bonitas que en el taller de Corazón Inmortal.

Noté que Padre había abierto varias cajas. Estaba colocando barras, tortas y piezas de tinta de otras formas sobre una tela de seda que cubría el mostrador. Primero padre señaló una barra con un relieve de un barco fantasma y dijo con refinamiento y orgullo:

—Su escritura se deslizará con la misma suavidad que una barca sobre un lago cristalino. — Levantó otra pieza con forma de pájaro—. Su mente volará hasta las nubes del pensamiento más elevado. —Señaló una serie de tortas de tinta decoradas con peonías y bambúes—. Sus libros de cuentas florecerán, y la abundancia lo acompañará si los bambúes rodean su mente serena.

En ese momento volví a pensar en Tita Querida. Recordé que me había enseñado que todo, incluso la tinta, tenía una finalidad y un significado: la tinta buena no era la preparada, aquella que estaba lista al salir de un frasco. Cuando el trabajo se hace sin esfuerzo, no es posible ser un artista. Ése es el problema de las modernas tintas líquidas. No obligan a pensar. Uno se limita a escribir lo que flota en la superficie de su mente. Y en la superficie no hay más que suciedad, hojas secas y larvas de mosquitos. Por el contrario, cuando alguien desliza una barra de tinta sobre una piedra de tinta, da el primer paso para purificar su mente y su alma. Uno aprieta y se pregunta: ¿Cuáles son mis intenciones? ¿Qué hay en mi corazón que coincida con lo que hay en mi mente?

Aunque recordé todas esas cosas, en la tienda de tinta escuché las palabras de mi padre y se me antojaron mucho más importantes que cualquier pensamiento de Tita Querida.

—Mire esto —dijo Padre al cliente, y yo también miré. Levantó una barra a la luz y la giró—. ¿Ve? Es del color perfecto, negro violáceo, en lugar de marrón o gris como las tintas baratas que venden en la esquina. Y escuche. —Oí un sonido puro y cristalino como el de una campanilla de plata—. Este tono agudo indica que el negro de humo es muy bueno, suave como las resbaladizas riberas de los ríos antiguos. Y el aroma... ¿Percibe el equilibrio de fuerza y delicadeza, las notas musicales del perfume de la tinta? Es una tinta cara, y cualquiera que lo vea usándola sabría que vale su alto precio.

Me sentí muy orgullosa al oír la descripción que hacía Padre de la tinta de la familia. Olfateé el aire. El aroma a especias y alcanfor era intenso.

—Este negro de humo —continuó Padre— es mucho mejor que el del pino de Anhui. Lo sacamos de un árbol tan escaso que ahora está prohibido cortarlo. Afortunadamente, tenemos reservas que los dioses nos concedieron mediante un rayo providencial. —Padre le preguntó al cliente si tenía noticia del cráneo humano que acababan de desenterrar en las canteras de la colina Hueso de Dragón. El anciano letrado asintió—. Bueno, nosotros procedemos de una aldea que está una colina más allá. ¡Y se dice que los árboles que la rodean tienen más de un millón de años! ¿Cómo lo sabemos? Piénselo. Cuando esos hombres de hace un millón de años se paseaban por las proximidades de la colina Hueso del Dragón, ¿no necesitaban árboles para sentarse a su sombra? ¿O para hacer fuego? ¿O para construir bancos, mesas y camas? Estoy en lo cierto, ¿verdad? Pues en aquellos tiempos, los habitantes de la aldea más cercana a la colina Hueso de

Dragón cubrían esa necesidad. Y ahora somos los propietarios de los restos de esos árboles ancestrales. Lo llamamos madera de Corazón Inmortal.

Padre señaló los estantes de la tienda.

—Ahora mire allí: en las barras de ese estante hay sólo una pizca de esa madera, de manera que el precio es inferior. En esta hilera hay dos pizcas. Y en este caso, la tinta está hecha casi enteramente con hollín del árbol de Corazón Inmortal. La tinta se adhiere fácilmente al pincel, como el néctar a la nariz de una mariposa.

Por fin, el cliente compró varias barras de las más caras y se marchó. Yo habría querido aplaudir, como si acabara de ver un espectáculo dedicado a los dioses. Padre se acercó a nosotros, a mí, y me levanté de la silla con el corazón desbocado. No lo veía desde el funeral de la bisabuela, y de eso hacía ya tres meses. Me pregunté si me diría que parecía mayor.

—¿Cómo? ¿Ya son las cinco de la tarde? —preguntó.

Esto hizo que la anciana viuda Lau saltara de la silla y exclamara:

—¡Hemos llegado demasiado pronto! ¡Deberíamos marcharnos y volver más tarde!

Así descubrí que nos esperaban a las cinco; no a la una del mediodía. La anciana viuda Lau se puso tan violenta ante aquella manifestación pública de su error, que padre tuvo que pedirle cinco veces que volviese a sentarse. Luego mis tíos trajeron más té y naranjas, pero la situación seguía siendo incómoda.

Después de un rato, Padre expresó su afecto y preocupación por mí.

—Estás demasiado delgada —dijo.

O tal vez dijera que estaba demasiado gorda. Acto seguido preguntó por la salud de mi madre, la de GaoLing, la de mis hermanos menores y la de los diversos tíos y parientes políticos. Bien, perfectamente, de maravilla... Yo parloteaba como un pato. Vestida con aquellas ropas, me resultaba difícil hablar con naturalidad. Por fin me preguntó si ya había comido. Y aunque yo estaba desmayada de hambre, no tuve ocasión de responder, pues la anciana viuda Lau lo hizo por mí:

—Ya hemos comido, estamos tan llenas que podríamos reventar. ¡Por favor, no permita que sigamos importunando! Continúen con su trabajo.

—No estamos ocupados —respondió Padre con educación—. Nunca se está demasiado ocupado para recibir a la familia.

Y la anciana viuda Lau respondió con más educación aún:

—Deberíamos marcharnos, de veras... Pero antes de irnos, ¿se ha enterado de lo que le ocurrió a...? —Y comenzó a hablar con nerviosismo de unos parientes lejanos.

Después de que mencionara a cinco o seis parientes más, mi padre dejó la taza de té en el plato y se puso en pie.

—¿Dónde están mis modales, prima Lau? No debería obligarla a deleitarme con sus historias. Sé que ha venido pronto para pasear con mi hija por la ciudad y perderse en sus maravillosas vistas. —Me dio unas monedas para dulces y bollos, advirtiéndome que debía tratar bien a la tía y no cansarla—. Tómense su tiempo —le dijo a ella—. No es necesario que se den prisa por nosotros.

La ingeniosa estratagema de mi padre para echarnos avergonzó a la anciana viuda Lau, pero yo

me puse muy contenta. Segundos después salíamos al bochornoso calor del exterior.

Una manzana más abajo encontramos un puesto de bollos al vapor con bancos en la acera. Mientras yo engullía mis bollos, la anciana viuda Lau se quejó de que la humedad y el calor le hinchaban los pies.

—Pronto quedarán blandos e inútiles como plátanos podridos.

Era demasiado tacaña para volver a la calle del Mercado del Farol en taxi, sabiendo que poco después deberíamos regresar. Pero se lamentó en voz alta de que cuando volviésemos a las cinco de la tarde, para nuestro encuentro casual con alguien importante, estaríamos con la boca abierta y la lengua afuera, jadeando como pulgosos perros callejeros.

—No sudés —me advirtió.

Echamos a andar, buscando la sombra. Yo escuchaba con un oído las quejas de la anciana viuda Lau y entre tanto observaba a la gente en la calle: Hombres jóvenes que parecían estudiantes o aprendices. Viejas manchúes cargadas con pesados bultos. Jovencitas con peinados modernos y ropas occidentales. Todo el mundo caminaba con resolución, a un paso vivo que no se veía en las gentes de la aldea. De vez en cuando, la anciana viuda Lau me daba un golpe en el hombro y decía:

—¡Eh! No mires con cara de embobada como si fueses una campesina ignorante.

Continuamos caminando sin rumbo: dos manzanas hacia el este, dos hacia el norte y otras dos de nuevo hacia el este. Era el método de mi vieja prima para evitar que nos perdiésemos. Pronto nos encontramos en un parque con sauces llorones y estanque cubierto de flores flotantes y retorcidas larvas. La anciana viuda Lau se sentó en un banco, a la sombra de un árbol, y comenzó a abanicarse con energía, quejándose de que iba a explotar como una batata que pasa demasiado tiempo en el horno. Poco después se quedó dormida con la boca abierta y el mentón pegado al pecho.

Cerca de allí había un cenador con oscuros enrejados de madera por paredes e hileras de columnas que sostenían el pesado tejado. Entré en el cenador y me apreté contra una columna, tratando de pasar tan inadvertida como una lagartija. Desde allí observé a un hombre educando a su mente para dominar la espada. Vi a un anciano soplando notas musicales de un peine metálico. La anciana que lo acompañaba pelaba una naranja e intentaba cazar una mariposa que revoloteaba alrededor de las mondas. Al pie de una escalinata, una pareja joven estaba sentada a la orilla de un pequeño estanque, fingiendo contemplar los patos mientras se acariciaban disimuladamente los dedos. También había un extranjero, aunque al principio no lo reconocí como tal, pues vestía el traje típico del letrado: una larga casaca veraniega y pantalones. Sus ojos eran grises como el agua turbia. Al otro lado de una columna, una niñera arrullaba a un bebé, tratando de obligarlo a que la mirara, pero el niño lloraba e insistía en mirar al extranjero. Y luego otro hombre de aspecto y andar refinados caminó hasta un árbol y abrió las cortinas de una jaula que yo no había visto antes. De inmediato los pájaros comenzaron a cantar. Me sentí como si hubiese entrado en un mundo de mil años de antigüedad, un mundo en el que siempre había estado pero que sólo ahora veía.

Permanecí allí hasta que el cenador quedó prácticamente vacío. Entonces oí que la anciana viuda Lau gritaba mi nombre.

—Me has asustado tanto que mi alma ha estado a punto de escapar de mi piel —me riñó, dándome un fuerte pellizco en el brazo.

En el camino de regreso a la tienda de mi padre, yo era ya una chica diferente. Mi cabeza era una tormenta, un torbellino de ideas y esperanzas. No dejaba de preguntarme qué recordarían las personas que había visto en el cenador al día siguiente y al siguiente. Porque sabía que yo jamás olvidaría un solo instante de aquel día, el día en que iba a iniciar una nueva vida.

Tal como la anciana viuda Lau había planeado, mi posible futura suegra pasó casualmente por la tienda a las cinco en punto. Era una mujer más joven que Madre. Tenía un semblante severo y una mirada crítica. Llevaba joyas de oro y jade en las muñecas para demostrar su riqueza. Cuando la anciana viuda Lau la llamó, se mostró primero sorprendida y luego, encantada.

—Qué suerte que nos hayamos encontrado aquí —exclamó la anciana viuda Lau con voz aflautada—. ¿Cuándo ha llegado a Pekín?... Ah, ¿está visitando a un primo? ¿Qué tal van las cosas en Corazón Inmortal?

Una vez nos hubimos recuperado de nuestra falsa sorpresa, la anciana viuda Lau presentó a la mujer a Padre y a mis tíos. Yo estaba tan concentrada en evitar demostrar una expresión, cualquier expresión, que no oí el nombre de la señora.

—Esta es la hija mayor de mi prima, Liu LuLing —dijo la anciana viuda Lau—. Tiene quince años.

—Catorce —corregí, y la anciana viuda Lau me dirigió una mirada reprobadora antes de añadir—. Casi quince. Ha venido a conocer Pekín. Su familia también vive en Corazón Inmortal, pero venden su tinta en Pekín. Como puede ver —señaló la tienda con un amplio ademán—, el negocio no va mal.

—En parte debemos agradecerérselo a su esposo —dijo Padre entonces—. Le compramos gran parte de nuestra excelente madera.

—¿De veras? —preguntaron al unísono la mujer y la anciana viuda Lau.

En este punto agucé el oído, intrigada por la noticia de que nuestras familias se conocían.

—Así es. Le compramos la madera de alcanforero al señor Chang —respondió Padre—. Y también nos ha vendido ataúdes en ocasiones menos afortunadas; siempre de la mejor calidad.

Chang, el carpintero y constructor de ataúdes. Mientras oía nuevas exclamaciones de sorpresa y alegría, imaginé a Tita Querida dando puñetazos al aire. Jamás permitiría que me casara con un miembro de esa familia. Entonces me recordé que la decisión no estaba en sus manos.

—Nosotros también estamos pensando en abrir una tienda en Pekín —dijo la señora Chang.

—¿Ah sí? Quizá podamos ayudarlos de alguna manera —ofreció Padre con educación.

—No quisiéramos molestar —respondió la señora Chang.

—No sería ninguna molestia —dijo Padre.

—Deberían reunirse y discutir esa posibilidad —sugirió la anciana viuda Lau en el momento más oportuno.

Mientras la señora Chang meditaba sobre esa excelente idea, Padre añadió:

—De todas maneras, tenía muchas ganas de hablar con su marido de los huesos de dragón con los que contribuyó al gran descubrimiento científico del hombre de Pekín.

La señora Chang asintió.

—Nos quedamos pasmados al descubrir que esos feos huesos eran tan valiosos. Fue una suerte que no los moliéramos para usarlos como medicina.

Yo pensaba en lo que significaría formar parte de esa familia rica y famosa. GaoLing se moriría de envidia. Madre me trataría con un cariño especial. Naturalmente, era muy probable que los Chang se negaran a permitir que Tita Querida fuese la niñera de sus futuros nietos, sobre todo si seguía escupiendo y dando golpes cada vez que se mencionaba ese apellido.

Al final se decidió que la anciana viuda Lau, mi padre y yo visitáramos la casa del primo de los Chang en Pekín, donde veríamos curiosas piedras en el jardín. La anciana viuda Lau se alegró, pues la invitación era una señal de que la señora Chang me consideraba una buena candidata para su hijo. Y yo también me alegré, ya que eso significaba que permanecería en Pekín más tiempo del previsto.

Dos tardes después, fuimos a la casa del primo. Yo llevaba otro vestido prestado. Guardé silencio, comí poco y hablé aún menos. El señor Chang había viajado desde Corazón Inmortal, y él y Padre hablaron del hombre de Pekín.

—Todas las piezas del cráneo deben permanecer en China —dijo Padre—. Además de ser lo correcto, es lo que han acordado con los extranjeros.

—Uno no puede fiarse de que los extranjeros cumplan su palabra —dijo Chang—. Encontrarán la manera de sacar algunas piezas del país. Buscarán excusas, firmarán nuevos acuerdos o ejercerán presiones.

—Ningún acuerdo puede cambiar el hecho de que el hombre de Pekín es chino y debe permanecer donde vivió y murió.

De repente el señor Chang me vio sentada en un banco del jardín.

—A lo mejor tú y yo vamos a recoger más huesos del hombre de Pekín. ¿Te gustaría?

Asentí con entusiasmo.

Al día siguiente hice el viaje de regreso a casa convertida en una chica feliz. Nunca me había sentido tan importante. No había avergonzado a la anciana viuda Lau ni a mi familia. De hecho, mi visita había sido un gran éxito. Mi padre me había criticado por nimiedades, así que sabía que se sentía orgulloso de mí. La anciana viuda Lau había presumido ante sus nueras, diciendo que con mi aspecto y mis modales merecía al menos diez proposiciones de matrimonio. Estaba convencida de que recibiría una de los Chang en menos de una semana.

Aunque aún no conocía al cuarto hijo de los Chang, que estaba en la colina Hueso de Dragón, sabía que era dos años mayor que yo. Al igual que sus hermanos, era aprendiz en el taller de ataúdes de su padre. Además, se comentaba que el hijo menor podría llevar el negocio a Pekín, tal como había hecho mi familia con la tinta. Eso significaba que viviríamos en Pekín.

Durante las conversaciones iniciales, no se me ocurrió preguntar si mi futuro marido era inteligente, educado y amable. No pensaba en el amor, pues en ese aspecto era una ignorante. Pero sabía que el casamiento era una forma de mejorar mi posición, o bien de empeorarla. Y a juzgar por los modales de la familia y por las joyas que lucía la señora Chang, iba a convertirme en una persona más importante. ¿Qué había de malo en ello?

El señor Wei había pasado a recogerme antes del amanecer. El cielo estaba encapotado y el

aire aún no estaba impregnado del olor a podrido característico del verano. En el carro, empecé a soñar con todos los cambios que debía hacer en mi vida. Naturalmente, necesitaría ropa nueva. Y tendría que ser más cuidadosa para que el sol no me diera en la cara. No quería parecer una campesina morena. Al fin y al cabo, éramos una familia muy respetable, artesanos y comerciantes de un antiguo clan.

Cuando las estrellas se esfumaron y salió el sol, Pekín había desaparecido en el horizonte y el paisaje se volvió tedioso y polvoriento.

Horas después, el carro subió por la última colina que ocultaba Corazón Inmortal. Oí el cacareo de los gallos, el ladrido de los perros y todos los sonidos familiares de nuestra aldea.

El señor Wei comenzó a cantar una canción de amor campesina con voz tan alta como para que le estallaran los pulmones. Cuando torcimos por una curva, nos encontramos con el pastor Wu, que estaba reuniendo las ovejas de su rebaño. El sol del ocaso se colaba entre las ramas de los árboles y caía sobre los lomos de las ovejas. Wu alzó su bastón y nos saludó. En ese momento su rebaño se giró con un único movimiento y en la misma dirección, como una nube que trae tormenta, y yo presentí un gran peligro. Recordé que Madre nos había contado en murmullos que el pastor Wu era viudo y que necesitaba una esposa nueva que le ayudase a hilar la lana. Casi pude sentir la aspereza del amarillo polvo del Gobi mientras mis dedos se deslizaban por la lana. Pude oler el hedor de las ovejas penetrando en mis dedos, en mis huesos. Y ahora que contemplaba al pastor, con su amplia sonrisa y su bastón en alto, me reafirmé en mi resolución de que debía casarme con el hijo de los Chang. Tal vez fuese un idiota tuerto. No me importaba. Yo formaría parte de una familia famosa que tenía negocios en Pekín.

El tiempo necesario para partir una ramita: ésa es la rapidez con que la mente puede volverse en contra de todo aquello que le es querido y familiar. Allí estaba yo, a punto de regresar a mi casa, pero no sentía nostalgia alguna por las cosas con las que había crecido. En cambio, me fijé en el apestoso olor de un chiquero, en la tierra removida por los buscadores de huesos de dragón, en los agujeros de las paredes, en el barro junto a los pozos y en el polvo de las calles sin pavimentar. Noté que todas las mujeres que veíamos, viejas y jóvenes, tenían la misma cara anodina y unos ojos soñolientos que reflejaban mentes también soñolientas. La vida de todas aquellas personas era idéntica. Cada familia era tan importante como su vecina; es decir, poco importante. Eran campesinos, ingenuos y prácticos a la vez, lentos para cambiar pero rápidos para pensar que un tumulto de hormigas en el suelo era una señal de mala suerte enviada por los dioses. En mi mente, hasta Tita Querida se había convertido en una campesina de mente soñolienta y sombrero grasiento.

Recordé un dicho gracioso sobre la vida en una aldea tranquila: Cuando uno no tiene nada que hacer, siempre puede entretenerse sacando gusanos del arroz. En un tiempo había reído de aquel dicho. Ahora comprendía que encerraba una gran verdad.

El señor Wei seguía cantando a voz en cuello cuando llegamos a la plaza de la aldea. Por fin

llegamos a la calle Cabeza de Cerdo. Pasé junto a todas las caras familiares y escuché los roncros saludos de sus gargantas ahogadas por el polvo. Cuando nos acercamos a la curva detrás de la cual se alzaba nuestra casa, el corazón empezó a latirme en los oídos. Vi la cancela, el arco con la madera desgastada, las descoloridas bandas rojas de pareados que colgaban de las columnas.

Pero cuando empujaba la cancela, mi corazón regresó al pecho y sentí un fuerte deseo de ver a Tita Querida. Se alegraría de verme, pues había llorado cuando me había ido. Cruzé el patio delantero corriendo.

—¡He vuelto! ¡Ya estoy en casa!

Entré en el taller de la tinta, donde vi a Madre y a GaoLing.

—¿De regreso tan pronto? —dijo Madre sin molestarse en hacer una pausa en el trabajo—. La prima Lau me envió una nota diciendo que la reunión fue bien y que es probable que los Chang te acepten.

Estaba impaciente por contar mis aventuras, por describir los placeres que había disfrutado. Pero Madre me detuvo:

—Corre a lavarte y ven a ayudarnos a tu hermana y a mí.

GaoLing frunció la nariz y dijo:

—*Cho!* Hueles como el trasero de un burro.

Fui a la habitación que compartía con Tita Querida. Todo estaba en el sitio de costumbre; la colcha doblada a los pies del *k'ang*. Pero ella no estaba allí. Fui de habitación en habitación, de pequeño patio en pequeño patio. Mi impaciencia por verla crecía segundo a segundo.

Entonces oí el ruido de una olla. Estaba en el sótano y quería hacérmelo saber. Espié en el túnel, más allá de la empinada escalera. Me saludó con la mano y mientras ascendía de las sombras, note que aún tenía la silueta de una jovencita. En el fugaz instante en que vi sólo la mitad de su cara iluminada por el sol, volví a verla tan hermosa como me parecía en la infancia. Cuando salió del agujero, dejó la olla, me acarició la cara y dijo con las manos: *¿De verdad has vuelto conmigo, Cachorrillo?* Tiró de mi enmarañada trenza y resoplo. *¿No te llevaste el peine? ¿Nadie te lo recordó? Ahora comprenderás por qué me necesitas. ¡No tienes cerebro!* Me dio un golpecito en la cabeza que me irritó. Se mojó el dedo con saliva y me restregó la mejilla sucia. Luego me tocó la frente. *¿Estás enferma? Pareces afiebrada.*

—No estoy enferma —respondí—. Tengo calor.

Volvió a concentrarse en los nudos de mis trenzas mientras yo observaba sus gruesas cicatrices y su boca torcida. Me aparté.

—Puedo lavarme sola —dije.

Empezó a emitir sonidos guturales.

¿Estás una semana fuera y ya te sientes muy mayor?

—Por supuesto —respondí con brusquedad—. Al fin y al cabo, estoy a punto de convertirme en una mujer casada.

Eso he oído. Y no serás una concubina, sino una esposa. Eso es bueno. Te he educado bien, y todo el mundo puede verlo.

Entonces comprendí que Madre no le había dicho el nombre de la familia. Tarde o temprano tenía que saberlo.

—Es la familia de Chang —anuncié, observando cómo esas palabras la desgarraban—. Sí, Chang, el constructor de ataúdes.

Los sonidos que emitió a continuación eran los de una mujer a punto de ahogarse. Movía la cabeza de un lado a otro, como una campana. Entonces me dijo con enérgicos movimientos de manos: *No puedes. Te lo prohíbo.*

—¡Tú no eres quién para tomar esa decisión! —grité.

Me dio una bofetada y me empujó contra la pared. Me golpeó una y otra vez en los hombros y en la cabeza. Al principio lloriqueé y me encogí, tratando de protegerme. Pero luego me enfurecí. Le devolví el empujón y erguí los hombros. Borré toda expresión de mi cara, y eso la sorprendió. Nos miramos fijamente, jadeando, hasta que ninguna de las dos reconoció a la otra. Se dejó caer de rodillas, dándose puñetazos en el pecho, su signo para la expresión «es inútil».

—Tengo que ir a ayudar a Madre y a GaoLing —dije. Di media vuelta y me marché.

Fantasma



Tal como estaba previsto, los Chang preguntaron a nuestra familia si yo podía unirme a la de ellos. Si iba allí de inmediato, añadió la anciana viuda Lau, mi familia recibiría un regalo en metálico y yo sería reconocida de inmediato como nuera en todas las celebraciones de la familia y la aldea, incluida la fiesta especial que tendría lugar durante el Festival de la Luna y en la que se honraría al señor Chang por su descubrimiento científico.

—Debería ir enseguida —aconsejaron Tía Grande y Tía Pequeña—. De lo contrario, es probable que cambien de idea. ¿Y si descubren que hay Lego oscuro en su pasado y deciden cambiar el contrato matrimonial?

Pensé que se referían a mi escasa habilidad para la costura o a alguna otra nimiedad que yo había olvidado pero ellas, no. Sin embargo, hablaban de mi nacimiento. Ellas sabían de quién era hija. Los Chang y yo lo ignorábamos.

Madre decidió que debía reunirme con la familia Chang pocas semanas después, antes de la ceremonia de la aldea y del Festival de la Luna. Dijo que de esa manera ella y las tías tendrían tiempo para confeccionarme colchas y prendas apropiadas para mi nueva vida. Después de anunciar la noticia, Madre lloró de alegría.

—Te he educado bien —dijo con orgullo—. Nadie puede quejarse.

GaoLing también lloró. Y aunque yo también derramé algunas lágrimas, no todas eran de alegría. Dejaría a mi familia y mi casa. Pasaría de niña a esposa, de hija a nuera. Y por muy feliz que imaginara el futuro, me apenaba decir adiós a mi antiguo yo.

Tita Querida y yo continuábamos compartiendo la habitación y la cama. Pero ella ya no me preparaba el baño ni me traía agua dulce del pozo. No me ayudaba a peinarme, y había dejado de interesarse por mi salud y por la higiene de mis uñas. No me hacía advertencias ni me daba consejos. Ya no me hablaba con las manos.

Dormíamos en los extremos opuestos del *k'ang*, lo más lejos posible la una de la otra. Y si en mitad de la noche me sorprendía acurrucada junto a su cuerpo, me apartaba con sigilo antes de que ella despertara. Todas las mañanas tenía los ojos rojos, por eso yo sabía que había estado

llorando. A veces mis ojos también estaban rojos.

Cuando no estaba en el taller de la tinta, Tita Querida llenaba páginas y páginas con ideogramas. Se sentaba a la mesa y molía una barra de tinta contra la piedra, pensando en cosas que yo era incapaz de adivinar. Luego mojaba el pincel y escribía; hacía una pausa y volvía a mojar el pincel. Las palabras fluían libremente, sin manchones, tachaduras ni retrocesos.

Pocos días antes de que me fuese a casa de los Chang, desperté y vi que Tita Querida estaba sentada, mirándome. Levantó las manos y empezó a hablar. *Ahora te enseñaré la verdad.* Fue hasta el pequeño armario de madera y sacó un paquete envuelto en un paño azul. Lo puso sobre mi regazo. En el interior había un montón de hojas cosidas con un cordón. Me miró con una expresión extraña y salió de la habitación.

Miré la primera página. «Nací hija del famoso curandero de la Boca de la Montaña», empezaba. Eché un rápido vistazo a las páginas siguientes. Hablaban de la tradición de la familia, la pérdida de su madre, el sufrimiento de su padre... todas las cosas que ya me había contado. De repente leí: «Y ahora sabrás hasta dónde llega la maldad de Chang». En el acto arrojé las hojas al suelo. No quería que Tita Querida siguiese envenenando mi mente. Así que no leí el final, donde me confesaba que era mi madre.

Durante la cena, Tita Querida se comportó como si yo volviera a ser una niña indefensa. Recogió pequeñas porciones de comida con los palillos y los puso en mi plato. *Come más, ordenó. ¿Por qué no comes? ¿Estás enferma? Pareces acalorada. Tienes la frente caliente. ¿Por qué estás tan pálida?*

Después de la cena, todas salimos al patio, como de costumbre. Madre y las tías estaban bordando mi ajuar. Tita Querida zurcía un agujero en mis pantalones viejos. Dejó la aguja y tiró de mi manga. *¿Has leído ya lo que he escrito?*

Asentí, pues no quería discutir delante de las demás. Mis primas, GaoLing y yo jugábamos a enlazar hilos entre los dedos. Yo cometía muchos errores, lo que hizo que GaoLing riera a carcajadas y dijera que los Chang tendrían una nuera muy torpe. Al oír esto, Tita Querida me dirigió una mirada severa.

Anocheció. El sol se ocultó y llegaron los sonidos de la noche: los gorjeos, chillidos y aleteos de animales invisibles. Pronto fue la hora de irse a dormir. Yo esperé a que Tita Querida se retirara. Después de un largo rato, cuando supuse que ya estaría dormida, entré en la oscura habitación.

De inmediato, Tita Querida se incorporó en la cama y comenzó a hablar con las manos.

—No veo lo que dices —advertí. Y cuando fue a encender la lámpara de queroseno, protesté —: No te molestes, tengo sueño. No quiero hablar.

De todas maneras encendió la lámpara. Yo me acosté en el *k'ang*. Ella me siguió, apoyó la lámpara en el borde, se acuclilló y me dijo con la cara radiante: *¿Qué sientes por mí ahora que has leído mi historia? Sé sincera.*

Yo gruñí. Y ese pequeño gruñido bastó para que ella uniera las manos, se inclinara y diera gracias a la diosa de la Misericordia por salvarme de los Chang. Antes de que se deshiciera en muestras de gratitud, añadió:

—Me voy de todos modos.

Permaneció inmóvil durante largo rato. Luego se echó a llorar y empezó a darse puñetazos en el pecho. Sus manos se movieron con rapidez: *¿No tienes sentimientos hacia mí, ahora que sabes quién soy?*

Recuerdo con absoluta claridad lo que le contesté:

—Aunque todos los miembros de la familia Chang fuesen asesinos y ladrones, yo me iría con ellos sólo para librarme de ti.

Golpeó la pared con la palma de las manos. Luego apagó la lámpara y salió de la habitación.

A la mañana siguiente no estaba en la habitación. Pero no me preocupé. En el pasado había desaparecido en más de una ocasión, cada vez que se enfadaba mucho conmigo. Pero siempre volvía. Tampoco se sentó a la mesa del desayuno, por lo que supe que estaba más furiosa que nunca. Que se enfade, me dije. No se preocupa por mi futura felicidad. Sólo Madre lo hace. Ésa es la diferencia entre una madre y una niñera.

Ésos fueron mis pensamientos mientras las tías, GaoLing y yo seguíamos a Madre al taller de la tinta para empezar a trabajar. Al entrar en la oscura habitación, vimos el caos: manchas en las paredes y en el banco, largas salpicaduras en el suelo. ¿Habría entrado un animal salvaje? ¿Y de dónde salía ese dulzón olor a podrido? Entonces Madre empezó a gritar:

—¡Está muerta! ¡Está muerta!

¿Quién estaba muerta? Un instante después vi a Tita Querida: su cara estaba blanca como la piedra caliza, y sus enajenados ojos me miraban fijamente. Estaba sentada contra la pared del fondo.

—¿Qué ha pasado? —grité.

Caminé hacia Tita Querida. Su pelo estaba suelto y enmarañado, y al acercarme noté que tenía el cuello cubierto de moscas. Seguía mirándome con fijeza, pero sus manos estaban inmóviles. Una de ellas sujetaba el cuchillo que usábamos para tallar las barras de tinta. Antes de que llegara a su lado, un inquilino me apartó para mirar mejor.

Eso es todo lo que recuerdo de aquel día. No sé cómo luego aparecí en mi habitación, tendida en el *k'ang*. Cuando desperté en la oscuridad, pensé que aún era la mañana anterior. Me senté y me sacudí, tratando de borrar la pesadilla de mi mente.

Tita Querida no estaba en el *k'ang*. Entonces recordé que estaba enfadada conmigo y se había ido a dormir a otra parte. Intenté volver a dormirme, pero era incapaz de quedarme quieta. El cielo estaba cubierto de estrellas, no había lámparas encendidas en ninguna habitación y ni siquiera el viejo gallo emitía sonidos de alarma. Crucé el patio en dirección al taller de la tinta, pensando que Tita Querida debía de estar durmiendo en el banco. Entonces recordé otro detalle de mi pesadilla: las moscas negras dándose un festín en el cuello de Tita Querida y caminando por sus hombros como cabellos alborotados. Tenía miedo de ver lo que había en el taller, pero mis manos temblorosas ya encendían la lámpara.

Las paredes estaban limpias. El suelo también. Tita Querida no estaba allí. Sentí un gran alivio y regresé a la cama.

Cuando desperté por segunda vez, GaoLing estaba sentada en el borde del *k'ang*.

—Pase lo que pase —dijo con cara llorosa—, siempre te trataré como a una hermana.

Luego me contó lo ocurrido, y yo la escuché como si todavía estuviese soñando.

El día anterior, la señora Chang se había presentado en casa con una carta de Tita Querida en la mano. La había recibido en plena noche. «¿Qué significa esto?», preguntó. La carta decía que si yo me unía a la familia Chang, el fantasma de Tita Querida iría a vivir allí y los atormentaría eternamente. «¿Dónde está la mujer que envió este mensaje?», preguntó la señora Chang golpeando la carta contra la palma de su mano. Cuando Madre le dijo que la niñera acababa de suicidarse, la señora Chang se marchó, presa del pánico.

Después Madre había corrido hacia el cadáver, contó GaoLing. Tita Querida todavía estaba reclinada contra la pared del taller. «¿Así me pagas? —gritó mamá—. Te he tratado como a una hermana. He tratado a tu hija como si fuese mía». Y comenzó a dar puntapiés al cuerpo, uno tras otros, por no haber dicho gracias, lo lamento, te pido perdón un millón de veces.

—Madre estaba loca de furia —contó GaoLing—. Le dijo al cadáver de Tita Querida: «Si tu fantasma nos persigue, venderé a LuLing como prostituta».

Después, Madre había ordenado al viejo cocinero que cargara el cuerpo en una carretilla y lo arrojase por el precipicio.

—Y allí está —dijo GaoLing—. Tu Tita Querida yace en el Fin del Mundo.

Cuando GaoLing se marchó, yo aún no entendía del todo lo que me había dicho, pero ya sabía la verdad. Busqué las páginas que Tita Querida había escrito para mí y por fin leí sus palabras: «Tu madre, tu madre, soy tu madre».

Ese día fui a buscarla al Fin del Mundo. Mientras descendía por la pared del barranco, las ramas y las espinas desgarraron mi piel. Al llegar al fondo, comencé a buscarla frenéticamente. Oí el canto de las cigarras y el furioso aleteo de los buitres. Caminé hacia la espesa broza, donde los árboles crecían de lado, tal como habían caído en el barranco. Vi líquenes, ¿o era su pelo? Vi un nido en lo alto, ¿o era su cuerpo atravesado por una rama? Encontré más ramas, ¿o eran sus huesos, esparcidos ya por los lobos?

Di media vuelta y caminé en la dirección opuesta, siguiendo las curvas del barranco. Divisé jirones de tela... ¿de su ropa? Vi cuervos llevando algo en el pico... ¿trozos de su carne? Llegué a un desierto salpicado de montículos de piedras, diez mil fragmentos de su cráneo y otros huesos. Mirara donde mirase, tenía la impresión de que la veía, desgarrada, destrozada. Aquello era obra mía. Recordé la maldición de mi familia —mi verdadera familia—, y los huesos de dragón que no habían regresado a su sitio. Chang, ese hombre horrible, quería que me casara con su hijo únicamente para que le dijera dónde había otros huesos. ¿Cómo había podido ser tan idiota y no darme cuenta antes?

La busqué hasta el atardecer. Para entonces mi ojos estaban hinchados a causa del polvo y las lágrimas. Cuando trepé a la cima, dejé una parte de mí misma en el Fin del Mundo.

Durante cinco días fui incapaz de moverme. No podía comer. Ni siquiera podía llorar. Permanecí tumbada en el *k'ang*, sintiendo únicamente el aire que salía de mi pecho. Creía que no me quedaba nada, pero mi cuerpo continuaba exhalando aire. Por momentos no creía lo que había pasado. Me negaba a creerlo. Me concentraba con todas mis fuerzas para hacer volver a Tita Querida, para oír sus pasos y ver su cara. Pero sólo la veía en sueños, y estaba enfadada. Me

decía que la maldición me perseguiría y que nunca encontraría la paz. Estaba condenada a ser infeliz. Al sexto día empecé a llorar y no pare hasta la noche. Cuando no me quedó ningún sentimiento en el alma, me levanté de la cama y continué con mi vida.

Nadie volvió a hablar de la posibilidad de que me fuese a vivir con los Chang. El contrato matrimonial había sido cancelado y Madre ya no fingía que yo era su hija. Yo no sabía si pertenecía a esa familia, y cuando Madre se enfadaba conmigo, amenazaba con venderme como esclava al viejo y tuberculoso pastor de ovejas. Nadie mencionaba a Tita Querida; no la recordaban ni viva ni muerta. Y aunque mis tías siempre habían sabido que yo era la bastarda de Tita Querida, no se compadecían de mi sufrimiento. Cuando no podía contener el llanto, giraban la cara, como si de súbito hubiesen encontrado una ocupación para sus ojos y sus manos.

Sólo GaoLing me hablaba con timidez:

—¿Todavía tienes hambre? Si no quieres ese bollo, me lo comeré yo.

Y recuerdo otra cosa: a menudo, cuando yo estaba tendida en mi *k'ang*, ella venía a verme. Me llamaba «hermana mayor» y me acariciaba la mano.

Dos semanas después del suicidio de Tita Querida, una figura entró corriendo en la casa, como un vagabundo perseguido por el demonio. Era Tío Pequeño, y había viajado desde Pekín. Su ropa y sus párpados estaban cubiertos de hollín. De su boca sólo salían gritos ahogados.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado? —oí gritar a Madre.

Las demás salimos corriendo del taller. También salieron algunos inquilinos, seguidos por niños y perros.

—Se ha acabado —dijo Tío Pequeño. Le castañeteaban los dientes como si tuviese frío—. Todo se ha quemado. Estamos arruinados.

—¿Qué se ha quemado? —exclamó Madre—. ¿Qué quieres decir?

Con la cara crispada, Tío Pequeño se desplomó sobre un banco.

—La tienda, las habitaciones donde dormíamos, todo ha quedado reducido a cenizas.

GaoLing me agarró del brazo.

Poco a poco, Madre y las tías le sonsacaron la historia. La noche anterior, Tita Querida se le había aparecido a Padre. Tenía el pelo suelto y derramaba lágrimas y sangre negra, de modo que Padre comprendió en el acto que se trataba de un fantasma y no de un sueño corriente.

—Liu Jin Sen —había dicho—. ¿Valoras la madera de alcanforero más que mi vida? Pues entonces que la madera arda igual que yo ahora.

Padre sacudió el brazo para espantarla y volcó la lámpara de aceite, que no estaba en su sueño sino en la mesilla de noche. Cuando Tío Grande oyó el ruido, se sentó y encendió una cerilla para ver qué había caído al suelo. En ese momento, dijo Tío Pequeño, Tita Querida le arrebató la cerilla y la arrojó al suelo. El aceite estalló en llamas. Tío Grande llamó a gritos a Tío Pequeño para que le ayudara a apagar el fuego. Por culpa de una artimaña de Tita Querida, dijo Tío Pequeño, en lugar del cazo de té frío, arrojó una jarra de vino *pai gar*. El fuego se avivó. Padre y los dos tíos despertaron a sus hijos, que dormían en la habitación contigua, y luego todos salieron al patio, desde donde vieron cómo las llamas devoraban la ropa de cama, las bandas de seda y las

paredes. Cuanto más comía el fuego, más hambre parecía tener. Avanzó hacia la tienda de tinta, buscando más comida. Engulló los pergaminos de los célebres eruditos que habían usado nuestra tinta. Lamió las cajas envueltas en seda que contenían las barras de tinta más caras. Y cuando la resina de esas barras se derritió, rugió de alegría, con más apetito que nunca. En el transcurso de una hora, la fortuna de nuestra familia voló hacia los dioses en forma de incienso, cenizas y humo venenoso.

Madre, Tía Grande y Tía Pequeña se cubrieron las orejas con las manos, como si esa fuese la única forma de evitar que la razón se les escurriera por allí.

—¡Los hados se han vuelto en contra nuestra! —exclamó Madre—. ¿Puede haber algo peor que eso?

Tío Pequeño lloró, rio, y respondió que sí.

Los edificios adyacentes a la tienda también habían ardido, dijo. El del este vendía antiguos libros eruditos; el del oeste estaba lleno hasta el techo de obras de los grandes pintores. En medio de la anaranjada noche, los tenderos sacaron sus artículos a la calle cubierta de cenizas. Luego llegaron los bomberos. Todo el mundo los ayudó, arrojando tantos cubos de agua al aire que parecía que llovía. Después empezó a llover de verdad; cayó un fuerte aguacero que estropeó la mercancía rescatada, pero evitó que el resto del barrio se incendiara también.

Cuando Tío Pequeño terminó su relato, Madre, las tías y GaoLing ya habían parado de llorar. Por su aspecto, cualquiera hubiese dicho que los huesos y la sangre habían escapado por la planta de sus pies. Creo que sentían lo mismo que yo al enterarme de la muerte de Tita Querida.

Madre fue la primera en recuperar la cordura.

—Sacad los lingotes de plata del sótano —nos ordenó—. Y reunid todas vuestras joyas.

—¿Por qué? —quiso saber GaoLing.

—No seas idiota. Los demás tenderos querrán que nuestra familia les pague los daños. — Madre la empujó—. Vamos. Deprisa. —Tiró de una pulsera que tenía puesta GaoLing—. Cosed las joyas en las mangas de las chaquetas más viejas. Ahuecad las manzanas más duras y esconded el oro dentro. Metedlas en el carro y cubridlas con manzanas podridas. Cocinero, ve a ver si los inquilinos tienen carretillas para vender, y no regatees demasiado. Preparad atados con vuestras cosas, pero no os molestéis en guardar pequeñeces...

Yo estaba atónita ante la rapidez con que pensaba Madre, como si estuviese acostumbrada a correr dos pasos por delante de la riada.

Al día siguiente llegaron Padre, Tío Grande y sus hijos. Con las caras sucias y las ropas cubiertas de hollín, ya parecían pobres. Tía Grande y Tía Pequeña se acercaron a ellos farfullando:

—¿Perderemos la casa?

—¿Nos moriremos de hambre?

—¿Debemos huir?

Los niños más pequeños se echaron a llorar. Padre se comportaba como un sordomudo. Se sentó en su sillón de madera de olmo y acarició uno de los brazos, como si ese fuese el objeto más valioso de todos los que había poseído y perdido. Esa noche nadie comió. No nos reunimos en el patio para disfrutar de la brisa del ocaso. GaoLing y yo pasamos la noche juntas, hablando y

llorando, prometiéndonos que seríamos leales y moriríamos juntas, como hermanas. Intercambiamos pasadores del pelo para sellar nuestra promesa. Si creía que Tita Querida era la responsable de nuestras desgracias, no lo dijo, a diferencia de los demás. No culpó a mi nacimiento de que Tita Querida hubiera entrado en la vida de su familia. En cambio, GaoLing me dijo que debía alegrarme de que Tita Querida hubiese muerto ya, pues eso significaba que no sufriría una muerte lenta, de hambre y vergüenza, como el resto de nosotros. Asentí, aunque habría deseado que Tita Querida estuviese conmigo en esos momentos. Pero estaba en el Fin del Mundo. ¿O sería verdad que vagaba por la tierra, buscando venganza?

Al día siguiente, un hombre llegó a casa y le entregó a Padre una carta lacrada. Los tenderos habían presentado una queja por el fuego y exigían que nuestra familia se hiciese cargo de las pérdidas. En cuanto los propietarios de las tiendas afectadas hubieran calculado los daños, la suma resultante se comunicaría al magistrado, y éste nos indicaría cómo debíamos pagarla. Entretanto, la familia debía entregar la escritura de la casa y las tierras. Advirtió que habían pegado carteles en el pueblo para informar de este asunto, de modo que la gente nos denunciaría si intentábamos huir.

Después de que el funcionario se marchara, todos esperamos instrucciones de Padre. Pero él se limitó a sentarse en su sillón de olmo. Entonces Madre anunció:

—Estamos acabados. No es posible cambiar el destino. Hoy iremos al mercado y mañana daremos un banquete.

Madre nos dio más dinero del que habíamos tenido en nuestras manos en toda la vida. Dijo que debíamos comprar exquisiteces: frutas, golosinas, carnes con grasa y cualquiera de los manjares que nos habíamos negado hasta el momento pero que siempre habíamos deseado probar. Se acercaba la fecha del Festival de la Luna, de manera que no llamaríamos la atención. Todos creerían que estábamos haciendo la compra para la comida de la cosecha, igual que los demás habitantes de la aldea.

Precisamente debido a la fiesta, era un importante día de mercado, con malabaristas, acróbatas, vendedores de lámparas y juguetes y más timadores y charlatanes que de costumbre. GaoLing y yo nos abrimos paso entre la multitud, firmemente cogidas de la mano. Vimos niños perdidos, llorando, y hombres de aspecto peligroso que nos miraban con descaro. Tita Querida me había prevenido contra los pícaros de las grandes ciudades que robaban a las campesinas tontas para venderlas como esclavas. Nos detuvimos en un puesto donde vendían galletas con forma de luna. Estaban rancias. Fruncimos la nariz al ver que la carne de cerdo estaba gris. Nos paramos a ver los tarros con queso de soja fresco, pero los trozos eran viscosos y apestaban. Teníamos dinero y permiso para comprar lo que quisiéramos, pero no nos apetecía nada, todo parecía podrido. Dimos vueltas y más vueltas entre el gentío, pegadas la una a la otra como ladrillos.

De repente descubrimos que habíamos llegado a la calle de los Mendigos, un sitio donde yo nunca había estado. Allí vimos una triste imagen tras otra: Una cabeza afeitada con un cuerpo sin brazos que se balanceaba sobre la espalda, como una tortuga en su caparazón. Un niño sin huesos con las piernas enlazadas alrededor del cuello. Un enano con las mejillas, el vientre y los muslos atravesados por largas agujas. Todos los mendigos recitaban el mismo lamento: «Por favor, señorita, se lo suplico, hermano mayor, compadézcase de nosotros. Denos dinero, y en la próxima

vida no tendrá que sufrir como nosotros».

Algunos niños reían al pasar junto a ellos, pero el resto de la gente rehuía sus ojos. Sólo unas pocas ancianas, destinadas a marcharse pronto al otro mundo, les arrojaban monedas.

GaoLing me apretó el brazo y preguntó:

—¿Es eso lo que nos espera en el futuro?

Cuando nos volvimos para salir de allí, chocamos con una mendiga. Era una joven de nuestra edad, vestida con harapos: un montón de trapos atados unos a otros que causaban la impresión de que estaba disfrazada de guerrero antiguo. En el sitio donde debía tener los ojos, había dos cuencas cubiertas de piel fruncida. Empezó a canturrear:

—Mis ojos vieron demasiado, por eso me los arranqué. Ahora que no puedo ver, lo invisible viene a mí.

Sacudió un cuenco vacío delante de nosotros.

—Un fantasma quiere hablar contigo.

—¿Qué fantasma? —pregunté.

—Alguien que fue como una madre para ti —respondió la joven.

GaoLing dio un respingo.

—¿Cómo sabe que Tita Querida era tu madre? —murmuró a mi oído. Luego se dirigió a la chica—: Dinos lo que dice.

La mendiga ciega volvió a sacudir el cuenco vacío. GaoLing puso una moneda dentro. La chica ladeó el cuenco y dijo:

—Tu generosidad no pesa mucho.

—Primero demuéstranos lo que eres capaz de hacer —replicó GaoLing.

La joven se acuclilló. De una manga hecha jirones sacó un saco, lo desató y arrojó el contenido al suelo. Era polvo de piedra caliza. De la otra manga sacó un palillo largo y fino. Con la punta roma aliso la capa de polvo hasta que quedó lisa como un espejo. Luego dirigió la punta afilada del palillo al suelo, alzó sus ojos ciegos al cielo y empezó a escribir. GaoLing y yo nos acuclillamos a su lado. ¿Cómo había aprendido a hacer eso? No era un vulgar truco. Su pulso era firme y la escritura tan clara como la de un experto calígrafo. Leí la primera línea: «Un perro allá, la luna se eleva».

—¡Cachorrillo!

Le dije a la niña que ése era mi mote. Alisó la capa de polvo y escribió: «Las estrellas perforan la oscuridad eternamente». Estrellas fugaces: de eso hablaba el poema de Tío Pequeño. Otro barrido con el palillo y otra frase: «Un gallo canta y sale el sol». Tita Querida había sido Gallo. Entonces la mendiga escribió las últimas palabras: «la luz del día, es como si las estrellas nunca hubiesen existido». Sin saber por qué, me entristecí.

La joven volvió a alisar el polvo y dijo:

—El fantasma no tiene nada más que decir.

—¿Eso es todo? —protestó GaoLing—. Esas palabras son absurdas.

Pero yo le di las gracias y puse en su cuenco todas las monedas que tenía en el bolsillo. De camino a casa, GaoLing me preguntó por qué había entregado todo mi dinero a cambio de unas tonterías sobre un perro y un gallo. Al principio no pude contestarle. No dejaba de repetirme las

frases para no olvidarlas. Cada vez que lo hacía, entendía un poco mejor el mensaje y me sentía más triste.

—Tita Querida ha dicho que yo soy el perro que la traicionó —le expliqué por fin a GaoLing—. La luna representa a la noche en que le dije que me iría a vivir con los Chang. Al mencionar las estrellas que perforan la oscuridad eternamente, se refería a que aquélla fue la herida definitiva, una herida que nunca podrá perdonar. Cuando el gallo cantó, ella ya se había ido. Y hasta después de su muerte yo no supe que era mi madre, como si nunca hubiera existido.

—Ése es un significado posible —dijo GaoLing—. Hay otros.

—¿Cuáles? —pregunté. Pero no supo qué decir.

Cuando volvimos a casa, Madre, Padre y los tíos y tías estaban reunidos en el patio, hablando con voces cargadas de excitación. Padre contaba que en el mercado había conocido a un sacerdote taoísta, un hombre extraño y maravilloso. Al pasar a su lado, el sacerdote le había hablado:

—Señor, tiene todo el aspecto de un hombre que vive en una casa donde ronda un fantasma.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Padre.

—Es cierto, ¿no? —insistió el anciano—. Presiento que ha tenido mucha mala suerte sin que exista otra razón para ello. ¿Estoy en lo cierto?

—Tuvimos un suicidio en casa —reconoció Padre—. Una niñera cuya hija estaba a punto de casarse.

—Y a continuación llegó la mala suerte.

—Unas cuantas calamidades —respondió Padre.

Un joven que estaba al lado del sacerdote le preguntó a Padre si había oído hablar del célebre Cazafantasmas.

—¿No? Pues lo tiene delante; es este sacerdote viajero. Acaba de llegar a la aldea, por eso aún no es tan famoso como en el norte y en el sur. ¿Tiene parientes en Harbin? ¿No? ¡Pues claro! Si los tuviese, sabría quién es él.

El joven, que se presentó como un acólito del sacerdote, añadió.

—Sólo en esa ciudad ha cazado cien fantasmas en casas con problemas. Cuando hubo terminado, los dioses le ordenaron que siguiera su camino.

Cuando Padre terminó de contarnos cómo había conocido a los dos hombres, anunció:

—Esta tarde, el famoso Cazafantasmas vendrá a nuestra casa.

Unas horas después, el Cazafantasmas y su ayudante estaban en nuestro patio.

El sacerdote tenía barba blanca y una larga melena enmarañada semejante a un embrollado nido de pájaro. En una mano llevaba un bastón con una talla en la empuñadura que parecía representar a perro desollado tendido en un portal. En la otra sujetaba una vara corta. Del mantón de yute que envolvía sus hombros colgaba una campana de madera. Su túnica no era de color arena, como las de la mayoría de los monjes peregrinos que yo había visto. Estaba confeccionada en una seda azul de aspecto elegante, aunque las mangas tenían manchas de grasa, como si a menudo extendiera los brazos sobre la mesa para servirse otra ración de comida.

Lo observé con atención mientras Madre le ofrecía suculentos platos fríos. Era una hora

avanzada de la tarde, y estábamos sentados en el patio sobre pequeños taburetes. El monje lo probó todo: fideos de arroz con espinacas, brotes de bambú con mostaza picante, tofu aderezado con aceite de sésamo y cilantro. Madre no dejaba de disculparse por la escasa calidad de la comida, diciendo que se sentía a un tiempo avergonzada y orgullosa de recibirlo en nuestra humilde casa. Padre bebía té.

—Explíquenos cómo caza a los fantasmas —le dijo al sacerdote—. ¿Los atrapa con las manos? ¿Es una lucha feroz y peligrosa?

El sacerdote respondió que pronto lo vería.

—Pero primero necesito una prueba de su sinceridad. —Padre le dio su palabra de que éramos sinceros—. Las palabras no son una prueba —dijo el sacerdote.

—¿Y cómo se prueba la sinceridad? —preguntó Padre.

—En algunos casos, la familia sube a la cima del monte Tai y regresa; hacen todo el trayecto descalzos y cargando piedras.

La expresión de todos, y en especial la de mis tías, reflejó dudas de que fuésemos capaces de realizar semejante hazaña.

—En otros casos —prosiguió el monje—, una pequeña ofrenda de plata pura basta para expresar la sinceridad de todos los miembros de la familia.

—¿Qué cantidad sería la apropiada? —preguntó Padre.

El sacerdote frunció el entrecejo.

—Sólo ustedes saben si su sinceridad es pequeña o grande, falsa o auténtica.

El monje siguió comiendo. Padre y Madre se retiraron a una habitación para discutir el valor de nuestra sinceridad. Cuando regresaron, Padre abrió una bolsa, sacó un lingote de plata y lo puso delante del célebre Cazafantasmas.

—Está bien —dijo el sacerdote—. Un poco de sinceridad es mejor que nada.

Entonces Madre sacó un segundo lingote de la manga de su casaca. Lo colocó junto al otro, produciendo un tintineo. El monje asintió y dejó el cuenco. Dio una palmada, y su ayudante sacó de su atado una vinagrera vacía y un rollo de cuerda.

—¿Dónde está la joven que más quería el fantasma? —preguntó el sacerdote.

—Ahí —dijo Madre, señalándome—. El fantasma era su niñera.

—Su madre —corrigió Padre—. La chica es su bastarda.

Yo nunca había oído decir esa palabra en voz alta, y sentí como si me sangraran los oídos.

El sacerdote emitió un pequeño gruñido.

—No se preocupen. He tenido casos igual de graves. —Luego se dirigió a mí—: Tráeme el peine que ella usaba para peinarte.

Mis pies estaban clavados al suelo, pero Madre me puso en movimiento con un coscorrón. Corrí a la habitación que hasta hacía poco tiempo había compartido con Tita Querida y cogí el peine que ella usaba para peinarme. Era la peinetita de marfil que ella nunca usaba, con dientes largos y rectos y gallos decorativos en los extremos. Recordé que Tita Querida solía reñirme cuando veía nudos en mi melena y que se preocupaba por cada pelo de mi cabeza.

Cuando regresé, vi que el ayudante del monje había puesto la vinagrera en el centro del patio.

—Pásate el peine por el pelo nueve veces —dijo. Yo obedecí—. Ahora mételo en la

vinagrera. —Al hacerlo, percibí las emanaciones de un vinagre barato—. Ahora quédate totalmente inmóvil.

El Cazafantasmas golpeó la campana de madera con la vara, produciendo un grave *uac uac*. Él y su acólito caminaron rítmicamente a mí alrededor, cantando y acercándose cada vez más. De improviso, el Cazafantasmas soltó un grito y saltó sobre mí. Pensé que iba a encogerme y meterme dentro de la vinagrera, de manera que cerré los ojos y chillé. GaoLing hizo otro tanto.

Cuando abrí los ojos, vi que el acólito estaba cerrando herméticamente la vinagrera con una tapa de madera. Enrolló la cuerda alrededor del recipiente, de arriba abajo, hasta que quedó como un nido de avispones. Cuando hubo terminado, el Cazafantasmas tocó la vinagrera con la vara y dijo:

—Se ha acabado. Está atrapada. Traten de abrirla. Adelante. Es imposible.

Todos miraron la vinagrera, pero nadie se atrevió a tocarla.

—¿Puede escapar? —preguntó Padre.

—Imposible —respondió el Cazafantasmas—. Esta vinagrera durará varias vidas.

—Debería durar más —dijo Madre—. Teniendo en cuenta lo que ha hecho, se merece algo peor que permanecer atrapada en una vinagrera durante varias vidas. Incendió nuestra tienda. Estuvo a punto de matar a la familia. Nos ha llenado de deudas.

Incapaz de defender a Tita Querida, me eché a llorar. Había sido yo quien la había traicionado.

Al día siguiente, nuestra familia sirvió un banquete con los mejores platos, exquisiteces que no volveríamos a disfrutar en esta vida. Pero nadie, salvo los más pequeños, tenía apetito. Madre había contratado a un fotógrafo para que en el futuro pudiésemos recordar nuestra época de abundancia. Pidió que le hicieran una foto con GaoLing. En el último instante, GaoLing insistió en que yo posara junto a ellas, y aunque Madre no pareció complacida, no dijo nada.

Al día siguiente, Padre y los tíos regresaron a Pekín para averiguar cuánto dinero les reclamaban.

Mientras estaban fuera, aprendimos a comer sémola de arroz acuosa y unos pocos bocados de alimentos fríos. «Desea poco y sufrirás menos», era el lema de Madre. Una semana después, Padre llegó a casa y empezó a gritar como un loco desde el patio:

—¡Preparad otro banquete!

—¡La mala suerte se ha terminado! —añadieron los tíos—. ¡No tenemos que pagar daños! El magistrado decidió que no debíamos nada.

Todos salimos a su encuentro: los niños, las tías, los inquilinos y los perros.

¿Cómo era posible? Escuchamos la explicación de Padre. Cuando los demás tenderos habían presentado sus mercancías dañadas al magistrado, éste había descubierto que uno de ellos vendía libros robados treinta años antes de la Academia Hanlin. Y las obras de arte que vendía el otro, supuestamente hechas por grandes pintores y calígrafos, eran en realidad falsificaciones. En consecuencia, los jueces decidieron que el incendio era un castigo merecido para esos dos ladrones.

—El Cazafantasmas tenía razón —concluyó Padre—. El fantasma se ha ido.

Esa noche todos, salvo yo, cenaron opíparamente. Los demás reían y charlaban

despreocupadamente. Parecían haber olvidado que las barras de tinta se habían convertido en carbón y que la tienda era un montón de cenizas. Decían que su suerte había cambiado sólo porque Tita Querida estaba ahora golpeándose la cabeza contra las paredes interiores de una apesosa vinagrera.

A la mañana siguiente, GaoLing me dijo que Madre quería hablar conmigo de inmediato. Yo me había percatado de que, desde la muerte de Tita Querida, Madre había dejado de llamarme «hija». No me criticaba. Casi parecía tener miedo de que yo también me convirtiese en un fantasma. Mientras me dirigía hacia su habitación, me pregunté si alguna vez me habría querido. Cuando llegué a su lado, tuve la impresión de que mi presencia la turbaba.

—En tiempos de infortunio familiar —comenzó con tono áspero—, sentir tristeza es una muestra de egoísmo. Sin embargo, me entristece anunciarte que vamos a enviarte a un orfanato. — Yo me quedé helada, pero no lloré. No dije nada—. Al menos no te venderemos como esclava.

—Gracias —dije sin sentimiento.

—Si te quedaras en esta casa —prosiguió Madre—, quién sabe qué podría ocurrir. Tal vez el fantasma regresaría. Sé que el Cazafantasmas dijo que era imposible, pero eso es como decir que una sequía nunca sigue a otra, o que después de una inundación no puede haber otra inundación. Todo el mundo sabe que eso no es verdad.

No protesté, pero ella se enfadó igual:

—¿A qué viene esa expresión en tu cara? ¿Pretendes avergonzarme? Recuerda que durante muchos años te he tratado como a una hija. ¿Crees que otra familia de la aldea habría hecho lo mismo? Es posible que en el orfanato aprendas a valorarnos más. Y ahora será mejor que te prepares. El señor Wei ya te está esperando para llevarte en su carro.

Le di las gracias otra vez y salí de la habitación. Mientras preparaba un atado con mis cosas, GaoLing entró en la habitación con lágrimas rodando por sus mejillas.

—Iré a buscarte —prometió, y me entregó su casaca favorita.

—Si me la llevo, Madre te castigará —dije.

—No me importa.

Me siguió hasta el carro del señor Wei. Ella y los inquilinos fueron los únicos que se despidieron de mí el día que abandoné definitivamente la casa.

Cuando el carro torció por la curva de Cabeza de Cerdo, el señor Wei empezó a cantar una alegre canción sobre la cosecha. Y yo pensé en las palabras que Tita Querida había dictado a la mendiga:

Un perro aúlla, la luna se eleva.

Las estrellas perforan la oscuridad eternamente.

Un gallo canta y sale el sol.

A la luz del día, es como si las estrellas nunca hubiesen existido.

Alcé la vista al cielo —¡tan despejado y radiante!— y en mi corazón, yo también empecé a aullar.

Destino

命運

El orfanato era un monasterio abandonado, cercano a la colina Hueso de Dragón y al que se llegaba subiendo por un camino escarpado y tortuoso que nacía junto a la estación del ferrocarril. Para no cansar al burro, el señor Wei me obligó a andar el último kilómetro. Mi nueva vida comenzó en el momento en que me dijo adiós.

Era otoño, y los árboles desnudos parecían un ejército de esqueletos que protegían la colina y el monasterio situado en la cima. Cuando abrí la cancela, nadie salió a recibirme. Ante mí había un templo de madera reseca y laca desconchada, y en el patio sin plantas, una multitud de niñas vestidas con chaquetas blancas y pantalones azules formaban filas, como si fuesen soldados. Se doblaban por la cintura —adelante, a un lado, atrás, a un lado—, como si obedecieran al viento. Entonces vi otra imagen extraña: dos hombres, un extranjero y un chino. Era la segunda vez que yo veía a un extranjero de cerca. Cruzaban el patio llevando mapas y seguidos por una tropa de hombres con largos bastones. Temí haber topado con un ejército secreto de comunistas.

Cuando crucé la puerta del edificio, me llevé un susto tremendo. Allí había veinte o treinta muertos amortajados. Algunos eran altos y otros bajos; estaban en el centro del vestíbulo y en los lados. De inmediato pensé que eran muertos vivientes. Tita Querida me había contado que, cuando ella era pequeña, algunas familias contrataban a un sacerdote para que hechizaran a los muertos y los hicieran volver al hogar de sus ancestros. El sacerdote guiaba a esos muertos únicamente por la noche, para que no se toparan con ninguna persona viva a la que pudiesen poseer. Durante el día, descansaban en templos. Ella no había creído esa historia hasta que había oído a un sacerdote tañendo una campana de madera en mitad de la noche. Entonces, en lugar de huir como otros aldeanos, se había escondido para espiar. *Uac uac*, y entonces los vio: eran seis, parecían gusanos gigantes y avanzaban dando saltos de diez pies de altura. *No puedo decir con seguridad qué es lo que vi*, me había contado Tita Querida. *Lo único que sé es que después de aquella visión, no volví a ser la misma durante mucho tiempo.*

Estaba a punto de salir corriendo de allí cuando vi el brillo de unos pies dorados. Entonces me fijé mejor y descubrí que no eran muertos, sino estatuas de dioses. Me acerqué a uno de ellos y

tiré de la sábana que lo cubría. Era el dios de los Exámenes, con cuernos en la cabeza, un pincel en una mano y una medida para calibrar el talento de los aspirantes en la otra.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó una voz. Me volví y vi a una niña pequeña.

—¿Por qué está tapado?

—La maestra ha dicho que no es una buena influencia. No debemos creer en los dioses antiguos; sólo en los cristianos.

—¿Dónde está tu maestra?

—¿A quién has venido a ver?

—A quienquiera que haya aceptado recoger a Liu LuLing como huérfana.

La niña salió corriendo. Unos instantes después, aparecieron dos mujeres extranjeras.

Las misioneras americanas no me esperaban, como yo tampoco esperaba que fuesen americanas. Y como nunca había hablado con un extranjero, fui incapaz de articular palabra y me limité a mirarlas fijamente. Las dos tenían el pelo corto —blanco el de una, rojo y rizado el de la otra— y usaban gafas, lo que me indujo a pensar que las dos eran viejas.

—Lamento decir que nadie ha hecho las gestiones necesarias para que vivas aquí —dijo en chino la mujer del pelo blanco.

—Lamento decir que la mayoría de nuestras huérfanas son más pequeñas —añadió la otra.

Cuando me preguntaron mi nombre, aún no había recuperado la voz, de manera que usé los dedos para trazar los ideogramas en el aire. Ellas cuchichearon en voces inglesas.

—¿Puedes leer eso? —preguntó una de ellas, señalando un cartel escrito en chino.

—«Come hasta que estés lleno, pero no acapares» —leí.

Una de las mujeres me dio un lápiz y una hoja de papel.

—¿Puedes escribir esas palabras?

Lo hice, y las dos exclamaron:

—¡Ni siquiera ha vuelto a mirar el cartel!

Me abrumaron con preguntas: ¿Sabía escribir también con pincel? ¿Qué libros había leído? Luego volvieron a hablar entre ellas en la lengua extranjera, y cuando hubieron terminado, anunciaron que podía quedarme.

Más tarde descubrí que me habían aceptado para que estudiase y enseñase al mismo tiempo. Había sólo cuatro maestros, ex alumnos de la escuela que ahora ocupaban alguna de las treinta y seis habitaciones del edificio. El maestro Pan daba clases a las niñas mayores.

Yo me convertí en su ayudante. En sus tiempos de estudiante, cincuenta años antes, la escuela había sido exclusivamente para niños. La maestra Wang enseñaba a las niñas más pequeñas, y su hermana viuda —a quien llamábamos madre Wang— se ocupaba de los bebés de la guardería con la ayuda de algunas de las chicas mayores. Luego estaba la hermana Yu, una mujer menuda con la espalda huesuda y encorvada, mano de hierro y voz estridente. Estaba a cargo de la Limpieza, el Orden y la Buena Conducta. Además de planificar los baños y las tareas semanales de todo el mundo, le gustaba mangonear al cocinero y a su esposa.

Descubrí que las misioneras no eran igual de viejas. La señorita Grutoff, la del pelo rizado, tenía treinta y dos años, la mitad de la edad de la otra. Era la enfermera y la directora de la escuela. La señorita Towler era la directora del orfanato y pedía donaciones a gente que debía

compadecerse de nosotros. También se ocupaba del oficio dominical, dirigía obritas de teatro sobre la historia cristiana y tocaba el piano mientras nos enseñaba a cantar «como ángeles». Naturalmente, en ese entonces yo no sabía qué era un ángel. Y tampoco sabía cantar.

En cuanto a los hombres extranjeros, me enteré de que no eran comunistas sino científicos que trabajaban en la cantera donde se habían hallado los huesos del hombre de Pekín. Dos científicos extranjeros y diez chinos vivían en el ala norte del monasterio y desayunaban y cenaban con nosotros en el comedor principal. La cantera estaba cerca, a unos veinte minutos andando por un sinuoso camino que bajaba, subía y volvía a bajar.

En total había unas setenta niñas: treinta mayores, treinta pequeñas y un número variable de bebés, dependiendo de cuántos crecían y cuántos morían. La mayoría de las niñas eran como yo, hijas del amor de suicidas, mujeres de la vida y jóvenes solteras. Algunas eran como las atracciones de feria que GaoLing y yo habíamos visto en la calle de los Mendigos: niñas sin piernas ni brazos, una tuerta, una enana. También había mestizas, todas de padre extranjero: un inglés, un alemán y un americano. A mí me parecían extrañamente hermosas, pero la hermana Yu siempre se burlaba de ellas. Decía que en la parte occidental de su sangre había altivez, y que era preciso diluirla con humildad. «Está bien enorgullecerse por lo que uno hace, pero nunca por aquello con lo que ha nacido», decía. A menudo nos recordaba que la autocompasión no estaba permitida. Era una muestra de egoísmo.

Si una niña tenía cara larga, la hermana Yu le decía:

—Mira a la pequeña Ding. No tiene piernas, y sin embargo sonríe todo el día. —Y las regordetas mejillas de la pequeña Ding se elevaban casi hasta tragarle los ojos; así de contenta estaba de tener brotes en lugar de piernas.

Según la hermana Yu, podíamos hallar una felicidad instantánea pensando en alguien cuya situación era mucho peor que la nuestra.

Yo hacía de hermana mayor de la pequeña Ding sin piernas, que a su vez hacía de hermana mayor de la pequeña Jung, que era menor que ella y tenía una sola mano. Todas éramos responsable de otra niña, igual que en una familia. Las mayores y las pequeñas compartían habitaciones: tres cuartos con veinte camas dispuestas en tres filas. La primera fila era para las niñas más pequeñas, la segunda para las medianas y la tercera para las mayores. De esa manera, la cama de la pequeña Ding estaba a los pies de la mía y la de la pequeña Jung, a los pies de la cama de la pequeña Ding, cada una situada según su nivel de responsabilidad y respeto.

Para las misioneras, nosotras éramos las Niñas de un Nuevo Destino. En cada clase había una banda roja bordada con caracteres dorados que proclamaban este hecho. Y todas las tardes, durante nuestros ejercicios, cantábamos nuestro destino en una canción que la señorita Towler había escrito en inglés y en chino:

*Podemos aprender, podemos estudiar,
podemos casarnos con el hombre que deseemos.
Podemos mantenernos, podemos trabajar
y un mal destino será lo único que perderemos.*

Cuando acudían a vernos visitas especiales, la señorita Grutoff nos hacía interpretar una pantomima y la señorita Towler tocaba al piano una pieza muy dramática, del estilo de las que se

oían en las películas mudas. Un grupo de niñas levantaba carteles relacionados con el Viejo Destino: el opio, la esclavitud y la compra de amuletos. Se tambaleaban sobre sus pies vendados hasta que caían al suelo, indefensas. Entonces llegaban las niñas del Nuevo Destino, que hacían el papel de médicos: curaban a los fumadores de opio, les quitaban las vendas de los pies a las condenadas y barrían con escobas los inútiles amuletos. Al final daban gracias a Dios y hacían una reverencia a los invitados especiales, todos extranjeros de paso por China, dándoles también las gracias por ayudar a tantas niñas a superar su infortunio y avanzar hacia su Nuevo Destino. De esta manera recaudábamos mucho dinero, sobre todo si conseguíamos hacer llorar a los invitados.

Durante el oficio dominical, la señorita Towler siempre nos decía que la decisión de convertirnos al cristianismo estaba en nuestras manos. Nadie nos obligaría a creer en Jesús. Nuestra fe debía ser auténtica y sincera. Pero la hermana Yu, que había llegado al orfanato a los siete años, nos recordaba a menudo su antigua vida. De pequeña la habían obligado a mendigar, y si no reunía suficientes monedas lo único que le daban para comer eran maldiciones. Un día, cuando se quejó de que tenía hambre, el marido de su hermana la echó de la casa como si fuese basura. En esa escuela, decía, podíamos comer cuanto quisiéramos. Nunca tendríamos que preocuparnos de la posibilidad de que nos echaran. Podíamos elegir lo que deseábamos creer. Sin embargo, añadía que toda alumna que se negara a creer en Cristo era un gusano comecadáveres, y cuando esa infiel muriese, vagaría por el infierno, donde su cuerpo sería atravesado por una bayoneta, asado como un pato y obligado a sufrir tormentos peores que los que estaban padeciendo en Manchuria.

A menudo me preguntaba qué pasaría con las niñas que eran incapaces de escoger. ¿Adónde irían cuando muriesen? Recuerdo a un bebé a quien ni siquiera las misioneras le auguraban un Nuevo Destino, una niña que era hija de su propio abuelo. La veía en la guardería, donde yo trabajaba por las mañanas. Nadie le había puesto un nombre, y la hermana Wang me prohibió que la cogiera en brazos, ni siquiera si lloraba, porque había algún problema con su cuello y su cabeza. No emitía ningún sonido. Tenía la cara plana y redonda como un plato, los ojos muy grandes y la nariz y la boca diminutas. Su piel era pálida como el arroz y su cuerpo, demasiado pequeño para la cabeza, permanecía inmóvil como una flor de cera. Sólo sus ojos se movían de un lado a otro, como si siguieran los movimientos de un mosquito en el techo. Un día encontré su cuna vacía. La señorita Grutoff dijo que ahora estaba con Dios, y así supe que había muerto. Durante los seis años que pasé en el orfanato vi otras seis niñas iguales, todas hijas de sus abuelos y nacidas con lo que la señorita Wang llamaba la «cara universal». Era como si la misma persona regresara al mismo cuerpo por culpa de un error ajeno. Yo siempre recibía a la pequeña como si fuese una vieja amiga. Y lloraba cuando volvía a dejar este mundo.

Como procedía de una familia de fabricantes de tinta, yo era la mejor alumna de caligrafía en toda la historia de la escuela. Lo decía el maestro Pan. Con frecuencia rememoraba la época de los Ching, en la que todo se había corrompido, hasta el sistema de exámenes. Sin embargo, también hablaba de esos tiempos con nostalgia. «LuLing, si hubieses nacido varón en esa época, habrías podido llegar a ser letrado», decía. Ésas eran sus palabras exactas. También afirmaba que yo era mejor calígrafa que su hijo Kai Jing, a quien había enseñado él mismo.

Kai Jing, ahora geólogo, era también un excelente calígrafo, sobre todo teniendo en cuenta que

la mitad derecha de su cuerpo estaba debilitada a causa de una poliomielitis contraída en la infancia. Por suerte para él, cuando había enfermado su familia había pagado mucho dinero, todos sus ahorros, en los mejores médicos chinos y occidentales. Por eso Kai Jing se recuperó y quedó afectado únicamente por una ligera cojera y un hombro caído. Con el tiempo, los misioneros le ayudaron a conseguir una beca para estudiar geología en la Universidad de Pekín. Tras la muerte de su madre, regresó a casa a cuidar de su padre y a trabajar con los científicos en la cantera.

Todos los días iba a la cantera en bicicleta, y cuando regresaba, pedaleaba hasta la misma puerta del aula de su padre. Entonces el maestro Pan se montaba de lado en la parte trasera de la bicicleta y su hijo comenzaba a pedalear en dirección a sus habitaciones, situadas en el otro extremo del monasterio.

—¡Cuidado! ¡No os caigáis! —gritábamos los alumnos y los demás maestros.

La hermana Yu admiraba mucho a Kai Jing. Una vez lo señaló y nos dijo:

—¿Veis? Vosotras también podéis ayudar a otros en lugar de seguir siendo una molesta carga.

En otra ocasión le oí decir:

—¡Qué tragedia que un muchacho tan apuesto sea cojo!

Quizá dijera esas palabras para consolar a las alumnas. Pero yo entendí que quería decir que la tragedia de Kai Jing era más grande que la de otros sólo porque había nacido más agradable a la vista. ¿Cómo podía pensar eso la hermana Yu? Si un rico pierde su casa, ¿es peor que si la pierde un pobre?

Consulté sobre este punto a una de las chicas mayores, y ella me respondió:

—¡Qué pregunta tan tonta! ¡Por supuesto que sí! Los personas ricas y las bellas tienen más cosas que perder.

Sin embargo, a mí seguía sin parecerme bien. Pensé en Tita Querida. Al igual que Kai Jing, ella había nacido con una belleza natural. La gente decía constantemente: «¡Qué pena tener una cara así! Estaría mejor muerta». ¿Habría pensado yo lo mismo si no la hubiese querido? Pensé en la mendiga ciega. ¿Quién la echaría de menos cuando se marchase de este mundo?

Entonces sentí el imperioso deseo de encontrar a aquella chica. Ella podía hablar con Tita Querida. Podía decirme dónde estaba. ¿Vagaba por el Fin del Mundo o estaba atrapada en la vinagrera? ¿Y qué ocurriría con la maldición? ¿Me alcanzaría pronto? Si moría allí y entonces, ¿quién me echaría de menos en este mundo? ¿Quién me daría la bienvenida en el otro?

Cuando el tiempo era bueno, el maestro Pan llevaba a las niñas mayores a la cantera de la colina Hueso de Dragón. Lo hacía con orgullo, pues su hijo era uno de los geólogos. Al principio la cantera era una cueva semejante a la de la familia de Tita Querida, pero cuando yo la vi era un gigantesco foso de cincuenta metros de profundidad. Habían pintado rayas blancas en las paredes y el suelo, de arriba abajo y de lado a lado, de manera que parecía cubierta con una red de pescar.

—Si un excavador encuentra un resto de persona o animal, o una herramienta de caza —nos explicó Kai Jeng—, apuntará con exactitud de qué cuadrado de la cueva lo ha sacado. Podemos calcular la edad de la pieza según el sitio donde se haya encontrado, siendo el octavo estrato el más antiguo. Luego los científicos podrán volver a ese punto y seguir cavando.

Las chicas llevábamos termos con té y galletas para los científicos, que cuando nos veían llegar, subían desde el fondo del pozo, se refrescaban y nos daban las gracias entre suspiros:

—Gracias, gracias. Tenía tanta sed que temía convertirme en otro fósil.

De vez en cuando un carrito tirado por un hombre subía la empinada cuesta, y un extranjero con gruesas gafas y una pipa en la mano se apeaba y preguntaba si habían encontrado algo más. Los científicos señalaban hacia un lado u otro, y el hombre de gafas asentía, pero parecía decepcionado. Otras veces se entusiasmaba y aspiraba el humo de la pipa una y otra vez mientras hablaba. Luego volvía al carro y bajaba al pie de la colina, donde un brillante automóvil lo esperaba para llevarlo de nuevo a Pekín. Si corríamos hasta un mirador, alcanzábamos a ver el último tramo de la hondonada, y allí estaba el coche negro, avanzando por el estrecho camino y levantando nubes de polvo.

Cuando llegaba el invierno, los científicos debían trabajar más deprisa, pues pronto el suelo se endurecería demasiado y la temporada de excavaciones terminaría. A algunas de las chicas mayores nos permitían bajar y ayudar a guardar la tierra removida en cajas, a repintar las líneas blancas en el suelo de la cantera o a pasar con cuidado por un cedazo un polvo que ya había sido tamizado mil veces. Teníamos prohibido entrar en las zonas protegidas con cuerdas, los sitios donde habían hallado huesos humanos. Para el inexperto, era fácil confundir los huesos con piedras o restos de vasijas, pero yo nunca me equivocaba, pues había aprendido a diferenciar estas cosas cuando juntaba huesos con Tita Querida. También sabía que el hombre de Pekín no era una persona, sino muchas: hombres, mujeres, niños y bebés. Los restos eran muy pequeños y no alcanzaban para formar un cuerpo entero. No hablaba de ello con las demás niñas porque no quería pasar por inmodesta. Igual que ellas, ayudaba sólo en los sitios donde nos enviaban los científicos y donde había mayormente huesos de animales, cuernos de ciervos y caparazones de tortugas.

Un día el hijo del maestro Pan elogió mi trabajo.

—Eres una trabajadora escrupulosa —dijo Kai Jing.

A partir de ese momento, tamizar tierra con cuidado se convirtió en mi tarea favorita. Pero pronto el aire se heló y dejamos de sentir los dedos y las mejillas. Y ése fue el fin del trabajo y los halagos.

Mi siguiente tarea favorita era dar clase a las demás alumnas. A veces les enseñaba a pintar. Explicaba a las más pequeñas cómo usar el pincel para hacer orejas, rabos y bigotes de gato. Pintaba caballos, grullas, monos e incluso hipopótamos. También ayudaba a las alumnas a mejorar su caligrafía y su mente. Les repetía lo que me había enseñado Tita Querida: cómo una persona debe pensar en sus intenciones, cómo su *chi* fluye desde el cuerpo al brazo, luego al pincel y finalmente a la pincelada. Cada trazo tiene un significado, y puesto que cada palabra requiere muchos trazos, tiene también muchos significados.

Las tareas que menos me gustaban eran aquellas que me asignaba la hermana Yu cada semana: barrer, limpiar las tinas o alinear los bancos para el oficio religioso y luego volverlos a poner en su sitio para la comida. Estos trabajos no habrían sido tan desagradables si la hermana Yu no hubiese tenido la manía de encontrar defectos a todo lo que hacía. Una vez me puso a cargo de los insectos. Se quejaba de que los monjes nunca los habían matado, pues pensaban que en otra vida habían sido mortales, y encima santos.

—Lo más probable es que fuesen señores feudales —gruñó la hermana Yu y añadió—:

Písalos, mátalos, haz lo que sea necesario para que no entren.

Las puertas de las habitaciones, excepto las de los extranjeros, no se cerraban nunca, de manera que las hormigas y las cucarachas entraban libremente. También se colaban por las grietas o agujeros de las paredes y por los grandes enrejados de madera que dejaban entrar la luz y el aire. Pero yo sabía lo que debía hacer. Tita Querida me lo había enseñado. Cubrí los enrejados con papel. Luego cogí una tiza del aula y tracé una línea en los vanos de todas las puertas y alrededor de todas las grietas. Al oler la tiza, las hormigas se desorientarían y darían media vuelta. Las cucarachas eran más valientes. Cruzaban la línea sin vacilar, pero el polvo se metía entre sus patas y debajo del caparazón, de modo que al día siguiente aparecían patas arriba, asfixiadas por la tiza.

Esa semana la hermana Yu no me criticó. En cambio, recibí una recompensa por mi «excelente trabajo de sanidad»: dos horas libres para hacer lo que quisiera, siempre que no fuese malo. En aquel lugar atestado de gente no había espacio para estar sola. De modo que eso fue lo que decidí hacer con mi recompensa. Hacía mucho tiempo que no releía las páginas que Tita Querida había escrito para mí antes de morir. Me resistía a hacerlo, pues sabía que iba a llorar y que la hermana Yu me reñiría por expresar autocompasión delante de la pequeña Ding y las demás niñas. Una tarde de domingo, me metí en un pequeño almacén abandonado que olía a humedad y estaba lleno de estatuillas. Me senté en el suelo, contra la pared de la ventana. Abrí el paño azul que cubría las páginas, y por primera vez vi que Tita Querida había cosido un pequeño bolsillo en la tela. Dentro había dos objetos maravillosos: el primero era el hueso del oráculo que me había enseñado cuando era pequeña, diciéndome que podría quedármelo cuando hubiese aprendido a recordar. Ella lo había tenido en sus manos, igual que su padre. Ahora yo lo apreté contra mi corazón. Y luego saqué el segundo objeto. Era la fotografía de una joven con un tocado bordado y una acolchada chaqueta de invierno con un cuello alto hasta las mejillas. Alcé la foto para examinarla a la luz. ¿Era posible? Esa mujer era Tita Querida antes de quemarse la cara. Tenía ojos soñadores, unas cejas atrevidas que se elevaban hacia las sienes y una boca... ¡qué labios tan llenos y carnosos!, ¡qué piel tan tersa! Era hermosa, pero no tenía el aspecto con el que yo la recordaba, y me apenó que en la fotografía no apareciese su cara quemada. Sin embargo, cuanto más la miraba más familiar me parecía. Entonces lo entendí todo: su cara, sus esperanzas, sus conocimientos y su tristeza eran los míos. Lloré y lloré, con el corazón lleno de alegría y autocompasión.

Una vez a la semana la señorita Grutoff y la esposa del cocinero iban a la estación del ferrocarril para recoger paquetes y la correspondencia. A veces eran cartas de amigos de otras escuelas de misioneros en China o de los científicos del Peking Union Medical College. Otras veces eran sobres con dinero llegados de sitios lejanos: San Francisco (California), Milwaukee (Wisconsin), o Elyria (Ohio). La señorita Grutoff leía las cartas durante el oficio dominical. Nos enseñaba un globo terráqueo y decía:

—Aquí estamos nosotros, aquí están ellos. Y os envían amor y mucho dinero. —Entonces hacía rotar el globo para que nos mareáramos con esa idea.

Yo me preguntaba: ¿cómo es posible que un extraño ame a otro extraño?

Madre y Padre ahora también era extraños para mí. No me querían. Para ellos, yo había dejado de existir. ¿Y las promesa de GaoLing de ir a buscarme? ¿Lo habría intentado? No lo creía.

Una día, cuando llevaba dos años en el orfanato, la señorita Grutoff me entregó una carta. Reconocí la escritura de inmediato. Era la hora de comer, y en el ruidoso comedor, me quedé sorda. Las niñas que estaban cerca me preguntaban a gritos quién me había escrito. Yo huí de ellas, protegiendo mi tesoro como un perro muerto de hambre. Todavía conservo esa carta, y esto es lo que leí:

«Mi queridísima hermana: Te pido perdón por no haberte escrito antes. No ha pasado un solo día sin que pensara en ti. Pero no podía escribirte porque el señor Wei se negaba a decirme dónde te había llevado. Madre tampoco. Por fin, la semana pasada oí en el mercado que otra vez estaban excavando en la colina Dragón Azul y que los científicos americanos y chinos vivían en el antiguo monasterio, junto con las alumnas del orfanato. Cuando vi a la esposa de Hermano Mayor, le dije: “Me pregunto si LuLing conoce a los científicos, ya que vive tan cerca de ellos”. Y ella respondió: “Yo me preguntaba lo mismo”. Así lo supe.

»Madre está bien, aunque se queja de que trabaja tanto que sus dedos están siempre negros. Siguen completamente dedicados a la tarea de reponer las barras de tinta que se perdieron en el incendio. Y Padre y los tíos han reconstruido la tienda de Pekín. Pidieron dinero y madera en préstamo a Chang, el constructor de ataúdes, que ahora es el propietario de la mayor parte del negocio. Recibieron una parte cuando me casé con Chang Fu Nan, el cuarto hijo, el mismo con el que ibas a casarte tú.

»Madre dice que ha sido una suerte que los Chang aceptaran a un miembro de nuestra familia. Pero yo no me considero afortunada. Creo que la afortunada eres tú, por no haberte convertido en nuera de los Chang. Todos los días, cada vez que como un bocado, me recuerdan la superioridad de su familia frente a la nuestra. Contrajimos una deuda con ellos por la madera, y esa deuda crece constantemente. Dentro de cien años, el clan Liu seguirá trabajando para ellos. Las barras de tinta ya no se venden tan bien, ni su precio es tan alto como antes. Con franqueza, la calidad no es tan buena: los ingredientes son peores y Tita Querida ya no está aquí para hacer las tallas. Como recordatorio de la deuda de nuestra familia, yo no recibo dinero para mis gastos. He tenido que vender un pasador de pelo con el fin de comprar el sello de esta carta.

«También deberías saber que la familia Chang no es tan rica como creíamos de niñas. El opio se ha llevado gran parte de su fortuna. La esposa de otro de los hijos me contó que el problema comenzó cuando Fu Nan era un niño y se dislocó el hombro. Su madre empezó a darle opio. Más tarde la madre murió; algunos dicen que la mataron a golpes, pero Chang asegura que se cayó accidentalmente del techo. Luego Chang se casó con otra mujer que antes era la novia de un gobernador que cambiaba opio por ataúdes. La segunda esposa también tenía el hábito del opio. El gobernador le dijo a Chang que si alguna vez hacía daño a la mujer, lo convertiría en un eunuco. Y Chang sabía que hablaba en serio, pues había visto hombres a los que les faltaban partes del cuerpo por no haber pagado las deudas del opio.

»En esta casa sólo hay gritos y locura: sus habitantes buscan constantemente dinero para opio. Si Fu Nan pudiese venderme a trozos para conseguir opio, lo haría. Está convencido de que yo sé

dónde encontrar más huesos de dragón. Insiste en que se lo diga, pues así todos seríamos ricos. Si yo supiera dónde hallar esos huesos, lo vendería para abandonar esta familia. Hasta sería capaz de venderme a mí misma. Pero ¿adónde puedo ir?

«Hermana, me disculpo por el sufrimiento que pueda causarte esta carta. Si escribo estas cosas es sólo para que entiendas por qué no he ido a verte y por qué tienes suerte de estar donde estás. Por favor, no me contestes. Me crearías problemas. Ahora que sé dónde estás, trataré de escribirte otra vez. Entretanto, espero que te encuentres bien de salud y que estés contenta. Tu hermana, GaoLing».

Cuando terminé de leer, la carta aún temblaba en mis manos. Recordé que en cierta ocasión había sentido celos de GaoLing. Ahora su vida era más triste que la mía. La hermana Yu decía que podíamos hallar felicidad con sólo pensar en la desdicha de otros. Pero yo no me sentía feliz.

Sin embargo, con el tiempo empecé a ser menos desdichada. Acepté mi situación. Es posible que la debilidad de la memoria me ayudase a sentir menos dolor. O acaso mi fuerza vital estuviera creciendo. Lo único que sabía era que me había convertido en una chica distinta de la que había llegado al orfanato.

Claro que para entonces hasta los dioses del monasterio habían cambiado de opinión. Con el transcurso de los años, la señorita Towler había empezado a retirar los mantos que cubrían las esculturas, pues necesitábamos la tela para confeccionar ropa y colchas. Finalmente todas las esculturas quedaron al descubierto, burlándose de la señorita Towler, según decía ella, con sus caras rojas, sus tres ojos y sus vientres desnudos. Y había muchas, muchísimas estatuas, tanto budistas como taoístas, porque en distintos siglos el monasterio había estado ocupado por monjes de los dos cultos, dependiendo del gobernador militar del momento. Un día, poco antes de Navidad, cuando hacía demasiado frío para salir, la señorita Grutoff decidió convertir a los dioses chinos en cristianos. Los bautizaríamos con pintura. Las niñas que estaban en el orfanato desde que eran bebés pensaron que sería divertido. Pero las alumnas que habían llegado más tarde tenían desfigurado a los dioses y despertar su ira. Tal era su pavor que cuando las llevaban a rastras hasta las esculturas gritaban a voz en cuello, echaban espuma por la boca y finalmente se desplomaban, como si estuviesen poseídas. Yo no tenía miedo. Creía que si era respetuosa con los dioses chinos y con el cristiano, nadie me haría daño. Me decía que el pueblo chino era amable, pero también práctico ante la vida. Por lo tanto, los dioses chinos entenderían que vivíamos en una casa cristiana dirigida por americanos. Si los dioses pudiesen hablar, ellos mismos reconocerían que la deidad cristiana llevaba las de ganar. Los chinos, a diferencia de los extranjeros, no trataban de imponer sus ideas a otros. Pensaban: que los extranjeros hagan lo que les plazca, por muy raros que sean. Mientras pasaba el pincel por las caras doradas y rojas, decía: «Perdóname, Augusto de Jade; perdóname, Jefe de los Ocho Inmortales, sólo os estoy haciendo un disfraz por si los comunistas o los japoneses vienen buscando estatuas para una hoguera».

Yo era una buena artista. A algunos dioses les pegaba lana de oveja para la barba, fideos para alargar el pelo y plumas para las alas. Así fue como el gordo Buda se convirtió en Jesucristo; la diosa de la Misericordia, en la Virgen; los Tres Puros, los dioses principales de los taoístas, en los Reyes Magos de Oriente, y los dieciocho *lohan* o discípulos de Buda, en los doce apóstoles con seis hijos. Las deidades menores del infierno fueron ascendidas a ángeles. Al año siguiente, la

señorita Grutoff decidió que también debíamos pintar los pequeños relieves de Buda que se encontraban en todas las habitaciones del monasterio. Había centenares.

Un año antes la señorita Grutoff había descubierto el pequeño almacén donde yo me había ocultado para releer la historia de Tita Querida. Según dijo la hermana Yu, las estatuillas que estaban allí formaban parte de un retablo taoísta que contaba lo que sucedía cuando una persona iba al infierno. Había docenas de imágenes realistas y pavorosas. Una de ellas representaba a un hombre arrodillado y rodeado de animales que se alimentaban de sus entrañas. Tres figuras aparecían atravesadas por una estaca, como cerdos en un espetón. Cuatro personas estaban sentadas en una gran olla de aceite hirviendo. Y había demonios gigantescos, con la cara roja y cuernos puntiagudos, conduciendo a los muertos a una batalla. Cuando terminamos de pintar esas imágenes, nos quedamos con un pesebre completo: el Niño Jesús, la Virgen María, José y todos los demás, incluyendo a Papá Noel. A pesar de nuestros esfuerzos, las figuras aún tenían la boca abierta y parecían lanzar gritos de horror. Dijera lo que dijese la señorita Grutoff, la mayoría de las niñas no podía creer que las figuras del belén estuvieran cantando *Noche de Paz*.

Cuando hubimos terminado con esas imágenes, no nos quedaron ídolos a quienes convertir en ángeles. Entonces yo también había cambiado: había dejado de ser ayudante para convertirme en maestra, y la niña solitaria de antaño estaba ahora enamorada del hijo del maestro Pan.

Nuestra historia comenzó de la siguiente manera:

Todos los años, durante el pequeño Año Nuevo, las alumnas pintaban bandas con pareados de la buena suerte para la feria de la Boca de la Montaña. Un día yo estaba en el aula con el maestro Pan y otras alumnas, pintando los largos carteles rojos que cubrían los pupitres y el suelo.

Como de costumbre, Kai Jing llegó en su bicicleta para recoger a su padre. El suelo de la colina Hueso de Dragón estaba helado, así que Kai Jing dedicaba la mayor parte de su tiempo a dibujar diagramas, escribir informes y hacer maquetas de los sitios donde habían descubierto huesos. El día en cuestión, Kai Jing llegó temprano, y el maestro Pan no estaba preparado para irse. De manera que el joven se ofreció a colaborar con la pintura de los carteles. Se colocó a mi lado, y yo me alegré de recibir ayuda.

Pero entonces vi lo que estaba haciendo: copiaba todos los ideogramas o figuras que yo dibujaba. Si yo escribía «suerte», él escribía «suerte». Si yo escribía «abundancia», él escribía «abundancia». Si yo pintaba «todo lo que deseas», él pintaba lo mismo, trazo a trazo. Lo hacía a un ritmo prácticamente idéntico, de manera que parecíamos dos personas bailando. Así nació nuestro amor: la misma curva, el mismo punto, el mismo movimiento del pincel mientras nuestras exhalaciones se fundían en una sola.

Pocos días después, las alumnas y yo llevamos los carteles a la feria. Kai Jing me acompañó y comenzó a hablar en murmullos mientras caminaba a mi lado. En las manos llevaba un pequeño libro de pinturas hechas sobre papel de morera. En la tapa se leía: *Las cuatro manifestaciones de la belleza*.

—¿Te gustaría ver lo que hay dentro? —preguntó.

Cualquiera que nos oyera habría pensado que hablábamos de lecciones de la escuela. Pero

hablábamos de amor.

Volvió una página.

—En cada forma de la belleza hay cuatro niveles de talento. Ocurre en la pintura, la caligrafía, la música y la danza. El primer nivel es la competencia. —Mirábamos una página en la que había dos dibujos idénticos de un bosquecillo de bambúes, una pintura típica, bien hecha, realista e interesante por los detalles de dobles líneas, una imagen que expresaba las ideas de la fuerza y la longevidad—. La competencia —prosiguió— es la habilidad para dibujar algo una y otra vez con los mismos trazos, la misma fuerza, el mismo ritmo y la misma sinceridad. No obstante, esta clase de belleza es corriente.

»El segundo nivel —prosiguió Kai— es la excelencia. —Contemplamos otro dibujo de varios tallos de bambú—. Éste va más allá de la competencia. Su belleza es única. Y sin embargo es más sencillo que el otro, hace menos hincapié en los tallos y más en las hojas. Expresa a un tiempo fuerza y soledad. El pintor menor es capaz de captar una de estas cualidades, pero no la otra.

Volvió la página. La ilustración siguiente era un solo tallo de bambú.

—El tercer nivel es lo divino —dijo—. Las hojas son ahora sombras mecidas por un viento invisible, y el tallo sólo es perceptible como una sugerencia de lo que falta. Sin embargo, las sombras están más vivas que las primeras, pues aquéllas tapaban la luz. La persona que ve esto no tiene palabras para describir cómo lo han hecho. Por mucho que lo intente, el pintor no podrá volver a captar el sentimiento de esta pintura, sólo una sombra de la sombra.

—¿Cómo es posible que la belleza sea algo más que divina? —pregunté, sabiendo que pronto oiría la respuesta.

—El cuarto nivel —explicó Kai Jing— es superior a éste, y todo mortal tiene en su naturaleza la capacidad de hallarlo. Sólo podemos percibirlo si no intentamos percibirlo. Se manifiesta sin motivación ni deseo ni conocimiento del posible resultado. Es puro. Es lo que tienen los niños inocentes. Es lo que los viejos maestros recuperan cuando han perdido la razón y vuelven a ser niños.

Volvió la página. En la siguiente había un óvalo.

—Esta pintura se llama *En el interior de un tallo de bambú*. El óvalo es lo que ves si estás dentro, mirando hacia abajo o hacia arriba. Es la simplicidad de estar dentro, sin razón ni explicación para ello. Es la natural fascinación ante el descubrimiento de que todas las cosas guardan relación con otras, un óvalo de tinta con una página de papel blanco, una persona con un tallo de bambú, el espectador con la pintura.

Kai Jing hizo una larga pausa.

—El cuarto nivel se llama espontaneidad —dijo por fin. Guardó el libro en el bolsillo de su chaqueta y me miró con expresión pensativa—. Últimamente detecto esta belleza de lo espontáneo en todas las cosas. ¿Y tú?

—Yo también —respondí, y me eché a llorar.

Porque los dos sabíamos que hablábamos de la espontaneidad con que uno se enamora, como si dos tallos de bambú se inclinaran el uno hacia el otro empujados por un viento caprichoso. Entonces nos inclinamos el uno hacia el otro y nos besamos, perdidos en el invisible reino de nuestra unión.

Espontaneidad



Kai Jing y yo probamos por primera vez el placer prohibido en una noche de verano iluminada por una brillante luna. Nos habíamos escondido en un trastero situado al fondo de un pasillo, lejos de la vista y los oídos de los demás. Yo no sentía vergüenza ni sentimientos de culpa. Me sentía audaz y renovada, capaz de nadar por el cielo y volar a través de las olas. Y si aquello traía mala suerte, que así fuera. Yo era hija de Tita Querida, una mujer que tampoco había podido controlar sus deseos y por eso me había concebido a mí. ¿Qué podía haber de malo en ello, cuando la piel de la espalda de Kai Jing era tan suave, tan cálida, tan fragante? ¿También estaba mal sentir sus labios en mi cuello? Cuando desabotonó la espalda de mi blusa y ésta cayó al suelo, yo ya estaba condenada, y me alegraba de ello. Luego cayó el resto de mi ropa, prenda a prenda, y sentí que me volvía más ligera y oscura. Él y yo éramos dos sombras negras y etéreas que se doblaban y se fundían, débiles y feroces a la vez, ingravidas, ajenas a todos los demás... hasta que abrí los ojos y descubrí que había una docena de personas mirándonos.

Kai Jing rio.

—No, no, no son reales. —Tocó una de ellas. Eran las imágenes del infierno restauradas y convertidas en Feliz Navidad.

—Son como el público de una ópera mala —dije—; no parecen complacidos.

Estaba la Virgen María con la boca abierta en un mudo grito, los pastores con cabezas puntiagudas y el Niño Jesús, con los ojos saltones como los de un sapo. Kai Jing cubrió la cara de María con mi blusa y la de José con mi falda. El Niño Jesús se quedó con mi enagua. Acto seguido, Kai Jing colocó su ropa sobre los Reyes Magos y volvió a los pastores de espaldas. Cuando todos quedaron mirando a la pared, me ayudó a acostarme sobre la paja y una vez más nos transformamos en sombras.

Pero lo que sucedió a continuación no fue como un poema o una pintura del cuarto nivel. No éramos como la naturaleza, tan maravillosamente armoniosos como la tupida copa de un árbol contra el cielo. Habíamos previsto algo semejante, pero la paja nos raspaba la piel y el suelo apestaba a orina. Cuando una rata salió de su agujero, Kai Jing se separó de mí y accidentalmente

derribó al Niño Jesús de su cuna. El monstruo de ojos saltones yacía a nuestro lado como si fuese un hijo de nuestro amor. Entonces Kai Jing se levantó y encendió una cerilla para buscar a la rata. Al alzar la vista y ver sus partes íntimas, supe que ya no estaba poseído. También noté que tenía garrapatas en el muslo. Un instante después, él señaló tres en mi trasero. Me incorporé de un salto y empecé a sacudirme para librarme de los bichos. Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no llorar ni reír mientras Kai Jing me inspeccionaba y quemaba las garrapatas con la cerilla. Cuando retiré mi falda de la cabeza de María, se me antojó que se alegraba de que estuviese avergonzada a pesar de que no habíamos satisfecho nuestros deseos.

Nos vestimos con rapidez, los dos demasiado turbados para hablar. Él continuó callado en el camino a mi habitación. Pero al llegar a la puerta, dijo:

—Lo lamento. Debería haberme dominado. —Me dolió el corazón. No quería oír disculpas ni palabras de pesar—. Debería haber esperado a que estuviésemos casados —añadió.

Me eché a llorar de la sorpresa. Él me abrazó y me prometió en susurros que seríamos amantes durante diez mil vidas, y yo le juré lo mismo, hasta que oímos un fuerte chistido.

Incluso después de que nos calláramos, la hermana Yu, que ocupaba la habitación contigua a la mía, siguió protestando:

—No tienen ninguna consideración por los demás. Son peores que gallos...

A la mañana siguiente me sentía una persona diferente, feliz pero también preocupada. Cierta vez, la hermana Yu había dicho que era posible identificar a las prostitutas en la calle porque tenían ojos idénticos a los de las gallinas. Yo no sabía qué quería decir. ¿Se volvían más rojos y pequeños? ¿Detectarían las demás un nuevo conocimiento en mis ojos? Cuando entré en el comedor para el desayuno, vi que prácticamente todo el mundo estaba congregado allí, formando un círculo y hablando con seriedad. Mientras me acercaba, tuve la impresión de que todas las maestras me miraban con expresión triste y horrorizada. Kai Jing cabeceó y dijo:

—Malas noticias.

La sangre abandonó mis extremidades, de manera que la debilidad me habría impedido huir aunque hubiese querido hacerlo. ¿Me expulsarían? ¿El padre de Kai Jing se había negado a nuestra boda? Pero ¿cómo lo sabían? ¿Quién había hablado? ¿Quién nos había visto? ¿Quién nos había oído? Kai Jing señaló la radio de onda corta que pertenecía a los científicos, y los demás se volvieron otra vez para escuchar. ¿Están anunciando lo que hicimos por la radio?, pensé. ¿Y en inglés?

Cuando Kai Jing me explicó lo que ocurría, ni siquiera tuve la oportunidad de sentir alivio porque las malas noticias no se referían a mí.

—Anoche los japoneses atacaron —dijo—. Cerca de Pekín. Todo el mundo piensa que habrá guerra.

Maku polo esto, *maku polo* lo otro, oía que decía la voz de la radio.

—¿Qué es eso de *maku*?

—El puente de Maku Polo —explicó la hermana Yu—. Los enanos isleños lo han capturado.

Me sorprendió oírle usar ese mote difamatorio para los japoneses. En la escuela, nadie insistía tanto como ella en que no debíamos usar apodosos insultantes, ni siquiera para referirnos a aquellos que odiábamos.

—Dispararon los fusiles al aire —prosiguió la hermana Yu—. Dijeron que sólo era una práctica. Así que nuestro ejército disparó también, para darles una lección. Sólo ha desaparecido un enano. Con toda probabilidad el muy cobarde huyó, pero ahora los japoneses dicen que un solo hombre desaparecido basta para declarar la guerra.

Cuando la hermana Yu traducía del inglés al chino, era difícil distinguir la noticia de sus opiniones.

—¿Ese puente de Maku Polo está lejos de aquí? —pregunté.

—Está en Wanping, al norte —respondió la señorita Grutoff—. Cerca de la estación de trenes.

—Pero ése es el puente del Foso de los Juncos, situado a cuarenta y seis kilómetros de mi aldea —dije—. ¿Cuándo le cambiaron de nombre?

—Hace más de seiscientos años —precisó la señorita Grutoff—, cuando Marco Polo lo admiró por primera vez.

Y mientras todos los demás seguían hablando de la guerra, yo me pregunté por qué nadie de mi aldea sabía que el puente había cambiado de nombre hacía mucho tiempo.

—¿Hacia dónde avanzan los japoneses? —pregunté—. ¿Hacia el norte, en dirección a Pekín, o hacia el sur y hacia nosotros?

Todos callaron a la vez. En la puerta había una mujer. Con el radiante sol a su espalda, era una sombra imposible de reconocer; sólo sabía que llevaba un vestido.

—¿Liu LuLing sigue viviendo aquí? —le oí preguntar.

¿Quién preguntaba aquello? Yo estaba confusa por muchas razones, y ahora encima eso. Mientras iba a su encuentro mi confusión se trocó en presentimiento, y el presentimiento en certeza. Tita Querida. A menudo soñaba que su fantasma regresaba. Igual que en los sueños, podía hablar y tenía la cara entera, e igual que en los sueños, yo corrí hacia ella. Pero esta vez no me rechazó. Abrió los brazos y exclamó:

—¡Así que aún reconoces a tu hermana!

Era GaoLing. Nos tomamos de las manos y dimos vueltas y vueltas, bailando y palmeándonos los brazos, turnándonos para llorar.

—Mírate.

No sabía nada de ella desde que había recibido su carta, y de eso hacía cuatro o cinco años. Segundos después, volvíamos a hablar como hermanas.

—¿Qué te ha pasado en el pelo? —bromeé, tocando sus alborotados rizos—. ¿Fue un accidente, o lo has hecho adrede?

—¿Te gusta?

—No está mal. Ya no pareces una campesina, sino una mujer moderna.

—Tampoco veo moscas alrededor de tu cabeza. Había oído rumores de que eras una gran intelectual.

—Sólo una maestra. ¿Y tú? ¿Aún eres...?

—La esposa de Chang Fu Nan. Desde hace ya seis años. Es difícil de creer.

—Pero ¿qué te ha pasado? Tienes un aspecto horrible.

—No he comido nada desde ayer.

Me levanté y fui a la cocina. Regresé con un cuenco de sémola de mijo, encurtidos, cacahuets

al vapor y unos entremeses. Nos sentamos en un rincón, lejos de las noticias de la guerra, y ella comió ruidosa y rápidamente.

—Fu Nan y yo hemos estado viviendo en Pekín. No tenemos hijos —dijo entre grandes bocados—. Vivimos en las habitaciones de la tienda de tinta. La han reconstruido. ¿Te lo conté en mi carta?

—Algo.

—Entonces sabrás que los Chang son los propietarios del negocio, y que nuestra familia sólo posee deudas. Padre y los tíos han vuelto a Corazón Inmortal y trabajan tanto que prácticamente sudan tinta. Y ahora que están en casa todo el día, se les ha agriado el carácter y siempre discuten sobre quién es el culpable de esto, de lo otro y del mal tiempo.

—¿Y qué hay de Hermano Mayor y Segundo Hermano? —pregunté—. ¿Viven también en casa?

—Los nacionalistas reclutaron a Hermano Mayor hace cinco años. Se llevaron a todos los jóvenes de su edad. Y dos años después, Segundo Hermano huyó para unirse a los comunistas. Lo siguieron los hijos de Tío Grande, que los maldijo diciendo que no les permitiría regresar a ninguno de los tres. Madre no le dirigió la palabra hasta que se formó el Frente Unido y Tío Grande pidió perdón, diciendo que ya no importaba en qué bando estuviesen.

—¿Y Madre? ¿Cómo está su salud?

—¿Recuerdas lo negro que era su pelo? Ahora es blanco y crespo como la barba de un viejo. Ya no se lo tiñe.

—¿Qué? Yo pensé que era naturalmente negro; de trabajar con la tinta.

—No seas tonta. Todas se teñían el pelo: la bisabuela, las tías... Pero Madre ha dejado de preocuparse por su aspecto. Dice que hace dos años que no duerme. Está convencida de que los inquilinos nos roban por la noche y cambian de sitio los muebles. También cree que el fantasma de la bisabuela ha vuelto al escusado. Hace meses que sus excrementos no son más grandes que un brote de soja. Dice que la caca se ha convertido en argamasa, y que por eso está hinchada como una calabaza.

—Es terrible oír eso.

Aunque aquella era la misma mujer que me había echado de casa, no me alegró enterarme de sus pesares. Tal vez una parte de mí todavía viera a Madre y Padre como mis progenitores.

—¿Y qué me dices del fantasma de Tita Querida? ¿Alguna vez volvió?

—No hemos oído ni un gemido de ella, lo cual es extraño, ya que el Cazafantasmas resultó un impostor. Tenía esposa y tres hijos, uno de los cuales era su ayudante. Usaban la misma vinagrera para cazar otros fantasmas: quitaban la tapa y volvían a ponerla una y otra vez. Así engañaron a muchos incautos. Cuando padre se enteró, quiso meter a ese timador en la vinagrera y cubrirlo con caca de burro, pero yo le dije: «Si el fantasma de Tita Querida nunca regresó, ¿qué más da?». Sin embargo, él protesta continuamente por los dos lingotes que perdió y que, según dice ahora, eran lo bastante valiosos para comprar el cielo.

Mi mente era una tormenta de arena: Si el monje era un impostor, ¿Tita Querida había escapado de la vinagrera? ¿O nunca había estado allí? Entonces se me ocurrió otra idea.

—Puede que nunca haya habido un fantasma, porque nunca murió —dije.

—Oh, claro que murió. Yo vi al viejo cocinero arrojar su cuerpo al Fin del Mundo.

—Pero es posible que no estuviese muerta del todo y que volviera a subir. De lo contrario, ¿por qué no la encontré? La busqué durante horas, de un extremo al otro del barranco.

GaoLing miró hacia otro lado.

—¿Qué día terrible fue aquel para ti...! No la encontraste, pero estaba allí. Al viejo cocinero le apenó que Tita Querida no tuviese un entierro digno. Se compadeció de ella, y sin que Madre se diera cuenta, fue al barranco y apiló un montón de piedras sobre su cadáver.

Ahora imaginé a Tita Querida luchando para subir a lo alto del barranco mientras una piedra rodaba hacia ella y la golpeaba. Luego otra y otra, hasta que quedaba sepultada en el fondo.

—¿Por qué no me lo contaste antes?

—No lo supe hasta que el viejo cocinero murió, dos años después que Tita Querida. Me lo contó su esposa. Dijo que él había hecho buenas obras de las que nadie sabía nada.

—Tengo que ir a buscar sus huesos. Quiero enterrarlos en un lugar apropiado.

—Jamás los encontrarás —dijo GaoLing—. El precipicio volvió a desmoronarse el año pasado durante las tormentas; cayó un trozo de tierra del largo de cinco hombres. Cubrió ese lado del barranco con piedras y rocas. La próxima vez desaparecerá nuestra casa.

—Si hubieses venido a contármelo antes... —me lamenté inútilmente.

—Lo sé, es una pena. No imaginé que siguieras aquí. Si no fuese por la cotilla de la mujer de Wei, no me habría enterado de que eras maestra en esta escuela. Me lo contó cuando fui de visita a casa, durante el Festival de la Primavera.

—¿Por qué no viniste a verme entonces?

—¿Crees que mi marido me da permiso para irme de vacaciones cuando quiero? Tuve que esperar a que el cielo me enviara una oportunidad. Y ésta llegó en el peor momento. Ayer Fu Nan me mandó a Corazón Inmortal para que volviese a mendigarle dinero a su padre. Yo le dije: «¿No has oído que los japoneses han desplegado sus tropas en las proximidades de la estación del ferrocarril?». No le importó. Su deseo de opio es más grande que el temor de que a su esposa la mate una bayoneta.

—¿Todavía come opio?

—Es su vida. Sin él se convierte en un perro rabioso. Así que tomé el tren, que tal como había previsto paró en Wanping y no siguió. Todos los pasajeros bajaron y empezaron a rondar el tren como ovejas o patos. Los soldados nos empujaban para que nos moviésemos. Nos llevaron hasta un campo, y yo estaba convencida de que nos fusilarían. Pero entonces oímos *pau-pau-pau*, más disparos, y los soldados huyeron, abandonándonos. Al principio estábamos demasiado asustados para movernos. Pero luego pensé: ¿por qué voy a quedarme aquí, esperando a que regresen y nos maten? Así que corrí. Y de inmediato todos me imitaron, desperdigándose en todas las direcciones. Debo de haber caminado durante doce horas.

GaoLing se quitó los zapatos. Tenía arañazos en los talones y ampollas sangrantes en las plantas.

—Me duelen tanto los pies que creí que iba a morir de dolor. —Soltó un gruñido—. Quizá debería dejar que Fu Nan crea que me han matado. Sí, que se sienta culpable. Aunque es muy probable que no sienta nada. Se limitará a sumirse en sus turbios sueños. Para él todos los días

son iguales, con guerra o sin guerra, con esposa o sin esposa. —Rio, aunque estaba al borde de las lágrimas—. ¿Tú qué crees, hermana mayor? ¿Debería volver con él?

¿Qué podía hacer yo, aparte de insistir cuatro veces en que se quedase conmigo? ¿Y qué podía hacer ella, aparte de insistir tres veces en que no deseaba ser una carga? Finalmente la llevé a mi cuarto. Se lavó la cara y el cuello con un paño húmedo, luego se acostó en mi cama, suspiró y se quedó dormida.

La hermana Yu fue la única que se opuso a que Gao Ling viviese conmigo en la escuela.

—Esto no es un campamento de refugiados —dijo—. Ni siquiera tenemos camas suficientes para alojar a otras huérfanas.

—Puede quedarse en mi habitación y dormir en mi cama.

—Siempre será una boca más que alimentar. Y si hacemos una excepción con alguien, luego otros también querrán que la hagamos con ellos. Sólo en la familia de la maestra Wang hay diez personas. ¿Y qué me dices de otras ex alumnas y sus familiares? ¿Deberíamos alojarlos también a ellos?

—Pero no han pedido venir.

—¿Qué? ¿Tienes el cerebro enmohecido? Si entramos en guerra, *todo el mundo* querrá venir. Piénsalo: nuestra escuela está dirigida por americanos. Los americanos permanecen neutrales ante los japoneses, los nacionalistas y los comunistas. Aquí nadie tiene que preocuparse por qué bando gana o pierde cada día. Podemos limitarnos a observar. Eso es lo que significa ser neutral.

Durante todos los años que había pasado en el orfanato, siempre me había mordido la lengua ante los arrebatos de autoritarismo de la hermana Yu. Le había demostrado respeto aun cuando no lo sintiera. Y a pesar de que ahora era maestra, todavía no me atrevía a discutir con ella.

—Usted habla de bondad, dice que debemos ser compasivas... —Y antes de que se me escapara lo que realmente pensaba de ella, dije—: ¿Y ahora quiere enviar a mi hermana de vuelta con un adicto al opio?

—Mi hermana mayor también tuvo que vivir con uno —respondió—. Cuando enfermó y empezaron a sangrarle los pulmones, su marido se negó a comprarle medicinas. En cambio, compraba opio. Por eso está muerta, por eso se ha marchado para siempre la única persona que me quería de verdad.

Era inútil. La hermana Yu había vuelto a hallar una calamidad más terrible que la de cualquier otro. Vi cómo salía cojeando de la habitación.

Cuando encontré a Ku Jing, nos ocultamos detrás del muro trasero del orfanato para abrazarnos. Y entonces me quejé de la hermana Yu.

—Aunque no lo creas, tiene buen corazón —dijo—. La conozco desde que los dos éramos niños.

—Entonces quizá deberías casarte con ella.

—Prefiero a una mujer con garrapatas en su bonito culo. —Le aparté las manos—. Tú pretendes ser leal —prosiguió— y ella pretende ser práctica. No busques vuestras diferencias. Encuentra las coincidencias. O simplemente no hagas nada por el momento. Espera y verás.

Puedo decir con absoluta sinceridad que admiraba a Kai Jing tanto como lo quería. Era amable y sensible. Su único defecto, si es que tenía alguno, era su absurdo amor por mí. Mientras

mi cabeza flotaba en el placer de sus misterios y sus caricias, yo olvidaba las grandes guerras y las pequeñas batallas.

Cuando regresé a mi habitación, me llevé un susto de muerte al ver a la hermana Yu gritando a GaoLing:

—¡Tan hueco como un tronco devorado por los gusanos!

GaoLing alzó el puño y exclamó:

—¡La moral de un gusano!

Entonces la hermana Yu rio.

—¡Odio a ese hombre hasta la médula de mis huesos!

GaoLing asintió.

—Yo también.

Después de unos instantes comprendí que no estaban peleando, sino compitiendo por encontrar el peor insulto para los hombres que les habían hecho daño. Durante las dos horas siguientes, compararon afrentas.

—Vendió un escritorio que había pertenecido a mi familia durante nueve generaciones —dijo GaoLing— para comprar unas horas de placer.

—Ni comida, ni carbón, ni ropa en invierno. Teníamos que pegarnos unos a otros, hasta que parecíamos una larga oruga.

Esa misma noche, GaoLing me dijo:

—La hermana Yu es muy sabia, además de divertida.

No respondí. Pronto descubriría que también podía ser como una avispa venenosa.

Al día siguiente las encontré sentadas juntas en el comedor de las maestras. La hermana Yu hablaba en voz baja, y oí que GaoLing le respondía:

—Hasta escucharlo resulta pavoroso. ¿Y su hermana era bonita, además de bondadosa?

—No era una gran belleza, pero estaba bien —respondió la hermana Yu—. De hecho, tú me recuerdas a ella. La misma cara ancha y los labios grandes.

En lugar de sentirse insultada, GaoLing pareció complacida.

—Si yo pudiese ser igual de valiente y no quejarme...

—*Debería* haberse quejado —replicó la hermana Yu—. Y tú también. ¿Por qué habrían de callar los que sufren? ¿Por qué aceptar el destino? ¡En eso estoy de acuerdo con los comunistas! Tenemos que luchar para hacernos valer. No podemos permanecer estancados en el pasado, adorando a los muertos.

GaoLing se cubrió la boca con la mano y rio.

—Tenga cuidado con lo que dice, o los nacionalistas y los japoneses se disputarán su cabeza.

—Que los zurzan —dijo la hermana Yu—. Yo digo lo que pienso. Los comunistas están más cerca de Dios, aunque no crean en Él. Quizá deberían formar un frente unido con los seguidores de Cristo, en lugar de con los nacionalistas.

GaoLing le tapó la boca con la mano.

—¿Todos los cristianos son tan tontos como usted? —Estaban insultándose libremente, como

sólo pueden hacer los buenos amigos.

Unos días después, antes de la comida, las vi sentadas en el patio, charlando como antiguas camaradas, inseparables como la goma la laca. GaoLing me llamó para enseñarme una carta sellada con lacre. Tenía el emblema del sol naciente en el sobre y era de la «policía militar japonesa».

—Léela —ordenó la hermana Yu.

La carta iba dirigida a Chang Fu Nan y decía que su esposa, Liu GaoLing, había sido arrestada en Wanping por ser una espía y conspirar contra los japoneses.

—¿Te arrestaron? —grité.

GaoLing me dio un golpecito en el brazo.

—Lee el resto, tonta.

«Antes de escapar del centro de detención, donde iba a ser ejecutada —decía la carta—, Liu GaoLing confesó que había sido su marido, Chang Fu Nan, quien la había enviado a la estación de ferrocarril para que llevara a cabo su misión ilegal. Por tal motivo, los agentes japoneses en Pekín desean interrogar a Chang Fu Nan acerca de su relación con las actividades de su esposa. Pronto nos presentaremos en la residencia de Chang Fu Nan para discutir este tema».

—Yo mecanografié la carta —presumió la hermana Yu.

—Y yo tallé los sellos —dijo GaoLing.

—Es muy realista —dije—. Cuando la leí, mi corazón hizo peng-peng-peng.

—Fu Nan sentirá fuegos artificiales en su pecho —dijo GaoLing. Y ella y la hermana Yu rieron como colegialas.

—Pero ¿no temes que Padre y Madre sufran cuando se enteren que has desaparecido?

—Iré a verlos la semana próxima, si los caminos están despejados.

Y eso hizo GaoLing: viajó a Corazón Inmortal, donde se enteró de que Fu Nan no le había hablado a nadie de la carta. Al cabo de un mes, regresó a la escuela y se convirtió en la ayudante de la hermana Yu.

—Madre y Padre sólo sabían lo que les había dicho el carpintero Chang —informó GaoLing—. Padre me dijo: «Creíamos que ese marido tuyo era un fanfarrón sin coraje, y de repente nos enteramos de que se alistó en el ejército... Ni siquiera esperó a que lo reclutaran por la fuerza». También les conté que me había encontrado contigo en la estación de trenes de la Boca de la Montaña. Dije que eras una intelectual, que trabajabas codo con codo con los científicos, y que pronto te casarías con uno de ellos.

Me alegró oír eso.

—¿Se arrepintieron de lo que me hicieron?

—¡Ja! Se enorgullecieron —respondió GaoLing—. Madre dijo: «Sabía que la había educado bien. Éste es el resultado de mis enseñanzas».

El rocío se trocó en escarcha, y ese invierno tuvimos dos clases de ceremonia nupcial: una americana y otra china. Para la americana, la señorita Grutoff me dejó el largo vestido blanco que había confeccionado para su propia boda pero no había llegado a usar. Su amado había muerto en

la Primera Guerra Mundial, de manera que era un vestido agorero. Pero ¿cómo iba a rechazarlo si me lo dio con los ojos anegados en lágrimas de felicidad? Para el banquete chino, usé un Vestido nupcial rojo y un tocado bordado por GaoLing.

Como GaoLing había informado de mi boda a Madre y Padre, los invité por cortesía. Esperaba que aprovecharan la oportuna excusa de la guerra para no acudir. Pero Madre y Padre se presentaron con los tíos, las tías, los primos pequeños y mayores y los sobrinos. Nadie mencionó la gran vergüenza que todos conocíamos. Fue muy incómodo. Presenté a Madre y a Padre como mis tíos, lo que habría sido verdad si no hubiese sido una hija del amor sin derecho a una familia. Y la mayoría de los que vivían en la escuela se mostraron amables con ellos. La hermana Yu, sin embargo, no dejaba de dirigirles miradas furiosas. Con voz alta para que Madre la oyera, le murmuró a GaoLing:

—La echaron de casa y ahora se llenan la boca en su banquete.

Durante todo el día experimenté sentimientos encontrados: feliz y enamorada, enfadada con mi familia y no obstante curiosamente contenta con su presencia allí. También me preocupaba el vestido blanco, pues pensaba que era una señal de que mi felicidad no duraría.

Sólo dos científicos, Dong y Chao, asistieron a la boda. Trabajar en las canteras se había vuelto peligroso a causa de la guerra. La mayoría de los científicos había huido a Pekín, abandonándolo prácticamente todo, salvo las reliquias del pasado. Veintiséis trabajadores locales se habían quedado, igual que Kai Jing, Dong y Chao, que también vivían en el monasterio. Alguien debía vigilar la cantera, razonaba Kai Jing. ¿Y si los japoneses decidían bombardear la colina? ¿Y si los comunistas usaban el foso como trinchera?

—Aunque decidan usarla como letrina —decía yo—, ¿qué podéis hacer para evitarlo?

No pretendía que también nosotros huyéramos a Pekín. Sabía que él jamás se separaría de su anciano padre, y que éste jamás abandonaría la escuela de huérfanas. Pero yo no quería que mi marido entrase en la cantera como un héroe y saliese convertido en mártir. ¡Había tanta incertidumbre! ¡Se habían marchado ya tantas personas! Y muchos nos sentíamos abandonados. En consecuencia, nuestro banquete de boda fue como la celebración de una triste victoria.

Después del festín, las alumnas y los amigos nos acompañaron a nuestra cámara nupcial. Era el mismo trastero donde Kai Jing y yo nos habíamos escondido durante nuestra primera y desastrosa noche de amor. Pero ahora estaba limpio: no había ratas, ni orina, ni garrapatas ni paja. La semana anterior las alumnas habían pintado las paredes de amarillo y las vigas de rojo. Las imágenes estaban en un rincón, y para evitar que los tres Reyes Magos nos mirasen, yo había fabricado un tabique con una cuerda y un retazo de tela. En nuestra noche de bodas, las alumnas permanecieron junto a la puerta durante horas, bromeando y provocándonos, riendo y tirando petardos. Finalmente se cansaron y se fueron, dejándonos disfrutar de nuestra primera noche solos como marido y mujer. Ya nada estaba prohibido y no había impedimentos para el placer.

Al día siguiente debíamos visitar a nuestros parientes políticos. De manera que fuimos a las dos habitaciones que ocupaba el maestro Pan y que quedaban en el otro extremo del pasillo. Lo saludé con una reverencia, le serví té y lo llamé «Baba», y todos reímos de esta formalidad. Luego Kai Jing y yo fuimos al pequeño altar que yo había preparado con una foto enmarcada de Tita Querida. Le servimos té también a ella y encendimos varillas de incienso. Luego Kai Jing la llamó

«mamá» y le prometió que cuidaría de toda mi familia, incluidos mis antepasados.

—Ahora yo también soy tu familia —dijo.

En ese instante sentí un aliento frío en el cuello. ¿Por qué? Pensé en el antepasado muerto en las Fauces del Mono. ¿Era esa la razón? Recordé los huesos que no habían regresado a su sitio y la maldición. ¿Cuál era el significado de ese recuerdo?

—Las maldiciones no existen —me dijo más tarde Kai Jing—. Son supersticiones, y una superstición es un temor innecesario. Las únicas maldiciones en la vida son las preocupaciones de las que no conseguimos librarnos.

—Pero me lo dijo Tita Querida, y ella era muy inteligente.

—Era una autodidacta, una mujer influida por ideas obsoletas. No tuvo la oportunidad de aprender ciencias, o de ir a la universidad como yo.

—¿Entonces por qué murió mi padre? ¿Y por qué murió Tita Querida?

—Tu padre murió en un accidente. Tita Querida se suicidó. Tú misma me lo has contado.

—Pero ¿por qué el camino del cielo conduce a estas cosas?

—No es el camino del cielo. No existe una razón.

Amaba tanto a mi marido que traté de acatar las nuevas ideas: no existían las maldiciones ni la mala suerte, ni siquiera la buena suerte. Cuando me inquietaban las nubes negras, me decía que no había razón para inquietarse. Cuando el viento y el agua cambiaban de dirección, trataba de convencerme de que tampoco había razón para ello. Durante una temporada viví una vida feliz, libre de preocupaciones.

Todas las tardes, después de la cena, Kai Jing y yo visitábamos a su padre. Me gustaba sentarme en esas habitaciones, sabiendo que era el hogar de mi familia. Los muebles eran viejos y humildes, y todo tenía su sitio y su propósito. En la pared oeste, el maestro Pan había puesto un banco con cojines que hacía las veces de cama, y encima de él había colgado tres pergaminos con versos caligrafiados: con un centenar de caracteres cada uno, parecían hechos en un solo aliento una única inspiración. Junto a la ventana sur había un jarrón con flores de temporada, colores vivos que atraían la mirada y la desviaban de las sombras. Contra la pared este había un sencillo escritorio de madera oscura, un buen lugar para la reflexión. Y sobre el escritorio reposaban preciosos objetos de erudito, dispuestos como en un bodegón: una caja forrada en piel lacada, portapinceles de marfil y una piedra de *duan*, la mejor para moler tinta y su posesión más valiosa, obsequio de un misionero que le había dado clases en su infancia.

Una noche el maestro Pan me regaló la piedra de *duan*. Iba a rechazarla, pero recordé que Pan ahora era también mi padre y que podía aceptar su obsequio libremente, con toda la gratitud de mi corazón. Sostuve el disco de *duan* en una mano y acaricié su aterciopelada superficie. Admiraba esa piedra desde mis primeros días en el orfanato, cuando había empezado a trabajar como ayudante de Pan. Una vez la había llevado a clase para enseñársela a las alumnas.

—Al moler la tinta contra una piedra, uno cambia su naturaleza y ella deja de ser infecunda para ser fecunda, un único elemento sólido se convierte en múltiples elementos fluidos. Pero una vez que uno pone la tinta en el papel, ésta se vuelve implacable otra vez. No es posible transformarla. Si uno comete un error, la única solución es deshacerse de lo que ha escrito.

En una ocasión, Tita Querida me había dicho algo muy parecido. *Debes pensar en tu carácter.*

Saber en qué estás cambiando, cómo cambiarás y qué cosas son imposibles de rectificar. Lo dijo cuando aprendí a moler tinta. Y lo repitió cuando estaba enfadada conmigo, en los últimos días que pasamos juntas. Y cuando oí al maestro Pan hablar de lo mismo, me prometí que cambiaría y me convertiría en una hija mejor.

Muchas cosas habían cambiado, y habría deseado que Tita Querida viese lo dichosa que era mi vida. Era maestra y estaba casada, tenía un marido y un padre. Y eran buenas personas, a diferencia de los parientes políticos de GaoLing, los Chang. Mi nueva familia era leal y sincera; lo que mostraban por fuera era lo que sentían por dentro. Tita Querida me había enseñado que eso era importante. Los buenos modales no bastan, decía, no son lo mismo que un buen corazón. Aunque hacía muchos años que me había dejado, yo aún oía sus palabras en momentos felices y tristes, en momentos decisivos.

Después del ataque japonés a la Boca de la Montaña, GaoLing y yo subíamos a la cima de la colina cada vez que oíamos disparos. Mirábamos en la dirección del humo. Nos fijábamos en la dirección de los carros y los camiones. GaoLing bromeaba diciendo que transmitíamos las noticias con mayor rapidez que la radio que Kai Jing y la señorita Grutloff escuchaban durante casi todo el día, con la esperanza de oír noticias sobre los científicos que habían huido a Pekín. Yo no entendía por qué querían que la radio les hablara. Sólo daba malas noticias: qué ciudad portuaria había sido ocupada, cómo habían matado a casi todos los habitantes de tal o cual aldea para enseñar a los muertos que no les convenía enfrentarse con los japoneses.

—Los japoneses no ganarán en esta zona —decía GaoLing por las noches—. Puede que sean rápidos en el mar, pero aquí, en la montaña, son como peces sacudiéndose en la arena. Nuestros hombres, por el contrario, son como cabras.

Todas las noches decía lo mismo para convencerse de que era verdad. Y durante un tiempo fue verdad. Los japoneses no lograban avanzar más allá de las montañas.

Pero si el agua no podía correr cuesta arriba, el dinero sí podía. Toda clase de vendedores de los llanos conseguían cruzar las barricadas y llevar sus mercancías a la montaña, para que los habitantes de las aldeas pudiesen gastar su dinero antes de morir. GaoLing, Kai Jing y yo íbamos al desfiladero a comprar toda clase de exquisiteces. A veces yo llenaba mi lata con *shaoping*, bollos hojaldrados cubiertos de semillas de sésamo que gustaban mucho al maestro Pan. Otros días compraba cacahuets fritos, setas secas o melón caramelizado. La escasez provocada por la guerra hacía que cualquier alimento exótico que consiguiéramos se convirtiera en una excusa para dar una pequeña fiesta.

Las celebrábamos en la salita del maestro Pan. GaoLing y la hermana Yu siempre asistían, igual que los científicos: Dong, un hombre maduro con una dulce sonrisa, y Chao, un joven alto con una espesa melena que le caía sobre la cara. En cuanto servíamos el té, el maestro Pan encendía el fonógrafo. Y mientras saboreábamos nuestros manjares, escuchábamos una pieza de Rachmaninoff llamada *Danza. oriental*. Todavía puedo ver al maestro Pan moviendo la mano como un director de orquesta, indicando al pianista y a los violoncelistas invisibles cuándo bajar el tono y cuándo volver a tocar con pasión. Al final de la fiesta, se tendía en el banco cubierto de

cojines, cerraba los ojos, suspiraba, y daba gracias por la comida, Rachmaninoff, su hijo, su nuera y sus queridos amigos.

—Éste es el verdadero significado de la felicidad —decía.

Luego Kai Jing y yo salíamos a dar un paseo antes de retirarnos a nuestra habitación, también agradecidos por esa dicha que solo puede disfrutarse entre dos personas.

Aquéllos eran nuestros pequeños ritos, las cosas que amábamos, que nos consolaban, que aguardábamos con ilusión y por las cuales sentíamos gratitud, las cosas que podríamos recordar en el futuro.

A pesar de la guerra y la pobreza, la gente necesitaba ver obras de teatro y óperas.

—Son el lenguaje y la música del alma —decía Kai Jing.

Todos los domingos por la tarde, las alumnas de la escuela nos ofrecían una función que preparaban con entusiasmo. Pero en honor a la verdad, la interpretación y la música no eran muy buenas, a veces daban incluso pena, entonces también nosotros nos veíamos obligados a actuar y fingir que habíamos disfrutado más de lo imaginable. El maestro Pan me recordaba que las obras eran igual de malas cuando era estudiante y participaba en ellas. Qué lejanos parecían esos días. Ahora la señorita Towler era una anciana encorvada, casi tan baja como la hermana Yu. Cuando tocaba el piano, la nariz prácticamente rozaba el teclado. El maestro Pan tenía cataratas y le inquietaba pensar que pronto debería dejar de pintar.

Cuando llegó el invierno, nos enteramos de que muchos soldados comunistas enfermaban y morían sin tener la oportunidad de disparar un solo tiro. Los japoneses contaban con más medicinas y ropa de abrigo, y confiscaban las provisiones de todas las aldeas que ocupaban. Con menos tropas comunistas defendiendo las colinas, los japoneses empezaban a ganar terreno, y a cada paso talaban árboles para que nadie pudiera ocultarse o huir. Y puesto que se estaban acercando, ya no era seguro bajar andando por el desfiladero para comprar comida.

No obstante, Kai Jing y sus colegas seguían yendo a la cantera, cosa que me volvía loca de ansiedad.

—No vayas —le suplicaba—. Esos huesos llevan un millón de años allí. Pueden esperar a que termine la guerra.

La cantera era la única causa de nuestras discusiones, y a veces, cuando pienso en ello, me digo que debería haber discutido más, hasta convencerlo de que no fuese. Pero otras veces pienso que no, debería haber discutido menos, o nada en absoluto. Entonces sus últimos recuerdos de mí no habrían sido los de una esposa rezongona.

Cuando Kai Jing no estaba en la cantera, enseñaba geología a las alumnas de mi clase. Les contaba historias sobre una tierra antigua y unos hombres antiguos, y yo también escuchaba. Hacía dibujos en la pizarra y hablaba de inundaciones de aguas heladas, de grandes explosiones subterráneas y de las diferencias entre el cráneo de un mono y el del hombre de Pekín, que tenía la frente más alta, más espacio para su cerebro en desarrollo. Si la señorita Towler o la señorita Grutoff estaban presentes, Kai Jing no hacía referencia al mono ni a las edades de la tierra. Sabía que sus ideas sobre la vida antigua y eterna eran distintas de las de ellas.

Un día, Kai Jing le explicó a las niñas cómo los humanos habían llegado a ser diferentes de los monos:

—El hombre de Pekín podía andar erguido. Lo sabemos por la forma de sus huesos y por las huellas que dejó en el barro. Usaba herramientas. La prueba de ello son los huesos y piedras que esculpía para cortar y aplastar objetos. Y es probable que el hombre de Pekín también se comunicara con palabras. Al menos su cerebro era capaz de crear un lenguaje.

—¿Qué clase de lenguaje? —preguntó una niña—. ¿Chino?

—No lo sabemos con seguridad —respondió Kai Jing—, porque las palabras habladas no dejan rastro. En aquella época nadie sabía escribir. La escritura comenzó hace apenas unos miles de años. Pero si tenían un lenguaje, era un idioma antiguo que probablemente sólo existió en esa era. Y hemos de contentarnos con imaginar lo que el hombre de Pekín trataba de decir. ¿Qué necesita decir una persona? ¿A qué hombre, mujer o niño necesitaba decírselo? ¿Cuál creéis que fue el primer sonido que se convirtió en palabra, que tuvo un significado?

—Yo creo que una persona necesita hablar para rezarle a Dios —respondió otra niña—. Y para dar las gracias a aquellos que la tratan bien.

Esa noche, mientras Kai Jing dormía, yo seguí dándole vueltas a esas preguntas. Imaginé a dos personas sin palabras, incapaces de hablar. Imaginé la necesidad: El color del cielo que significaba «tormenta». El olor del fuego que significaba «huye». El rugido de un tigre apunto de atacar. ¿Quién se preocuparía por esas cosas?

Entonces comprendí que la primera palabra debió de ser *ma*, el chasquido de los labios de un bebé que busca el pecho de su madre. Durante mucho tiempo, ése era el único sonido que necesitaba una criatura. Ma, ma, ma. Luego la madre decidía que ése era su nombre y ella también comenzaba a hablar. Le enseñaba a su pequeño a tener cuidado: cielo, fuego, tigre. La madre siempre es el comienzo. Ella es el origen de todas las cosas.

Una tarde de primavera, las alumnas dieron una función. Lo recuerdo bien: era una escena de *El mercader de Venecia* que la señorita Towler había traducido al chino. «Arrodíllate y reza», recitaban. Y en ese instante mi vida cambió. El maestro Pan entró precipitadamente en la sala, jadeando y gritando:

—¡Los han capturado!

Entre jadeos, nos contó que Kai Jing y sus amigos habían ido a la cantera para realizar la inspección de costumbre. El maestro Pan los había acompañado, pues quería tomar el aire y conversar. En la cantera había hombres esperándolos. No eran japoneses sino comunistas, de manera que los hombres no se inquietaron.

Pero el cabecilla del grupo empezó a hacerles reproches.

—¿Por qué no os habéis unido a nosotros? —le preguntó a Kai Jing.

—Porque no somos soldados sino científicos —explicó. Empezó a hablarles del hombre de Pekín, pero uno de los soldados lo interrumpió:

—Hace meses que aquí no trabaja nadie.

—Si habéis trabajado para preservar el pasado —añadió el cabecilla con mayor amabilidad—, también podréis trabajar para construir el futuro. Además, ¿qué pasado vais a salvar si los japoneses destruyen China?

—Vuestro deber es uniros a nosotros —protestó otro soldado—. Estamos derramando nuestra sangre para proteger vuestra condenada aldea.

El jefe le indicó que callara y se volvió hacia Kai Jing:

—Estamos pidiendo ayuda a todos los hombres de los pueblos que defendemos. No es preciso que peleéis. Podéis cocinar, limpiar o hacer reparaciones. —Como nadie dijo nada, añadió en tono menos cordial—: Esto no es un ruego, sino un requerimiento. Vuestra aldea está en deuda con nosotros. Os lo ordenamos. Si no venís voluntariamente como patriotas, os llevaremos por la fuerza, como a los cobardes.

Había sido todo muy rápido, explicó el maestro Pan. Los soldados iban a llevárselo a él también, pero luego decidieron que un viejo casi ciego era un problema más que una ayuda. Mientras los comunistas se alejaban con nuestros hombres, el maestro Pan gritó:

—¿Cuánto tardarán en volver?

—Dímelo tú, camarada —respondió el jefe—. ¿Cuánto tiempo tardaremos en echar a los japoneses?

Durante los dos meses siguientes, adelgacé más y más. GaoLing trataba de obligarme a comer, pero aun así apenas probaba bocado. No podía dejar de pensar en la maldición de las Fauces del Mono, y se lo conté a GaoLing, aunque a nadie más. La hermana Yu nos reunía para rezar por un milagro; pedíamos que los comunistas vencieran pronto a los japoneses, así Kai Jing, Dong y Chao podrían regresar. El maestro Pan se paseaba por los jardines, con los ojos nublados; las cataratas. Aunque las refriegas tenían lugar en otros puntos de las colinas, la señorita Towler y la señorita Grutoff ya no dejaban salir a las niñas fuera del recinto del monasterio. Circulaban pavorosos rumores sobre japoneses que violaban a las jovencitas chinas. Encontraron una bandera americana y la colgaron de la cancela, como si fuese un amuleto que las protegería del demonio.

Dos meses después de que desaparecieran los hombres, la hermana Yu recibió una respuesta a medias a sus plegarias. A primera hora de la mañana, tres hombres entraron en el patio, y la señorita Grutoff anunció su llegada haciendo sonar el gong de la Oreja de Buda. Pronto todo el mundo gritaba que Kai Jing, Dong y Chao habían regresado. Yo corrí tan velozmente por el patio que tropecé y estuve a punto de romperme el tobillo. Kai Jing y yo nos abrazamos y prorrumpimos en sollozos de alegría. Su cara estaba más delgada y muy bronceada; su pelo y su piel olían a humo. Y sus ojos... eran diferentes. Eso fue lo que pensé al verlos. Estaban descoloridos, y ahora sé ya había perdido parte de su fuerza vital.

—Los japoneses han ocupado las montañas —dijo—. Han echado a nuestras tropas. —Entonces la hermana Yu descubrió que la otra mitad del milagro que había pedido no se había hecho realidad—. Vendrán a buscarnos.

Calenté agua y froté el cuerpo de Kai Jing con un paño mientras él permanecía sentado en la estrecha tina de madera. Luego fuimos a nuestra habitación y cubrí el enrejado de la ventana con un retazo tela. Nos acostamos, y mientras él me acunaba y me hablaba en susurros, necesité todos mis sentidos para convencerme de que estaba en mis brazos y de que sus ojos miraban los míos.

—No hay ninguna maldición —dijo. Yo lo escuchaba con atención, tratando de creer que siempre le oíría hablar—. Y tú eres valiente y fuerte. —Traté de decirle que no quería ser fuerte, pero el llanto me impedía hablar—. No puedes cambiar eso —dijo—. Es tu carácter.

Me besó un ojo por vez.

—Esto es belleza y esto es belleza, tú eres la belleza, el amor es belleza y nosotros somos la

belleza. Somos divinos, y el tiempo no puede cambiarnos.

Dijo estas cosas hasta que yo le juré que le creía, hasta que dije que me había convencido.

Esa tarde, los japoneses llegaron en busca de Kai Jing, Dong y Chao. La señorita Grutoff se comportó con valor: declaró que era norteamericana y que no tenían derecho a entrar en el orfanato. Pero ellos no le hicieron caso, y cuando enfilaron sus pasos hacia las habitaciones de las niñas, que estaban escondidas debajo de las camas, Kai Jing y sus colegas salieron de su escondite y les dijeron que no necesitaban seguir buscando. Yo intenté seguirlos.

Unos días después, oí gritos en el comedor. Cuando una GaoLing de ojos rojos llegó a mi lado, impedí que me dijera lo que ya sabía. Durante más de un mes traté de mantener vivo a Kai Jing en mi corazón y en mi mente. Durante mucho tiempo más me esforcé por creer en lo que me había dicho: «No hay ninguna maldición». Finalmente, dejé que GaoLing me contara lo sucedido.

Dos oficiales japoneses habían interrogado a los hombres noche y día, tratando de sonsacarles la ubicación de las tropas comunistas. Al tercer día, los hicieron formar junto a otros treinta aldeanos. Ante ellos había un soldado con una bayoneta. El oficial japonés dijo que les repetiría la pregunta por última vez, uno a uno. Y uno a uno negaron con la cabeza, uno a uno cayeron muertos. En mi imaginación, a veces Kai Jing fue el primero; otras veces el último y otras, uno de los del medio.

No estuve allí cuando ocurrió, pero lo vi. La única manera de quitarme esa imagen de la mente era penetrando en mi memoria. Y allí, en ese lugar seguro, yo estaba con él, y él me besaba mientras me decía: «Somos divinos, y el tiempo no puede cambiarnos».

Carácter



GaoLing decía que los japoneses pronto nos capturarían a todos, de manera que no debía molestarme en suicidarme. ¿Por qué no esperar y morir juntos? Sería una muerte menos solitaria.

El maestro Pan decía que no debía abandonarlo para ir al otro mundo. ¿Qué otro familiar le daría solaz durante sus últimos días en la tierra?

La señorita Grutoff decía que las niñas me necesitaban, pues era un modelo de lo que podía llegar a ser una huérfana. ¿Cómo iban a conservar sus esperanzas si veían que yo había perdido las mías?

Pero fue la hermana Yu quien me dio la única razón convincente para permanecer viva y sufrir en este mundo. Kai Jing, dijo, había ido al cielo cristiano, y si yo me suicidaba Dios no permitiría que me reuniese con él. Para mí, el cielo cristiano era como América, una tierra lejana, llena de extranjeros y regida por sus propias leyes. Allí el suicidio estaba prohibido.

De manera que esperé a que los japoneses regresaran y me capturasen. Visitaba al maestro Pan y le llevaba platos deliciosos. Y todas las tardes salía del recinto de la escuela y caminaba por una parte de la cima de la montaña salpicada con pequeños montículos de piedras. Allí era donde las misioneras enterraban a las niñas que morían en el orfanato. Y allí yacía también Kai Jing. En nuestra habitación encontré unos huesos de dragón que él había desenterrado en los últimos meses. No eran valiosos, pues pertenecían a viejos animales. Escogí uno, y con una aguja gruesa tallé palabras para convertirlo en un hueso del oráculo semejante al que me había regalado Tita Querida. Escribí: «Tú eres belleza, nosotros somos belleza; somos divinos y el tiempo no puede cambiarnos». Cuando terminé, empecé a tallar otro hueso, incapaz de detenerme. Eran las palabras que deseaba recordar. Eran bocados de dolor; los únicos que probaba.

Puse esos huesos sobre la tumba de Kai Jing.

—Kai Jing—decía cada vez que dejaba uno—, ¿me echas de menos?

Y después de una larga pausa le contaba lo que había sucedido ese día: quién estaba enferma,

quién había demostrado ser inteligente, que no teníamos más medicinas y que era una pena que no estuviese allí para inculcar más nociones de geología a las niñas. Un día tuve que decirle que la señorita Towler no se había despertado esa mañana y que muy pronto yacería a su lado. «Se marchó en silencio con Dios», había anunciado durante el desayuno la señorita Grutoff, que parecía contenta de que se hubiera ido de esa manera. Pero luego cerró la boca y dos profundas líneas se marcaron junto a sus comisuras; entonces comprendí que estaba desolada. Para la señorita Grutoff, la señorita Towler había sido su madre, su hermana, su mejor amiga.

Tras la muerte de la señorita Towler, la señorita Grutoff empezó a confeccionar banderas norteamericanas. Creo que lo hacía por la misma razón por la que yo tallaba huesos y los dejaba en la tumba de Kai Jing. Reunía recuerdos, porque tenía miedo de olvidar. Todos los días cosía una barra o una estrella. Teñía trozos de tela de azul o de rojo. También obligaba a las niñas a coser banderas. Pronto hubo cincuenta ondeando en la fachada del viejo monasterio; luego cien, y más adelante doscientas. Cualquiera que no supiese que aquel era un orfanato para niñas chinas, pensaría que en el interior había muchos, muchos americanos celebrando una fiesta patria.

Una fría mañana, los soldados japoneses rodearon por fin el edificio. Estábamos en el salón donde celebrábamos el oficio dominical, aunque no era domingo. Oímos tiros, *pau-pau*. Corrimos a la puerta y vimos al cocinero y a su esposa tendidos boca abajo, y a las gallinas cacareando cerca de allí, picoteando el grano de un cubo que se había volcado. La gigantesca bandera norteamericana que colgaba de la cancela ahora estaba en el suelo. Las niñas se echaron a llorar, pensando que el cocinero y su esposa habían muerto. Pero luego vimos que se movían con sigilo, girando la cabeza a un lado y a otro para ver quién estaba alrededor. La señorita Grutoff se abrió paso entre nosotras. Creo que todas nos preguntamos si ordenaría a los japoneses que nos dejaran en paz, puesto que ella era americana. En cambio, nos pidió que nos callásemos. A partir de ese momento nadie habló ni se movió. Y luego, cubriéndonos la boca con la mano para no gritar, observamos cómo los japoneses acribillaban a balazos los centenares de banderas norteamericanas, *pau-pau, pau-pau*, turnándose, criticando a los que erraban el tiro. Cuando todas las banderas quedaron hechas jirones, empezaron a disparar a las gallinas, que aleteaban, cacareaban y se desplomaban. Finalmente, cogieron las gallinas y se marcharon. El cocinero y su esposa se levantaron, las gallinas que quedaban cacarearon con cautela y las niñas dejaron escapar los gritos que habían estado conteniendo.

La señorita Grutoff nos ordenó que volviéramos al salón. Allí nos informó con voz temblorosa lo que había oído el día anterior en la radio de onda corta: Japón había atacado a Estados Unidos, y los norteamericanos le habían declarado la guerra a los japoneses.

—Con Estados Unidos de nuestra parte, China ganará la guerra antes —dijo y nos animó a aplaudir.

Para complacerla, sonreímos y fingimos creer que aquella era una buena noticia. Esa noche, cuando todas las niñas dormían, la señorita Grutoff nos comunicó a los maestros, al cocinero y a su esposa otra noticia que había recibido de sus amigos del Peking Union Medical College.

—Los huesos del hombre de Pekín han desaparecido.

—¿Los han destruido? —preguntó el maestro Pan.

—Nadie lo sabe. Han desaparecido. Todos los restos de cuarenta y nueve humanos

prehistóricos. En teoría, iban en un tren hasta Tientsin, donde debían cargarlos en un barco norteamericano con destino a Manila. Pero ese barco fue hundido. Algunos dicen que los huesos nunca llegaron al barco, que los japoneses detuvieron el tren, y pensando que las cajas contenían únicamente posesiones de los soldados estadounidenses, las arrojaron a las vías para que las aplastaran otros trenes. Nadie sabe qué pensar. Pero ninguna de las posibilidades es buena.

Mientras escuchaba, sentí que mis propios huesos se ahuecaban. El trabajo de Kai Jing, su sacrificio, su último viaje a la cantera... ¿todo había sido inútil? Imaginé esos pequeños trozos de calavera flotando entre los peces en el puerto, hundiéndose lentamente hasta el fondo, donde las anguilas los cubrían de arena. Vi otros fragmentos de huesos cayendo del tren como si fuesen basura, y las ruedas de los vagones aplastándolos hasta dejarlos tan pequeños como granos de arena del Gobi. Me sentí como si esos huesos fueran los de Kai Jing.

Al día siguiente los japoneses volvieron para llevarse a la señorita Grutoff a un campo de prisioneros. Ella sabía que sucedería, pero no había intentado escapar.

—Jamás dejaría a mis niñas por voluntad propia —dijo.

Tenía las maletas preparadas y llevaba su sombrero de viaje, atado al cuello con un pañuelo. Cincuenta y seis niñas llorosas la despidieron en la cancela.

—¡Maestro Pan, no olvide las lecciones de los apóstoles! —gritó antes de subir a una camioneta—. Y por favor, acuérdesese de transmitírselas a otros para que propaguen la palabra divina.

Me pareció una extraña despedida. Y a las demás también, hasta que el maestro Pan nos explicó lo que había querido decir.

Nos condujo al salón principal y se detuvo ante la imagen de un apóstol. Giró la mano de la escultura y la separó del cuerpo. Dentro había un hueco que habían hecho él y la señorita Grutoff y donde habían escondido plata, oro y una lista con los nombres de las alumnas que vivían en Pekín. Durante el mes anterior, el maestro Pan y la misionera se habían dedicado a esa tarea a última hora la noche. Cada apóstol tenía sólo parte de los ahorros personales de la señorita Grutoff, de manera que si los paganos japoneses encontraban dinero en uno, no sabrían en cuál de los otros centenares de esculturas buscar el resto.

Si las cosas se ponían feas, los maestros debíamos llevar a las niñas a Pekín, cuatro o cinco por vez. Allí se alojarían con ex alumnos amigos de la escuela. La señorita Grutoff ya se había puesto en contacto con esas personas, que nos ayudarían gustosamente si llegaba ese momento. Lo único que teníamos que hacer era comunicares por radio cuándo llegaríamos.

El maestro Pan nos asignó un apóstol a cada miembro del grupo formado por las maestras, los criados y cuatro alumnas mayores. Y desde el mismo día en que se marchó la señorita Grutoff, nos hizo memorizar y practicar los nombres de los apóstoles y la parte de su cuerpo que estaba hueca. A mí me parecía suficiente con que cada uno supiera identificar a su propia escultura, pero la hermana Yu dijo:

—Debemos pronunciar todos los nombres en voz alta. De esa manera los apóstoles protegerán mejor nuestros ahorros.

Repetí aquellos nombres tantas veces que aún están grabados en mi memoria: *Pida, Pa, Matu, Yuhan, Jiama yi, Jiama er, Andaru, Filipa, Tomasa, Shaimin, Tadayisu* y *Budalomu*. El traidor,

Judasa, no tenía escultura.

Aproximadamente tres meses después de que se marchara la señorita Grutoff, el maestro Pan decidió que era el momento de huir. Los japoneses estaban furiosos porque los comunistas se escondían en las colinas y querían obligarlos a salir matando a los habitantes de las aldeas vecinas. La hermana Yu nos contó a GaoLing y a mí que los japoneses también estaban cometiendo actos abominables con niñas inocentes, algunas de apenas once o doce años. Lo habían hecho en Tientsin, Tungchow y Nanking.

—Las que no mataron ellos, intentaron suicidarse después —añadió. Sólo necesitamos usar la parte asustadiza de nuestra imaginación para entender lo que quería decir.

Contando a las cuatro alumnas mayores, éramos doce encargadas. Cuando nos comunicamos por radio con los amigos de la señorita Grutoff en Pekín, éstos nos dijeron que la ciudad estaba tomada, y que aunque la situación era tranquila, debíamos esperar a que nos llamaran. Los trenes no siempre funcionaban y no era conveniente que pasáramos varios días detenidos en distintas ciudades del camino. El maestro Pan determinó el orden en que se marcharían los grupos: primero el de la madre Wang, que podía informarnos de las vicisitudes del viaje; luego los de las cuatro alumnas mayores, y a continuación, por orden, los de la esposa del cocinero, la maestra Wang, el cocinero, GaoLing, yo, la hermana Yu y el maestro Pan.

—¿Por qué se ha asignado el último lugar? —pregunté.

—Porque sé usar la radio.

—Podría enseñarme a mí.

—Y a mí —dijeron al unísono GaoLing y la hermana Yu. Discutimos, turnándonos para alardear de valor. Y para hacerlo tuvimos que ser ligeramente crueles y criticarnos mutuamente. La lista del maestro Pan era demasiado mala para que lo dejásemos solo. La hermana Yu estaba sorda. GaoLing tenía problemas en los pies, su miedo a los fantasmas podía empujarla a correr en la dirección equivocada. Se dijeron muchas cosas malas también de mí, pero al final me permitieron ser la última para que pudiese visitar la tumba Kai Jing el mayor tiempo posible.

Y ahora puedo confesar el miedo que sentí durante esos últimos días. Era la responsable de cuatro niñas: de seis, ocho, nueve y doce años. Y aunque aún encontraba solaz en la idea de suicidarme, me ponía nerviosa esperar a que me mataran. Cada vez que se marchaba un grupo, el monasterio parecía más grande y nuestros pasos, más sonoros. Temía que los japoneses llegaran y descubrieran nuestra radio de comunicaciones, me acusaran de ser una espía y me torturaran. Manché la cara de las niñas con tierra y les dije que si aparecían los japoneses debían rascarse insistentemente la cabeza, como si tuviesen piojos. Prácticamente cada hora, rezaba a Jesús, a Buda y a quienquiera que me escuchase. Encendía incienso delante de la foto Tita Querida, y cuando iba a visitar la tumba de Kai Jing, le hablaba con sinceridad de mis temores.

—¿Qué ha pasado con mi carácter? —preguntaba—. Tú decías que era fuerte. ¿Dónde está mi fuerza ahora?

Al cuarto día de soledad oímos un mensaje en la radio.

—Venid rápidamente. Los trenes funcionan.

Cuando fui a decírselo a las niñas, descubrí que había ocurrido un milagro, aunque no supe si obra del dios occidental o de los chinos. Simplemente me alegré de que las cuatro niñas tuvieran

los párpados hinchados, con pus verde goteando por las comisuras. Era una infección ocular sin mayor importancia, pero repugnante a la vista. Nadie se atrevería a tocarlas. En cuanto a mí, pensé rápidamente y tuve una idea. Fui a buscar los restos de la sémola de arroz que habíamos tomado en el desayuno, la colé y me apliqué el líquido en las mejillas, la frente, el cuello y las manos; cuando se secó, mi tez tenía la apariencia curtida y agrietada de la de una vieja campesina. Puse otro poco de agua de arroz en un termo y le añadí sangre de pollo. Ordené a las niñas que recogieran todos los huevos que quedasen en el gallinero, incluidos los podridos, y los metiesen en sacos. Ya estábamos preparadas para bajar por la colina hasta la estación de ferrocarril.

Cuando habíamos recorrido un centenar de pasos, vimos al primer soldado. Aflojé el paso y bebí un sorbo del líquido del termo. El soldado nos detuvo cuando llegamos a su lado.

—¿Adónde van? —preguntó.

Las cinco alzamos la vista y yo vi una expresión de asco en la cara del japonés. Las niñas comenzaron a rascarse la cabeza. Antes de responder, tosí en un pañuelo y lo doblé de manera que el hombre pudiese ver la mucosidad mezclada con sangre.

—Vamos a vender huevos al mercado —respondí. Levantamos los sacos—. ¿Quiere uno de regalo?

El soldado nos indicó que siguiésemos nuestro camino. Un poco más adelante bebí otro sorbo de agua de arroz y sangre de pollo y lo mantuve en la boca. Nos pararon dos veces más, y dos veces más tosí y escupí lo que parecía el esputo de una tuberculosa. Las niñas miraban a los soldados con los ojos cubiertos de moco verde.

Cuando llegamos a Pekín, vi por la ventanilla del tren que GaoLing estaba allí para recibirnos. Se acercó despacio, con un rictus de horror.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó. Tosí sangre en el pañuelo por última vez—. *Ai-ya!* —exclamó dando un respingo.

Entonces le enseñé el termo con «zumo espantajaponeses». Me eché a reír y no podía parar. Estaba loca de felicidad, fuera de mí del alivio.

—He estado muerta de preocupación por ti —protestó GaoLing—, y no se te ocurre nada mejor que gastarme bromas.

Instalamos a las niñas en las casas de ex alumnos de la escuela. Durante los años siguientes, unas se casaron, otras murieron y algunas continuaron visitándonos como a padres honorarios. GaoLing y yo vivimos en las habitaciones de la tienda de tinta, en el distrito de los alfareros. Nos llevamos con nosotras al maestro Pan y a la hermana Yu. En cuanto al marido de GaoLing, todos lo dábamos por muerto.

Naturalmente, a mí me enfurecía más de lo imaginable que la familia Chang se hubiese quedado con la tienda. Durante los años transcurridos desde la muerte de Tita Querida, no había tenido motivos para pensar en el constructor de ataúdes. Ahora él nos atosigaba para que vendiésemos más y más tinta. Aquél era el hombre que había matado a mi abuelo y a mi padre, que había causado tanto sufrimiento a Tita Querida que la había conducido a la muerte. Pero luego pensaba que si una persona desea vengarse de otra, necesita estar cerca de esa otra. Decidí vivir en la tienda de tinta porque era práctico. Entretanto, discurriría formas de tomarme la revancha.

Por suerte, el patriarca de los Chang no tenía motivos para quejarse. La tinta se vendía bien,

mucho mejor que antes de que llegásemos. Eso se debía a que usábamos la cabeza. Nos dimos cuenta de que las barras y tortas de tinta habían caído en desuso. Estábamos en guerra. ¿Quién tenía la serenidad y el tiempo libre necesarios para moler tinta y meditar sobre lo que iba a escribir? También notamos que la familia Chang utilizaba ingredientes de menor calidad, de manera que la tinta sólida se desintegraba fácilmente. Fue el maestro Pan quien sugirió que fabricásemos tinta lista para usar. Molimos la tinta barata, la mezclamos con agua y la envasamos en pequeños frascos que compramos muy baratos en una tienda de medicinas que estaba a punto de cerrar.

El maestro Pan también resultó un gran vendedor. Tenía los modales y el estilo de escritura de los antiguos letrados, lo que contribuía a convencer a los clientes de que nuestra tinta líquida era excelente, aunque no lo fuese. Sin embargo, en sus demostraciones el maestro Pan debía guardarse de escribir cualquier frase que pudiese interpretarse como antijaponesa, profeudal, cristiana o comunista. Y eso no era fácil. Al principio decidió que sólo escribiría sobre alimentos. Era un tema sin riesgos. De manera que escribió: «Los nabos saben mejor encurtidos». Pero a GaoLing le preocupaba que esa afirmación pudiese tomarse como una burla a los japoneses, o bien como una defensa a los mismos, ya que los nabos se asemejaban a los rábanos y los rábanos eran el alimento favorito de los japoneses. Entonces el maestro Pan escribió: «Padre, madre, hermano, hermana». La hermana Yu dijo que parecía una lista de bajas, y en consecuencia podía pasar por una protesta contra la ocupación.

—También puede interpretarse como una vuelta a los principios familiares de Confucio —añadió GaoLing—, un deseo de regresar a los tiempos del imperio.

Dependiendo de nuestras preocupaciones personales, todo entrañaba peligros: el sol, las estrellas, la dirección del viento... Cada número, color y animal tenía un significado negativo. Cada palabra evocaba otra palabra. Finalmente, a mí se me ocurrió la mejor idea de lo que debíamos escribir, y nos decidimos por ello: «Por favor, pruebe nuestra tinta preparada. Es barata y fácil de usar».

Sospechábamos que muchos de nuestros clientes universitarios eran revolucionarios comunistas, autores de los carteles de propaganda que aparecían misteriosamente por las noches. «Resistamos unidos», decían algunos. La hermana Yu se ocupaba de la contabilidad, y no era demasiado estricta con los estudiantes pobres que tenían dificultades para pagar.

—Paga lo que puedas —les decía—. Un estudiante siempre ha de tener tinta para sus estudios.

La hermana Yu también se ocupaba de separar pequeñas cantidades de dinero para nosotros sin que el patriarca de los Chang las echara en falta.

En 1945, cuando terminó la guerra, dejamos de preocuparnos por los dobles significados que podían crearnos problemas con los japoneses. En las calles estallaban petardos durante el día entero, de manera que se respiraba un ambiente de alegre nerviosismo. Por las noches, las calles se llenaban de vendedores que ofrecían toda clase de exquisiteces y de adivinos que sólo daban buenas noticias. GaoLing pensó que era una buena ocasión para hacerse leer el futuro. La hermana Yu y yo la acompañamos.

El adivino que eligió GaoLing era capaz de escribir tres palabras diferentes a la vez, con tres pinceles que sujetaba con la misma mano. El primero estaba entre las yemas del pulgar y el índice.

El segundo, en el hueco del pulgar. El tercero, en el pliegue de la muñeca.

—¿Ha muerto mi marido? —preguntó GaoLing. Su osadía nos sorprendió. Contuvimos el aliento mientras los tres ideogramas se formaban a la vez—: «Regreso, Perder, Esperanza».

—¿Qué significa eso? —preguntó la hermana Yu.

—Los cielos me permitirán explicarlo a cambio de otra pequeña ofrenda —respondió el adivino.

Pero GaoLing dijo que estaba satisfecha con la respuesta, y seguimos nuestro camino.

—Está muerto —anunció GaoLing.

—¿Por qué lo dices? —pregunté—. El mensaje podría significar también lo contrario.

—A mí me quedó muy claro que debo perder la esperanza de que regrese a casa.

—O puede que signifique que regresará, y que entonces nosotras perderemos la esperanza —sugirió la hermana Yu.

—Imposible —repuso GaoLing, aunque vi una sombra de duda cruzar su frente.

Al día siguiente por la tarde, estábamos sentados en el patio de la tienda disfrutando de la nueva sensación de tranquilidad, cuando oímos una voz:

—¡Eh, creí que habías muerto! —Un hombre de uniforme miraba a GaoLing.

—¿Qué haces aquí? —preguntó GaoLing mientras se levantaba del banco.

El hombre soltó una risita socarrona.

—Vivo aquí. Esta es mi casa.

Así nos percatamos de que era Fu Nan. Por primera vez veía al hombre que habría podido ser mi marido. Era robusto como su padre y tenía una nariz larga y ancha. GaoLing cogió su atado y lo invitó a sentarse en el sitio que instantes antes había ocupado ella. Lo trató con exagerada cortesía, como a una visita inoportuna.

—¿Qué ha pasado con tus dedos? —preguntó.

A Fu Nan le faltaban los dos meñiques. Al principio pareció incómodo, pero luego rio.

—Soy un maldito héroe de guerra. —Nos miró—. ¿Quiénes son éstos?

GaoLing nos presentó y explicó lo que hacíamos cada uno en la tienda. Fu Nan hizo un gesto de asentimiento y luego señaló a la hermana Yu.

—Ya no la necesitamos. A partir de ahora, yo me ocuparé de la contabilidad.

—Es una buena amiga mía.

—¿Quién lo dice? —Miró a GaoLing con furia y, al ver que ella le sostenía la mirada, dijo—: Ah, veo que sigues siendo la misma víbora feroz. Bueno, en adelante tendrás que discutir con el nuevo propietario de esta tienda. Llegará mañana.

Mostró un documento donde se leían nombres impresos con sellos rojos. GaoLing se lo arrebató.

—¿Has vendido la tienda? ¡No tenías derecho! No puedes obligar a mi familia a trabajar para otros. Y la deuda... ¿por qué ahora es más grande que antes? ¿Qué hiciste? ¿Jugarte el dinero, comértelo, firmártelo?

—Ahora me voy a dormir —dijo Fu Nan—, y cuando despierte no quiero ver aquí a esa jorobada. Su aspecto me pone nervioso.

Alzó una mano para atajar cualquier protesta. Se marchó, y pronto oímos el humo de sus

nubes de opio. GaoLing empezó a maldecir.

El maestro Pan suspiró.

—Al menos la guerra ha terminado. Podemos preguntar a nuestros amigos de la facultad de medicina si saben de alguna habitación donde podamos alojarnos.

—Yo no voy —declaró GaoLing.

¿Cómo podía decir eso después de lo que me había contado sobre su marido?

—¿Te quedarás con ese demonio? —exclamé.

—Ésta es la tienda de nuestra familia. No pienso abandonarla. Ahora que la guerra ha terminado, estoy en condiciones de plantarle cara.

Traté de disuadirla, pero el maestro Pan me dio una palmada en la mano y dijo:

—Dale tiempo. Ya recuperará la cordura.

Esa misma tarde, la hermana Yu se marchó a la facultad de medicina, pero regresó pronto.

—La señorita Grutoff ha vuelto —dijo—, la han liberado del campo de prisioneros. Pero está gravemente enferma.

Los cuatro nos dirigimos de inmediato a la casa de otra extranjera, la señora Riley. Al entrar, vi que la señorita Grutoff había adelgazado mucho. Solíamos decir en broma que las occidentales tenían grandes ubres porque bebían demasiada leche de vaca. Pero ahora la señorita Grutoff parecía seca. Y su color era poco saludable. Insistió en levantarse para saludarnos, y nosotros insistimos en que las formalidades eran innecesarias entre viejos amigos. De la cara y de los brazos le colgaban pliegues de carne flácida. Su cabello, antaño pelirrojo, ahora era gris y ralo.

—¿Cómo está? —preguntamos.

—No muy mal —respondió con una sonrisa alegre—. Como veis, sigo viva. Los japoneses no consiguieron matarme de hambre, pero los mosquitos estuvieron a punto de derrotarme. Malaria.

Dos niñas del orfanato habían muerto de malaria. Pero no se lo conté a la señorita Grutoff. Había tiempo de sobra para las malas noticias.

—Debe recuperarse pronto —dije—. Así podremos volver a abrir la escuela.

Negó con la cabeza.

—El viejo monasterio ya no existe. Lo destruyeron. Me lo contó un misionero. —La miramos boquiabiertos—. Los árboles, el edificio... todo ha quedado reducido a cenizas.

La otra extranjera, la señora Riley, asintió con la cabeza. Yo habría querido preguntar qué había ocurrido con las tumbas, pero era incapaz de hablar. Me sentí igual que el día que me enteré de la muerte de Kai Jing. Al pensar en él, trataba de recordar su cara, pero veía con mayor claridad las piedras bajo las cuales yacía. ¿Cuánto tiempo lo había amado mientras estaba vivo? ¿Cuánto tiempo lo había llorado después de muerto?

—En cuanto encontremos un edificio apropiado, fundaremos una escuela en Pekín —dijo la señora Riley—. Pero primero tenemos que ayudar a la señorita Grutoff a recuperarse, ¿verdad, Ruth? —Y palmeó la mano de la señorita Grutoff.

—Haremos lo que sea necesario —dijimos todos por turnos—. Claro que ayudaremos. Queremos mucho a la señorita Grutoff. Es la madre y la hermana de todos nosotros. ¿Qué podemos hacer?

La señora Riley explicó que la señorita Grutoff debía regresar a Estados Unidos, donde la

tratarían unos médicos de San Francisco. Pero necesitaba que alguien la acompañara a Hong Kong y luego cruzara el océano con ella.

—¿Alguien estaría dispuesto a viajar conmigo? Creo que podríamos conseguir un visado.

—¡Podemos ir todos! —respondió GaoLing de inmediato.

La señorita Grutoff se puso violenta. Lo vi con claridad.

—No querría importunar a más de una persona —respondió—. Con una bastará. —Suspiró y dijo que estaba muy cansada. Necesitaba acostarse.

Cuando se hubo marchado de la habitación, todos nos miramos. No sabíamos cómo empezar la discusión para decidir quién acompañaría a la señorita Grutoff. ¿América? La señorita Grutoff no se limitaba a pedir un favor. Todos sabíamos que también nos estaba ofreciendo una gran oportunidad —un visado para ir a Estados Unidos—, pero sólo una persona podría aprovecharla. Pensé en ello. En mi corazón, América era el paraíso cristiano. Era el lugar donde había ido Kai Jing, donde me estaba esperando. Sabía que eso no era del todo cierto, pero tenía la esperanza de encontrar una felicidad que hasta el momento me había esquivado. Podría dejar atrás la antigua maldición y mi triste pasado.

Entonces oí que GaoLing decía:

—Debería ir el maestro Pan. Es el mayor y el que tiene más experiencia. —Al ver que se había apresurado a hacer la primera sugerencia, comprendí que también ella deseaba hacer el viaje.

—¿Experiencia con qué? —preguntó el maestro Pan—. Me temo que no sería muy útil. Soy un viejo que ni siquiera es capaz de leer o escribir a menos que las palabras sean tan grandes y estén tan cerca como mis temblorosas manos. Y no sería apropiado que un hombre acompañe a una señora. ¿Y si necesita ayuda durante la noche?

—Entonces vaya usted, hermana Yu —dijo GaoLing—. Es lo bastante inteligente para superar cualquier obstáculo.

¡Otra sugerencia! GaoLing estaba desesperada por viajar; quería que alguien dijera que debía ir ella.

—Si es que nadie me atropella primero —dijo la hermana Yu—. No seas absurda. Además, no quiero marcharme de China. Con franqueza, aunque siento un gran amor cristiano por la señorita Grutoff y nuestros amigos extranjeros, no me gustaría estar rodeada por otros americanos. Aunque estalle una guerra civil, prefiero quedarme en China.

—Entonces debería ir LuLing —dijo GaoLing.

¿Qué podía hacer? Estaba obligada a discutir.

—No podría dejar a mi suegro —dije—. Ni a ti.

—No, no, no tienes que quedarte para hacer compañía a este viejo —protestó el maestro Pan—. Hace tiempo que quiero decirte que estoy pensando en volver a casarme. Sí, yo. Ya sé lo que piensas. Los dioses se ríen de mí, y yo también.

—Pero ¿con quién? —pregunté. No imaginaba que hubiese tenido tiempo para cortejar a una mujer. No salía nunca de la tienda, excepto para hacer pequeños recados.

—Vive al lado de la tienda; es la viuda del antiguo propietario de la librería.

—¿Qué? ¿El hombre que demandó a mi familia? —preguntó GaoLing.

—Los libros eran falsos —le recordé—. Ese juez falló contra él, ¿no?

Entonces todas recordamos las reglas de cortesía y le dimos la enhorabuena al maestro Pan, preguntándole si su futura esposa era buena cocinera y si tenía una cara bonita, una voz agradable y una familia poco conflictiva. Yo me alegraba por él, pero también por el hecho de que no tendría que seguir insistiendo en que no podía ir a América.

—Bueno, para mí ya está claro que LuLing es la candidata ideal para acompañar a la señorita Grutoff a América —declaró la hermana Yu—. Al maestro Pan pronto le estará dando órdenes una esposa nueva, así que no necesita quedarse.

GaoLing titubeó más de lo debido antes de decir:

—Sí, es lo mejor. Ya está decidido.

—¿Qué dices? —repliqué, tratando de mostrarme magnánima—. No puedo dejar a mi hermana.

—Ni siquiera soy tu verdadera hermana —dijo GaoLing—. Ve tú primero. Más adelante podrás avalarme para que me reúna contigo.

—¡Ah! ¿Lo ves? ¡Eso significa que quieres ir! —Fui incapaz de contenerme y se lo restregué por las narices. Pero ahora que la decisión parecía firme, pensé que podía permitírmelo.

—No he dicho eso —replicó GaoLing—. Me refería sólo a la posibilidad de que las cosas cambien y más adelante necesite ir.

—¿Por qué no vas tú primero y con el tiempo me mandas llamar a mí? Si te quedas, tu marido te atormentará y acabará destrozándote. —Esta vez era generosa de verdad.

—Pero ¿cómo iba a abandonar a mi hermana si ella se niega a abandonarme a mí? —dijo GaoLing.

—No discutas —ordené—. Soy mayor que tú. Viajarás primero tú. Dentro de un mes me iré a Hong Kong y esperaré que lleguen los papeles del aval.

En teoría, GaoLing debía negarse aduciendo que era ella quien debía esperar en Hong Kong. Sin embargo, preguntó:

—¿Esos papeles tardan sólo un mes?

Y aunque yo no tenía idea de cuánto tiempo tardaban los trámites, respondí:

—Puede que incluso menos. —Todavía creía que ella se ofrecería a quedarse.

—¡Qué rápido! —exclamó, sorprendida—. Bueno, si es tan sencillo, me iré en primer lugar, pero sólo para huir lo antes posible del demonio de mi marido.

En ese momento la señora Riley regresó al salón.

—Hemos llegado a un acuerdo —anunció la hermana Yu—. GaoLing acompañará a la señorita Grutoff a San Francisco.

Yo estaba demasiado pasmada para hablar. Esa noche repasé mentalmente lo ocurrido: cómo había dejado escapar mi oportunidad. Me molestaba que GaoLing me hubiese enredado, pero al mismo tiempo me alegraba de que fuese a escapar de las garras de Fu Nan. Me debatí entre esos dos sentimientos. Antes de dormirme, llegué a la conclusión de que todo era obra del destino. Pasara lo que pasase a continuación, eso sería mi Nuevo Destino.

Tres días después, antes de irnos a Hong Kong, celebramos una pequeña fiesta.

—No necesitamos llorar ni decirnos adiós —dije—. En cuanto las dos estemos asentadas en

el nuevo país, os invitaremos a todos para que vayáis a visitarnos.

El maestro Pan dijo que él y su futura esposa estarían encantados de conocer otro país antes de morir. La hermana Yu comentó que había oído hablar mucho de los bailes de América. Y confesó que siempre había deseado aprender a bailar. Durante el resto de la velada, la última que pasaríamos juntos, nos turnamos para bromear y hacer conjeturas sobre el futuro. La señorita Grutoff se curaría y regresaría a China, donde dirigiría a otras huérfanas en pésimas obras de teatro. GaoLing se haría rica después de encontrar a un adivino de verdad, capaz de escribir con cuatro pinceles a la vez. Y yo sería una pintora famosa.

Brindamos. Pronto, dentro de un año o menos, la hermana Yu, el maestro Pan y su nueva esposa irían de vacaciones a Estados Unidos. GaoLing y yo iríamos al puerto de San Francisco y los esperaríamos en nuestro nuevo automóvil, un reluciente coche negro con muchos asientos y un chófer norteamericano. Antes de llevarlos a nuestra mansión, situada en lo alto de una colina, nos detendríamos en una sala de fiestas. Y para celebrar el reencuentro, acordamos, bailaríamos y bailaríamos hasta caer rendidos.

Fragancia



Todas las noches, cuando regresaba a la pensión de Hong Kong, me tendía en la cama con toallas húmedas sobre mi pecho. Las paredes estaban húmedas porque no podía abrir la ventana para ventilar la habitación. El edificio estaba en la península de Kowloon, en una calle que apestaba a pescado. No era la zona donde se vendía el pescado. Allí olía al mar de la mañana, salado y fresco. Yo vivía en la ciudad amurallada de Kowloon, junto a la ancha zanja donde los pescaderos arrojaban cada noche las escamas, la sangre y las entrañas de los peces. Lo que inspiraba no era aire sino los vapores de la muerte, un asfixiante hedor que llegaba hasta mi estómago y, como unos dedos, volvía mis entrañas del revés. La fragancia del Fragrant Harbor permanecerá siempre en mi nariz.

Los británicos y demás extranjeros vivían en la parte de la isla de Hong Kong. Pero en la ciudad amurallada de Kowloon, casi todos eran chinos, ricos y mendigos, pobres y poderosos, todos diferentes pero con una cosa en común: habíamos sido fuertes, habíamos sido débiles, habíamos experimentado una desesperación suficiente para abandonar nuestra madre tierra y nuestra familia.

También estaban los que se enriquecían a costa de esa desesperación. Fui a ver a muchas adivinas ciegas, las *wenmipo*, que decían ser capaces de comunicarse con los fantasmas. «Tengo un mensaje de un niño», decían. «De un hijo». «Un marido». «Un antepasado enfadado». Una de ellas me dijo:

—Tu Tita Querida ya se ha reencarnado. Camina tres manzanas hacia el este y otras tres hacia el norte. Una mendiga te dirá: «Tita, ten piedad, dame esperanza». Entonces sabrás que es ella. Si le das una moneda, acabarás con la maldición.

Seguí sus instrucciones al pie de la letra, y en el sitio previsto, una niña repitió textualmente esas palabras. Me puse muy contenta. Pero entonces otra mendiga me dijo lo mismo, y luego otra y otra, diez, veinte, treinta niñas, todas desesperadas. Le di una moneda a cada una, por las dudas. Y sentí pena por todas ellas. Al día siguiente fui a ver a otra vidente ciega que hablaba con fantasmas. También me indicó dónde encontrar a Tita Querida. Ve por aquí y luego por allí. Me

estaba quedando sin ahorros, pero eso no me preocupaba. Pronto, en cualquier momento, me iría a América.

Cuando llevaba un mes en Hong Kong, recibí una carta de GaoLing:

«Mi querida, verdadera hermana:

»Perdona que no haya escrito antes. El maestro Pan me envió tu dirección, pero no la recibí de inmediato, pues me he estado mudando de la casa de una señora de la iglesia a la de otra. También lamento decirte que la señorita Grutoff murió una semana después de nuestra llegada. Poco antes de marcharse al cielo, dijo que regresar a Estados Unidos había sido un error. Quería volver a China para que sus huesos descansaran junto a los de la señorita Towler. Al enterarme de cuánto amaba China me alegré, pero también me entristecí, ya que era demasiado tarde para enviarla de vuelta. Asistí a su funeral. Aquí la conocía poca gente, y yo fui la única que lloró. Fue una gran señora, me dije.

»Tengo que darte otra noticia que tampoco es buena. He descubierto que no puedo avalarte, al menos por el momento. Lo cierto es que casi no me dejan quedarme a mí. No sé por qué pensamos que era muy sencillo. Ahora veo que fuimos unas tontas, deberíamos haber hecho más averiguaciones. Pero ahora las he hecho yo, y me he enterado de varias formas de traerte más adelante.

»Una de ellas es que solicites asilo como refugiada. Sin embargo, el cupo para los chinos es muy bajo, menor que el número de personas que quieren entrar.

»Otra forma es hacerme primero ciudadana americana y luego mandarte a llamar como mi hermana. Tendrías que decir que Madre y Padre son tus verdaderos padres, pues no puedo traer a una prima. No obstante, como familiar tendrías preferencia sobre otros refugiados. El problema es que para hacerme ciudadana primero tengo que aprender bien inglés y conseguir un buen empleo. Te prometo que estoy estudiando mucho por si éste es el camino que debemos seguir.

»Hay una tercera manera de traerte: si me caso con un ciudadano norteamericano me darán la ciudadanía antes. Por supuesto, el hecho de que esté casada con Fu Nan es un inconveniente, pero nadie tiene por qué enterarse. Yo no lo mencioné cuando solicité el visado. Deberías saber también que cuando pedí ese papel, el hombre de los visados me pidió un documento que probará mi nacimiento, y yo le pregunté: “¿Quién tiene documentos de esas cosas?”. Él dijo: “Ah, ¿se quemaron en la guerra, como los de todos los demás?”. Me pareció la respuesta más apropiada, así que asentí. Cuando pidas tu visado, di lo mismo. También hazte cinco años más joven, como si hubieras nacido en 1921. Yo lo hice: declaré que había nacido en 1922, aunque el mismo día y mes del antiguo cumpleaños. Así podrás recuperar el tiempo perdido.

»Madre y Padre me han escrito pidiendo que les envíe el dinero que me sobre. Tuve que contestar que no me sobra nada. Si en el futuro me queda algo, naturalmente te lo mandaré a ti. Me siento muy culpable porque insististe en que viniera antes y yo cedí a tus ruegos. Ahora estás atrapada allí, sin saber qué hacer. No me interpretes mal. La vida aquí tampoco es fácil, y ganar dinero es mucho más difícil de lo que imaginábamos. No te creas esas historias de riquezas instantáneas. En cuanto al baile, sólo se ve en las películas. Yo paso la mayor parte del día limpiando casas. Me pagan veinticinco centavos. Eso te sonará a mucho, pero es lo que vale una comida, de manera que cuesta mucho ahorrar. Sin embargo, yo estoy dispuesta a morirme de

hambre por ti.

»En su carta, Padre me contó que estuvo a punto de morir de rabia al enterarse de que Fu Nan había perdido la tienda de tinta de Pekín. Dice que ha regresado a Corazón Inmortal y que no hace nada más que holgazanear, pero su padre no lo critica. Dice que Fu Nan es un gran héroe de guerra que perdió dos dedos y salvó muchas vidas. Ya te imaginas lo que pensé al leer eso. Lo más terrible es que nuestra familia siga enviando barras de tinta y no reciba nada a cambio, sólo una deuda algo más pequeña. Todos han tenido que buscar trabajos para hacer en casa: tejer cestos, hacer zurcidos y otras faenas insignificantes que hacen que Madre se queje, diciendo que hemos caído tan bajo como los inquilinos. Me pide que me dé prisa en hacerme rica, así podré sacarla de las entrañas del infierno.

»Siento una pesada carga de culpa y responsabilidad».

Cuando terminé de leer la carta de GaoLing, sentí como si me dieran hachazos en la cabeza estando ya muerta. Había esperado en Hong Kong inútilmente. Podía esperar un año, diez años más o el resto de mi vida en esa ciudad atestada de personas desesperadas y con historias más tristes que la mía. No conocía a nadie y echaba de menos a mis amigos. América no sería mi destino. Había perdido mi oportunidad.

Al día siguiente recogí mis cosas y fui a la estación de trenes con la intención de regresar a Pekín. Puse todo el dinero que me quedaba en la taquilla.

—El billete ha aumentado —dijo el vendedor. ¿Cómo era posible?—. El dinero vale menos —explicó—, y todo cuesta más.

Le pedí un billete de clase inferior. Esa es la clase más barata, dijo y señaló una pizarra con los precios.

Ahora sí que estaba atrapada. Me pregunté si debía escribir al maestro Pan, o quizá a la hermana Yu. Pero luego pensé, ay, dar tanto trabajo a otros. No, arréglate sola. Empeñaría mis objetos de valor. Pero cuando los examiné, vi que mis únicos tesoros eran los siguientes: un cuaderno de Kai Jing, la chaqueta que GaoLing me había regalado antes de irme al orfanato, las páginas de Tita Querida y su fotografía.

También estaba el hueso del oráculo.

Lo saqué de su suave envoltorio de tela y miré los ideogramas tallados en un lado. Palabras desconocidas, escritas para que alguien las recordara. En un tiempo, un hueso del oráculo valía el doble que uno de dragón. Llevé mi tesoro a tres tiendas. La primera era propiedad de un curandero. Dijo que esos huesos ya no se utilizaban como medicina, pero que debido a su rareza valían una pequeña cantidad de dinero. Me ofreció una suma que me sorprendió, pues era casi suficiente para comprar un billete de segunda clase a Pekín. La segunda tienda vendía joyas y curiosidades. El vendedor sacó una lupa y examinó el hueso con mucha atención, girándolo varias veces. Dijo que era auténtico, aunque no un buen ejemplo de los huesos del oráculo. Me ofreció el equivalente de un billete de primera clase para Pekín. La tercera tienda era un negocio de antigüedades para turistas. Al igual que el joyero, el propietario examinó el hueso con una lupa. Llamó a otro hombre para que echara un vistazo. Luego me hizo un montón de preguntas:

—¿Dónde lo ha encontrado? ¿Qué? ¿De dónde sacó semejante tesoro una joven como usted? Ah, ¿es nieta de un curandero? ¿Cuánto tiempo lleva en Hong Kong? Vaya, conque está esperando

para marcharse a América. ¿Alguien se ha ido ya sin este hueso? ¿Se lo quitó a esa persona? En Hong Kong hay muchos ladrones. ¿Es usted uno de ellos? Señorita, vuelva, vuelva aquí o llamaré a la policía.

Me marché de la tienda, furiosa y ofendida. Pero mi corazón hacía *pum-pum-pum*, porque ahora sabía que lo que tenía en la mano valía mucho dinero. Sin embargo, ¿cómo iba a venderlo? Había pertenecido a mi madre, y antes a mi abuelo. Era mi vínculo con ellos. ¿Cómo iba a entregárselo a un extraño para abandonar mi tierra natal, las tumbas de mis antepasados? Cuanto más pensaba en esas cosas, más fuerte me sentía. Kai Jing tenía razón. Era mi carácter.

Tracé un plan. Buscaría un sitio más barato donde vivir —sí, incluso más barato que la pensión queapestaba a pescado— y un empleo. Ahorraría durante unos meses y luego, si aún no había recibido mi visado, regresaría a Pekín. Allí al menos podría emplearme en otra escuela para huérfanas. Podría esperar acompañada y con mayores comodidades. Si GaoLing me conseguía el visado, bien, volvería a Hong Kong. Si no lo conseguía, bien, me quedaría y trabajaría de maestra.

Ese mismo día me mudé a una habitación más barata que debía compartir con una mujer que roncaba y con otra que estaba enferma. Nos turnábamos para dormir en el camastro: la que roncaba dormía por las mañanas; yo, por las tardes y la enferma, después de mí. Las dos que no estábamos durmiendo salíamos a la calle a buscar trabajos para hacer en casa: reparar calzado, coser pañuelos, tejer cestos, ensartar cuentas para collares, pintar vasijas, cualquier cosa que nos permitiese ganar un dólar. Así viví durante un mes. Y cuando la enferma empezó a toser sin parar, me mudé.

—Ha tenido suerte de no pillar la tuberculosis —me dijo el vendedor de melones—. La otra chica se contagió.

Y yo pensé: ¡tuberculosis! La enfermedad que había fingido padecer para escapar de los japoneses. ¿Y ahora había escapado de ella?

A continuación viví con una señora de Shanghai que había sido muy, muy rica, pero ya no lo era. Compartíamos una sofocante habitación situada encima de la lavandería donde trabajábamos hirviendo ropa, sumergiendo las prendas y sacándolas con largas varas. Si mi compañera se salpicaba, me gritaba, aunque no hubiese sido culpa mía. Su marido había sido un alto oficial del Kuomintang. Una de las chicas de la lavandería me contó que lo habían encarcelado por colaborar con los japoneses durante la guerra.

—Así que no sé por qué se da tantas ínfulas, si todo el mundo la mira con desprecio —dijo la chica.

La mujer con ínfulas me prohibió hacer cualquier clase de ruido por las noches: ni una tos, ni un estornudo ni un pedo. Yo tenía que caminar con sigilo, como si mis zapatos estuviesen hechos de nubes. A menudo lloraba y se quejaba a la diosa de la Misericordia del terrible castigo que era convivir con una persona semejante, o sea yo. Espera y verás, me decía yo, quizá tu concepto de ella cambie, como te pasó con la hermana Yu. Pero no cambió.

Después de vivir con esa horrible mujer, me alegré de mudarme con una anciana sorda. Por un poco de dinero extra, la ayudaba a hervir y pelar cacahuetes durante toda la noche. Por la mañana, vendíamos los cacahuetes a personas que los comían mezclados con la sémola de arroz del desayuno. Durante las calurosas tardes, dormíamos. Era una vida cómoda: cacahuetes y descanso.

Pero un día llegó una pareja que decía estar emparentada con la anciana. «Aquí estamos. Denos alojamiento». Ella no sabía quiénes eran esas personas, pero juntos repasaron una sinuosa cadena de vínculos consanguíneos y al final la anciana tuvo que admitir que quizá estuviesen emparentados. Antes de marcharme, conté mi dinero y comprobé que tenía suficiente para el billete más barato a Pekín.

Volví a la estación del ferrocarril. Otra vez descubrí que el valor del dinero había bajado y que el billete valía el doble que antes. Yo era como un pequeño insecto que huía del agua trepando por un muro, pero el agua subía más aprisa.

Esta vez necesitaba un plan mejor para mejorar mi situación, mi *siqing*.

En chino y en inglés, estas palabras suenan prácticamente igual. En cada esquina había personas hablando de eso: «Esta es mi situación. De esta manera podría mejorar mi situación». Me di cuenta de que en Hong Kong todo el mundo se creía capaz de cambiar su situación, su destino; ya nadie se contentaba con sus circunstancias. Y había muchas formas de cambiar. Uno podía ser listo, ser ambicioso o tener conexiones.

Yo era lista, desde luego, y si hubiese sido ambiciosa habría vendido el hueso del oráculo. Pero otra vez decidí que no lo haría. No era pobre en salud ni en respeto hacia mi familia.

En lo que a conexiones se refería, ahora que la señorita Grutoff había muerto, sólo tenía a GaoLing. Y GaoLing no me serviría de nada. No tenía recursos. Si yo hubiese viajado a Estados Unidos en primer lugar, habría usado mi fuerza, mi carácter, para conseguir un visado en pocas semanas. Entonces no estaría pasando calamidades sólo porque GaoLing no sabía qué hacer. Ése era el problema. GaoLing también era fuerte, pero no siempre en el mejor sentido. Había sido la favorita de Madre, una niña mimada y malcriada. Y durante su estancia en el orfanato había tenido una vida fácil. Tanto yo como la hermana Yu la habíamos ayudado mucho, de manera que nunca había necesitado pensar por sí misma. Si la corriente iba río abajo, a ella jamás se le ocurriría nadar río arriba. Sabía cómo conseguir lo que quería, pero sólo con la ayuda de otros.

A la mañana siguiente tenía un nuevo plan. Con mis escasos ahorros compré el blusón y los pantalones blancos de una *majie*. Los británicos se volvían locos por esa clase de criada: sumisa, refinada y limpia. Así encontré un empleo con una señora inglesa y su anciana madre.

Tenían una casa en la zona de Victoria Peak. Era más pequeña que las casas del vecindario, una casita con un estrecho y sinuoso sendero flanqueado de helechos que conducía a la puerta principal. Las dos señoras inglesas vivían arriba; y yo, en una habitación del sótano.

La hija, miss Patsy, había nacido en Hong Kong y tenía setenta años. Su madre debía de tener al menos noventa y se llamaba lady Ina. Su marido había hecho fortuna transportando mercancías entre India, China e Inglaterra. A pesar de ser su hija, miss Patsy lo recordaba con el nombre de sir Flowers. En mi opinión, el nombre «Flowers» representaba las flores de donde se sacaba el opio. Esa era la base del comercio entre India y Hong Kong muchos años antes, y así fue como muchos chinos adquirieron el hábito de fumar opio.

Como miss Patsy siempre había vivido en Hong Kong, hablaba cantones como una nativa. Era un dialecto especial. Durante mis primeros días en su casa me hablaba en la lengua local, de la que yo sólo entendía algunas palabras que se parecían a las del mandarín. Más adelante empezó a añadir términos en inglés, algunos de los cuales me sonaban del orfanato. Pero miss Patsy hablaba

el inglés de los británicos, y al principio me costó mucho entenderla.

Las palabras de lady Ina también eran difíciles de entender. Los sonidos se derramaban, blandos y grumosos como las gachas que comía todos los días. Era tan vieja que se comportaba como una niña de pecho. Se ensuciaba las bragas con porquería de las dos clases, la apestosa y la líquida. Lo sé porque yo tenía que limpiarla. Cuando miss Patsy decía «Lady Ina necesita lavarse las manos», yo sabía que debía levantar a la anciana del sofá, la cama o el sillón de la sala. Por suerte para mí, era ligera como una niña. Y también tenía el genio de una niña. «No, no, no, no, no», decía mientras la llevaba al baño, avanzando a pasos diminutos, tan despacio que éramos como tortugas pegadas por el caparazón. Seguía gritando mientras la lavaba, «no, no, no, no, no», porque no le gustaba que el agua tocara su cuerpo, y mucho menos su cabeza. Tres o cuatro veces al día yo le cambiaba las bragas y el resto de la ropa. Miss Patsy no quería ponerle pañales porque habría sido una gran ofensa para su madre. Así que yo lavaba, lavaba y lavaba innumerables prendas, día tras día. Al menos miss Patsy era una señora agradable y muy cortés. Si lady Ina tenía una rabieta, miss Patsy sólo necesitaba decir tres palabras con tono alegre, «¡Han llegado visitas!», para que la anciana callara. Entonces se sentaba con la encorvada espalda súbitamente erguida y las manos enlazadas sobre el regazo. Era lo que le habían enseñado a hacer cuando era jovencita. Delante de las visitas, debía comportarse como una dama, aunque para ello tuviera que fingir.

En aquella casa también había un loro, un gran pájaro gris llamado *Cucú*, igual que el canto del cuclillo. Al principio pensé que Miss Patsy lo llamaba *ku ku*, la palabra china para «llorar», que es lo que él hacía a veces, *ku! ku! ku!*, como si estuviese herido de muerte. Y otras veces reía como una mujer loca, con aullidos largos y estentóreos. Era capaz de copiar cualquier sonido: de hombre, de mujer de niño o de mono. Un día oí el silbido del hervidor de agua, y cuando corrí a apagar el fuego, descubrí que era *Cucú*, columpiándose en su rama y estirando el cuello, feliz porque había conseguido engañarme. Otra vez oí gritar a una joven china: «¡Baba! ¡Baba! ¡No me pegues!», y luego gritó y gritó hasta que pensé que iba a caérseme la piel.

—*Cucú* ya era malo cuando sir Flowers me lo regaló, en mi décimo cumpleaños. Y durante sesenta años ha aprendido sólo lo que ha querido, igual que la mayoría de los hombres.

Miss Patsy amaba a ese loro como a un hijo, pero lady Ina decía que era el mismísimo diablo. Cuando lo oía gritar, se acercaba a la jaula, movía el dedo y decía:

—Oh, chitón, calla de una vez.

En ocasiones levantaba el dedo, y antes de que de su boca saliera sonido alguno, el pájaro decía «Oh, chitón, calla de una vez» con una voz idéntica a la de lady Ina. Entonces la anciana se desorientaba. ¡Ay! ¿Había hablado ya? Yo veía ese pensamiento en su cara mientras ladeaba la cabeza a un lado y al otro, como si dos partes de su mente librasen una batalla. A veces caminaba hasta el fondo de la habitación, pasito a pasito, daba media vuelta y regresaba, pasito a pasito, levantaba el dedo y decía:

«¡Oh, chitón!». Y el pájaro repetía sus palabras exactas. «¡Calla de una vez! ¡Calla de una vez!», repetía incansablemente. Un día lady Ina se acercó al pájaro y, antes de que pudiese decir nada, *Cucú* exclamó con la voz cantarina y alegre de miss Patsy: «¡Han llegado visitas!». En el acto, lady Ina se sentó en una silla cercana, cruzó las manos sobre el regazo, cerró la boca y

esperó, con los ojos azules fijos en la puerta.

Así fue como aprendí inglés. Me dije que si un pájaro podía hablar bien inglés, yo también podría. Tenía que pronunciar las palabras correctamente; de lo contrario, lady Ina no entendería mis instrucciones. Y dado que miss Patsy se dirigía a su madre con frases sencillas, me resultó fácil aprender cosas nuevas: Levántese, siéntese, la comida está servida, es la hora del té, hace un tiempo horrible, ¿no?

Durante los dos años siguientes pensé que mi situación no cambiaría jamás. Todos los meses iba a la estación del tren y descubría que el precio de los billetes había vuelto a aumentar. GaoLing me escribía una vez al mes. Me hablaba de su nueva vida en San Francisco y de lo incómodo que resultaba ser una carga para unos extraños. La iglesia que la protegía le había encontrado una habitación en casa de la señora Wu, una anciana que hablaba mandarín. «Es muy rica, pero tacaña —escribió GaoLing—. Guarda todos los alimentos que le parecen demasiado buenos para comérselos de inmediato: fruta, chocolate, anacardos. Los pone encima del frigorífico, y cuando están podridos se los come y dice: ¿Por qué todo el mundo opina que esto es delicioso? ¿Qué tiene de delicioso?». De esa forma GaoLing quería darme a entender lo dura que era su vida.

Pero por fin recibí una carta de ella que no empezaba con las quejas de costumbre: «Buenas noticias —decía—. He conocido a dos hombres solteros y creo que debería casarme con uno de ellos. Los dos son ciudadanos norteamericanos, nacidos en este país. Según mi pasaporte con la nueva fecha de nacimiento, uno de ellos me lleva un año y el otro, tres. Ya sabes lo que significa eso. El mayor está estudiando para ser médico; el más joven es dentista. El mayor es muy serio e inteligente. El más joven es más guapo y siempre está haciendo bromas. Me cuesta mucho decidir a cuál de los dos debería dedicarle toda mi atención. ¿Tú qué crees?».

Cuando leí la carta, yo acababa de limpiar el trasero de lady Ina dos veces en una hora. Había querido cruzar el océano, sacudir a GaoLing y decirle: «Cásate con el que te acepte antes. ¿Cómo puedes pedirme consejo cuando yo no sé cómo sobrevivir de un día para el otro?».

No le contesté de inmediato. Esa tarde tenía que ir al mercado de pájaros. Miss Patsy decía que *Cucu* necesitaba una jaula nueva. Así que bajé la cuesta hasta el puerto y tomé el transbordador para llegar a Kowloon. La península estaba cada vez más atestada de gente que huía de China. «La guerra civil se ha recrudecido —había escrito la hermana Yu—, y las batallas son tan cruentas como las de la guerra con Japón. Aunque reúnas el dinero para volver a Pekín, no deberías hacerlo. Los nacionalistas dirían que eres comunista porque Kai Jing se ha convertido en uno de los mártires del partido; y los comunistas dirían que eres nacionalista porque viviste en un orfanato americano. No podría decirte qué es peor, pues eso es algo que varía de un pueblo a otro».

Después de leer esas palabras, supe que no debía seguir preocupándome por cómo regresar a Pekín. Cambié esa preocupación por otra: el estado de la hermana Yu, el maestro Pan y su esposa. También a ellos podían verlos como enemigos de cualquiera de los dos bandos. Éstos eran mis únicos pensamientos mientras me dirigía al mercado de pájaros. De repente sentí una brisa fresca en la espalda, a pesar de que era un día templado. Es como si me siguiese un fantasma, pensé. Seguí andando, girando en una esquina y otra; la sensación de que me perseguían crecía a cada

paso. Por fin me detuve, di media vuelta y un hombre me dijo:

—Conque de verdad eres tú. —Era Fu Nan, el marido de GaoLing. Ya no le faltaban sólo dos dedos, sino la mano izquierda entera. Su cara tenía mal color y sus ojos estaban rojos y amarillos —. ¿Dónde está mi mujer? —preguntó.

Sopesé la pregunta. ¿Cuál era el riesgo de que le contestase una cosa u otra?

—Se ha marchado —respondí por fin, y me alegré de poder pronunciar las siguientes palabras —: Vive en Estados Unidos.

—¿En Estados Unidos? —Al principio pareció sorprendido, pero luego sonrió—. Lo sabía. Sólo quería comprobar si me dirías la verdad.

—No tengo nada que ocultar.

—¿Entonces no tratarás de negarme que tú también quieres marcharte a América?

—¿Quién lo dice?

—Toda la familia Liu. Están jadeando como perros, esperando la ocasión de reunirse con su hija. Se preguntan por qué deberías ir tú primero, si ni siquiera eres su verdadera hermana. Sólo es posible avalar a los familiares verdaderos, no a los bastardos. —Me sonrió, a modo de falsa disculpa, y añadió—. Naturalmente, los maridos tienen prioridad.

Di media vuelta para marcharme, pero me agarró del brazo.

—Si tú me ayudas, yo te ayudaré a ti —dijo—. Lo único que te pido es la dirección de GaoLing. Si ella no quiere que vaya, no lo haré, y tú serás la siguiente. No se lo contaré a la familia Liu.

—Yo ya sé que no quiere que vayas. Se marchó a América para huir de ti.

—Dame su dirección, o iré a las autoridades y les diré que no eres su verdadera hermana. Entonces perderás la oportunidad de viajar, igual que yo.

Miré a ese hombre malvado. ¿Qué decía? ¿Qué era capaz de hacer? Me alejé a toda prisa, zigzagueando entre la multitud hasta que estuve segura de que me había perdido de vista. En el mercado de pájaros miré a un lado y otro con el rabillo del ojo. No perdí tiempo regateando, y una vez que hube comprado la jaula, regresé rápidamente a la parte de Hong Kong, apretando en la mano el documento que demostraba dónde vivía. ¿Qué haría Fu Nan? ¿De verdad me denunciaría a las autoridades? ¿Cuán listo era? ¿A qué autoridades iría a ver?

Esa noche le escribí una carta a GaoLing, informándole de las amenazas de Fu Nan: «Sólo tú sabes hasta qué punto es astuto. Tal vez comunique a las autoridades que ya estás casada, y entonces tendrás problemas, sobre todo si te casas con un americano».

Al día siguiente salí de la casa para enviar la carta. En cuanto pisé la acera, volví a sentir un súbito escalofrío. Escondí la carta en el interior de mi blusa. Y en la esquina siguiente me topé con Fu Nan, que estaba esperándome.

—Dame dinero —dijo—. Es lo menos que puedes hacer por un cuñado. ¿O no eres la hermana de mi mujer?

Durante las semanas siguientes siguió interceptándome el paso cada vez que salía de la casa. No podía llamar a la policía. ¿Qué iba a decirles? «¿Mi cuñado, que de hecho no es mi verdadero cuñado, me persigue y me pide dinero y la dirección de mi hermana, que no es mi verdadera hermana?». Pero un día salí para ir al mercado y no lo encontré. Durante todo el tiempo que pasé

fuera de la casa, estuve en vilo, esperando encontrarlo y angustiarme. Pero nada. Regresé a la casa, desconcertada y aliviada a la vez. Me permití acariciar la esperanza de que hubiese muerto. Durante la semana siguiente no vi señales de él. No sentí súbitas brisas frías. ¿Era posible que mi suerte hubiera cambiado? Cuando abrí la siguiente carta de GaoLing, terminé de convencerme de que era así.

«Me puse furiosa al enterarme de que Fu Nan te ha estado molestando —decía—. Esa cría de tortuga no se detiene ante nada para conseguir lo que quiere. La única forma de librarse de él durante unos días es darle dinero para opio. Pero muy pronto se acabarán tus problemas. ¡Tengo buenas noticias! He descubierto otra manera de traerte conmigo. ¿Recuerdas a los hermanos de los que te hablé? ¿El estudiante de medicina y el dentista? Se apellidan Young, y el padre de ambos me ha dicho que una persona como tú podría venir si alguien declarara que eres una “famosa artista visitante”. Serías como una turista, pero con privilegios especiales. La familia ha sido muy amable al ofrecerse a declarar eso, pues todavía no soy pariente. Naturalmente, no puedo pedirles que te paguen el viaje. Pero ya han rellenado una solicitud y entregado la documentación necesaria. El próximo paso es que yo gane más dinero para el pasaje de barco. Entretanto, debes prepararte para viajar en cualquier momento. Averigua los horarios de los barcos, haz que un médico te examine por si tuvieses parásito...».

Leí la larga lista de instrucciones y me sorprendí de lo lista que era GaoLing. ¡Sabía tantas cosas! Y yo me sentía como una niña aconsejada por su preocupada madre. Estaban tan feliz que derramé lágrimas allí mismo, en el transbordador que me conducía a casa. Y precisamente porque estaba en el barco, no me asusté al sentir una brisa fresca. De hecho, fue un consuelo. Pero entonces alcé la vista.

Allí estaba Fu Nan. Ahora le faltaba también un ojo.

Me sobresalté tanto que estuve a punto de saltar por la borda. Era como si viese lo que me pasaría a mí.

—Dame dinero —dijo.

Esa noche, puse la fotografía de Tita Querida sobre una mesita y encendí incienso. Supliqué su perdón y el de su padre. Le dije que el regalo que me había hecho me ayudaría a comprar mi libertad, y que esperaba que no se enfadara conmigo por venderlo.

Al día siguiente vendí el hueso del oráculo en la segunda tienda que había visitado muchos meses antes. Con lo que había ahorrado de mi sueldo de doncella tenía suficiente para comprar un pasaje de tercera clase. Consulté las fechas de los viajes y envié un telegrama a GaoLing. Cada pocos días le daba dinero a Fu Nan para su vicio, lo suficiente para que se sumiese en sus sueños. Finalmente recibí el visado. Ya era una «famosa artista visitante».

Zarpé hacia Estados Unidos, una tierra sin maldiciones ni fantasmas. Cuando desembarqué allí, tenía cinco años menos. Y sin embargo me sentía vieja.

TERCERA PARTE

1

El señor Tang estaba enamorado de LuLing, aunque no la conocía. Ruth lo presentía. Él hablaba como si la conociese mejor que nadie, incluso mejor que su propia hija. A sus ochenta años, había sobrevivido a la Segunda Guerra Mundial, la guerra civil china, la revolución cultural y un triple *bypass* coronario. Había sido un escritor famoso en China, pero su obra no se había traducido y en Estados Unidos no la conocía nadie. Ruth había conseguido su nombre a través de un lingüista que trabajaba con Art.

—Es una mujer de carácter fuerte —le dijo a Ruth por teléfono poco después de empezar a traducir las páginas que había recibido por correo—. ¿Podría enviarme una foto de cuando era joven? Verla me ayudará a expresar sus palabras con el estilo que usó en chino.

A Ruth le pareció una solicitud extraña, pero le envió dos copias de escáner: una de la foto donde LuLing aparecía con GaoLing y la madre de ambas, y otra de una fotografía tomada cuando LuLing acababa de llegar a Estados Unidos. Más adelante, Tang le pidió una foto de Tita Querida.

—Era una mujer fuera de lo común —señaló—. Autodidacta, franca y rebelde para su época.

Ruth se moría por preguntarle si Tita Querida era la verdadera madre de LuLing. Pero se contuvo; quería leer la traducción de corrido y no enterarse de la historia a retazos. Tang había dicho que necesitaría unos dos meses para terminar el trabajo.

—No quiero limitarme a traducir literalmente. Me gustaría redactarla de una forma más natural y reflejar las verdaderas palabras de su madre; de ese modo será un documento fidedigno para usted y las generaciones futuras. Debo hacerlo concienzudamente, ¿no le parece?

Mientras Tang traducía, Ruth se fue a vivir a casa de LuLing. Le comunicó su decisión a Art en cuanto éste regresó de Hawai.

—Me parece muy precipitado —dijo él mientras la miraba empaquetar—. ¿Estás segura de que es necesario? ¿Por qué no contratas a alguien que le haga compañía?

¿Ruth había restado importancia a sus problemas durante los últimos meses? ¿O simplemente Art no le había prestado atención? Le irritaba pensar que se conocían muy poco.

—Creo que será más sencillo que tú contrates a alguien para que te ayude con las niñas —repuso Ruth. Art suspiró—. Lo lamento, pero todas las asistentes se marchan, y no puedo pedir a tía Gal ni a nadie más que se hagan cargo de mamá durante más de un par de días por vez. Tía Gal dice que la semana que pasó con ella fue peor que correr detrás de sus nietos cuando eran pequeños. Al menos ahora cree en el diagnóstico del médico y sabe que la infusión de gingseng no es un curalotodo.

—¿Estás segura de que no pasa nada más? —preguntó, siguiendo a Ruth a su Cuchitril.

—¿A qué te refieres? —Bajó disquetes y cuadernos de los estantes.

—A nosotros. A ti y a mí. ¿No necesitamos hablar de algo más, aparte del problema de tu madre?

—¿Por qué lo dices?

—No sé... Pareces distante, incluso enfadada.

—Estoy tensa. La semana pasada me di cuenta de cuál es el verdadero estado de mamá y me asusté. Es un peligro para sí misma. Está peor de lo que pensaba. Y creo que la enfermedad está más avanzada de lo que creí al principio. Es posible que lleve seis o siete años enferma. No entiendo por qué no me di cuenta.

—¿Entonces el hecho de que te mudes a su casa no tiene nada que ver con nosotros?

—No —respondió Ruth con firmeza. Y añadió en voz más baja—: No lo creo. —Y tras de una larga pausa—: Recuerdo que una vez me preguntaste qué pensaba hacer con mi madre. Y eso me dio que pensar. Sí, ¿qué iba a hacer *yo*? Tuve la sensación de que toda la responsabilidad recaía sobre mí. He buscado la mejor solución posible, y esto es lo que se me ha ocurrido. Es posible que el hecho de que me vaya tenga algo que ver con nosotros, pero ahora mismo, si hay algún problema entre nosotros, es secundario. Tengo que ocuparme de mamá. Por el momento, es lo único que puedo hacer.

Art parecía desconcertado.

—Bueno, cuando estés dispuesta a hablar... —Dejó la frase en el aire, y Ruth lo vio tan angustiado que sintió la tentación de tranquilizarlo, de decirle que entre ellos no había ningún problema grave.

LuLing también desconfiaba de los motivos de Ruth para irse a vivir con ella.

—Un cliente me ha pedido que escriba un cuento infantil con ilustraciones de animales —explicó Ruth. Ya estaba acostumbrada a mentirle a su madre sin sentirse culpable—. Me gustaría que tú hicieras los dibujos, y si aceptas, podríamos trabajar juntas aquí. Esta casa es más silenciosa.

—¿Cuántos animales? ¿De qué clase? —LuLing estaba tan entusiasmada como una niña antes de ir al zoológico.

—Los que queramos. Tú decidirás qué quieres dibujar y lo harás al estilo chino.

—Bien. —LuLing parecía complacida con la perspectiva de contribuir al éxito de su hija.

Ruth suspiró, aliviada pero también triste. ¿Por qué no le había pedido nunca a su madre que hiciese dibujos? Debería haberlo hecho cuando aún tenía el pulso y la mente firmes. Le rompía el corazón ver cuánto se esforzaba, con cuánta diligencia trabajaba para ser útil a su hija. Hacer feliz a su madre siempre había sido sencillo. Lo único que quería era sentirse imprescindible, como cualquier madre.

Todos los días, LuLing se sentaba ante la mesa y pasaba quince minutos moliendo una barra de tinta. Por suerte, casi todos sus dibujos eran repeticiones de los que había hecho muchas veces en el pasado —peces, caballos, gatos, monos, burros— de manera que, al igual que cuando trazaba los ideogramas chinos, se guiaba por una memoria neuromotora. El resultado eran temblorosas aunque identificables copias de ilustraciones que en un tiempo había hecho a la perfección. Sin

embargo, cuando intentaba pintar algo nuevo, su mano titubeaba en sincronía con su confusión, y Ruth se angustiaba tanto como ella, aunque intentaba disimularlo. Cada vez que LuLing terminaba un dibujo, Ruth lo elogiaba, se lo llevaba y le sugería otro.

—¿Hipopótamo? —Su madre batallaba con la palabra—. ¿Cómo dices en chino?

—No importa —dijo Ruth—. ¿Qué tal un elefante? Haz el de siempre, con una trompa larga y grandes orejas.

Pero LuLing seguía con el entrecejo fruncido.

—¿Por qué tu rindes? Algo difícil puede ser mejor que algo fácil. ¿Cómo es el hipopótamo? ¿Con un cuerno aquí? —Se tocó la parte superior de la cabeza.

—Eso es un rinoceronte. También está bien. Dibuja un rinoceronte.

—¿Hipopótamo no?

—No te preocupes por eso.

—¡Yo no preocupo! ¡Tú preocupas! Yo veo en tu cara. No puedes ocultar a mí. Yo sé. Yo tu madre. Vale, vale, no te preocupes más por hipopótamo. Yo preocupo por ti. Más tarde yo recuerdo, te lo digo y tú contenta. ¿Sí? No lloras más.

LuLing sabía guardar silencio cuando Ruth estaba trabajando. «Estudia mucho», murmuraba. Pero cuando Ruth veía la televisión, su madre, como de costumbre, pensaba que no estaba haciendo nada importante. De modo que empezaba a criticar a GaoLing, rememorando todas las ofensas del pasado.

—Quiere que vaya a un crucero del amor en Hawái. Yo pregunto: ¿dónde saco tanto dinero? Mi pensión es sólo setecientos cincuenta dólares. Y ella dice: ¡tú muy tacaña! Y yo le contesto que eso no tacaña, eso *pobre*. No soy viuda rica. ¡Uf! Olvida que antes quería casar con mi marido. Cuando él muere, me dice qué suerte que yo elijo el otro hermano...

A veces Ruth la escuchaba con atención, tratando de determinar cuánto cambiaba la anécdota con cada repetición y tranquilizándose cuando veía que permanecía intacta. Pero otras veces le irritaba escuchar a su madre, y esa irritación la hacía sentirse extrañamente satisfecha, como si todo siguiese igual y no ocurriese nada malo.

—¡Esa chica abajo come palomitas todas las noches! Después quema y suena alarma de incendio. ¡No sabe que yo puedo oler! ¡Apesta! Palomitas, lo único que come. Por eso está esquelética, natural. Después dice esto no bien, aquello no bien. Siempre queja y queja, amenaza con «demanda por lesiones, *vio-la-ción* de código seguridad».

Por las noches, acostada en su antigua cama, Ruth sentía que había regresado a la adolescencia disfrazada de adulta. Era la misma persona, y al mismo tiempo no lo era. O acaso fuese dos versiones de sí misma, Ruth 1969 y Ruth 1999, una más inocente, la otra más perspicaz, una más necesitada de aprobación, la otra más autosuficiente, las dos temerosas. Era la niña de su madre y la madre de la niña en que se había convertido su madre. Tantas combinaciones como nombres e ideogramas chinos; los mismos elementos, en apariencia sencillos, reorganizados en distintas formas. Esa era la cama de su infancia, y sin embargo dentro estaban los momentos juveniles previos a los sueños, cuando sufría sola y se preguntaba: ¿qué pasara? Igual que en la infancia, oía su respiración y se angustiaba con la idea de que la de su madre podría detenerse algún día. Cuando era consciente de esa respiración, cada inhalación suponía un esfuerzo. La espiración era

simplemente un alivio. Ruth tenía miedo de relajarse.

Varias veces a la semana, Ruth y LuLing hablaban con los fantasmas. Ruth sacaba la vieja bandeja de arena, que seguía encima del frigorífico, y se ofrecía a escribir a Tita Querida. Su madre respondía con cortesía, igual que alguien a quien le ofrecen un bombón:

—¡Ah!... Bueno, un poquito.

LuLing quiso saber si el libro de cuentos infantiles iba a convertir a su hija en una escritora famosa. Ruth hizo que Tita Querida contestara que sí.

LuLing también pedía pistas sobre el mercado bursátil.

—¿Dow Jones sube o baja? —preguntó un día. Ruth dibujó una flecha ascendente—. ¿Compro Intel o vendo Intel?

Ruth sabía que su madre seguía los altibajos de la bolsa sólo para entretenerse. No había encontrado ninguna carta, publicitaria o no, de agencias de corredores de bolsa. «Compra a la baja», decidió escribir.

LuLing asintió:

—Ah, espera que bajen. Tita Querida muy lista.

Una noche, mientras Ruth sujetaba el palillo, preparada para nuevas predicciones, LuLing la sorprendió preguntando:

—¿Por qué Artie y tú peleados?

—No estamos peleados.

—¿Entonces por qué no viven juntos? ¿Por mí? ¿Culpa mía?

—Claro que no —repuso Ruth en un tono quizá demasiado alto.

—Yo sí lo creo. —Dirigió a Ruth una de sus miradas omniscientes—. Pasa mucho tiempo desde la primera vez que lo conoces. Yo te lo digo: ¿Por qué vas a vivir con él primero? Lo haces y él no se casa nunca. ¿Recuerdas? Y ahora piensas ah, madre tiene razón. Vivimos juntos y ahora yo estoy de sobra, fácil de dejar. No avergüences. Tú sincera.

Ruth recordó con tristeza que, en efecto, su madre le había advertido todas esas cosas. Se entretuvo quitando los granos de arena adheridos a los bordes de la bandeja. Estaba sorprendida por las cosas que recordaba su madre, y a la vez conmovida por su preocupación. Aunque lo que LuLing había dicho de Art no era del todo cierto, había puesto el dedo en la llaga, pues ella sentía que sobraba, que era la última en la cola para conseguir una ración de lo que fuera que se sirviese.

Algo iba muy mal entre Art y ella. Estaba más convencida que nunca desde que habían iniciado la separación de prueba... porque eso es lo que era, ¿no? Ahora veía con mayor claridad sus pautas emocionales, sus esfuerzos para adaptarse a Art incluso cuando él no necesitaba que lo hiciera. Antes creía que los miembros de una pareja, casados o no, se adaptaban mutuamente, ya fuese por voluntad propia o por obligación. Pero ¿acaso Art se había adaptado a ella? En caso afirmativo, Ruth no sabía de qué manera. Y ahora que estaban separados se sentía aliviada, liberada. Era la sensación que imaginaba que experimentaría tras la muerte de su madre. Pero ahora quería aferrarse a ella como a un salvavidas.

—Lo que me preocupa es que sin Art no me siento más sola que antes —le dijo a Wendy por teléfono—. Me siento más yo.

—¿Echas de menos a las niñas?

—No demasiado; al menos no echo en falta su bullicio y su energía. ¿Crees que me he vuelto insensible?

—No. Creo que estás agotada.

Dos veces por semana Ruth y su madre iban a cenar al piso de Vallejo Street. Esos días Ruth tenía que dejar de trabajar antes de lo habitual para ir a hacer la compra. Como no quería dejar a su madre sola, la llevaba al supermercado. LuLing se quejaba de los precios de todos los artículos, y sugería que Ruth debía esperar a que los rebajaran. Un día Ruth llegó a casa —sí, se recordó, el piso de Vallejo Street aún era su casa—, sentó a LuLing ante el televisor y se puso a examinar la correspondencia. Se fijó en que había pocas cartas dirigidas a ella y a Art como pareja, y que casi todas las facturas de reparaciones estaban sólo a nombre de ella. Al final de la velada, se sintió agotada, triste, con ganas de volver a casa de su madre y a su pequeña cama.

Una noche, mientras estaba en la cocina picando verduras, Art se le acercó y le dio una palmada en las nalgas.

—¿Por qué no le pides a GaoLing que cuide de tu madre una noche? Así podrías quedarte para una visita conyugal.

Ruth se ruborizó. Habría querido apoyarse en él, abrazarlo, pero ese simple gesto se le antojaba tan aterrador como saltar de un precipicio.

Art la besó en el cuello.

—También podrías tomarte un descanso ahora mismo y meterte en el cuarto de baño conmigo para echar un polvo rápido.

Ruth rio con nerviosismo.

—Todas se imaginarán lo que hacemos.

—No. —Respiró en la oreja de Ruth.

—Mi madre lo sabe todo, lo ve todo.

Entonces Art dejó de acariciarla, y Ruth se sintió decepcionada.

Después de dos meses de separación, Ruth le dijo a Art:

—Si de verdad quieres que cenemos juntos, tal vez deberíais ir a casa de mi madre. Así no tendré que correr tanto. Es agotador.

De manera que Art y las niñas comenzaron a ir a casa de LuLing dos veces por semana.

—¿Cuándo volverás a casa, Ruth? —preguntó Dory una noche, mientras miraba cómo hacía una ensalada—. Papá es una lata, y Fia no para de decir «papá no hay nada que hacer, no hay nada bueno para comer».

Ruth se alegró de que la echasen de menos.

—No lo sé, cariño. Waipo me necesita.

—Nosotros también te necesitamos.

Ruth sintió un vuelco en el corazón.

—Lo sé, pero Waipo está enferma. Tengo que quedarme con ella.

—¿Entonces puedo venir a pasar unos días con vosotras?

Ruth rio.

—Me encantaría, pero tendrás que preguntárselo a tu padre.

Dos fines de semana después, Dory y Fia llegaron a casa de LuLing con un colchón inflable.

Se instalaron en la habitación de Ruth.

—Sólo chicas —insistió Dory, de manera que Art tuvo que marcharse. Por la noche, Ruth y las niñas vieron la televisión y se dibujaron tatuajes árabes en las manos.

El fin de semana siguiente, Art preguntó si había llegado el turno de los chicos.

—Creo que podremos arreglarlo —dijo Ruth con timidez.

Art se presentó con el cepillo de dientes, una muda de ropa, una minicadena portátil y un compacto de Michael Feinstein con música de Gershwin. Por la noche, se acurrucó junto a Ruth. Pero ella no podía excitarse con LuLing en la habitación contigua. Esa fue la explicación que le dio a Art.

—Entonces limitémonos a abrazarnos —sugirió él.

Ruth se alegró de que no le exigiera más explicaciones y apoyó la cabeza en su pecho. Poco después oyó la sonora respiración de Art y las sirenas de niebla. Por primera vez en mucho tiempo, se sintió segura.

El señor Tang llamó a Ruth dos meses después de empezar la traducción.

—¿Está segura de que no hay más páginas?

—Me temo que no. He estado limpiando la casa de mi madre habitación por habitación, cajón por cajón. Hasta descubrí que había escondido mil dólares debajo de una tabla del suelo. Si hubiese algo más, lo habría encontrado.

—Entonces he terminado. —Su voz sonaba triste—. Había varias páginas con unas cuantas líneas repetidas una y otra vez; en ellas su madre dice que está preocupada porque ha olvidado muchas cosas. La escritura es temblorosa. Creo que son recientes. Es posible que le afecten. Se lo digo para que esté prevenida.

Ruth le dio las gracias.

—¿Puedo ir a entregarle el trabajo personalmente? —preguntó con tono formal—. ¿Le parece bien?

—¿No es un inconveniente para usted?

—Será un honor. Con franqueza, me gustaría mucho conocer a su madre. Después de dos meses leyendo sus palabras día y noche, tengo la sensación de que la conozco como a una vieja amiga, y ya la echo de menos.

—No es la misma mujer que escribió esas páginas —le advirtió Ruth.

—Tal vez... Pero por alguna razón, creo que sigue siendo la misma.

—¿Le gustaría venir a cenar esta noche?

Ruth bromeó con su madre, diciendo que iba a recibir la visita de un admirador y que debía ponerse ropa elegante.

—¡No! Nadie viene. —Ruth hizo un gesto de asentimiento y sonrió—. ¿Quién?

Ruth respondió con vaguedad:

—Un viejo amigo de un viejo amigo tuyo en China.

LuLing caviló.

—Ah, sí. Ahora recuerdo.

Ruth la ayudó a bañarse y a vestirse. Le puso un pañuelo en el cuello, la peinó y añadió un toque de carmín en sus labios.

—Estás preciosa —dijo, y era verdad.

LuLing se miró al espejo.

—Es una pena que GaoLing no es bonita como yo.

Ruth rio. Su madre nunca había sido vanidosa, pero parecía evidente que la demencia inhibía a los censores de la modestia. La demencia senil era como el suero de la verdad.

A las siete en punto, Tang llegó con el manuscrito de LuLing y su traducción. Era un hombre delgado con el pelo blanco, unas arrugas profundas alrededor de la boca que daban fe de su carácter risueño y una cara bondadosa. Cargaba una bolsa de naranjas para LuLing.

—No hay necesidad de tanta cortesía —dijo ésta automáticamente mientras examinaba las naranjas, buscando zonas blandas. Luego reprendió a Ruth en chino—: Llévate su abrigo. Dile que se siente. Dale algo de beber.

—No es preciso que se moleste —dijo Tang.

—Oh, su chino es el dialecto de Pekín, muy elegante —observó LuLing.

Adoptó una actitud tímida e infantil que divirtió a Ruth. Tang, por su parte, se deshizo en atenciones con ella, retirándole la silla para que se sentara, sirviéndole el té en primer lugar, llenándole la taza cuando estaba vacía. LuLing y Tang continuaron hablando en chino, y a Ruth se le antojó que su madre parecía más coherente, menos confundida.

—¿De qué parte de China es usted? —preguntó LuLing.

—De Tianjin. Más tarde estudié en la Universidad de Yenching.

—Oh, mi primer marido, un hombre muy listo, también estudió allí. Se llamaba Pan Kai Jing. ¿Lo conoció?

—He oído hablar de él —respondió Tang—. Estudió geología, ¿verdad?

—¡Exactamente! Hizo cosas importantes. ¿Ha oído hablar del hombre de Pekín?

—Desde luego. El hombre de Pekín es famoso en todo el mundo.

La expresión de LuLing se volvió nostálgica.

—Él vigiló aquellos huesos antiguos.

—Fue un gran héroe. Los demás admiraron su valor, pero usted debió de sufrir mucho.

Ruth escuchaba con fascinación. Era como si Tang conociese a su madre desde hacía años. La guiaba con facilidad hasta los antiguos recuerdos, los que aún permanecían a salvo de la destrucción. Entonces oyó que su madre decía:

—Mi hija Luyi también trabajó con nosotros. Estaba en la misma escuela donde viví después de la muerte de Tita Querida.

Ruth miró hacia otro lado, primero asustada y luego conmovida por el hecho de que LuLing la incluyera en su pasado.

—Sí, lamenté mucho lo que le ocurrió a su madre. Era una gran mujer. Muy inteligente.

LuLing ladeó la cabeza y pareció batallar con su pena.

—Era hija de un curandero.

—Un médico muy famoso —convino Tang.

Al final de la velada, Tang dio efusivamente las gracias a LuLing por las espléndidas horas

que habían pasado recordando viejos tiempos.

—¿Me haría el honor de permitirme visitarla otra vez?

LuLing emitió una risita ahogada. Enarcó las cejas y miró a Ruth.

—Puede venir cuando quiera —dijo Ruth.

—¡Mañana! —exclamó LuLing—. Venga mañana.

Ruth pasó la noche en vela, leyendo la traducción de Tang. La historia comenzaba con la palabra «verdad». Ruth comenzó a enumerar las verdades que estaba descubriendo, pero pronto perdió la cuenta, pues cada hecho abría nuevos interrogantes. Su madre era cinco años mayor de lo que ella siempre había pensado. ¡Eso significaba que le había dicho la verdad al doctor Huey! Y también era cierto que no era hermana de GaoLing. Sin embargo, su madre y tía Gal *eran* hermanas: Habían tenido más razones que muchas hermanas para renegar de su relación, y sin embargo se profesaban una lealtad a ultranza, habían permanecido indefectiblemente unidas por los rencores, las deudas y el amor. Este descubrimiento llenó de alegría a Ruth.

Algunas partes de la historia de su madre la entristecieron. ¿Por qué nunca le había dicho que Tita Querida era su verdadera madre? ¿Temía que su hija se avergonzara de ella porque era ilegítima? Ruth le habría asegurado que no había motivo para sentir vergüenza, que en la actualidad estaba casi de moda ser producto del amor. Pero luego recordó que en su infancia había sentido miedo de Tita Querida. Le molestaba su presencia en su vida y la culpaba de las rarezas y del eterno pesimismo de LuLing. Tita Querida había sido una mujer incomprendida por su hija y por su nieta. Sin embargo, había momentos en que Ruth sentía que su abuela la vigilaba, que sabía cuándo sufría.

Acostada en su cama de la infancia, Ruth meditó sobre esas cuestiones. Ahora entendía por qué su madre siempre había querido encontrar los huesos de Tita Querida y enterrarlos en un sitio apropiado. Ruth deseó ir hasta el Fin del Mundo y hacerlo por ella. Habría querido decirle a su madre: «Te pido perdón, y también te perdono».

Al día siguiente, telefoneó a Art para contarle lo que había leído.

—Es como si hubiese encontrado un hilo mágico para zurcir una colcha hecha jirones. Es maravilloso y triste al mismo tiempo.

—Me gustaría leerlo. ¿Me dejarás?

—Quiero que lo hagas. —Ruth suspiró—. Debería haberme contado esas cosas hace años. Todo habría sido muy distinto...

Art interrumpió:

—También hay cosas que yo debería haberte dicho hace años. —Ruth guardó silencio, esperando—. He estado pensando en tu madre, y también en nosotros. —Los latidos del corazón de Ruth se aceleraron—. ¿Recuerdas que poco después de conocernos me dijiste que no querías que nuestro amor se basara en presupuestos establecidos?

—Yo no dije eso. Fuiste tú.

—¿Yo?

—Sí. Lo recuerdo con claridad.

—Tiene gracia. Pensé que lo habías dicho tú.

—¡Ah! ¡Eso fue un presupuesto erróneo!

Art rio.

—Tu madre no es la única que tiene problemas de memoria. Bueno, si lo dije, estaba equivocado, porque creo que es importante dar ciertas cosas por supuestas: para empezar, que la persona que está contigo seguirá estándolo mucho tiempo, que cuidará de ti y de quienquiera que sea importante para ti, como tu madre. Con independencia de cuáles fuesen mis razones para decir eso, y las tuyas para aceptarlo... Bueno, supongo que en aquella época me parecía estupendo vivir un amor sin limitaciones. No supe lo que perdería hasta que te fuiste de casa.

Art hizo una pausa. Ruth adivinó que esperaba una respuesta. En parte, deseaba darle las gracias efusivamente por haber dicho lo que ella había sentido durante mucho tiempo pero había sido incapaz de expresar. Sin embargo, temía que fuese demasiado tarde. La confesión de Art no le causó alegría, sino tristeza.

—No sé qué decir —admitió por fin.

—No tienes que decir nada. Sólo quería que lo supieses... Hay algo más: me preocupa que te plantees cuidar de tu madre a largo plazo. Sé que quieres hacerlo, que es importante y que ella necesita tener a alguien cerca. Pero los dos sabemos que su estado empeorará. Precisarás cada vez más cuidados, y tú no podrás ocuparte de todo. Tienes un trabajo y una vida propia, y tu madre no querría que renunciaras a esas cosas por ella.

—No puedo seguir contratando distintas asistentas.

—Lo sé... Por eso he estado leyendo sobre la enfermedad de Alzheimer, las diferentes fases, las necesidades médicas y los grupos de apoyo. Y se me ha ocurrido una idea, una posible solución... un centro residencial asistido.

—Eso no es una solución. —Ruth se sintió igual que cuando su madre le había enseñado el falso talón de diez millones de dólares.

—¿Por qué no?

—Porque mi madre jamás lo aceptaría. Y yo tampoco. Pensaría que la envío a una perrera. Amenazaría con suicidarse todos los días...

—No me refiero a un asilo de ancianos con orinales debajo de las camas. Estas residencias son muy modernas, lo último en asistencia a los mayores: comidas, servicio de limpieza, lavandería, transporte, excursiones, ejercicio físico e incluso baile. Los residentes están vigilados las veinticuatro horas del día. Son lugares acogedores, nada deprimentes. He estado informándome y he encontrado una estupenda que no queda muy lejos de la casa de tu madre...

—Olvídalo. Por muy acogedora que sea, ella jamás vivirá allí.

—Lo único que tiene que hacer es probar.

—Ya te he dicho que lo olvides. No irá.

—Tranquila, tranquila. Antes de negarte en redondo, hazme objeciones concretas. Luego veremos si podemos seguir adelante.

—No seguiremos adelante. Pero ya que preguntas, te diré que para empezar ella jamás dejaría su casa. En segundo lugar está el precio. Doy por sentado que esos sitios no son gratuitos, y deberían serlo para que ella se planteara siquiera la posibilidad de mudarse allí. Pero incluso si

fuesen gratuitos pensaría que iba a vivir de la beneficencia y pondría esa excusa para no ir.

—De acuerdo. Puedo resolver esos problemas. ¿Qué más?

Ruth respiró hondo.

—El lugar tendría que gustarle mucho. Debería ser ella quien quisiera mudarse allí. La decisión no puede ser mía ni tuya.

—Hecho. Y podrá venir a casa y quedarse con nosotros siempre que quiera.

Ruth notó que había dicho «con nosotros». Bajó la guardia. Art intentaba ayudar. Le estaba expresando su amor de la mejor manera posible.

Dos días después, LuLing le enseñó a Ruth una carta de aspecto oficial con un membrete del Departamento de Salud Pública de California, escrita con el ordenador de Art.

—¡Filtraciones de radón! —exclamó LuLing—. ¿Qué significa «filtraciones de radón»?

—Veamos —dijo Ruth mirando la carta. Art había sido muy ingenioso. Ahora le tocaba a ella poner su granito de arena—. Mm. Aquí dice que el radón es un gas pesado, radiactivo, peligroso para los pulmones. La compañía de gas lo detectó durante una inspección de rutina para prevenir terremotos. La filtración no está en las cañerías, sino en el suelo y las piedras que están debajo de la casa. Tendrás que pasar tres meses fuera, mientras ellos hacen una evaluación del impacto medioambiental y eliminan el gas mediante un proceso de ventilación intensiva.

—*Ai-ya!* ¿Y cuánto cuesta?

—Dice que nada. El ayuntamiento lo hace gratis. Mira, incluso te pagarán el alojamiento durante esos tres meses, mientras ellos hacen la ventilación. Tres meses de alquiler, con comidas incluidas, en el Miramar Manor. Dice que «está situado cerca de su actual residencia y tiene las comodidades propias de un hotel de cinco estrellas». Los hoteles de cinco estrellas son de mayor categoría. Quieren que te mudes allí lo antes posible.

—¿Cinco estrellas gratis? ¿Para dos personas?

Ruth fingió leer la letra pequeña.

—No. Parece que es sólo para una persona. Yo no puedo ir. —Suspiró, fingiendo que estaba decepcionada.

—¡Yo no refiero a ti! —exclamó su madre—. ¿Y la chica abajo?

—Ah, ya. —Ruth se había olvidado de la inquilina. Y por lo visto, Art también. Pero a LuLing, pese a su enfermedad cerebral, no se le escapó el detalle—. Estoy segura de que ha recibido una carta parecida. Si ese gas puede causar enfermedades pulmonares, no permitirán que nadie se quede en el edificio.

La anciana frunció el entrecejo.

—¿Entonces ella vive en mismo hotel?

—¡Oh!... No, seguramente la enviarán a otro, un sitio de menor categoría, pues tú eres la propietaria y ella no es más que una inquilina.

—Pero ¿ella aún paga alquiler a mí?

Ruth volvió a mirar la carta.

—Desde luego. Es la ley.

LuLing asintió con satisfacción.

—Entonces de acuerdo.

Ruth telefoneó a Art y le dijo que su plan había funcionado. Se alegró de que él no se jactara de ello.

—En cierto modo es preocupante que se haya dejado engañar tan fácilmente —dijo—. Así es como a tantos ancianos les quitan la casa y los ahorros.

—Ahora mismo me siento como una espía —señaló Ruth—. Como si hubiésemos triunfado en una misión secreta.

—Supongo que tu madre y muchas otras personas están dispuestas a creer cualquier cosa ante la posibilidad de conseguir algo a cambio de nada.

—A propósito, ¿cuánto cobran en el Miramar?

—No te preocupes por eso.

—Vamos, dímelo.

—Yo me haré cargo. Si le gusta y decide quedarse, hablaremos del dinero. Si lo detesta, estos tres meses los pago yo. Entonces podrá volver a su casa y buscaremos otra solución.

A Ruth le complació oír que seguía hablando en plural.

—Bueno, entonces compartiremos los gastos de estos tres meses.

—Deja que pague yo, ¿de acuerdo?

—¿Por qué?

—Porque tengo la sensación de que es la cosa más importante que he hecho en mucho tiempo. Piensa en la buena acción del día de un Boy Scout. Un *mitzvah*^[4], un paso en el entrenamiento para convertirme en un hombre de bien.

O, si quieres, achácalo a una demencia temporal. Pero hace que me sienta humano y generoso. Me hace feliz.

Feliz. Si al menos su madre pudiera ser feliz viviendo en un sitio como el Miramar... Ruth se preguntó qué hacía feliz a la gente. ¿Era posible hallar la felicidad en un lugar? ¿En otra persona? ¿Y su propia felicidad? ¿Bastaba con saber lo que uno quería y buscarlo entre la niebla?

Cuando aparcaron delante del edificio de tres plantas con tejado de madera, Ruth sintió un profundo alivio al ver que no tenía aspecto de asilo. LuLing había ido a pasar el fin de semana con su hermana, y Art había sugerido que fuesen a visitar las instalaciones solos para prever las objeciones de la anciana. La residencia Miramar Manor estaba rodeada de cipreses y tenía vistas al mar. En la cancela de hierro forjado, una placa anunciaba que el edificio era un monumento histórico, erigido como orfanato después del gran terremoto de San Francisco.

La persona que abrió la puerta condujo a Ruth y a Art hasta un despacho revestido de madera de roble y les dijo que el director de servicios asistenciales se reuniría con ellos de inmediato. Se sentaron en un sofá tapizado en piel, ante el gran escritorio de madera maciza. Las paredes estaban decoradas con diplomas enmarcados y fotografías del edificio en su primera encarnación, con risueñas niñas Posando con sus batas blancas.

—Lamento haberles hecho esperar —dijo una persona con acento británico. Ruth se volvió y se sorprendió al ver a un hombre joven de ascendencia india y aspecto impecable, vestido con traje y corbata—. Edward Patel —dijo con una sonrisa cordial.

Les estrechó la mano y les dio una tarjeta de visita a cada uno. Ruth le calculó poco más de treinta años. Su apariencia casaba más con la de un corredor de bolsa que con la de una persona preocupada por laxantes y medicamentos para la artritis.

—Me gustaría empezar por aquí —dijo Patel, conduciéndolos otra vez al vestíbulo, porque esto es lo primero que ven nuestros mayores cuando llegan. Inició lo que parecía un discurso aprendido—: Aquí, en Miramar Manor, creemos que el hogar es algo más que una cama. Es un concepto global.

¿Un concepto global? Ruth miró a Art. Aquello no funcionaría.

—¿Qué significan las letras P y F en «Asistencia P y F»? —preguntó Art mirando la tarjeta de visita.

—Patel y Finkelstein. Uno de mis tíos es socio fundador de este lugar. Hace muchos años que se dedica al negocio de la hostelería, concretamente a los hoteles. Morris Finkelstein es médico. Su propia madre reside aquí.

Ruth se sorprendió de que una madre judía le hubiera permitido a su hijo que la dejara en un sitio semejante. Esa sí que era una buena recomendación.

Cruzaron una puerta de doble hoja y salieron a un jardín rodeado de setos. A los lados había espalderas con jazmines. Debajo de éstas había sillas con cojines y mesas de cristal opaco. Varias mujeres alzaron la vista.

—¡Hola, Edward! —saludaron sucesivamente tres de ellas.

—¡Buenos días, Betty, Dorothy, Rose! Caramba, Betty, ese color le sienta de maravilla.

—Vigile, jovencita —dijo la anciana a Ruth con seriedad—. Si puede, le sacaré hasta las bragas.

Patel rio con naturalidad, y Ruth se preguntó si sería algo más que una broma. Bueno, al menos las conocía por el nombre.

En medio del jardín había un sendero rojizo flanqueado por bancos, algunos protegidos con sombrillas. Patel señaló prestaciones que podían pasar inadvertidas para un lego en la materia. Hablaba con voz resonante y tono campechano y experto, igual que un antiguo profesor de literatura inglesa de Ruth. El sendero, explicó, era del mismo material utilizado en pistas para carreras interiores: ni cemento duro, ni piedrecillas o trozos de ladrillos sueltos que pudiesen crear problemas a un caminante con piernas débiles. Naturalmente, si alguien se caía podía fracturarse la cadera, dijo, pero era menos probable que se la rompiera en un millón de trozos.

—Y los estudios demuestran que ése es uno de los peligros más graves para este colectivo. Una caída y ¡pum! —Patel chasqueó los dedos—. Es un problema frecuente entre las personas que viven solas en una casa que no está adaptada a sus necesidades. Sin rampas ni barandillas.

Patel señaló las flores del jardín.

—No tienen espinas ni son tóxicas. No hay adelfas ni dedalera, que podrían entrañar riesgos si un anciano desorientado masticara las hojas. —Todas las plantas estaban identificadas con carteles situados a la altura de los ojos, de manera que no era necesario inclinarse—. A nuestros residentes les encanta aprender los nombres de las hierbas. La actividad de los lunes por la tarde consiste en recoger hierbas. Hay romero, perejil, orégano, tomillo, albahaca y salvia. La palabra «*echinacea*» les causa dificultades. Una señora la llama «el mar de China^[5]». Ahora todos

usamos ese nombre.

Patel añadió que las hierbas del jardín se usaban en las comidas.

—Las mujeres todavía se enorgullecen de su talento culinario. Les gusta recordarnos que pongamos sólo una pizca de orégano en determinado plato, que restreguemos salvia por el interior y no por el exterior de un pollo y cosas por el estilo.

Ruth imaginó a docenas de viejas protestando por la comida, y a su madre ahogando sus voces, gritando que estaba demasiado salada.

Continuaron por el sendero hasta un invernadero situado en el fondo del jardín.

—Lo llamamos la Guardería del Amor —dijo Patel cuando entraron y se encontraron con un estallido de color: rosa intenso y azafrán. El aire era húmedo y fresco—. Cada residente tiene una orquídea. En las macetas está pintado el nombre que le han puesto. Como habrán notado, el noventa por ciento de nuestros ancianos son mujeres. Y por muy viejas que sean, todas conservan un profundo instinto maternal. Les gusta regar las orquídeas todos los días. Plantamos una variedad llamada *cuthbertsonii*. Da flores durante prácticamente todo el año, y a diferencia de otras variedades, puede regarse a diario. Muchas de nuestras residentes les han puesto el nombre del marido, un hijo o algún familiar muerto. Les hablan, las tocan, besan los pétalos y se preocupan por ellas. Les damos goteros y un cubo de agua que llamamos «la poción del amor». «Ya viene mamá, ya viene mamá», dicen. Es conmovedor ver cómo alimentan a sus orquídeas.

A Ruth se le humedecieron los ojos. ¿Por qué lloraba? Para, se dijo, te estás poniendo tonta y sentimental. Por Dios, este hombre habla de un negocio, de formas de felicidad respaldadas por un «concepto». Se volvió, fingiendo admirar una hilera de orquídeas. Cuando recuperó la compostura, dijo:

—Debe de encantarles este sitio.

—Así es. Intentamos tener en cuenta todos los detalles, igual que una familia.

—O a diferencia de las familias —señaló Art.

—La gente tiene demasiadas cosas en qué pensar —dijo Patel con humildad y sonrió.

—¿Algunos se resisten a quedarse aquí, sobre todo al principio?

—Sí, desde luego. Es natural. No quieren abandonar su casa, porque allí están todos sus recuerdos. Y tampoco quieren gastar la herencia de sus hijos. Tampoco se sienten viejos... al menos no *tan* viejos como para estar aquí, dicen. Supongo que nosotros pensaremos lo mismo cuando tengamos su edad.

Ruth rio por cortesía.

—Es probable que tengamos que engañar a mi madre para traerla aquí.

—Bueno, no serán los primeros —dijo Patel—. Las estrategias que usa la gente para traer a sus mayores... caray, hay algunas muy ingeniosas. Podría escribir un libro entero sobre el particular.

—¿Por ejemplo? —preguntó Ruth.

—Unos cuantos creen que vivir aquí es gratis.

—¡Vaya! —exclamó Art y le hizo un guiño a Ruth.

—Sí. Tienen una idea de la economía típica de los tiempos de la Gran Depresión. Pagar un alquiler es arrojar dinero a la basura. Casi todos tenían una casa ya pagada, sin deudas.

Ruth asintió. Su madre había terminado de pagar la suya un año antes. Continuaron por el sendero y entraron en el edificio. Recorrieron un largo pasillo hasta llegar al comedor.

—Uno de nuestros residentes es un ex catedrático de sociología que aún se conserva bastante lúcido —contó Patel—. Sin embargo, cree que está aquí con una beca de la universidad para estudiar los efectos del envejecimiento. Otra mujer, una ex profesora de piano, piensa que la hemos contratado para tocar por las noches, después de cenar. La verdad es que no es mala. Enviamos las facturas a las familia, así que los ancianos ni siquiera saben cuánto pagan.

—¿Eso es legal? —preguntó Ruth.

—Totalmente, siempre que la familia tenga autorización para manejar el dinero del anciano. Algunos hipotecan la casa o venden las propiedades de sus padres para pagar la residencia. Sé que es un problema convencer a una persona mayor de que venga a vivir a un sitio como éste. Pero le garantizo que después de pasar un mes aquí, su madre no querrá marcharse.

—¿Qué hacen? —bromeó Ruth—. ¿Le echan algo a la comida?

Patel no entendió.

—De hecho, debido a las necesidades dietéticas de este colectivo, no podemos cocinar platos picantes. Tenemos un especialista en nutrición que prepara un menú mensual. Casi todo lo que se sirve aquí es bajo en grasa y colesterol. También ofrecemos un menú vegetariano. Todo los residentes reciben una copia impresa con los platos del día. —Levantó una de una mesa cercana.

Ruth le echó un vistazo. Ese día servían budín de carne de pavo, estofado de atún o fajitas de tofu con ensalada, pan, fruta fresca, sorbete de mango y almendrado. De repente previo otro problema: no había comida china.

Pero cuando se lo planteó a Patel, éste ya tenía la respuesta justa:

—Nos hemos topado con ese inconveniente muchas veces. Comida china, japonesa, *kosher*... todas las que se le ocurran. Así que pedimos platos especiales a restaurantes autorizados. Tenemos dos residentes chinos que comen comida china dos veces por semana, de manera que su madre podría hacer lo mismo. Además, uno de nuestros cocineros es chino y prepara sémola de arroz para los desayunos del fin de semana. Algunos de los residentes occidentales también la comen. —Patel reanudó su discurso ensayado—: Con independencia de las dietas especiales, a todos les gusta contar con un servicio de camareros y con manteles en las mesas, igual que en un restaurante de categoría. Y no se admiten propinas.

Ruth asintió. Para LuLing, un dólar era una propina espléndida.

—Llevan una vida totalmente libre de preocupaciones, como debe ser cuando uno llega a esta edad, ¿no le parece? —Patel miró a Ruth. Debía de haber intuido que pondría objeciones. ¿Cómo lo sabía? ¿Tenía un rictus de preocupación? Era obvio que Art estaba encantado con la residencia.

Ruth decidió ponerse dura.

—¿Hay otras personas en la situación de mi madre? Ya me entiende, gente con trastornos de la memoria.

—Se calcula que la mitad de la población de más de ochenta años tiene problemas de memoria. Y la edad media de nuestros residentes es ochenta y siete.

—No me refiero a las dificultades para recordar cosas, sino a algo más grave...

—¿Cómo la enfermedad de Alzheimer o la demencia senil? —Patel los invitó a entrar en otra

amplia estancia—. Hablaremos de ello dentro de unos instantes. Ésta es la sala de actividades principal.

Varias personas alzaron la vista de sus cartones de bingo, un juego que dirigía un hombre joven. Ruth notó que casi todos los ancianos estaban impecablemente vestidos. Una mujer llevaba un traje de pantalón azul pastel y collar y pendientes de perlas, como si fuese a la misa de Pascua. Un hombre de nariz aguileña y boina le guiñó el ojo. Se lo imaginó con treinta años: un comerciante dinámico, seguro de su posición en el mundo y su atractivo para las mujeres.

—¡Bingo! —exclamó una mujer que prácticamente no tenía barbilla.

—Todavía no he cantado suficientes números para bingo, Anna —dijo con tono paciente el joven monitor—. Necesita por lo menos cinco para ganar. Y hasta el momento sólo hemos cantado tres.

—Bueno, entonces soy una imbécil.

—¡No! ¡No! —dijo una mujer envuelta en una mantilla—. No use esa palabra aquí.

—Loretta tiene razón —dijo el joven—. Aquí nadie es imbécil. A veces nos confundimos, eso es todo.

—Imbécil, imbécil, imbécil —murmuró Anna entre dientes, como si estuviera maldiciendo. Miró a Loretta con furia—. ¡Imbécil!

Patel permaneció inmutable. En silencio, los condujo fuera de la habitación y hacia un ascensor. Mientras subían, dijo:

—Respondiendo a su pregunta, le diré que la mayoría de nuestros residentes son lo que denominamos «ancianos frágiles». Tienen problemas de vista o de oído, o necesitan un bastón o un andador para caminar. Algunos están más lúcidos que usted y yo, otros se confunden con facilidad y tienen síntomas de demencia senil a causa de la enfermedad de Alzheimer o lo que sea. Suelen olvidarse de tomar la medicación, por eso nosotros nos encargamos de dársela. Pero siempre saben qué día es: si es domingo porque hay cine, si es lunes porque toca recoger hierbas. Y si no recuerdan el año en que viven, ¿qué más da? Algunas nociones del tiempo son irrelevantes.

—Tal vez debería saber que la señora Young cree que vendrá aquí porque en su casa hay una filtración de radón —dijo Art y le enseñó una copia de la carta que había escrito.

—Ésta es nueva —admitió Patel con una risita cómplice—. Lo recordaré por si otras familias tienen que convencer a un anciano. Ah, sí, alquiler gratis por cortesía del Departamento de Salud Pública de California. Fue buena idea darle un aspecto oficial, con membrete, como una citación. —Abrió una puerta—. Éste es el apartamento que acaba de quedar libre. Entraron en una especie de suite con vistas al jardín, compuesta de una salita, dormitorio y cuarto de baño, todo sin muebles y con olor a pintura fresca y alfombras nuevas. Ruth supuso que al decir que acababa de «quedar libre», Patel se refería a que su anterior ocupante había muerto. La apariencia alegre del lugar ahora se le antojó ominosa, una bonita fachada para ocultar una oscura verdad.

—Es uno de nuestros apartamentos más bonitos —dijo Patel—. Los hay más pequeños y más baratos, algunos son estudios que no tienen vistas ni al jardín ni al mar. Debería quedar uno libre en..., bueno, dentro un mes aproximadamente.

¡Dios! Esperaba que otra persona muriese pronto. ¡Y lo decía con total naturalidad, como si tal cosa! Ruth se sintió atrapada, impaciente por escapar. Ese sitio era una sentencia de muerte. ¿No

lo percibiría su madre? Estaba segura de que no permanecería allí un mes, y mucho menos tres.

—Podemos proporcionarles muebles por el mismo precio —prosiguió Patel—, pero a la mayoría de los residentes les gusta traer sus cosas. Dar un toque personal a su apartamento, convertirlo en su hogar. Nosotros los animamos a hacerlo. Y en cada planta hay siempre el mismo personal, dos asistentes disponibles día y noche. Todo el mundo los conoce por su nombre. Uno de ellos habla chino.

—¿Cantones o mandarín? —preguntó Ruth.

—Buena pregunta. —Sacó una grabadora digital y habló al micrófono—: Averiguar si Janie habla cantones o mandarín.

—A propósito, ¿cuáles son las tarifas? —preguntó Ruth.

Patel respondió sin vacilar:

—Entre tres mil doscientos y tres mil ochocientos dólares mensuales, según el apartamento y los servicios necesarios. Eso incluye los servicios de un acompañante para una vista médica mensual. Puedo enseñarles el horario de actividades abajo.

Ruth no pudo evitar dar un respingo al oír esas cantidades.

—¿Sabías que era tanto? —le preguntó a Art.

Él asintió. Ruth estaba a un tiempo escandalizada por el precio del servicio y sorprendida de que Art estuviese dispuesto a pagar esas cantidades durante tres meses: casi doce mil dólares. Lo miró, boquiabierta.

—Lo vale —murmuró él.

—Es una locura.

Se lo repitió más tarde, mientras él la llevaba en coche a casa de LuLing.

—No es lo mismo que un alquiler —respondió Art—. Incluye la comida, el apartamento, servicio de enfermería las veinticuatro horas del día, ayuda con la medicación, lavandería...

—¡Sí, y una orquídea muy cara! No puedo permitir que pagues eso durante tres meses.

—Lo vale —repitió.

Ruth soltó un sonoro suspiro.

—Mira, yo pagaré la mitad, y si funciona te devolveré el dinero.

—Ya hemos hablado de esto. No quiero la mitad, y no tendrás que devolverme nada. Tengo ahorros y quiero pagar. No lo hago para que vuelvas conmigo ni para librarme de tu madre. No hay condiciones. No quiero presionarte para que tomes una decisión u otra. No hay expectativas ni compromisos.

—Bueno, te agradezco la intención, pero...

—Es algo más que una intención, es un regalo. Tienes que aprender a recibir de vez en cuando, Ruth. Cuando no lo haces, te perjudicas.

—¿De qué hablas?

—De que a menudo deseas cosas de la gente, una especie de prueba de amor, de lealtad o de fe en ti. Pero al mismo tiempo estás convencida de que no llegará. Y cuando llega, no la ves. O te resistes y la rechazas.

—Yo no...

—Eres como una persona que tiene cataratas y quiere ver, pero te niegas a operarte porque temes quedarte ciega. Prefieres quedarte ciega lentamente a correr el riesgo. Y no ves que la solución está delante de tus narices.

—Eso no es cierto —protestó. Sin embargo, sabía que había algo de verdad en lo que decía Art. No era exactamente como lo pintaba él, pero la idea le sonaba tan familiar como las olas de sus sueños. Se volvió hacia él—: ¿Siempre has pensado eso de mí?

—No lo tenía tan claro. De hecho, empecé a pensar en ello después de que te marcharas. Y luego me pregunté si lo que habías dicho de mí era verdad. Me di cuenta de que soy un egoísta, de que estoy acostumbrado a pensar en mí en primer lugar. Pero también me percaté de que tú siempre te pones en segundo término. Es como si me dieras permiso para ser menos responsable. No digo que sea culpa tuya. Pero tienes que aprender a recibir, a aprovechar las oportunidades que te ofrecen. Sin resistirte. Sin ponerte nerviosa pensando en las complicaciones. Simplemente acepta lo que te dan, y si quieres ser cortés, da las gracias.

Ruth estaba hecha un lío. Le estaban dando un buen repaso, y estaba asustada.

—Gracias —dijo por fin.

Para sorpresa de Ruth, su madre no se opuso a quedarse en el Miramar. Aunque, ¿por qué iba a oponerse? Creía que era temporal... y gratis. Después de enseñarle las instalaciones, la llevaron a un restaurante cercano para comer y escuchar su opinión.

—Muchos viejos tienen filtración de radón —murmuró LuLing con asombro.

—De hecho, no todos están allí a causa de las filtraciones de radón —repuso Art. Ruth se preguntó adonde los conduciría la conversación.

—Ah. ¿Otro problema en su casa?

—Ningún problema. Simplemente les gusta vivir allí.

LuLing resopló.

—¿Por qué?

—Bueno, es un sitio cómodo y tranquilo. Tienen mucha compañía. En cierto modo, es como un barco de cruceros.

LuLing hizo una mueca de disgusto.

—¡Barco de crucero! GaoLing siempre quiere que yo vaya crucero. Tú tacaña, dice. ¡Yo no tacaña! Yo pobre, sin dinero para tirar al mar...

Ruth tuvo la sensación de que Art lo había fastidiado todo. Un barco de cruceros. Si hubiese prestado atención a las quejas de su madre durante los últimos años, ahora sabría que ésa era la peor comparación posible.

—¿Quién puede pagar crucero? —gruñó su madre.

—Mucha gente descubre que vivir en el Miramar es más barato que quedarse en casa —dijo Art.

LuLing enarcó una ceja.

—¿Cuánto barato?

—Unos mil dólares por mes.

—¡Mil! *Ai-ya!* ¡Demasiado!

—Pero eso incluye casa, comida, películas, baile, servicios y televisión por cable. Todo incluido en el precio.

LuLing no tenía televisión por cable. A menudo hablaba de contratarla, pero cambiaba de opinión cada vez que consultaba los precios.

—¿Canal chino también?

—Sí. Varios. Y no hay que pagar impuestos sobre la propiedad.

Esto también despertó el interés de LuLing. De hecho, los impuestos que pagaba por la casa eran bajos, congelados por una ley estatal que protegía los bienes de los ancianos. No obstante, cada año, cuando recibía la factura, la suma le parecía enorme.

Art prosiguió:

—No todos los apartamentos cuestan mil dólares. El suyo es más caro porque es de mayor categoría, tiene mejores vistas y está en la mejor planta. Tuvimos suerte de conseguirlo gratis.

—Ah, mejor apartamento.

—De primera categoría —insistió Art—. Los apartamentos más pequeños son más baratos... ¿Cuánto dijo que costaban el señor Patel, cariño?

Pillada por sorpresa, Ruth fingió hacer memoria.

—Me parece que setecientos cincuenta dólares.

—¡Eso pagan a mí la Seguridad Social! —exclamó LuLing con orgullo.

—Además, el señor Patel dijo que a las personas que comen poco les hacen descuento —añadió Art.

—Yo como poco. No como americanos, que siempre sirven grandes raciones.

—Entonces es muy probable que le hagan el descuento. Creo que hay que pesar menos de sesenta kilos...

—No, Art —interrumpió Ruth—. Me parece recordar que dijo menos de cincuenta.

—Yo sólo cuarenta y dos.

—Bueno, la cuestión es que alguien como usted podría vivir en un apartamento de primera categoría por lo mismo que cobra de pensión —dijo Art con naturalidad—. Es igual que vivir gratis.

Mientras comían, Ruth intuyó que su madre estaba haciendo cálculos mentales: la televisión por cable gratis, los *grandes* descuentos, el *mejor* apartamento... todas ideas irresistibles.

Cuando LuLing volvió a hablar, parecía radiante de alegría.

—Seguro que GaoLing piensa que yo muchísimo dinero para vivir en ese lugar. Como crucero en barco.

2

Celebraban una fiesta en honor a GaoLing, que cumplía setenta y siete años; de hecho, cumplía ochenta y dos, pero sólo ella, LuLing y Ruth sabían la verdad.

Los Young estaban reunidos en la casa de estilo colonial que GaoLing y Edmund tenían en Saratoga. Tía Gal lucía una corona de flores y un vestido hawaiano con estampado de hibiscos. El tío Edmund llevaba una camisa con ukeleles. Acababan de regresar de su duodécimo crucero por el archipiélago de Hawai. LuLing, Art, Ruth y varios primos estaban sentados de cara a la piscina en el jardín trasero —o *lanai*, como lo llamaba ahora tía Gal—, donde tío Edmund estaba asando a la barbacoa suficientes costillas de cerdo para indigestarlos a todos. Las antorchas a gas producían suficiente calor para crear un ambiente cálido en el jardín. Pero los niños no se dejaron engañar. Decidieron que el agua de la piscina estaba demasiado fría e improvisaron un partido de fútbol. A cada rato tenían que usar una red con un largo mango para pescar el balón del agua.

—Salpica mucho —protestó LuLing.

Cuando GaoLing entró en la cocina para terminar de preparar las guarniciones, Ruth la siguió. Había estado esperando una oportunidad para hablar a solas con su tía.

—Así se hacen los huevos de té —dijo Gal mientras Ruth pelaba huevos duros—. Usas dos pellizcos de hojas de té negro. Debe ser negro, no verde japonés ni ninguna de esas hierbas que los jóvenes usáis con fines medicinales. Pones las hojas sobre un paño de cocina y lo atas bien.

»Después metes los huevos en la olla con la bolsa de té, media taza de salsa de soja para veinte huevos, y seis semillas de anís estrellado —prosiguió. Añadió una generosa cantidad de sal. Era obvio que debía agradecer su longevidad a los genes, y no a sus hábitos alimentarios—. Se cuece durante una hora —dijo y puso la olla a fuego lento—. Cuando eras pequeña, te encantaban. Los llamábamos “huevos de la suerte”. Por eso los hacíamos tu madre y yo. A todos los niños les gustaban más que cualquier otro plato. Pero una vez te comiste cinco y vomitaste sobre mi sofá. Después decías huevos no, no más huevos. Te negaste a probarlos incluso un año después. Pero pasó otro año, y volvieron a gustarte, sí, huevos buenos, ñam, ñam.

Ruth no recordaba nada de aquello, y se preguntó si GaoLing la estaría confundiendo con su hija. ¿También su tía tenía síntomas de demencia senil?

Abrió el frigorífico y sacó una fuente con apio escaldado y cortado. Sin medir los ingredientes, aderezó el apio con aceite de sésamo y salsa de soja, hablando como si estuviese en un programa de entrevistas sobre cocina.

—He estado pensando que podría escribir un libro. Se llamará «Viaje culinario a China»,

¿qué te parece? Recetas sencillas. Tal vez, si no estás demasiado ocupada, podrías ayudarme a escribirlo. Gratis no, claro. La mayoría de las palabras ya están aquí, en mi cabeza. Sólo necesito alguien que las ponga por escrito. Aunque sea tu tía, te pagaría.

Ruth no quiso alentarla.

—¿Cocinabais esos huevos cuando vivías con mamá en el orfanato?

GaoLing dejó de remover la comida y alzó la vista.

—Ah, tu madre te ha hablado de aquel sitio. —Probó un trozo de apio y añadió más salsa de soja—. Antes no quería contarle a nadie por qué había ido allí. —GaoLing calló y frunció los labios, como si hubiese hablado de más.

—Te refieres al hecho de que Tita Querida era su madre.

GaoLing chascó la lengua.

—Ah, conque te lo ha contado. Bien, me alegro. Siempre es mejor decir la verdad.

—También sé que mamá y tú sois cinco años mayores de lo que pensábamos. Y que tu verdadero cumpleaños es... ¿cuatro meses antes?

GaoLing forzó una risita, pero adoptó una actitud evasiva.

—Siempre quise decir la verdad. Pero tu madre tenía miedo de tantas cosas... Decía que si las autoridades se enteraban de que no era mi hermana, la enviarían de vuelta a China. O que Edwin no se casaría con ella porque era muy mayor. Más tarde dijo que tú te avergonzarías de ella si descubrías que tu abuela era una mujer soltera, tenía la cara desfigurada y todo el mundo la trataba como a una criada. Con los años, yo empecé a tener ideas más modernas. ¿Antiguos secretos? ¡Aquí a nadie le interesan! ¿Madre soltera? Pues igual que Madonna. Pero tu mamá decía no, no lo cuentes, prométemelo.

—¿Alguien más lo sabe? ¿El tío Edmund? ¿Sally? ¿Billy?

—No, no, nadie. Se lo prometí a tu madre... El tío Edmund lo sabe, claro. Entre nosotros no hay secretos. Se lo cuento todo... Bueno, lo de mi edad, no. Pero no fue una mentira, simplemente me olvidé de decírselo. ¡De veras! Ni siquiera me siento como una mujer de setenta y siete años. En mi mente, tengo como mucho sesenta. Pero ahora tu me recuerdas que soy aun mayor... ¿cuántos años?

—Ochenta y dos.

—Ay. —Sus hombros se encorvaron mientras pensaba en ello—. Ochenta y dos años. Es como descubrir que tengo menos dinero en el banco del que pensaba.

—De todas maneras aparentas veinte años menos. Igual que mamá. Y no te aflijas, no se lo diré a nadie, ni siquiera al tío Edmund. Es curioso, el año pasado, cuando mamá le dijo al médico que tenía ochenta y dos años, pensé que era una prueba evidente de que no regía bien. Y luego resultó que tenía Alzheimer. Sin embargo, no se equivocaba con su edad. Sólo olvidó mentir...

—No era una mentira —corrigió GaoLing—. Era un secreto.

—A eso me refería. Y no me habría enterado de su verdadera edad si no hubiese leído lo que escribió.

—¿Escribió algo sobre su edad?

—Sobre muchas cosas, una pila de papeles así de gruesa. Es la historia de su vida, con todas las cosas que no quería olvidar. O aquellas de las que no podía hablar. Su madre, el orfanato, su

primer marido, el tuyo...

Tía Gal parecía cada vez más incómoda.

—¿Cuándo escribió esas cosas?

—Calculo que hace siete u ocho años, probablemente cuando empezó a preocuparse por su memoria. Me dio algunas de esas páginas hace tiempo. Pero estaban en chino, así que no las leí. Hace unos meses encontré a alguien que me las tradujo.

—¿Por qué no me lo pediste a mí? —GaoLing fingió sentirse ofendida—. Soy tu tía, y ella es mi hermana. Aunque no tengamos la misma madre, somos parientes de sangre.

La verdad era que Ruth no se lo había pedido porque temía que su madre hubiese hecho comentarios poco halagüeños sobre tía Gal. Y ahora pensó que tal vez GaoLing habría censurado las partes relacionadas con su propio pasado, por ejemplo, su matrimonio con un adicto al opio.

—No quería molestarte —dijo.

GaoLing resopló.

—¿Para qué están los parientes, si no puedes molestarlos?

—Es verdad.

—Tú sabes que puedes pedirme cualquier cosa. Quieres comida china, yo te la preparo. ¿Una traducción del chino? También puedo hacerla. Necesitas que cuide a tu mamá, no hace falta que preguntes, la traes y ya está.

—A propósito, ¿recuerdas que hablamos de las necesidades que tendrá mamá en el futuro? Bueno, Art y yo hemos ido a ver un lugar llamado Miramar Manor; es un centro residencial asistido, con unos apartamentos muy bonitos. Tienen vigilancia las veinticuatro horas del día, actividades, una enfermera que se ocupa de que tomen la medicación...

GaoLing frunció el entrecejo.

—¿Cómo puedes poner a tu mamá en una residencia de ancianos? No, eso no está bien. —Apretó los labios y meneó la cabeza.

—No es lo que tú crees...

—¡No lo hagas! Si no puedes ocuparte de tu mamá, tráela a vivir aquí.

Ruth sabía que GaoLing apenas era capaz de cuidar de LuLing dos días seguidos. «Casi me dio un ataque al corazón»: así había descrito la última visita de su hermana. No obstante, le preocupó que su tía la viese como a una hija negligente e insensible. Todas sus dudas sobre la residencia afloraron a la superficie, y empezó a reconsiderar su decisión. ¿Sería la mejor solución para la seguridad y la salud de su madre? ¿O la estaría abandonando egoístamente? Se preguntó si se habría dejado convencer por los razonamientos de Art, como había hecho en relación con muchos aspectos de su vida en común. Era como si viviese su vida a través de otros y por otros.

—No sé qué otra cosa hacer —dijo Ruth y su voz reflejó toda la desesperación que había estado reprimiendo—. Esta enfermedad es horrible y avanza con mayor rapidez de lo que esperaba. No puede quedarse sola, porque sale a la calle y se pierde. Y no recuerda si ha comido diez minutos o diez horas antes. No se baña. Le tiene miedo a los grifos...

—Lo sé, lo sé. Es muy duro, muy triste. Por eso te digo que si no puedes ocuparte de ella, deberías traerla aquí. Que viva la mitad del tiempo conmigo y la otra mitad, contigo. Así será más fácil.

Ruth agachó la cabeza.

—Mamá ya ha ido a ver la residencia Miramar. Le pareció bonita, como un barco de cruceros. GaoLing resopló con expresión dubitativa.

Ruth necesitaba la aprobación de su tía. También intuía que GaoLing deseaba que se la pidiese. Ella y su madre se habían turnado para protegerse mutuamente. Ruth la miró a los ojos.

—No tomaré ninguna decisión que a ti te parezca mal. Pero me gustaría que echaras un vistazo a ese lugar. Cuando lo hayas hecho, te daré una copia de las páginas que escribió mamá.

Con eso despertó el interés de GaoLing.

—A propósito —prosiguió Ruth—, me preguntaba qué pasó con los amigos de mamá en China. Ella no cuenta nada de lo ocurrido después que salió de Hong Kong. ¿Qué fue del hombre con quien te casaste, Fu Nan, y de su padre? ¿Conservaron la tienda de tinta?

GaoLing miró alrededor para cerciorarse de que nadie las oía.

—Esa gente era mala. —Hizo una mueca de disgusto—. No puedes ni imaginarte lo malos que eran. El hijo tenía muchos problemas. ¿Tu madre escribió sobre él?

Ruth asintió.

—Estaba enganchado al opio.

Por un instante, GaoLing pareció sorprendida, como si no esperara que LuLing hubiera contado tantos detalles.

—Es verdad —admitió—. Al final murió, creo que en 1960, aunque no estoy segura. Al menos en esa época dejó de escribir y de llamar a distintas personas, amenazando con esto y con lo otro si no le mandaban dinero.

—¿Tío Edmund sabe de su existencia?

GaoLing se enfurruñó.

—¿Cómo iba a decirle que todavía estaba casada? Se preguntaría si estábamos casados de verdad, si soy bígama y si nuestros hijos son... bueno, como tu madre. Más adelante olvidé decírselo, y cuando supe que mi primer marido debía de haber muerto... Bueno, era demasiado tarde para dar explicaciones. Ya me entiendes.

—Lo mismo que pasó con tu edad.

—Exactamente. En cuanto a Chang padre... En fin, en 1950 los comunistas se lanzaron sobre todos los terratenientes. Encarcelaron a Chang y le arrancaron la confesión de que había traficado con opio y engañado a mucha gente para quedarse con sus negocios. Lo declararon culpable y lo fusilaron. Fue una ejecución pública.

Ruth imaginó la escena. Aunque estaba en contra de la pena de muerte, sintió una perversa satisfacción al enterarse de que el responsable de los sufrimientos de su abuela y su madre había recibido un merecido castigo.

—Los comunistas también le confiscaron la casa, mandaron a su esposa a barrer las calles y a todos sus hijos a trabajar a Wuhan, donde hace tanto calor que la gente prefiere bañarse en agua hirviendo a ir allí. Mi padre y mi madre se alegraron de ser pobres, pues gracias a ello nos los castigaron.

—¿Y la hermana Yu y el maestro Pan? ¿Supiste algo de ellos?

—Lo que me contó mi hermano... ya sabes, Jiu Jiu, el que vive en Beijing. Me dijo que a la

hermana Yu la ascendieron varias veces, hasta que ocupó un puesto importante en el partido comunista. No sé cuál era; algo relacionado con la buena actitud y las reformas. Pero durante la revolución cultural todo se complicó, y ella se convirtió en un ejemplo de mala conducta debido a su pasado con los misioneros. Los revolucionarios la condenaron a muchos años de cárcel y la trataron muy mal. Pero cuando salió, seguía siendo comunista. Creo que con el tiempo murió de vieja.

—¿Y el maestro Pan?

—Jiu Jiu me contó que celebraron una gran ceremonia en honor de los trabajadores chinos que habían ayudado a descubrir al hombre de Pekín. El artículo de periódico que me envió decía que Pan Kai Jing, el marido de tu madre, murió como un héroe, pues se negó a revelar el paradero de los comunistas, y que en esa ceremonia le entregaron un premio honorífico a su padre, el maestro Pan. Pero ya debe de haber muerto. Es muy triste. En un tiempo fuimos como una familia. Nos sacrificábamos unos por otros. La hermana Yu habría podido venir a América, pero nos dejó esa oportunidad a tu madre y a mí. Por eso tu mamá te puso su nombre.

—Creí que me había puesto el de Ruth Grutoff.

—También. Pero tu nombre chino lo eligió en honor a la hermana Yu. Yu Luyi. Luyi significa «todo lo que deseas».

Fue una agradable sorpresa para Ruth que su madre hubiese puesto tanto celo en la elección de su nombre. En su infancia, ella detestaba tanto su nombre chino como el inglés, el anticuado «Ruth» que LuLing ni siquiera era capaz de pronunciar, y Luyi, que sonaba como un nombre masculino, el de un boxeador o un matón.

—¿Sabías que tu madre también renunció a la oportunidad de venir a Estados Unidos para que yo viniese primero?

—Algo así. —Temía el momento en que GaoLing leyera la descripción de sus artimañas para viajar en primer lugar.

—Le he dado las gracias muchas veces, pero ella siempre me responde: «No, no lo menciones más o me enfadaré». He tratado de recompensarla, pero ella rechaza todo lo que le ofrezco. Cada año la invitamos a ir a Hawai. Y cada año me dice que no tiene dinero.

Ruth asintió. ¿Cuántas veces había tenido que soportar las quejas de su madre sobre esas invitaciones?

—Siempre le digo: ¿para qué necesitas dinero si te invito yo? Entonces responde que no puede dejarme pagar. ¡Olvídalo!, dice. Y yo le digo: «Usa el dinero de la cuenta de Charles Schwab». Pero no, no quiere ese dinero. *Todavía* no lo ha tocado.

—¿Qué cuenta de Charles Schwab?

—Ah, ¿eso no te lo contó? La mitad del dinero que dejaron tus abuelos cuando murieron.

—Creí que a ella sólo le habían dejado una pequeña cantidad.

—Sí, estuvo muy mal de su parte. Una costumbre anticuada. Tu madre se enfadó mucho. Por eso no quiso el dinero después, cuando tío Edmund y yo le dijimos que lo dividiríamos en partes iguales. Hace mucho tiempo, pusimos la mitad de esa cantidad en bonos del tesoro a su nombre. Tu madre fingía no saber nada del tema, pero de vez en cuando decía cosas como: «He oído que se gana más invirtiendo en la bolsa». Así que le abrimos una cuenta en una correduría de bolsa.

Luego decía: «He oído que estas acciones son buenas y estas son malas». Entonces sabíamos que debíamos decirle al corredor de bolsa cuáles debía comprar y cuáles debía vender. Otra vez dijo: «He oído que es mejor invertir uno mismo, menos gastos». Así que le abrimos una cuenta en Charles Schwab.

Un escalofrío recorrió los brazos de Ruth.

—¿Alguna vez habló de acciones de IBM, U.S. Steel, AT&T o Intel?

GaoLing asintió.

—Fue una pena que tío Edmund no escuchara sus consejos. Él siempre estaba corriendo detrás de una oferta pública u otra.

Ruth recordó las numerosas ocasiones en que su madre había usado la bandeja de arena para pedir asesoramiento bursátil a Tita Querida. Nunca se le había ocurrido que las respuestas fuesen importantes, dado que LuLing no tenía demasiado dinero para arriesgar. Pensaba que ella seguía los vaivenes de la bolsa como otras personas seguían los culebrones. Por lo tanto, cuando le pedía que escogiese entre distintas acciones, siempre elegía la que tenía el nombre más corto. Así decidía sus respuestas. ¿O no? ¿Acaso alguien le enviaba ideas o pistas?

—¿O sea que acertaba en la bolsa? —preguntó Ruth con el corazón acelerado.

—Más que S y P, más que tío Edmund... ¡es una especie de genio de Wall Street! El dinero ha ido creciendo año tras año. Y ella no ha tocado ni un céntimo. Habría podido hacer muchos cruceros, comprar una casa bonita, muebles elegantes, un coche grande... Pero no. Creo que lo ha ahorrado para ti... ¿Quieres saber cuánto tiene?

Ruth negó con la cabeza. Ya no quería más sorpresas.

—Ya me lo dirás más adelante.

En lugar de entusiasmarse con la noticia, a Ruth le apenó saber que su madre se había negado muchos placeres y alegrías. Había dicho que se había quedado en Hong Kong por amor, para que GaoLing tuviese la oportunidad de huir en primer lugar. Sin embargo, no era capaz de recibir el amor que le devolvían. ¿Por qué se comportaba de esa manera? ¿Había quedado marcada por el suicidio de Tita Querida?

—Dime, ¿cuál era el verdadero nombre de Tita Querida? —preguntó.

—¿Tita Querida?

—Bao Bomu.

—Ah, ah, Bao Bomu. ¿Sabes?, tu madre era la única que la llamaba así. Los demás la llamábamos Bao Mu.

—¿Qué diferencia hay entre «Bao Bomu» y «Bao Mu»?

—*Bao* significa «querido, valioso», pero también puede significar «proteger». *Mu* quiere decir «madre», pero en *bao mu*, el *mu* tiene otra palabra delante, así que significa criada. *Bao mu* es «niñera». Y *bomu* es tía. Creo que su madre le enseñó a decirlo y escribirlo de esa manera. Más especial.

—¿Y cuál era su verdadero nombre? Mamá no lo recuerda, y creo que eso la inquieta.

—Yo tampoco lo recuerdo... no lo sé.

Ruth se entristeció. Nunca lo sabría. Nadie sabría jamás el nombre de su abuela. Había existido, pero sin un nombre, gran parte de su existencia se había perdido: no había forma de asociarla a una cara y a una familia.

—Todos la llamábamos Bao Mu —prosiguió GaoLing—, o le poníamos motez crueles por lo que le había pasado en la cara. Madera Quemada, Boca Frita, cosas por el estilo. La gente no era mala, los apodos eran bromas... Bueno, ahora que lo pienso, eran malos, muy malos. No estaba bien.

A Ruth le dolió oír esas cosas. Sintió un nudo en la garganta. Deseó poder decirle a esa mujer de su pasado, su abuela, que su nieta la quería, que ella, al igual que LuLing, quería saber dónde estaban sus huesos.

—¿La casa de Corazón Inmortal sigue allí? —preguntó.

—¿Corazón Inmortal? Ah, quieres decir nuestra aldea... yo sólo sé el nombre chino. —Lo pronunció lentamente—: *Xian Xin*. Sí, supongo que podría traducirse así. El corazón inmortal, algo parecido. La casa ya no existe. Lo supe por mi hermano. Después de varios años de sequía, llegó una gran tormenta. El agua arrastró barro de la montaña, llenó el barranco y derrumbó las pendientes. La tierra donde estaba nuestra casa se abrió y cayó poco a poco. Primero desaparecieron las habitaciones traseras, luego el pozo, hasta que sólo quedó la mitad de la casa. Estuvo así varios años más hasta que en 1972, de improvisto, se hundió y la tierra se cerró encima de ella. Mi hermano dice que eso es lo que mató a nuestra madre, a pesar de que hacía varios años que ella no vivía allí.

—¿De manera que la casa yace en el Fin del Mundo?

—¿Qué? ¿El fin de qué?

—El fondo del barranco.

Pronunció otras sílabas en chino para sí y río.

—Sí, así le llamábamos cuando éramos pequeños. El Fin del Mundo. Porque oíamos decir a nuestros padres que cuanto más se aproximaba el borde del precipicio a nuestra casa, más cerca estábamos del fin del mundo. Querían decir que nuestra buena suerte se acabaría. ¡Y tenían razón! Lo cierto es que al barranco le llamaban de muchas maneras distintas. Algunos le decían «Fin de la Tierra», un nombre parecido al del lugar donde vive tu madre en San Francisco, Land's End. A veces mis tíos bromeaban y llamaban al precipicio *momo meiyou*, que quiere decir «fregadero desaparecido». Pero la mayoría de los aldeanos se referían a él como «el basural». En esos tiempos nadie recogía la basura ni la reciclaba. Claro que la gente tampoco tiraba tantas cosas como ahora. Los cerdos y los perros comían la comida podrida y roían los huesos. La ropa vieja se remendaba y pasaba a los hermanos menores. Y cuando una prenda estaba tan rota que era imposible zurcirla, se cortaba en tiras para el acolchado de las chaquetas de invierno. Con los zapatos pasaba lo mismo. Remendábamos los agujeros y pegábamos las suelas. Así que ya ves, sólo nos deshacíamos de las cosas muy viejas o inservibles. Y cuando éramos muy pequeños, nuestros padres nos amenazaban con tirarnos al barranco si nos portábamos mal... ¡como si también nosotros fuésemos objetos inútiles! Después, cuando crecimos y queríamos jugar en el barranco, empezaron a contarnos otras historias. Allí abajo, decían, estaban todas las cosas que nos daban miedo...

—¿Cadáveres?

—Cadáveres, fantasmas, demonios, espíritus de animales, soldados japoneses, cualquier cosa que nos asustara.

—¿De verdad arrojaban cuerpos allí?

GaoLing tardó en responder. Ruth supo que estaba preparando una versión corregida de un recuerdo desagradable.

—En ese entonces las cosas eran diferentes... Verás, no todo el mundo podía permitirse pagar un cementerio o un entierro. Un entierro costaba diez veces más que una boda. Pero no era sólo el coste. A veces no se podía enterrar a alguien por otras razones. Así que dejarlo allí... bueno, estaba mal, pero no tan mal como tú crees, no significaba que no nos importasen nuestros muertos.

—¿Y qué pasó con el cuerpo de Tita Querida?

—*Ai-ya*. ¡Veo que tu mamá lo ha contado todo! Sí, lo que hizo mi madre estuvo mal. Estaba fuera de sí y tenía miedo de que el fantasma de Bao Mu persiguiese a toda la familia. Cuando arrojaron el cuerpo al barranco, apareció una nube de pájaros negros. Sus alas eran grandes como paraguas. Había tantos que prácticamente ocultaron el sol. Planeaban sobre el barranco, esperando que los perros salvajes terminaran con el cadáver. Y uno de nuestros criados...

—¿El viejo cocinero?

—Sí, el viejo cocinero. Fue él quien arrojó el cadáver. Pensó que los pájaros eran el espíritu de Bao Mu con un ejército de fantasmas, y que si no la enterraba como era debido, ella lo atraparía con sus garras y se lo llevaría volando. Así que ahuyentó a los perros salvajes con una vara, y los pájaros permanecieron aleteando sobre su cabeza, observando cómo cubría el cadáver con piedras. Pero incluso después de aquello, nuestra casa siguió encantada.

—¿Tú creías eso?

GaoLing se detuvo a pensar.

—Supongo que sí. En aquel entonces creía en todo lo que creía mi familia. No lo cuestionaba. Además, el viejo cocinero murió apenas dos años después.

—¿Y qué crees ahora?

GaoLing guardó silencio durante unos instantes.

—Ahora creo que Bao Mu dejó mucha tristeza tras de sí. Su muerte fue como el barranco. Todo lo que no queríamos, todo lo que nos asustaba, se lo achacábamos a ella.

Dory entró corriendo en la cocina.

—¡Ruth! ¡Ruth! ¡Ven, deprisa! Waipo se ha caído en la piscina. Ha estado a punto de ahogarse.

Cuando Ruth llegó al jardín, Art estaba subiendo los peldaños de la parte baja de la piscina con LuLing en brazos. Sally salió corriendo de la casa, cargada de toallas.

—¿Nadie la vigilaba? —exclamó Ruth, demasiado nerviosa para ser más diplomática.

LuLing la miró como diciendo que era la única culpable de lo ocurrido.

—*Ai-ya*, muy tonta.

—Ya estamos bien —dijo Art a LuLing con tono tranquilizador—. Ha sido un pequeño mareo. No pasa nada.

—Estaba a apenas tres metros de nosotros —explicó Billy—. Se metió y se hundió antes de que pudiésemos reaccionar. Art se arrojó al agua, con la cerveza y todo, en cuanto la vimos.

Ruth envolvió a su madre en toallas y le frotó el cuerpo para activar la circulación.

—La vi allí dentro —gimió LuLing en chino entre tos y tos—. Me pedía que le ayudara a salir de debajo de las piedras. Después el suelo se convirtió en el cielo y caí en una nube de tormenta, más y más abajo. —Se volvió para señalar el sitio donde había visto el fantasma.

Cuando Ruth alzó la vista para seguir el dedo de su madre, vio a tía Gal. Su afligida cara revelaba un cambio de opinión.

Ruth dejó a su madre en casa de tía Gal y dedicó el día siguiente a preparar las cosas de LuLing que llevarían al Miramar. En la lista incluyó los muebles del dormitorio y las sábanas y toallas sin estrenar. Pero ¿qué debía hacer con las pinturas, la tinta y los pinceles? Cabía la posibilidad de que su madre se sintiera frustrada al ver esos emblemas de su antigua habilidad. Una cosa estaba clara: Ruth no le llevaría el sillón tapizado en piel sintética. Lo arrojaría a la basura. Le compraría un sillón nuevo, mucho más bonito, tapizado en piel auténtica color granate. La sola idea la llenó de alegría. Imaginó a su madre, con los ojos llenos de asombro y gratitud, probando el mullido asiento y murmurando: «Qué suave, qué bueno».

Por la tarde fue a encontrarse con Art en Bruno's. Unos años antes, sus cenas allí solían ser un prelude de una noche de amor. Los reservados del restaurante les permitían sentarse muy juntos y hacer manitas.

Aparcó a una manzana de distancia, y cuando consultó su reloj, vio que llegaba con quince minutos de antelación. No quería parecer ansiosa. Enfrente de ella estaba la librería Modern Times. Entró. Como de costumbre, fue directamente a la mesa de saldos, donde el precio de los libros —tres dólares con noventa y ocho centavos— estaba escrito en cartoncitos verde lima, el equivalente literario de las etiquetas que se colgaban en el dedo gordo de los cadáveres. Había los habituales libros de arte, biografías y la vida y obra de los famosos condensada en pequeños manuales que se leían en quince minutos. De pronto sus ojos se detuvieron en *La red del Nirvana: conexiones para una conciencia superior*. Ted, el autor de *La espiritualidad en Internet* tenía razón. Era un tema candente. Y ya había quedado obsoleto. Ruth sintió una perversa satisfacción. En la mesa de ficción había una variedad de novelas, casi todas de autores contemporáneos poco conocidos por las masas. Levantó un libro delgado y ligero que parecía invitarla a que lo acunase en la cama, bajo una suave luz. Cogió otro, lo hojeó, recolectando una frase aquí y otra allí con los ojos y la imaginación. Todos esos prismas de otras vidas y otros tiempos le atraían. Y sentía compasión por ellos, como si fuesen perros en una perrera, abandonados sin razón, con la esperanza de que alguien volviera a amarlos. Salió de la tienda con cinco libros en una bolsa.

Art estaba sentado a la barra de Bruno's, un amplio mostrador con todo el encanto de los años cincuenta.

—Se te ve contenta —dijo.

—¿De veras? —Se sintió turbada. En los últimos tiempos, Wendy, Gideon y otras personas le habían comentado en más de una ocasión que parecía preocupada, nerviosa, intrigada o sorprendida. Y en todos los casos, Ruth no había sido consciente de ningún sentimiento en particular. Por lo visto, su cara revelaba algo. Pero ¿cómo era posible que ella no supiese lo que

sentía?

El camarero los condujo a un reservado cuyos asientos habían sido retapizados en piel poco tiempo antes. El restaurante se conservaba como si nada hubiese cambiado en cincuenta años, excepto los precios y los aperitivos, que ahora incluían pulpo y *uni*. Mientras consultaban la carta, el camarero llegó con una botella de champán.

—La he pedido yo —murmuró Art—, para celebrar nuestro aniversario... ¿No lo recuerdas? ¿El yoga nudista? ¿Tu amigo homosexual? Hace diez años que nos conocimos.

Ruth rio. Lo había olvidado. Mientras el camarero servía el champán, respondió también en murmullos:

—Pensé que tenías bonitos pies para ser un perverso.

Cuando se quedaron solos, Art levantó su copa.

—Por nuestros diez años juntos, en su mayor parte maravillosos, con pocos momentos cuestionables. Con la esperanza de que volvamos al punto donde deberíamos estar. —Le dio un apretón en el muslo y añadió—: Deberíamos probarlo alguna vez.

—¿Qué cosa?

—El yoga nudista. —Ruth sintió una oleada de calor. Después de un par de meses de convivencia con su madre, se sentía como una virgen—. ¿Qué dices, nena? ¿Te gustaría acompañarme a mi casa después de la cena?

La perspectiva la llenó de entusiasmo.

El camarero reapareció para tomar el pedido.

—Para empezar, tomaremos ostras —dijo Art—. Es nuestra primera cita, así que necesitamos las de mayor efecto afrodisíaco. ¿Qué nos recomienda?

—Las de Kumamoto —respondió el camarero con expresión impasible.

Esa noche no hicieron el amor de inmediato. Estuvieron un rato tendidos en la cama, abrazados, con la ventana abierta para oír las sirenas de niebla.

—A pesar de todos los años que llevamos juntos —dijo Art—, tengo la impresión de que aún no conozco una parte importante de tu personalidad. Tienes secretos. Te escondes. Es como si nunca te hubiera visto desnuda y tuviese que imaginar qué aspecto tienes sin la ropa.

—No te oculto nada de manera consciente. —En cuanto lo dijo, Ruth se preguntó si era verdad. Aunque, ¿quién lo revelaba todo, incluyendo las irritaciones y los temores? Sería agotador. ¿Y a qué secretos se refería Art?

—Quiero que tengamos una relación más estrecha. Me gustaría conocer tus aspiraciones. No sólo con respecto a la pareja, sino también a la vida en general. ¿Qué es lo que te hace más feliz? ¿Estás haciendo lo que quieres?

Ruth rio con nerviosismo.

—Es lo que escribo para los demás: todas esas historias acerca de las profundidades del alma. Puedo describir cómo encontrar la felicidad en diez capítulos, pero aún no sé lo que es.

—¿Por qué tratas de apartarme de tu lado?

Ruth se puso tensa. Detestaba que Art se comportara como si la conociera mejor de lo que ella se conocía a sí misma. Sintió que le sacudía un brazo.

—Lo siento. No debí decir eso. Cuando le dije al camarero que era nuestra primera cita, no

mentí del todo. Fingiré que acabo de conocerte: me he enamorado a primera vista y ahora deseo descubrir quién eres. Te quiero, Ruth, pero no te conozco. Y me gustaría conocer a esta persona, a la mujer que amo. Eso es todo.

Ruth se acurrucó contra su pecho.

—No sé, no sé —dijo en voz queda—. A veces tengo la sensación de que soy un par de ojos y orejas, que sólo trato de mantenerme segura y entender lo que ocurre a mi alrededor. Sé qué cosas debo evitar y por cuáles debo preocuparme. Soy como esos niños que viven rodeados de violencia. No quiero sufrir. No quiero morir. No quiero ver morir a otros. Pero en mi interior no hay nada que me indique dónde encajo ni qué deseo. Si deseo algo, ese algo es saber qué es lícito desear.

3

En la primera sala del Museo de Arte Asiático, Ruth vio que Tang besaba a su madre en la mejilla. LuLing rio como una colegiala tímida, y luego, tomados de la mano, continuaron andando hacia la siguiente sala.

Art le dio un codazo a Ruth y le ofreció el brazo.

—Vamos, no voy a permitir que esos dos nos ganen.

Alcanzaron a LuLing y su acompañante, que estaban sentados ante dos hileras de campanas de bronce que colgaban de un descomunal bastidor de casi cuatro metros de altura por seis de ancho.

—Es como un xilófono para los dioses —murmuró Ruth mientras se sentaba junto a Tang.

—Cada campana produce dos sonidos distintos. —El tono de Tang era suave pero erudito—. El macillo golpea la campana abajo y del lado derecho. Y cuando hay muchos músicos y las campanas entrechocan, la música es muy compleja, crea distintos niveles tonales. Hace poco tuve el placer de oírlas tocar por un grupo de músicos chinos. —Sonrió al recordar la experiencia—. Fue como si me transportaran en el tiempo hasta hace tres mil años. Oí lo que oía una persona en aquella época y experimenté el mismo asombro. Imaginé a esa persona escuchando, una mujer, creo, una mujer muy hermosa. —Apretó la mano de LuLing—. Y pensé que dentro de otros tres mil años, quizá otra mujer escuche esos sonidos y piense en mí, imaginándome como un hombre apuesto. Aunque no nos conocemos, estamos conectados por la música. ¿No te parece? —Miró a LuLing.

—Maravilloso —respondió ella.

—Tu madre y yo tenemos ideas afines —le dijo a Ruth, y ésta sonrió.

Se dio cuenta de que Tang traducía para LuLing, tal como ella hacía antes. Pero él sabía que no debía preocuparse por las palabras y sus significados precisos. Se limitaba a traducir lo que había en el corazón de LuLing: sus mejores intenciones, sus esperanzas.

Hacía un mes que LuLing vivía en Miramar Manor, y Tang iba a visitarla varias veces por semana. Los sábados por la tarde la llevaba de paseo: al cine, a ensayos públicos de la orquesta sinfónica, a caminar por el jardín botánico. Hoy tocaba la exposición de arqueología china, y había invitado también a Ruth y Art.

—Quiero enseñaros algo muy interesante —había dicho con tono misterioso por teléfono—, algo que merece la pena ver.

Para Ruth ya valía la pena ver feliz a su madre. *Feliz*. Meditó sobre esa palabra. Hasta hace poco no habría podido asociarla con LuLing. Desde luego, su madre seguía protestando. La

comida en el Miramar, como habían previsto, era «demasiado salada», y el servicio de restaurante era «tan lento, comida fría cuando llega». Y el sillón de piel que le había comprado Ruth no le gustó, de modo que tuvo que reemplazarlo por el viejo. Sin embargo, LuLing se había liberado de la mayoría de sus preocupaciones y amarguras: la vecina de abajo, el miedo a que le robasen, la sensación de que una maldición pendía sobre su vida y que debía permanecer constantemente en guardia para evitar catástrofes. ¿O sencillamente lo había olvidado todo? Quizá su enamoramiento actuase como un tónico.

O puede que al cambiar de escenario se hubiese quedado sin recordatorios de un pasado triste. No obstante, seguía rememorando el pasado, quizá más a menudo que nunca, con la diferencia de que ahora sólo volvía a los momentos buenos. Para empezar, incluía en él a Tang. LuLing se comportaba como si se conocieran de varias vidas anteriores y no desde hacía un mes.

—Esto mismo él y yo vemos hace mucho tiempo —dijo LuLing mientras admiraban las campanas—, sólo que ahora más viejo.

Tang ayudó a LuLing a levantarse, y todos se dirigieron a otro expositor situado en el centro de la sala.

—Éste es un objeto muypreciado para los expertos en la historia de China —dijo Tang—. La mayoría de los visitantes quieren ver las vasijas rituales para el vino, o los trajes funerarios decorados con jade. Pero para un auténtico erudito, ésta es la pieza más importante de la exposición.

Ruth miró con interés el objeto situado dentro de una vitrina. Para ella, la pieza más importante era un wok grande con ideogramas.

—Es una obra maestra de bronce —prosiguió Tang—, pero también está la escritura. Se trata de un poema épico escrito por los eruditos sobre los grandes soberanos de su época. Uno de los emperadores que elogian era Zhou, sí el mismo Zhou de Zhoukoudian... el sitio donde vivió tu madre y donde descubrieron al hombre de Pekín.

—¿La Boca de la Montaña? —preguntó Ruth.

—Exactamente. Aunque Zhou no vivió allí. Muchos lugares llevan su nombre, igual que en Estados Unidos todas las ciudades tienen una calle llamada Washington... Ahora venid por aquí; la pieza por la que os hice venir está en la sala siguiente.

Pronto llegaron ante otro expositor.

—No leáis aún la descripción en inglés —dijo Tang—. ¿Qué creéis que es?

Ruth vio un objeto de color marfil y con forma de pala, lleno de grietas y agujeros negros. ¿Sería un antiguo tablero de go? ¿Un utensilio de cocina? A su lado había otro objeto más pequeño, pardo y oval, con un reborde e inscripciones en lugar de agujeros. Supo lo que era de inmediato, pero antes de que pudiese hablar, su madre dio la respuesta en chino:

—Un hueso del oráculo.

A Ruth le sorprendían las cosas que era capaz de recordar. No podría esperar que LuLing recordase una cita o los pormenores de un hecho reciente, como quién estaba allí, o cuándo había sucedido. Pero a menudo se quedaba atónita ante la claridad con que hablaba de su juventud, de cosas de naturaleza semejante a las que había descrito en sus memorias. Para Ruth, eso era un indicio de que los caminos que conducían al pasado de su madre seguían despejados, aunque

marcados por rodadas en algunos puntos y llenos de confusos desvíos. A veces mezclaba el pasado con recuerdos de otros períodos de su vida. Pero aquella parte de su historia seguía siendo una reserva de la que podía sacar elementos y compartirlos con otros. Daba igual que desdibujase los pequeños detalles. El pasado, incluso modificado, seguía siendo coherente.

En las semanas anteriores, LuLing había contado varias veces cómo había recibido el anillo con piedras de jade rescatado por Ruth del sillón de piel sintética.

—Tú y yo fuimos a un baile —dijo en chino—. Bajamos por la escalera y tú me presentaste a Edwin. Clavó sus ojos en mí y siguió mirándome durante un buen rato. Vi que tú sonreías, y luego desapareciste. Fuiste muy traviesa. ¡Yo sabía lo que estabas pensando! Cuando me pidió que me casara con él, me dio este anillo.

Ruth supuso que la persona que había hecho las presentaciones era GaoLing. Ahora oyó que LuLing se dirigía a Art en cantones:

—Mi madre encontró uno de éstos. Estaba grabado con palabras muy hermosas. Me lo dio cuando estuvo convencida de que yo no olvidaría lo que era importante. Nunca quise perderlo. — Art asintió, como si entendiese lo que le decía, y entonces LuLing tradujo al inglés para Tang—: Yo digo a él que este hueso igual al que me da mi madre.

—Muy apropiado —repuso Tang—, sobre todo porque tu madre era hija de un curandero.

—Famoso —añadió LuLing.

Tang asintió, como si él también lo recordase.

—Iban a verlo los habitantes de todas las aldeas cercanas. Y tu padre fue porque se había roto un hueso. Su caballo le había dado una coz. Fue así como conoció a tu madre. Gracias a aquel caballo.

LuLing tenía la vista fija en el vacío. Ruth temió que se echase a llorar. Sin embargo, de repente se le iluminó la cara y dijo:

—Liu *Xing*. Él la llama así. Mi madre dice que escribe poema de amor sobre eso.

Art miró a Ruth, esperando una confirmación. Había leído la traducción de las memorias de LuLing, pero no asociaba el nombre chino con su referente.

—Significa «estrella fugaz» —murmuró Ruth—. Te lo explicaré luego. —Y se dirigió a LuLing—: ¿Y cuál era el apellido de tu madre?

Sabía que era arriesgado hacer esa pregunta, pero la mente de su madre había penetrado en el territorio de los nombres. Quizá hubiese otros, como mojones, esperando que los rescatasen.

Su madre titubeó apenas un segundo antes de responder:

—Apellido es Gu. —Miró a Ruth con expresión severa—. Te lo digo muchas veces, ¿no recuerdas? Su padre doctor Gu. Ella hija de doctor Gu.

Ruth habría querido dar gritos de alegría, pero entonces cayó en la cuenta de que esa palabra significaba «hueso» en chino. Doctor Gu, doctor Hueso, doctor de huesos. Art había enarcado las cejas, esperando que Ruth le confirmase si por fin se había desvelado el misterio del apellido de la familia.

—Te lo explicaré luego —repitió Ruth, pero esta vez su voz reflejó desolación.

—Ah.

Tang dibujó ideogramas en el aire.

—¿*Gu* así? ¿O así?

LuLing hizo una mueca de preocupación.

—Yo no recuerdo.

—Yo tampoco —se apresuró a decir Tang—. Bueno, no tiene importancia.

Art cambió de tema.

—¿Qué hay escrito en el hueso del oráculo?

—Son preguntas que los emperadores hacían a los dioses —respondió Tang—. Qué tiempo hará mañana, quién ganará la guerra, cuál es el mejor momento para la siembra. Algo parecido a las noticias de las seis, aunque ellos querían conocer las respuestas con antelación.

—¿Y esas respuestas eran acertadas?

—Quién sabe. Son las grietas que están junto a los puntos negros. Los adivinos usaban un clavo ardiendo para agrietar el hueso. Al hacerlo, producían un sonido... *¡puac!* Luego interpretaban las grietas como la respuesta de los cielos. Estoy seguro de que los mejores adivinos eran aquellos que decían lo que los emperadores querían oír.

—Qué gran enigma lingüístico —observó Art.

Ruth recordó la bandeja de arena que ella y su madre habían usado durante años. También ella había tratado de adivinar las respuestas capaces de tranquilizar a su madre, las palabras que la calmarían sin inspirar desconfianza. De vez en cuando inventaba las respuestas más convenientes para sí misma. Pero en muchas ocasiones había intentado escribir lo que su madre necesitaba oír. Palabras de consuelo, como que su marido la echaba de menos o que Tita Querida no estaba enfadada.

—Hablando de enigmas —dijo Ruth—, el otro día usted mencionó que no han vuelto a saber nada de los restos del hombre de Pekín.

LuLing se reanimó.

—No sólo hombre, también mujer.

—Tienes razón, mamá... la mujer de Pekín. Me pregunto qué pasó. ¿Los huesos fueron aplastados por el tren que iba a Tianjin? ¿O se hundieron con el barco?

—Si esos restos siguen por ahí —respondió Tang—, nadie lo dice. Bueno, cada tantos años publican algo al respecto en los periódicos. Alguien muere, la esposa de un soldado americano, un ex oficial japonés o un arqueólogo de Taiwán o Hong Kong, y salta la noticia de que se han encontrado huesos en un baúl de madera, un baúl idéntico a los que usaron para embalar los huesos en 1941. Entonces empieza a circular el rumor de que se trata de los restos del hombre de Pekín. Se hacen gestiones, se pagan recompensas... Pero luego se descubre que los huesos eran rabos de buey. O copias de yeso de los originales. O desaparecen antes de que puedan examinarlos. Una de las historias que se cuenta es que una persona robó los restos, y cuando viajaba a una isla para venderlos, el avión cayó al mar.

Ruth recordó las supuestas maldiciones de fantasmas enfadados porque alguien había separado algún hueso del resto de su cadáver.

—¿Y usted qué cree?

—No lo sé. En gran medida, la historia es un misterio. No sabemos qué se ha perdido para siempre y qué reaparecerá. Todos los objetos existen en un momento del tiempo. Y ese fragmento

del tiempo se preserva, se pierde o se encuentra de maneras misteriosas. El misterio es una parte maravillosa de la vida. —Tang le hizo un guiño a LuLing.

—Maravillosa —repitió ella.

Tang consultó su reloj de pulsera.

—¿Qué tal una comida maravillosa?

—Maravilloso —respondieron.

Esa noche, en la cama, Ruth se puso a especular sobre el amor de Tang por su madre.

—Entiendo que sienta curiosidad por ella, pues ha traducido su historia. Pero es un hombre culto, aficionado a la música y a la poesía. Ella no está a su altura, y su estado no hará más que empeorar. Dentro de un tiempo, es posible que ni siquiera lo reconozca.

—La ha amado desde que ella era una niña —dijo Art—. No es sólo una compañía temporal. Ama todo lo que tiene que ver con ella, y eso incluye a la mujer que fue, la que es y la que será. Pocas personas casadas saben tantas cosas sobre su pareja. —Atrajo a Ruth hacia él—. A propósito, me gustaría que tuviésemos algo parecido. Un compromiso a través del tiempo: pasado, presente, futuro... matrimonio.

Ruth contuvo el aliento. Hacía tanto tiempo que había arrinconado esa idea, que todavía le parecía peligrosa, un tabú.

—Traté de atarte legalmente a mí compartiendo la propiedad del piso, que todavía no has aceptado.

¿Era *eso* lo que pretendía cuando le había propuesto cederle un porcentaje del piso? Ruth se sorprendió de sus propios mecanismos de defensa.

—Es sólo una idea —dijo Art, incómodo—. No es mi intención presionarte. Sólo quería saber qué te parecía esa posibilidad.

Ruth lo estrechó entre sus brazos y le besó el hombro.

—Maravillosa —respondió.

—El apellido, sé cuál es el apellido de la familia de tu madre. —GaoLing había telefoneado a Ruth para darle la gran noticia.

—¡Oh, Dios! ¿Cuál es?

—Primero debes saber lo mucho que me costó averiguarlo. Después de que me preguntaras, le escribí a Jiu Jiu. Él no lo sabía, pero me contestó que lo consultaría con la esposa de un primo que todavía vive en la aldea donde nació tu madre. Tardaron un tiempo en enterarse, porque la mayoría de la gente que podría saber algo ya está muerta. Pero finalmente encontraron a una anciana cuyo padre fue fotógrafo. Y ella aún conserva las antiguas placas de cristal. Estaban en un sótano, y por suerte no había muchas dañadas. Su abuelo llevaba un registro de todo: fechas, pagos, los nombres de las personas que fotografiaba... Miles de placas y de fotografías. La cuestión es que la anciana recordó que su abuelo le había enseñado la foto de una joven muy bonita con un precioso tocado y una chaqueta de cuello alto.

—¿La misma foto que tiene mamá de Tita Querida?

—Debe de ser la misma. La anciana dijo que era una historia triste, porque poco después de que tomaran la fotografía, la joven se había desfigurado la cara en un accidente, su padre había muerto y toda su familia había resultado destruida. La gente de la aldea decía que estaba maldita

desde el principio...

Ruth fue incapaz de seguir esperando.

—¿Cuál es el apellido?

—Gu.

—¿Gu? —Se sentía decepcionada. Habían cometido el mismo error que su madre—. *Gu* quiere decir hueso. La anciana habrá confundido «doctor de huesos» con «doctor Hueso».

—No, no —dijo GaoLing—. *Gu* como en «desfiladero». Es un *gu* diferente. Suena igual que «hueso», pero se escribe de otra manera.

El *gu* de tercer tono puede significar muchas cosas: «viejo», «desfiladero», «hueso», «muslo», «ciego», «grano», «mercader», muchas cosas. Y el símbolo para escribir «hueso» también vale para «carácter». Por eso usamos la expresión «Está en tus huesos», que equivale a decir «es tu carácter».

En un tiempo Ruth había pensado que el chino era limitado en sonidos y en consecuencia, confuso. Ahora tenía la impresión de que sus múltiples significados lo convertían en un idioma muy rico. *El doctor de huesos ciego del desfiladero curó el muslo del viejo mercader de grano.*

—¿Estás segura de que es Gu?

—Es lo que está escrito en la placa fotográfica.

—¿También aparece el nombre de pila?

—Liu Xin.

—¿Estrella fugaz?

—Eso es *liu xing*, suena casi igual; *xing*es «estrella», *xin* es «verdad». Liu Xin significa «conserva la verdad». Pero como el sonido es parecido, es posible que la gente que le tenía antipatía la llamase Liu Xing. La estrella fugaz puede tener un significado negativo.

—¿Por qué?

—No está claro. La gente cree que es muy malo ver una estrella escoba. Me refiero a esa con una cola larga que parece que gira.

—¿Un cometa?

—Sí, un cometa. El cometa significa que habrá una calamidad. Pero algunos confunden la estrella escoba con la estrella fugaz, así que aunque la segunda no traiga mala suerte, algunos creen que sí. Además, la idea no es muy buena... se quema deprisa, un día está aquí, al otro desaparece, como le pasó a Tita Querida.

Su madre había escrito algo al respecto, recordó Ruth, un cuento que Tita Querida le contaba en su infancia: mientras contemplaba el cielo de la noche, una estrella fugaz había caído en su boca. Ruth se echó a llorar. Su abuela tenía un nombre. Gu Liu Xin. Había existido. Todavía existía. Tita Querida pertenecía a una familia. LuLing pertenecía a esa misma familia, y Ruth les pertenecía a ambas. El apellido había estado allí todo el tiempo, como un hueso clavado en una grieta de un desfiladero. LuLing lo había adivinado mientras miraba el hueso del oráculo en el museo. Y el nombre también había resplandecido ante Ruth durante un brevísimo instante, una estrella fugaz que había penetrado en la atmósfera terrestre, dejando una marca indeleble en su mente.

EPÍLOGO

Es 12 de agosto y Ruth está en su Cuchitril, callada. Las sirenas de niebla resuenan en la noche, dando la bienvenida a los barcos que entran en la bahía.

Ruth conserva su voz. Su capacidad de hablar no está regida por maldiciones, estrellas fugaces o enfermedades. Ahora lo sabe con seguridad. Pero no necesita hablar. Puede escribir. Antes no tenía razones para escribir para sí; lo hacía únicamente para otros. Ahora tiene un motivo.

Delante de ella hay una fotografía de su abuela. Ruth la mira todos los días. Le permite ver con claridad el presente desde la perspectiva del pasado. ¿Es posible que su abuela imaginara que tendría una nieta como ella: una mujer con un marido que la ama, dos hijas que la adoran, una casa de la que es copropietaria, amigos entrañables, una vida sin preocupaciones más importantes que las gateras o las calorías?

Ruth recuerda que su madre solía hablar a menudo de su muerte, una muerte causada por una maldición o por su propia mano. No dejó de sentir ese impulso hasta que perdió la razón, la red de recuerdos que mantenía las tribulaciones en su sitio. Y aunque LuLing todavía rememora el pasado, ha empezado a alterarlo. No cuenta las partes tristes. Habla sólo de lo mucho que la amaron. Recuerda que ella fue la única razón de la existencia de Bao Bamu.

Unos días antes LuLing telefoneó a Ruth. Parecía asustada y preocupada, como en los viejos tiempos.

—Luyi, me preocupa pensar que te hice cosas horribles cuando eras niña —dijo, atropelladamente en chino—, que te hice sufrir mucho. Pero no recuerdo exactamente cómo...

—No hay nada... —comenzó Ruth.

—Sólo quería decir que espero que lo olvides, igual que yo. Deseo que puedas perdonarme, porque si te hice daño, lo lamento.

Terminada la conversación, Ruth lloró de alegría durante una hora. No era demasiado tarde para que ambas se perdonasen mutuamente y a sí mismas.

Ahora, mientras mira la fotografía, Ruth imagina a su madre de pequeña, a su abuela de joven. Estas son las mujeres que han dado forma a su vida, las que están en sus huesos. La indujeron a preguntarse si el orden y el caos de su vida se debían al destino o al azar, a la autodeterminación o a las acciones de otros. Le enseñaron a preocuparse. Pero también ha aprendido que con sus advertencias no pretendían asustarla, sino evitar que siguiese sus pasos, pues querían algo mejor para ella. Deseaban que escapase de las maldiciones.

En el Cuchitril, Ruth regresa al pasado. El ordenador portátil se convierte en la bandeja de arena. Ruth vuelve a tener seis años, es la misma niña, recuperada ya de la fractura en el brazo, sujetando en la mano contraria un palillo chino, preparada para adivinar las palabras. Bao Bomu llega, como de costumbre, y se sienta a su lado. Su cara es tersa y hermosa, como en la fotografía. Muele una barra de tinta en una piedra de *duan*.

—Piensa en tus intenciones —dice Bao Bomu—. En lo que está en tu corazón y deseas poner en el de otros.

Y codo con codo, Ruth y su abuela empiezan a trabajar. Las palabras fluyen. Se han fundido en una sola persona de seis, dieciséis, cuarenta y seis, ochenta y dos años. Escriben sobre lo que sucedió y por qué sucedió y sobre cómo hacer que sucedan otras cosas. Escriben historias de hechos que ocurrieron pero no debieron ocurrir. Escriben sobre lo que pudo haber sido y lo que aún puede ser. Escriben acerca de un pasado susceptible de cambios. Al fin y al cabo, dice Bao Bomu, ¿qué es el pasado si no aquello que elegimos recordar? ¡Eligen no ocultarlo, aceptar lo que está roto, sentir el dolor y confiar en que pasará! Saben que la felicidad no está en una cueva ni en un país, sino en el amor y la libertad para dar y recibir lo que siempre ha estado allí.

Ruth recuerda estas cosas mientras escribe una historia. Es para su abuela, para sí misma, para la niña en que se ha convertido su madre.

FIN



AMY TAN nació el 19 de febrero de 1952 en la ciudad californiana de Oakland, hija de un matrimonio chino emigrado a los Estados Unidos. Sus orígenes familiares serían base para su obra literaria, la cual rebota en el contraste cultural, el choque generacional, el destino, la creencia, la memoria, las relaciones materno-filiales o la identidad cultural. Estudió lingüística en la San Jose State University y debutó como escritora con éxito a finales de los años 80 con *“El club de la buena estrella”* (1989), novela llevada al cine por Wayne Wang. Más tarde publicaría *“La esposa del Dios del Fuego”* (1991). En 1995 escribe *“Los cien sentidos secretos”*. En 2001 publica *“La hija del curandero”* y *“Un lugar llamado nada”* en 2005. Su obra más reciente es *“El valle del asombro”*, publicado en 2013.

Notas

[1] Aunque el término habitual en castellano es «negro», la autora juega aquí con el significado literal de la expresión inglesa *ghostwriter*. (N. de la T.) <<

[2] Pequeño estuche o tubo de metal o madera que los judíos cuelgan junto a la puerta de su casa y en cuyo interior guardan un rollo de papel con versículos del Deuteronomio. (*N. de la T.*) <<

[3] Juego de palabras con el apellido de la familia, Young, que en inglés significa «joven» (*N. de la T.*) <<

[4] En la religión judía, una buena obra que cumple con la letra o el espíritu de un mandamiento bíblico. (*N. de la T.*) <<

[5] En ingles, «China Sea» (*N de la T.*) <<